

**Quinta parte**

***El vampiro Armand***



luvia de primavera. Lluvia de luz que saturaba cada hoja nueva de los árboles de la calle y cada adoquín del pavimento, cortinas de lluvia como hilillos de luz entre la vacía oscuridad.

Y el baile del Palais Royal.

El rey y la reina estaban presentes, bailando con el pueblo. ¿Los rumores de intrigas en las sombras? ¿A quién le importan? Los reinos se alzan y caen. Que no se quemen los cuadros del Louvre, eso es lo importante.

De nuevo, perdido en un mar de mortales; facciones frescas y mejillas sonrosadas. Montículos de cabello empolvado coronando las cabezas femeninas con toda clase de estrambóticos tocados, incluso minúsculas naves de tres palos, arbolillos o pequeñas aves. Paisajes de perlas y cintas. Hombres de amplios torsos como gallos, vestidos con levitas de satén como alas emplumadas. Los diamantes me causaban dolor de ojos.

Las voces rozaban en ocasiones mi piel, las risas eran el eco de una carcajada impía. Coronas de velas cegadoras, la espuma de la música lamiendo las paredes.

Ráfagas de lluvia por las puertas abiertas.

Olores humanos avivando sutilmente mi hambre, mi sed. Hombros blancos, cuellos de marfil, potentes corazones latiendo con ese ritmo eterno, tantos matices en aquellos pequeños cuerpos desnudos ocultos bajo los ricos trajes, salvajes contenidos bajo una faja de panilla, bajo incrustaciones de bordado, con los pies doloridos sobre los altos tacones y mascarillas como costras ante sus ojos.

El aire sale de un cuerpo y es aspirado por otro. La música, ¿no va pasando de oreja a oreja, como dice la vieja expresión? Respiramos la luz, respiramos la música, respiramos el momento en que pasa a través de nosotros.

De vez en cuando, unos ojos se fijaban en mí con un aire de vaga expectación. Mi piel lechosa les detenía por un instante, pero, ¿qué era aquello, cuando había quien se sometía a sangrías para conservar tan delicada palidez? (Permitidme sosteneros la jofaina y apurar luego su contenido.) Y mis ojos, ¿qué eran en aquel mar de piedras preciosas de imitación?

Con todo, los susurros se deslizaban a mi alrededor. Y aquellos aromas... ¡ah, no había dos iguales! Y con la misma claridad que si lo anunciaran en voz alta, me llegaban aquí y allá la invitación de algún mortal al intuir lo que era, y la lujuria.

En algún antiguo lenguaje, daban la bienvenida a la muerte; ansiaban la muerte mientras ésta deambulaba por la sala. ¿Era posible que supieran el secreto? Naturalmente que no. ¡Y yo tampoco lo sabía! ¡Aquello era lo absolutamente espantoso! ¿Y quién era yo para soportar aquel secreto, para anhelar de aquel modo proclamarlo, para querer tomar aquella mujer esbelta y chuparle la sangre de la carne rolliza de su pecho, macizo y redondeado?

La música, una música humana, continuó sonando. Por un instante, los colores de la sala flamearon como si la escena se fundiera. La sensación de hambre se agudizó. Ya no era sólo una idea. Las venas me latían. Alguien iba a morir. Alguien sería desangrado en un abrir y cerrar de ojos. O en un abrir y cerrar de colmillos. No pude soportar pensar en ello, saber que iba a suceder, ver los dedos en la garganta, palpando la sangre de las venas, notando cómo cedía la carne. ¡Así, dámela! ¿Dónde? *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre.*

Lanza tu poder como la lengua de un reptil, Lestat, para capturar el corazón más conveniente con un movimiento rápido y certero.

Brazos rollizos, maduros para ser exprimidos, rostros de hombres cuya barba bien rasurada casi resplandece, músculos debatiéndose bajo mis dedos... ¡No tenéis la menor posibilidad!

Y de pronto, debajo de aquella química divina, de aquella panorámica de la negación de la putrefacción, ¡vi los huesos!

Los cráneos bajo las ridículas pelucas, dos cuencas mirando con disimulo tras un abanico abierto. Una sala de esqueletos bamboleantes que sólo aguardaban al tañido de la campana. Era una visión idéntica a la que había tenido el público del local de Renaud la noche en que puse en práctica esos trucos que tanto pánico produjeron. Ahora, aquel mismo terror podía ser infligido a todos los ocupantes del gran salón.

Tenía que salir de allí. Había cometido un terrible error de cálculo: aquello era la muerte, pero aún podía apartarme de ella si conseguía salir de allí. Sin embargo, me hallaba enmarañado en una red de seres humanos como si aquel monstruoso lugar fuera una trampa para un vampiro. No debía apresurar mis movimientos, o, de lo contrario, provocaría el pánico en el baile. Por ello, me abrí paso con toda la calma posible, hacia las puertas principales.

Y allí, apoyado contra la pared más alejada de mí como un telón de fondo de satén y filigrana, como un producto de mi imaginación, distinguí por el rabillo del ojo la presencia de Armand.

Armand.

Si me dirigió alguna llamada sin palabras, no la capté. Si hubo algún saludo, no me apercibí de ello. Armand se limitaba simplemente a mirarme. Su apariencia era la de una criatura radiante de joyas y de encajes bordados con festones. Para mí fue como una Cenicienta descubierta en el baile, como una Bella Durmiente que abriera los ojos bajo un lío de telarañas y las apartara con un gesto de su mano cálida. La intensidad de su belleza hecha carne me hizo soltar un jadeo.

Sí, lucía una indumentaria perfecta de mortal, y, no obstante, su aspecto era aún más sobrenatural; su rostro era demasiado deslumbrante, sus ojos oscuros resultaban insondables, y, durante una fracción de segundo, destellaron como si fueran dos ventanas asomadas al fuego del infierno. Y cuando me llegó su voz, ésta era grave y casi burlona, obligándome a concentrarme para entenderla: *«Llevas toda la noche buscándome»* dijo. *«Pues bien, aquí estoy aguardándote. Llevo esperándote toda la velada.»*

Creo que en aquel instante, paralizado e incapaz de apartar la mirada de él, me di cuenta de que en todos mis años de vagar por esta Tierra no volvería a tener nunca una revelación tan profunda y detallada del verdadero horror que constituía nuestra especie.

En mitad de la muchedumbre, Armand parecía de una inocencia que partía el corazón.

Sin embargo, cuando le miré vi las criptas y escuché el batir de los timbales. Vi campos iluminados con antorchas en los que no había estado jamás, escuché difusos encantamientos y noté en el rostro el calor de voraces fuegos. Y aquellas visiones no surgían de él, sino que las extraía de mí mismo.

Y, pese a todo, mortal o inmortal, nunca había resultado Nicolás tan seductor. Ni siquiera Gabrielle me había cautivado tanto jamás.

Dios mío, aquello era el amor. Aquello era el deseo. Y todos mis amoríos pasados no eran ni siquiera la sombra de éste.

Y me dio la impresión de que Armand, con una especie de murmullo que se abría paso en mi mente, me hacía saber que había sido un estúpido al haber pensado que las cosas pudieran ser de otra manera.

«¿ *Quién puede querernos tanto, a ti y a mí, como nos queremos nosotros?*» me susurró, y sus labios parecieron moverse de verdad.

Otros rostros le miraron. Los vi pasar con absurda lentitud, vi cómo las miradas pasaban sobre él, vi cómo la luz le bañaba en un nuevo ángulo lleno de matices el agachar la cabeza.

Avancé hacia él. Me pareció que alzaba su mano derecha y me hacía una seña, pero luego me pareció que no era así. Armand dio media vuelta y vi ante mí la figura de un muchacho de cintura estrecha, hombros rectos y pantorrillas largas y firmes bajo las medias de seda; un muchacho que, al tiempo que abría una puerta, volvía la cabeza y me hacía una nueva seña.

Me vino a la cabeza una loca idea.

Fui tras él y me pareció como si nada de lo sucedido hasta entonces se hubiera producido. No había ninguna cripta bajo les Innocents y Armand no era aquel mismo monstruo antiguo y temible. De algún modo, estábamos a salvo.

Éramos la suma de nuestros deseos y esto nos salvaba. El vasto horror de mi propia inmortalidad, aún no experimentado, dejó de extenderse ante mí y nos encontramos surcando mares tranquilos guiados por faros familiares, y fue el momento de echarnos el uno en brazos del otro.

Una sala oscura nos envolvió, privada y fría. El ruido del baile quedaba muy lejano. Armand estaba excitado por la sangre que había bebido, y pude captar el poderoso ímpetu de su corazón. Me indicó con un gesto que me acercara un poco más, y al otro lado de los ventanales destellaron las luces de los carruajes que pasaban con un mortecino e incesante traqueteo que hablaba de confort y de seguridad, y de todo lo que constituía París.

Yo no había muerto. El mundo estaba empezando de nuevo. Extendí los brazos y noté su corazón contra mí y, gritando a mi Nicolás, traté de advertirle, de decirle que todos nosotros estábamos condenados. La vida se alejaba de nosotros centímetro a centímetro y, contemplando los manzanos del huerto bañados en una verde luz solar, creía volverme loco.

—No, no, querido —me susurraba Armand—, no hay más que paz y dulzura y tus brazos en los míos.

—¡Sabes bien que fue el más atroz azar! —musité de pronto—. Soy un diablo involuntario que llora como un chiquillo abandonado. Quiero volver a casa.

«Sí, sí.» Sus labios sabían a sangre, pero no era sangre humana sino aquel elixir que Magnus me había dado. Advertí que me desasía del abrazo. Esta vez podría escapar. Tendría otra oportunidad. La rueda había dado la vuelta completa.

Me encontré gritando que no bebería, que no lo haría. Y en ese instante noté los dos ardientes colmillos que se clavaban con fuerza en mi cuello hasta alcanzarme el alma.

No pude moverme. El raptó, el éxtasis, me embargó como aquella primera noche, mil veces más poderoso que cuando tenía entre mis brazos a un mortal. ¡Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo! ¡Armand estaba alimentándose conmigo! ¡Estaba desangrándome!

Caí de rodillas, pero noté que él me sostenía, mientras la sangre seguía manando de mi cuello con una monstruosa voluntad propia que yo era incapaz de detener.

—¡Demonio! —traté de gritar. Forcé la palabra arriba y arriba hasta que surgió de mis labios y la parálisis liberó mis extremidades—. ¡Demonio! —rugí de nuevo, sorprendiendo a Armand en su arrebatada concentración y enviándole hacia atrás contra el suelo.

En un abrir y cerrar de ojos, le así con mis manos y, haciendo añicos las puertas acristaladas, le arrastré conmigo a la oscuridad de la noche.

Sus tacones se arrastraron sobre la grava del camino y su rostro se había convertido en pura furia. Agarré su brazo derecho y le balanceé de lado a lado de modo que la cabeza le diera sacudidas y no pudiera ver ni calcular dónde estaba, ni asirse a nada. Entonces, con mi puño diestro, lo golpeé una y otra vez hasta que empezó a sangrar por los oídos, los ojos y la nariz.

Lo arrastré entre los árboles, lejos de las luces de palacio. Y, mientras se debatía tratando de recuperarse con un estallido de fuerza, Armand lanzó su amenaza: me mataría, pues ahora tenía mi fuerza. La había absorbido de mi sangre y, unida a la suya propia, le convertiría en un ser invencible.

Enloquecido, le agarré del cuello y empujé su mejilla contra el camino. Le inmovilicé, estrangulándolo, hasta que brotó de su boca la sangre en grandes borbotones.

Armand habría gritado, de haber podido. Hundí las rodillas en su pecho. El cuello se hinchó bajo la presión de mis dedos y la sangre manó y rebosó entre sus labios mientras él volvía la cabeza de un lado a otro, con los ojos cada vez más abiertos pero sin ver nada.

Después, cuando le noté flácido y exangüe, le solté. Volví a golpearle una y otra vez, sacudiéndole de aquí para allá. Desenvainé la espada para cortarle la cabeza.

Que viviera así, si podía. Que fuera inmortal de aquella manera, si era capaz. Levanté la espada y, cuando bajé la vista hacia él, la lluvia le golpeaba el rostro, y sus ojos me miraban, incapaz de pedir piedad, medio muerto, incapaz de moverse.

Esperé. Esperé a que me suplicara. Quería que me diera aquella voz poderosa llena de astucia y de mentiras, aquella voz que me había hecho sentir, durante un puro y deslumbrante momento, que volvía a estar vivo, libre y en estado de gracia. Una falsedad, una mentira abominable e imperdonable. Una mentira que no olvidaría jamás mientras deambulara por el mundo. Deseé que la rabia me impulsara a cruzar el umbral de su tumba.

Pero no me llegó nada de él.

Y, en aquellos momentos de inmovilidad y dolor, Armand recobró poco a poco su hermosura, tendido como un niño descoyuntado sobre el camino de grava a apenas unos metros del tráfico, del tintineo de las herraduras de los caballos y del ruido sordo de las ruedas de madera.

En aquel niño maltratado había siglos de maldad y de sabiduría, aunque no surgía de él ninguna súplica ignominiosa sino sólo la borrosa y magullada sensación de lo que era. Una vieja, ancestral maldad. Unos ojos que habían visto eras oscuras con las que yo podía sólo soñar.

Le solté, me puse en pie y guardé la espada en la vaina. Me separé unos pasos de Armand y me dejé caer en un húmedo banco de piedra.

A lo lejos, unas siluetas bulliciosas se apiñaban junto a la cristalera rota de palacio, pero entre nosotros y aquellos confusos mortales se extendía la noche, y contemplé a Armand con indiferencia.

Él seguía tendido en el suelo, inmóvil. Tenía el rostro vuelto hacia mí, aunque no a propósito, y el cabello en un amasijo de rizos y sangre. Con los ojos cerrados y la mano abierta a un costado del cuerpo, me pareció el hijo abandonado de un tiempo, el fruto de un accidente sobrenatural, un ser tan desgraciado como yo mismo.

¿Qué había hecho Armand para convertirse en lo que era? ¿Cómo era posible que, tanto tiempo atrás, alguien tan joven hubiera adivinado el sentido de decisión alguna, y mucho menos del voto de convertirse en aquello?

Me incorporé y, acercándome lentamente, me coloqué junto a su cuerpo caído y contemplé la sangre que empapaba su camisa de encaje y bañaba su rostro.

Pareció que exhalaba un suspiro y escuché el paso de su aliento.

Armand continuó con los ojos cerrados y, a la vista de un mortal, tal vez sus facciones mostraran una total inexpresividad, pero yo pude captar el dolor que sentía. Capté la inmensidad de ese pesar y deseé no sentirlo. Por un instante, comprendí el abismo que nos separaba y la distancia que había entre su intento de acabar conmigo y la defensa, bastante simple, que yo había hecho *de* mi propia persona.

En un intento desesperado, Armand había tratado de imponerse a lo que no comprendía.

Y, en una reacción impulsiva, yo le había dominado y reducido casi sin esfuerzo.

Volvió entonces a mí todo el dolor que sentía por Nicolás y recordé las palabras de Gabrielle y las denuncias de aquél. Mi rabia no era nada comparada con su pesadumbre, con su desesperación.

Quizá fue ésta la razón que me impulsó a agacharme y ayudarle a incorporarse. Y tal vez lo hice también porque vi a Armand tan perdido y tan exquisitamente atractivo. Y porque, al fin y al cabo, los dos pertenecíamos a la misma raza.

Era bastante lógico, ¿no os parece?, que uno de los suyos se lo llevara de aquel lugar donde, tarde o temprano, los mortales se habrían acercado a él y le habrían obligado a huir a trompicones.

No me ofreció la menor resistencia. En unos instantes, se puso en pie y echó a andar a mi lado con aire adormilado. Le pasé un brazo por los hombros, sosteniéndole y ayudándole hasta que empezamos a alejarnos del Palais Royal en dirección a la rué St. Honoré.

Apenas eché un vistazo a las siluetas que pasaban junto a nosotros hasta que reconocí bajo los árboles una figura familiar de la que no surgía el menor aroma a mortal. Entonces comprendí que Gabrielle llevaba algún tiempo allí.

La vi acercarse titubeante y en silencio, con expresión alarmada cuando vio la camisa de encaje manchada de sangre y las huellas de los golpes en la piel lechosa de Armand. De inmediato, extendió los brazos como si quisiera ayudarme a sostener la carga que éste representaba, aunque dio la impresión de no saber cómo hacerlo.

A lo lejos, en algún rincón *de* los jardines en sombras, acechaban las demás criaturas. Oí su presencia mucho antes de verlas. Nicolás formaba también parte del grupo.

Las criaturas y su nuevo compañero habían acudido desde muchos kilómetros de distancia siguiendo el mismo impulso que Gabrielle, atraídos por el tumulto o por algún vago mensaje que yo era incapaz de imaginar, y ahora se limitaban a esperar y observar mientras nosotros continuábamos nuestro camino.

## 2

Gabrielle y yo condujimos a Armand a las caballerizas, y allí le ayudé a montar en mi yegua, pero me dio la impresión de que podía caerse en cualquier momento y decidí montar detrás de él. De este modo, los tres iniciamos nuestra cabalgada.

Mientras cruzábamos los campos al galope, medité sobre lo que me disponía a hacer. Me pregunté qué representaría llevar a Armand a mi guarida. Gabrielle no formuló la menor protesta y se limitó a dirigirle una mirada de vez en cuando. No capté ninguna reacción por su parte, y, allí sentado delante de mí, le vi menudo y reservado, liviano como un chiquillo pero en absoluto infantil.

Sin duda, Armand había sabido siempre el paradero de la torre; ¿le habían impedido el paso los barrotes y las verjas? Y ahora, yo mismo me proponía franquearle la entrada. ¿Por qué no me decía algo Gabrielle? Aquél era el encuentro que habíamos deseado, el momento que habíamos estado aguardando, pero ella conocía sin duda lo que Armand acababa de intentar.

Cuando por fin desmontamos, él se adelantó unos pasos y esperó luego a que yo alcanzara la verja. Cuando hube puesto la llave en la cerradura, me volví a observarle preguntándome qué promesas podía uno exigir de un monstruo como aquél antes de abrirle la puerta. ¿Tenían algún significado para las criaturas de la noche las antiguas leyes de la hospitalidad?

Sus grandes ojos castaños tenían un aire derrotado, casi somnoliento. Me miró en silencio durante un instante y luego extendió el brazo izquierdo y cerró los dedos en torno al barrote de hierro del centro de la verja. Contemplé imponente cómo ésta empezaba a soltarse de la piedra con un profundo sonido rechinante. Sin embargo, Armand se detuvo en ese momento y se contentó con doblar un poco el barrote. La incógnita estaba despejada: nuestro congénere podría haber entrado en la torre en cuanto lo hubiera deseado.

Examiné la barra de hierro que acababa de doblar. Yo había derrotado a Armand. ¿Sería capaz también de repetir lo que él acababa de hacer? Lo ignoraba. Y, si era incapaz de calcular mis propios poderes, ¿cómo podría nunca calcular los suyos?

—Vamos —dijo Gabrielle con cierta impaciencia, y abrió la marcha escaleras abajo hacia la cripta de las mazmorras.

En la estancia hacía el mismo frío de siempre, pues el vigorizante aire primaveral no llegaba nunca hasta allí. Gabrielle preparó un buen fuego en la vieja chimenea mientras yo encendía las velas. Armand tomó asiento en el banco de piedra, observándonos, y pude apreciar el efecto que le producía el calor, el modo en que su cuerpo parecía hacerse un poco más grande, la manera cómo aspiraba el calor y se llenaba de él.

Cuando miró a su alrededor, fue como si procediera a absorber la luz de la estancia. Su mirada era muy clara.



El efecto que producía el calor y la luz en los vampiros era indescriptible, extraordinario. Y, pese a ello, la vieja asamblea de aquellos seres había renunciado a ambas cosas.

Tomé asiento entre los bancos de piedra y dejé que mi mirada, como la de él, vagara por la amplia cámara de techo bajo.

Gabrielle había permanecido en pie hasta aquel momento y, llegados a ese punto, se acercó a Armand. Había extraído un pañuelo del bolsillo y le rozó la cara con él.

Armand la miró igual que observaba el fuego y las velas y las sombras que se agitaban en el curvo techo. Su presencia pareció interesarle tan poco como todo lo demás.

Entonces, con un escalofrío, descubrí que las heridas de su rostro habían casi desaparecido ya. Los huesos volvían a estar soldados, la forma del rostro era la misma de siempre, y sólo se le veía un poco demacrado debido a la sangre que había perdido.

El corazón se me expandió ligeramente, en contra de mi voluntad, como ya me había sucedido en las almenas de la torre al escuchar su voz.

Pensé en el dolor que había padecido hacía apenas media hora, en el Palais Royal, cuando la punzada de sus colmillos en mi cuello había puesto de relieve su falsedad.

Sentí odio hacia él.

Pero no pude dejar de mirarle. Gabrielle le peinó, tomó sus manos y las limpió de sangre. Y, mientras ella lo hacía, Armand ofreció un aspecto desvalido e impotente. En cambio, el rostro de Gabrielle no era el de un ángel auxiliador; su expresión era más bien de una gran curiosidad, de un intenso deseo de estar cerca de él y de tocarle y de examinarle. Ambos quedaron mirándose fijamente bajo la luz trémula de la estancia.

Armand se encorvó ligeramente hacia adelante y volvió de nuevo la mirada, sombría y llena de expresión ahora, hacia el fuego del hogar. De no ser por la sangre de su pechera de encaje, tal vez podría haber pasado por humano. Tal vez...

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté, para que Gabrielle fuera testigo de su respuesta—. ¿Te quedarás en París y dejarás que Eleni y los demás continúen su existencia?

No tuve respuesta. Sus ojos me repasaban, estudiaban los bancos de piedra, los sarcófagos. Los tres sarcófagos.

—Sin duda, debes saber qué andan haciendo —insistí—. ¿Abandonarás París o seguirás en la ciudad?

Me dio la impresión de que trataba de hablarme otra vez sobre la importancia y la enormidad de lo que les había hecho a él y a los componentes de la asamblea, pero tal impresión se desvaneció. Por un instante, su cara fue una mueca de dolor y pesar. Una mueca de derrota, llena de humana infelicidad. Me pregunté qué edad tendría, cuánto tiempo haría que había sido un humano con aquella apariencia juvenil.

Armand captó mi pregunta, pero no respondió. Miró a Gabrielle, que estaba de pie junto al fuego, y volvió luego la vista hacia mí. Entonces, en silencio, le oí decir: «*Ámame. Lo has destruido todo, pero, si me amas, podrá ser restaurado bajo una nueva forma. ¡Ámame!*».

Aquella muda súplica poseía, no obstante, una elocuencia imposible de expresar en palabras.

—¿Qué puedo hacer para que me quieras? —añadió en un susurro—. ¿Qué puedo ofrecerte? ¿El conocimiento de todo lo que he presenciado, los secretos de nuestros poderes, el misterio de lo que soy?

Replicarle me pareció una blasfemia, y, como ya sucediera junto a las almenas, me descubrí al borde de las lágrimas. Pese a la nitidez de sus silenciosas comunicaciones, la voz de Armand puso en eco enternecedor a sus sentimientos al hacerse audible.

Igual que en Notre Dame, se me ocurrió que hablaba como lo harían los ángeles, si existían.

Sin embargo, pronto aparté de mi cabeza aquel pensamiento irrelevante, aquella distracción. Armand se hallaba ahora justo a mi lado y me pasaba el brazo por la cintura mientras apoyaba la frente en mi mejilla. Volvió a lanzarme su invitación, no el seductor requerimiento, exuberante y profundo, de nuestro encuentro en el Palais Royal, sino aquella voz que me cantaba desde la distancia. Y me dijo que había cosas que él y yo conoceríamos y que los mortales nunca sabrían. Me dijo que si me abría a él y le entregaba mi fuerza y mis secretos, él me entregaría los suyos. Me aseguró que había sido empujado a intentar destruirme, y, que me amaba tanto que no podía hacerlo.

Era una confesión tentadora, pero presentí un peligro. La palabra que acudió espontáneamente a mi cabeza fue «cuidado». Ignoro qué vio u oyó Gabrielle. Tampoco sé qué sintió.

Instintivamente, evité la mirada de Armand. En aquel instante, fue como si no hubiera nada en el mundo que deseara tanto como mirarle de frente y comprenderle, pero, de algún modo, supiera que no debía hacerlo. Volví a ver los huesos bajo les Innocents, el parpadeo de los fuegos infernales que había imaginado en el Palais Royal. Y ni todo el encaje y el terciopelo dieciochescos lograron darle un rostro humano.

No pude ocultarle lo que sentía y me dolió no poder explicárselo a Gabrielle. Y el terrible silencio entre ella y yo resultó, en aquellos momentos, casi insoportable.

Con él, en cambio, podía hablar; sí, con él podía vivir sueños. Un sentimiento de temor y respeto me impulsó a abrir los brazos para estrecharle entre ellos y así lo hice, debatiéndome entre la confusión y el deseo.

—Deja París, sí —me susurró—. Pero llévame contigo. Ahora ya no sé cómo existir en la ciudad. Voy dando tumbos por un carnaval de horrores. Por favor...

—¡No! —me oí decir, como si me lo dijera exclusivamente a mí mismo.

—¿No tengo ningún valor para ti? —quiso saber él. Se volvió hacia Gabrielle, y ésta le miró con una expresión angustiada, sin pronunciar palabra. No tuve modo de saber qué decía su corazón y, para mi pesar, advertí que Armand estaba hablando con ella y me mantenía al margen de la conversación. ¿Qué le respondería Gabrielle?

Pero, en ese momento, Armand se puso a implorarnos a ambos.

—¿Acaso no existe nada, fuera de vosotros mismos, que os merezca respeto?

—Esta misma noche podría haberte destruido —le recordé— Si no lo he hecho, ha sido precisamente por respeto.

—No —replicó, sacudiendo la cabeza de una manera pasmosamente humana—. Tú jamás habrías podido hacer tal cosa.

Sonreí. Probablemente estaba en lo cierto, pero Gabrielle y yo le estábamos destruyendo por completo de otra manera.

—Sí, es cierto, me estáis destruyendo —reconoció Armand, y, con un susurro, añadió—: Ayudadme, concededme unos años más, unos pocos años de todos los que tenéis ante vosotros. Os lo ruego. Es lo único que os pido.

—¡No! —repetí.

Armand estaba a apenas un palmo de mí, en el banco de piedra. Me estaba mirando y presencié de nuevo el horrible espectáculo de su rostro frunciéndose, haciéndose más y más sombrío y hundiéndose en sí mismo, presa de la rabia. Era como si estuviera formado de materia real. Sólo su voluntad le mantenía fuerte y hermoso. Y, cuando el flujo de su voluntad se interrumpía, su figura se fundía como una muñeca de cera.

Con todo, como antes sucediera, se recuperó casi instantáneamente. La «alucinación» había pasado.

Se puso en pie y se apartó de mí hasta quedar frente al fuego.

La fuerza de voluntad que surgía de él era palpable. Sus ojos parecían algo ajeno a él, y a cualquier cosa terrenal. El fuego que refulgía detrás de él formaba una aureola espectral en torno a su cabeza.

—¡Yo te maldigo! —musitó.

Noté como una vaharada de miedo.

—Yo te maldigo —repitió, acercándose aún más—. Ama a los mortales, pues, y sigue viviendo como lo has hecho, temerariamente, con apetencia por todo y amor a todo, pero llegará un momento en que sólo podrá salvarte el amor de los que son de tu estirpe. —Dirigió una mirada a Gabrielle y añadió—: ¡Y no me refiero a criaturas como ésa!

Sus palabras eran tan fuertes que no pude ocultar el efecto que me producían. Me descubrí levantándome del banco y alejándome de él hacia Gabrielle.

—No vengo a ti con las manos vacías —insistió, dulcificando la voz deliberadamente—. No vengo a suplicarte sin nada que ofrecer a cambio. Mírame. Dime que no necesitas lo que ves en mí, que no necesitas a alguien con la fuerza suficiente para ayudarte a superar las penalidades que te aguardan.

Sus ojos lanzaron una mirada centelleante a Gabrielle y, por un instante, se mantuvieron fijos en ella. Noté cómo se ponía en tensión y empezaba a temblar.

—¡Déjala en paz! —exclamé.

—No sabes qué le estoy diciendo —contestó fríamente—. No pretendo hacerle daño. ¿Pero no ves lo que has hecho ya, con tu amor a los mortales?

Si no le detenía a tiempo, Armand diría algo terrible, algo que nos haría daño a mí o a Gabrielle. El sabía todo lo sucedido con Nicolás. Tuve la certeza de que así era. Y comprendí que, si en algún recóndito rincón de mi alma deseaba el fin de Nicolás, Armand lo sabría también. ¿Por qué le había dejado entrar en mí? ¿Por qué había pasado por alto lo que podía hacerme?

—¡Ah!, pero si siempre es una parodia, ¿no lo ves? —continuó con el mismo hablar reposado—. En cada ocasión, la muerte y el despertar devastarán el espíritu mortal. Uno te odiará por haberle quitado la vida, otro se lanzará a excesos que tú desprecias. Un tercero surgirá loco furioso y otro será un monstruo

que no podrás controlar. Uno sentirá celos de tu superioridad y otro te cerrará sus pensamientos. —Al decir esto último, lanzó de nuevo su mirada a Gabrielle con una media sonrisa—. Y el velo siempre caerá entre vosotros. ¡Crea una legión y seguirás estando siempre solo! ¡Eternamente!

—No quiero escucharte más. Todo esto no tiene sentido —afirmé.

La cara de Gabrielle había experimentado un cambio amenazador. Tuve la certeza de que, en aquel momento, le estaba mirando con odio.

Armand emitió un áspero ruido que quería ser una risa.

—¡Amantes con rostro humano! —me dijo, burlón—. ¿No ves lo equivocado que estás? Ese otro siente por ti un odio más allá de toda razón y ella...; bien, la roja sangre la ha hecho aún más fría, ¿no es cierto? Pero incluso a ella, pese a su fortaleza, le asaltarán momentos en los que ser inmortal le dé miedo. ¿A quién culpará entonces por haberle hecho lo que es?

—Estás loco —masculló Gabrielle.

—Al violinista, trataste de protegerle —continuó—. Pero a ella... A ella no intentaste protegerla en ningún momento.

—No digas nada más —repliqué—. Haces que te odie. ¿Es eso lo que quieres?

—Sea como sea, digo la verdad y tú lo sabes. Pero lo que nunca sabréis, ninguno de los dos, es toda la profundidad de vuestro odio y resentimiento mutuos. O de los sufrimientos. O del amor.

Hizo una pausa y fui incapaz de decir nada. Armand estaba haciendo exactamente lo que yo temía y yo no encontraba el modo de defenderme.

—Si me dejas ahora con ésta —prosiguió—, volverás a hacerlo. A Nicolás no le has poseído nunca. Y ella ya está preguntándose cómo podrá librarse de ti. Y, al contrario que ella, tú no soportas estar solo.

No pude responder. Los ojos de Gabrielle se empequeñecieron y el rictus de su boca se hizo un poco más cruel.

—Y así llegará el momento en que busques a otros mortales con la renovada esperanza de que el Rito Oscuro te proporcione el amor que anhelas. Y con estas criaturas recién mutiladas e impredecibles intentarás moldear tus ciudadelas contra el tiempo. Pues bien, verás cómo se transforman en prisiones si duran más de medio siglo. Te lo advierto: sólo con la ayuda de los que son tan poderosos y sabios como tú podrá alzarse la verdadera ciudadela contra el tiempo.

La ciudadela contra el tiempo... Incluso en mi ignorancia, las palabras tenían su fuerza. El miedo que había en mí estalló, se expandió hasta abarcar otras mil causas.

Por un segundo, Armand pareció distante, indescriptiblemente hermoso a la luz del fuego. Los mechones oscuros de su cabello castaño rozaban apenas su fina frente y tenía los labios abiertos en una sonrisa beatífica.

—Ya que no podemos tener el viejo orden, ¿por qué no tenemos el uno al otro? —preguntó de pronto, y su voz volvió a ser una seductora invitación—. ¿Quién más puede entender tus sufrimientos? ¿Quién más sabe qué pasó por tu mente esa noche en que saliste al escenario de tu pequeño teatro y aterrorizaste a todos aquellos a quienes habías amado?

—No hables de eso —murmuré. Pero sentía que me iba ablandando, arrastrado por sus ojos y su voz. Estaba muy cerca del éxtasis que me había embargado aquella noche en las almenas. Usando toda mi fuerza de voluntad, extendí los brazos para asirme a Gabrielle.

—¿Quién entiende lo que pasó por tu cabeza cuando mis renegados seguidores, recreándose con la música de tu preciado violinista, imaginaron su espantosa empresa en el bulevar?

No repliqué.

—¡El Teatro de los Vampiros! —Sus labios se estiraron en la más triste de las sonrisas—. ¿Comprende ella la ironía, la crueldad que encierra? ¿Sabe ella lo que sentías cuando salías a aquel escenario como galán joven y escuchabas al público vitoreándote? ¿Cuando el tiempo era tu amigo, y no tu enemigo como ahora? ¿Cuando entre bambalinas abrías los brazos y tus amantes mortales acudían a ti, tu pequeña familia, apretándose contra ti...?

—Basta, por favor. Te pido que pares.

—¿Alguien más conoce el tamaño de tu alma?

Brujería. ¿Había sido utilizada alguna vez con más habilidad? ¿Y qué era lo que nos estaba diciendo en realidad bajo aquel líquido fluir de palabras hermosas?: *«Venid a mí y seré el sol en torno al cual giréis en órbita, y mis rayos dejarán al descubierto los secretos que os ocultáis el uno al otro, y así yo, que poseo hechizos y poderes de los que no tenéis la menor idea, os controlaré y os poseeré y os destruiré»*.

—Ya te lo he preguntado antes —dije—. ¿Qué quieres? ¿Qué es lo que quieres de verdad?

—¡A ti! —respondió—. ¡A ti y a ella! ¡Quiero que nos convirtamos en terceto en esta encrucijada!

*«¿No que nos rindamos a ti?»*

Sacudí la cabeza en gesto de negativa. Y advertí la misma alarma y repulsión en Gabrielle.

Armand no mostró enfado; ahora no había malevolencia en él. Y, sin embargo, volvió a decir en el mismo tono de voz seductor:

—Te maldigo.

Fue como si lo recitara.

—Me ofrecí a ti en el momento en que me venciste —continuó Armand—. Recuérdalo cuando tus hijos tenebrosos arremetan contra ti, cuando se levanten frente a ti. Recuérdame.

Me sentí abrumado, más perturbado incluso que tras el triste y horrible adiós a Nicolás en el local de Renaud. Durante nuestro encuentro en la cripta bajo les Innocents, no había sabido qué era el miedo. En cambio, había empezado a tenerlo desde el momento en que habíamos entrado en la cámara donde ahora estábamos.

Y Armand fue presa de un nuevo acceso de cólera, tan terrible que fue incapaz de controlarlo.

Bajó la cabeza y desvió la mirada de mí. Se hizo pequeño, liviano, y permaneció plantado ante el fuego con los brazos apretados contra el cuerpo. Su mente empezó a lanzar amenazas contra mí y pude captarlas nítidamente, aunque Armand las silenció antes de que surgieran de sus labios.

No obstante, algo perturbó mi visión durante una fracción de segundo. Quizá fue una gota de cera cayendo de una vela, o tal vez el parpadeo de mis ojos. Fuera lo que fuese, Armand desapareció de mi vista. O trató de hacerlo, pero le vi alejarse del fuego a grandes saltos, como un relámpago oscuro.

—¡No! —grité. Y, lanzándome contra algo que no podía ver siquiera, le agarré entre mis manos, sólido y material otra vez.

Armand se había movido muy deprisa y, pese a ello, yo había sido más rápido. Nos quedamos frente a frente junto a la puerta de la cámara y, de nuevo, repetí mi escueta negativa sin dejar de sujetarle.

—No podemos separarnos así. No podemos decirnos adiós con este rencor, no y no.

Y mi voluntad se desmoronó de pronto mientras abrazaba a Armand y me apretaba contra él para que no pudiera desasirse o tan siquiera moverse.

No me importaba lo que Armand era, ni lo que había hecho en el maldito momento de mentirme, o incluso de intentar dominarme; no me importaba haber perdido mi condición de mortal y no poder recuperarla nunca más.

Mi único deseo era que Armand se quedaría allí. Quería estar con él, quería ser lo que él era y quería que todas las cosas que había dicho fueran ciertas. No obstante, nunca podrían ser como él las deseaba. Nunca podría tener aquel poder sobre nosotros. Nunca podría apartar de mi lado a Gabrielle.

Con todo, me pregunté si Armand se daba perfecta cuenta de lo que nos pedía. ¿Era posible que creyera de verdad hasta en las palabras más inocentes que salían de sus labios?

Sin una palabra, sin pedirle permiso, le conduje de nuevo al banco junto al fuego. Volví a presentir peligro, un terrible peligro, pero eso ya no tenía importancia, en realidad. Ahora, Armand tenía que quedarse allí con nosotros.

Gabrielle murmuraba algo para sí mientras deambulaba de un extremo a otro de la cámara con la capa colgada de un hombro. Casi parecía haberse olvidado por completo de nuestra presencia.

Armand la observaba con atención; Gabrielle, inesperada y bruscamente, se volvió hacia él y le dijo en voz alta:

—Tú te acercas a él y le dices «llévame contigo». Le dices «ámame», y haces alusiones a unos secretos, a unos conocimientos superiores, pero no nos ofreces nada, salvo un puñado de mentiras.

—Os he mostrado mi capacidad para comprender —respondió él con un leve murmullo.

—No, lo que has hecho son triquiñuelas —replicó ella—. Has creado imágenes. E imágenes bastante infantiles. Has atraído a Lestat Palais Royal mediante los más elaborados engaños con el único propósito de atacarle. Y ahora, cuando se produce un momento de pausa en la lucha, no se te ocurre sino intentar sembrar disensiones entre nosotros...

—Sí, es cierto, antes trataba de engañaros —reconoció Armand—. Pero las cosas que he dicho aquí son ciertas. Tú misma desprecias ya tu hijo por su amor a los mortales, por su necesidad de estar cerca de ellos en todo instante, por su complacencia con el violinista. Tú sabías que el Don Oscuro enloquecería a éste, y sabes que finalmente te destruirá. Y ansias verte libre de todos los Hijos de las Tinieblas.

No puedes ocultarme ese pensamiento.

—¡Ah, qué ingenuo eres! —exclamó Gabrielle—. Ves las cosas, pero no las entiendes. ¿Cuántos años duró tu vida mortal? ¿Recuerdas algo de esos años? Lo que has percibido en mí no es la suma total de la

pasión que siento por mi hijo. Le he amado como nunca he querido a nada ni a nadie. En mi soledad, mi hijo lo es todo para mí. ¿Cómo es posible que no sepas interpretar lo que ves?

—Eres tú quien se equivoca —contestó él con la misma voz dulce—. Si alguna vez hubieras querido de verdad a otro, sabrías que lo que sientes por tu hijo no es nada en absoluto.

—Todo esto no lleva a ninguna parte —intervine.

Gabrielle, sin el más ligero titubeo, replicó de inmediato a Armand.

—No. Mi hijo y yo somos de la misma sangre en más de un sentido. En cincuenta años de vida, no he conocido nunca a nadie más fuerte que yo, salvo mi hijo. Y siempre podemos corregir lo que nos espera. ¿Cómo vamos a hacerte uno de nosotros si utilizas estas cosas para echar leña al fuego? Pero quiero que entiendas bien lo que te planteo: ¿qué tienes para dar de ti mismo que nosotros pudiéramos querer?

—Mi guía y mi consejo, eso es lo que necesitáis. Apenas habéis iniciado vuestra aventura y carecéis de unas creencias que os sostengan. No podréis vivir sin un credo, sin un rumbo...

—Millones de humanos viven sin guía ni credo. Eres tú quien no puede pasarse sin ellos —protestó Gabrielle.

Una oleada de dolor, de sufrimiento, surgió de Armand. Pero Gabrielle continuó hablando con una voz tan monótona y carente de inflexiones que casi era un monólogo.

—Yo también me hago preguntas —dijo—. Hay cosas que deseo conocer. No puedo vivir sin regirme por una filosofía, pero ésta no tiene nada que ver con viejas creencias en dioses o diablos. —Empezó a deambular de nuevo por la estancia, sin dejar de mirarle mientras hablaba—. Quiero saber, por ejemplo, por qué existe la belleza, por qué la naturaleza sigue creándola y cuál es el vínculo entre la vida de una tormenta de relámpagos y las sensaciones que nos inspira. Si Dios no existe, si estas cosas no están unificadas en un gran sistema metafórico, ¿por qué conservan aún tal poder simbólico sobre nosotros? Lestat lo denomina el Jardín Salvaje, pero a mí no me basta. Y debo confesar que esto, esta curiosidad desquiciada o como quieras llamarlo, me aleja de mis víctimas humanas. Me conduce a campo abierto, lejos de las obras humanas. Y tal vez me aparte de mi hijo, que está bajo el embrujo de todo lo humano y mortal.

Se acercó a Armand y entrecerró los ojos, mirándole cara a cara. En aquel momento, nada en sus gestos delataba que era una mujer. Continuó hablando.

—Sea como sea, ésta es la linterna con la que ilumino la Senda del Diablo. ¿Con cuál la has recorrido tú? ¿Qué más has aprendido, aparte de supersticiones y creencias en el diablo? ¿Qué sabes de nuestra especie y de cómo empezó a existir? Respóndenos a eso y quizá valga para algo. Aunque, por otra parte, puede que tampoco eso sirva para nada.

Armand estaba estupefacto, sin recursos para ocultar su asombro. Miró a Gabrielle con aire de confusa candidez. Luego se puso en pie y retrocedió, tratando obviamente de escapar de ella. Su mirada perdida en el vacío era la de un ser abatido, vencido.

Se hizo el silencio, y, por un instante, sentí por Armand un extraño impulso protector. Gabrielle había expresado la verdad desnuda de las cosas que le interesaban, como era su costumbre desde que yo recordaba, y, como siempre, lo había hecho con su hiriente indiferencia. Había hablado de lo que le

interesaba a ella sin prestar la menor atención a lo que él sintiera. Ven a un plano distinto, al mío, le había dicho. Y él se había bloqueado, se había empequeñecido. Su grado de importancia estaba resultando alarmante y no daba muestras de recuperarse del ataque de Gabrielle.

Dio media vuelta y avanzó de nuevo hacia el banco como si fuera a sentarse; luego se dirigió a los sarcófagos y, finalmente, hacia la pared. Era como si aquellas superficies sólidas le repelieran, como si su mente chocara con un campo invisible que le rechazaba antes de alcanzarlas.

Salió de la cámara, adentrándose en la estrecha escalera de piedra, y luego dio la vuelta y regresó.

Su mente estaba cerrada ahora, o, peor aún, no había en ella pensamiento alguno. Sólo pude captar las imágenes desordenadas de lo que veía ante sí, simples objetos materiales que brillaban bajo su mirada, la puerta tachonada de clavos de hierro, las velas, el fuego del hogar. Vi una detallada evocación de las calles de París, de los vendedores y de los pregoneros de periódicos, de los cabriolés, del sonido armonioso de una orquesta, de un horrible estruendo de palabras y frases de los libros que había leído tan recientemente.

Todo aquello me resultaba insoportable, pero Gabrielle, con un gesto firme, me indicó que me quedara donde estaba.

Algo estaba impregnando la cripta. Algo estaba sucediéndole al aire mismo de la estancia.

Algo cambió, aunque las velas seguían ardiendo y el fuego seguía crepitando y lamiendo las piedras ennegrecidas del fondo del hogar, y las ratas seguían corriendo por las mazmorras de los muertos, debajo de nosotros.

Armand se detuvo bajo el dintel en arco de la puerta y pareció que transcurrían horas, aunque no era así; Gabrielle estaba lejos de mí, en un rincón de la cámara, con una expresión fría en su rostro concentrado y unos ojos tan radiantes como pequeños eran.

Armand se disponía a hablarnos; pero lo que iba a ofrecernos no era ninguna explicación. Las cosas que diría ni siquiera seguirían un orden. Era como si le hubiéramos abierto en canal y las imágenes que salían de él fueran de su sangre.

Su figura era apenas la de un joven con los brazos cruzados sobre el umbral de la estancia. Entonces comprendí qué era aquella sensación. Era una monstruosa intimidad con otro ser, comparada con la cual hasta el extasiante momento de dar muerte a una víctima resultaba aburrido y controlado. Armand estaba abierto a nosotros y no podía contener por más tiempo el deslumbrante torrente de imágenes que hacía que su vieja voz silenciosa pareciera fina, lírica y afectada.

¿Era aquél el peligro que había intuido yo todo el rato? ¿Era aquello lo que había desatado mi miedo? En el mismo instante de darme cuenta de ello, el miedo empezó a ceder. Parecía que todas las grandes lecciones de mi vida las había aprendido a través de la renuncia al miedo. Una vez más, se rompía la cáscara de miedo que me envolvía para que otra cosa surgiera a la vida.

Nunca jamás en toda mi existencia, tanto mortal como inmortal, me había visto amenazado con una intimidad semejante.



## La Historia de Armand

La cámara había desaparecido. Las paredes se habían desvanecido. Llegaban unos jinetes. Una nube de polvo creciendo en el horizonte. A continuación, unos gritos de terror y un chiquillo de cabello castaño oscuro, vestido con bastas ropas de campesino, corriendo sin cesar mientras los jinetes se desataban en una horda. Y el chiquillo debatiéndose a puñetazos y a patadas tras ser atrapado y arrojado sobre la silla de montar por uno de los jinetes, que se lo llevaba más allá de los confines del mundo.

Aquel chiquillo era Armand y el escenario de los hechos, aunque Armand lo ignorara, las estepas meridionales de Rusia. El chiquillo conocía otras palabras como Madre, Padre, Iglesia, Dios y Satanás, pero no sabía el nombre de su patria ni del idioma que hablaba, ni que los jinetes que le habían raptado eran tártaros y que nunca volvería a ver nada de lo que conocía o amaba.

Oscuridad, el tumultuoso movimiento del barco y el interminable mareo y, emergiendo del miedo y de la desesperación, la enorme y deslumbrante jungla de edificios imposibles que formaba la Constantinopla de los últimos días del Imperio Bizantino, con sus fantásticas multitudes y sus tarimas para la subasta de esclavos. El balbuceo amenazador de unos idiomas extraños, amenazas efectuadas en el lenguaje universal de los gestos y, en torno al chiquillo, los enemigos que no podía distinguir ni calmar, y de los que no podía escapar.

Pasarían años y años, más de una existencia mortal, antes de que Armand volviera la vista atrás hasta aquel espantoso momento y le diera nombres e historias a todo aquello: Los funcionarios de la Corte bizantina que le habrían castrado y los guardianes de los harenes del Islam que habrían hecho otro tanto, y los orgullosos guerreros mamelucos venidos de Egipto que se lo habrían llevado con ellos a El Cairo de haber sido más rubio y más fuerte, y los radiantes venecianos de hablar dulce con sus polainas y con sus chalecos de terciopelo, las criaturas más deslumbrantes de todas, cristianos igual que él, y, sin embargo, intercambiando ligeras risas entre ellos mientras le examinaban, y él allí, mudo, incapaz de responder, de suplicar, incluso de mantener esperanzas.

Vi los mares que se abrían ante él, el gran vaivén azul del Egeo y el Adriático y, de nuevo, el mareo en la bodega y el solemne juramento de no seguir viviendo.

Y luego los grandes palacios moros de Venecia alzándose de la reluciente superficie de la laguna, y la casa a la que le llevaban, con decenas y decenas de cámaras secretas, y la luz del cielo apenas entrevista a través de los barrotes de las ventanas, y los otros chicos hablándole en aquel idioma veneciano tan suave y extraño, y las amenazas y las lisonjas mientras se convencían, contra todos sus miedos y supersticiones, de los pecados que debía cometer con el interminable desfile de extraños en

aquel ambiente de mármol y luces de antorchas donde cada cámara se abría a una nueva escena de ternura que se entregaba al mismo deseo ritual, inexplicable y, por último, cruel.

Y al fin, una noche, después de días y días de negarse a obedecer, hambriento y dolorido y privado de hablar con nadie, *fue* obligado a cruzar de nuevo una de aquellas puertas tal como estaba, sucio y cegado por la luz tras el encierro en la oscura y lóbrega celda. Y el ser que le estaba esperando allí, el hombre alto, de rostro enjuto y casi luminoso, vestido de terciopelo rojo, le tocó con sus fríos dedos tan suavemente que, medio adormilado, el muchacho no lloró al ver cambiar de manos las monedas. Pero era una cantidad importante. Demasiado importante. Estaba siendo vendido. Y la cara del hombre... era demasiado lisa; más bien parecía una máscara.

En el último instante, el muchacho se puso a gritar, juró que sería obediente, que no se pelearía más. Que alguien le dijera dónde le llevaban; no volvería a desobedecer, por favor, por favor. Pero, en el mismo instante en que era arrastrado escaleras abajo hacia el fétido olor de las cloacas, volvió a notar el contacto de los dedos firmes y delicados de su nuevo amo y, en el cuello, el roce de unos labios fríos y tiernos que nunca jamás le harían daño, y aquel mortal e irresistible primer beso.

Amor y amor y amor en el beso del vampiro. Un amor que bañó a Armand, que le limpió, *esto es todo*, mientras era transportado a la góndola y ésta avanzaba como un gran escarabajo siniestro por el estrecho canal hasta las alcantarillas bajo otra casa.

Ebrio de placer. Ebrio de las manos blancas y sedosas que alisaban su cabello y de la voz que le llamaba hermoso; ebrio del rostro que, en instantes de emoción, se llenaba de expresividad para hacerse luego más sereno y deslumbrante que si fuera de alabastro y joyas. Un rostro como un remanso de agua bajo el claro de luna: un roce, aunque sea con las yemas de los dedos, y toda su vida sale a la superficie, para, a continuación, desvanecerse de nuevo en la quietud.

Ebrio a la luz de la mañana con el recuerdo de esos besos, cuando, a solas, abría una puerta tras otra y descubría libros, mapas y estatuas de granito y de mármol, cuando los otros aprendices le localizaban y le conducían pacientemente a su trabajo para enseñarle a mezclar los colores puros con la yema de huevo y a extender la laca de la yema de huevo sobre los paneles, y para guiarle por el andamio mientras los artistas aplicaban cuidadosas pinceladas en el borde mismo de la enorme escena de sol y nubes, mostrándole aquellos grandes rostros y manos y alas angelicales que sólo podía tocar el pincel del Maestro.

Ebrio cuando se sentaba a la larga mesa con ellos y se atiborraba de deliciosos platos que no había probado hasta entonces y de vino que nunca se agotaba.

Y cayendo dormido finalmente, para despertar en ese momento del crepúsculo en que el Maestro se presentaba junto a la enorme cama, espléndido como un producto de la imaginación con su ropa de terciopelo rojo, su tupida cabellera blanca brillando a la luz de la lámpara y la felicidad más natural e ingenua en sus brillantes ojos azules cobalto. Y el beso mortal.

—Ah, sí, no separarme nunca de ti, sí..., sin miedo.

—Pronto, querido mío, estaremos unidos de verdad.

Antorchas encendidas por toda la casa. El Maestro en lo alto del andamio con el pincel en la mano: «Quédate aquí, a la luz; no te muevas», y horas y horas inmóvil en la misma posición hasta ver, poco antes del amanecer, sus propias facciones en el lienzo, las facciones del ángel. Y el amo sonriéndole mientras avanzaba por el interminable corredor...

—No, Maestro, no me dejes. Permite que me quede contigo, no te vayas...

Nuevamente, la luz del día. Y dinero en los bolsillos, oro de ley, y el fasto de Venecia con sus canales de aguas verdes oscuras entre los muros de los palacios, y los otros aprendices caminando del brazo con él, y el aire fresco y el cielo azul sobre la plaza de San Marcos como algo que sólo hubiera soñado en la infancia. Y, al atardecer, de nuevo el palazzo y la entrada del Maestro, el Maestro inclinado con el pincel sobre la pequeña tabla, trabajando cada vez más deprisa bajo la mirada de los aprendices, entre horrorizada y fascinada, y el Maestro levantando la vista hacia él y dejando a un lado el pincel y llevándose del enorme estudio mientras los demás seguían trabajando hasta la medianoche, y su rostro entre las manos del Maestro para recibir, de nuevo a solas en la alcoba, aquel secreto (nunca contárselo a nadie) beso.

¿Dos años? ¿Tres? Imposible recrear o abarcar con palabras el esplendor de esa época: las flotas que zarpaban del puerto hacia la guerra, los himnos que se entonaban ante los altares bizantinos, las representaciones de la Pasión y de los milagros que se celebraban en los estrados de las iglesias y en las plazas, con su boca del infierno y sus demonios retozones, y los deslumbrantes mosaicos que cubrían los muros de San Marcos y de San Zanipolo y del Palazzo Ducale, y los pintores que trabajaban en esas calles, Giambono, Uccello, el Vivarini y el Bellini, y los continuos días de fiesta y de procesiones. Y siempre de madrugada, en las enormes estancias del palazzo iluminadas con antorchas, él a solas con el Maestro mientras los demás dormían encerrados bajo llave en sus alcobas. El pincel del Maestro moviéndose vertiginosamente sobre la tabla colocada ante él, como si estuviera descubriendo el cuadro en lugar de crearlo...; el sol y el cielo y el mar extendiéndose bajo el dosel que formaban las alas del ángel.

Y esos momentos horribles e inevitables en que el Maestro se ponía en pie gritando, arrojando los botes de pintura en todas direcciones, y se llevaba las manos a los ojos como si quisiera arrancárselos de las cuencas.

—¿Por qué no puedo ver? ¿Por qué no veo mejor que los mortales?

El muchacho apretado contra su maestro. Esperando el éxtasis del beso. Un secreto oscuro, no revelado. El Maestro saliendo por la puerta sin ser visto, un rato antes del amanecer.

—Déjame ir contigo, Maestro.

—Pronto, querido mío, mi amor, mi pequeño, cuando seas lo bastante fuerte y alto y haya desaparecido de ti toda imperfección. Ve ahora y disfruta de todos los placeres que te aguardan, goza del amor de una mujer durante las próximas noches, y goza también del amor de un hombre. Olvida las penas que conociste en el burdel y saborea esas cosas mientras te quede tiempo.

Y rara era la noche que terminaba sin que la figura del Maestro volviera, justo antes de salir el sol, y le acompañaría muchas veces durante las horas de luz, hasta que, con el crepúsculo, llegara de nuevo el beso mortal.

Aprendió a leer y a escribir. Se encargaba de llevar las pinturas a sus destinos finales en las iglesias y las capillas de los grandes palacios, de cobrar las obras entregadas y de comprar los óleos y pigmentos. Reñía a los criados cuando las camas se quedaban por hacer y las comidas no estaban a tiempo. Y, adorado por los aprendices, éstos se despedían llorando cuando, terminado el aprendizaje, los enviaba a su nuevo servicio. Le leía poesía al Maestro mientras éste pintaba, y aprendió a tocar el laúd y a cantar tonadas.

Y en las tristes ocasiones en que el Maestro abandonaba Venecia durante muchas noches seguidas, era él quien gobernaba la casa en su ausencia, ocultando su zozobra a los demás y sabiendo que ésta sólo terminaría cuando regresara el Maestro.

Y una noche, por fin, en las horas de la madrugada en que hasta Venecia duerme:

—Ha llegado el momento, hermoso mío, de que vengas a mí y te conviertas en lo que soy. ¿Es éste tu deseo?

—Sí.

—Te alimentarás siempre en secreto con la sangre de los malhechores, como yo hago, y guardarás este secreto hasta el fin de los tiempos.

—Hago la promesa, me entrego, lo deseo..., deseo estar contigo, Maestro mío, para siempre. Tú eres el creador de todo lo que soy. Nunca ha existido un deseo tan intenso.

El pincel del Maestro señalaba la pintura que se alzaba hasta el techo, por encima de las hileras de andamios.

—Éste es el único sol que volverás a ver siempre. Pero dispondrás de un milenio de noches para ver la luz como ningún mortal la ha visto nunca, para arrancar de las lejanas estrellas, como si fueras otro Prometeo, una iluminación eterna con la cual comprender todas las cosas.

¿Cuántos meses transcurridos tras esto? ¿Cuántos meses de vagar sin rumbo bajo el dominio del Don Oscuro?

Toda una vida nocturna de deambular juntos por las callejas y los canales —indiferente al peligro de la oscuridad y ya sin miedo alguno—, y el antiquísimo éxtasis de la muerte, y nunca, jamás, un alma inocente. No, siempre la de un malhechor, y la mente conmovida hasta topar con Tifón, el asesino de su hermano, y luego el acto de apurar la maldad de la víctima humana y de transmutarla en éxtasis. El Maestro, marcando el camino; el festín, compartido.

Y luego la pintura, las horas solitarias con el milagro de su nueva habilidad, el pincel moviéndose a veces sobre la superficie esmaltada como dotado de voluntad propia, y los dos juntos pintando con furia sobre el tríptico, y los aprendices mortales dormidos entre los botes de pintura y las botellas de vino. Y solamente un misterio que perturba la felicidad, el misterio de que, como en el pasado, el Maestro debía abandonar Venecia de vez en cuando para emprender un viaje que parecía interminable a quienes quedaban dolidos por su ausencia.

Una separación aún más terrible, ahora. Cazar solo sin el Maestro, yacer a solas en el profundo sótano después de la caza, esperando. No escuchar el timbre de la risa del Maestro ni el latido de su corazón.

—¿Pero adonde vas? ¿Por qué no puedo ir contigo? —suplicó Armand. ¿No compartían el secreto? ¿Por qué, entonces, no le explicaba aquel misterio?

—No, querido mío, todavía no estás preparado para esta carga.

De momento ha de seguir siendo sólo mía, como lo ha sido durante más de mil años. Algún día me ayudarás en lo que constituye mi deber, pero eso sólo será cuando estés preparado para recibir el conocimiento, cuando hayas demostrado querer conocerlo de verdad y cuando seas lo bastante poderoso como para que nadie pueda arrancarte ese conocimiento en contra de tu voluntad. Quiero que entiendas que, hasta entonces, no tengo otra opción que dejarte al margen. Mi viaje es para atender a Los Que Deben Ser Guardados, como siempre he hecho.

*Los Que Deben Ser Guardados.*

Armand les daba vueltas en la cabeza a aquellas palabras, que le producían miedo. No obstante, lo peor era que apartaban de él al Maestro. Y sólo aprendió a superar ese miedo cuando comprobó que el Maestro volvía a él una y otra vez tras estas ausencias.

—Los Que Deben Ser Guardados están en paz, o en silencio —decía el Maestro, al tiempo que se quitaba de los hombros la capa de terciopelo roja—. Puede que nunca lleguemos a saber nada más del tema.

Y, de nuevo, Armand y el Maestro volcados en el festín, en la sigilosa persecución de los malhechores por las callejas venecianas.

¿Cuánto tiempo podría haber continuado aquello? ¿Lo que dura una vida mortal? ¿Lo que duran cien?

Y había transcurrido aproximadamente medio año de esta tenebrosa felicidad, cuando una noche, tras el crepúsculo, el Maestro se incorporó de su ataúd en el profundo sótano justo por encima del agua y anunció:

—¡Levántate, Armand, tenemos que marcharnos de aquí! ¡Ellos están aquí!

—¿Ellos, Maestro? ¿Quiénes? ¿Los Que Deben Ser Guardados?

—No, querido mío. Los otros. ¡Vamos, debemos darnos prisa!

—Pero, ¿cómo pueden hacernos daño? ¿Por qué tenemos que marcharnos?

Los rostros blancos tras las ventanas, los golpes a las puertas. El ruido de los cristales rotos. El Maestro volviendo la vista a un lado y a otro para contemplar los cuadros. El olor a humo. El olor a brea ardiendo. Los misteriosos asaltantes subían del sótano, y también bajaban del piso superior.

—¡Corre! ¡No hay tiempo para poner nada a salvo!

Escaleras arriba hasta el techo. Unas figuras oscuras y encapuchadas blandiendo antorchas a través del umbral, el fuego rugiendo en las habitaciones de la planta baja, haciendo estallar las ventanas y envolviendo en llamas la escalera. Todos los cuadros destruidos.

—¡Al tejado, Armand, vamos!

¡Criaturas como nosotros con aquellas siniestras indumentarias! Otros seres como nosotros. El Maestro dispersándolas en todas direcciones mientras corría escaleras arriba; los huesos de las criaturas quebrándose al golpearse contra el techo y las paredes.

—¡Blasfemo, hereje! —gritaron las voces. Los brazos agarraron a Armand y no le soltaron. Y arriba, en lo alto de la escalera, el Maestro se volvió hacia él y gritó:

—¡Armand! ¡Confía en tus fuerzas y ven!

Pero las criaturas se apelotonaban en persecución del Maestro, le rodeaban. Por cada una que él estrellaba contra la pared encalada, aparecían otras tres, hasta que más de cincuenta antorchas envolvieron las ropas de terciopelo del Maestro, sus largas mangas rojas y su cabello blanco. El fuego se alzó hasta el techo con un rugido mientras le consumía, transformado en una antorcha viviente; y, con todo, incluso envuelto en llamas, el Maestro se defendía quemando a sus atacantes mientras éstos arrojaban las teas a sus pies como si fueran astillas de leña.

Armand, mientras tanto, fue conducido abajo y sacado de la casa en llamas junto con los aprendices mortales, que chillaban de terror. Y fue llevado lejos de Venecia, surcando las aguas, entre gritos y sollozos, en las entrañas de un buque tan aterrador como la nave de los esclavos, hasta salir a mar abierto bajo el cielo de la noche.

—¡Blasfemo, blasfemo! —La fogata cada vez mayor, y el círculo de figuras encapuchadas a su alrededor, y el cántico más y más estentóreo—: ¡Al fuego!

Y mientras Armand contemplaba la escena, petrificado, vio cómo los aprendices mortales, sus hermanos, sus únicos hermanos, lanzaban alaridos de pánico mientras eran arrojados por el aire hasta caer en el seno de las llamas.

—¡No, basta, deteneos...! ¡Ellos son inocentes! ¡Por el amor de Dios, basta! ¡Son inocentes...!

Armand gritaba y gritaba, pero había llegado su turno. Pese a su resistencia, le estaban levantando del suelo con la intención de lanzarle hacia lo alto para que fuera a caer en la pira.

—¡Maestro, ayúdame! —exclamó. Tras esto, las palabras dieron paso a un único y prolongado grito lastimero.

Furioso, se debatió enérgicamente entre los gritos y patadas.

Pero advirtió que le habían arrastrado lejos del fuego, que le habían rescatado y devuelto a la vida. Y se encontró tendido en el suelo contemplando el cielo. Las llamas parecían lamer las estrellas, pero estaban lejos de él y ya no podía ni sentir su calor. Armand apreció el olor de sus ropas quemadas y de su cabello chamuscado. Lo peor era el dolor que sentía en el rostro y en las manos; la sangre seguía rezumando de él y apenas era capaz de mover los labios...

—... Todas las vanas obras del Maestro, destruidas. ¡Todas las vanas creaciones que había hecho entre los mortales con sus Poderes Oscuros, imágenes de ángeles y santos y mortales vivientes! ¿Quieres que te destruyamos a ti también? ¿O prefieres entrar al servicio de Satán? Toma una decisión. Ya has probado el fuego y éste te aguarda, hambriento de ti. El infierno te espera. ¿Vas a tomar la decisión...?

—... sí...

—... ¿Vas a servir a Satán como debe hacerse?

—Sí...

—... ¿Aceptas que todas las cosas del mundo son pura vanidad y te comprometes a que nunca utilizarás tu Poderes Oscuros para satisfacer ninguna vanidad mortal, ni para pintar, crear música, bailar o recitar para diversión de los mortales, sino para permanecer eternamente al exclusivo servicio de Satán? ¿Te comprometes a emplear tus Poderes Oscuros para seducir y aterrorizar y destruir, sólo destruir... ?

—Sí...

—... ¿A consagrarte a tu único amo, Satán, siempre y eternamente Satán? ¿A servir a tu verdadero amo y maestro en la oscuridad y el dolor y el sufrimiento? ¿A entregarle tu mente y tu corazón?

—Sí.

—¿Y a no ocultar secreto alguno a tus hermanos en Satán, a proporcionarles los conocimientos que poseas del blasfemo y de su carga... ?

Silencio.

—¡A explicar todo lo que conozcas sobre su carga! —insistieron las criaturas—. ¡Vamos, apresúrate, las llamas esperan!

—No os entiendo...

—¡Hablamos de Los Que Deben Ser Guardados! ¡Cuéntanos lo que sepas!

—¿Contaros qué? No sé nada, salvo que no quiero sufrir. Estoy muy asustado.

—Dinos la verdad, Hijo de las Tinieblas. ¿Dónde están? ¿Dónde se encuentran Los Que Deben Ser Guardados?

—No lo sé. Leed mi mente, si tenéis ese poder. Comprobaréis que no contiene nada que os pueda decir.

—¿Pero *qué* son? ¿No te lo ha contado nunca tu blasfemo maestro? ¿*Qué* son Los Que Deben Ser Guardados?

Así, pues, tampoco aquellas criaturas sabían a qué se refería el Maestro. El nombre no tenía más significado para ellas que para el propio Armand. «*Cuando seas lo bastante poderoso como para que nadie pueda arrancarte ese conocimiento en contra de tu voluntad,*» El Maestro había sido muy previsor.

—¿Qué significa ese nombre? ¿Dónde están? ¡Es preciso que nos des la respuesta!

—Os juro que no la tengo. Os lo juro por mi miedo, que es lo único que poseo ahora. ¡No lo sé!

Rostros lechosos apareciendo encima de él, uno tras otro. Los labios insípidos depositando besos dulces e intensos, las manos acariciándole y las relucientes gotitas de sangre rezumando de las muñecas de las criaturas. Estas querían descubrir la verdad en la sangre, pero, ¿qué importaba eso? La sangre era la sangre.

—Ahora eres el hijo del diablo.

—Sí.

—No llores por Marius, tu maestro. Marius está en el infierno, donde pertenece. ¡Bebe ahora la sangre curativa y levántate y baila con los de tu estirpe para gloria de Satán! ¡Bebe y la inmortalidad será tuya de verdad!

—Sí... —La sangre quemándole la lengua al levantar la cabeza; la sangre llenándole con tortuosa lentitud.— ¡Oh, por favor!

En torno a él, frases en latín y el pausado batir de unos tambores. Las criaturas se daban por satisfechas, sabían que había dicho la verdad. No le matarían y el éxtasis borró cualquier otra reflexión. El dolor de sus manos y de su rostro se había disuelto en el éxtasis...

—Levántate, joven, y únete a los Hijos de la Oscuridad.

—Sí.

Manos blancas tendidas hacia las suyas. Cornos y laúdes aullando sobre el batir de los tambores, arpas pulsadas en un rasgueo hipnótico mientras el círculo empezaba a moverse. Figuras encapuchadas vestidas de negro con túnicas de mendicante que ondulaban cuando alzaban las rodillas y doblaban el espinazo.

Y, soltándose las manos, dieron vueltas y saltaron y cayeron de nuevo, girando y girando, y una tonada se alzó en un murmullo cada vez más potente tras los labios cerrados.

El círculo siguió girando más deprisa. El murmullo era una gran vibración melancólica sin forma ni continuidad y, sin embargo, parecía una especie de lenguaje, el propio eco del pensamiento. Cada vez más potente, se alzó como un gemido que no lograra quebrarse en un grito.

Él hacía el mismo sonido, al unísono con los demás, y luego giraba y, mareado de dar vueltas, saltaba al aire, muy alto. Las manos le asían, los labios le besaban y él daba vueltas y más vueltas impulsado por los demás, alguien gritando en latín, otro respondiendo, otra voz gritando más fuerte, seguida de una nueva respuesta.

Estaba volando, rotas las ataduras con la tierra y con el terrible dolor de la muerte de su Maestro y de la destrucción de los cuadros y de la muerte de los mortales que había amado. El viento sopló de frente, y el calor le estalló en el rostro y en los ojos, pero la tonada era tan hermosa que no importaba que ignorara las palabras, que no pudiera rezarle a Satán o que no supiera creer ni rezar una oración como aquélla, pues nadie se daba cuenta de su ignorancia. Todos los demás, formando un coro, continuaron lanzando gemidos y lamentos y dando vueltas y saltando de nuevo; y luego, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, echaron la cabeza hacia atrás, cegados por las llamas que les lamían, y alguien gritó «¡Sí, Sí!».

Y la música se alzó como una oleada. Tambores y panderetas desencadenaron un ritmo bárbaro en torno a Armand, mientras las voces se lanzaban por fin a una extravagante y acelerada melodía. Los vampiros alzaron los brazos entre aullidos y sus siluetas pasaron revoloteando ante él, presas de agitadas contorsiones, con las espaldas arqueadas y un taconeo nervioso. Era el júbilo de los diablillos en el infierno. La escena horrorizó a Armand, y, al mismo tiempo, le atrajo. Y cuando las manos le asieron y le hicieron dar vueltas sobre sí mismo, el joven se puso a taconear, a girar y a bailar como los demás, dejando que el dolor le atravesase, doblando las extremidades y dando la alarma a sus gritos.



Y, antes de que amaneciera, Armand se encontró delirando, rodeado por una decena de hermanos que le acariciaban y le tranquilizaban y le conducían peldaños abajo por una escalera que habían abierto en las entrañas de la Tierra.

Durante los meses que siguieron, Armand creyó soñar que su Maestro no había muerto entre las llamas. Soñó que su Maestro había caído del tejado, como un cometa flamante, a las aguas salvadoras del canal que corría debajo. Y que sobrevivía en lo más profundo de las montañas del norte de Italia. Y que le llamaba a su lado. El Maestro se hallaba en el santuario de Los Que Deben Ser Guardados.

A veces, en sus sueños, el Maestro aparecía poderoso y radiante como siempre le había visto; la belleza parecía ser su vestimenta. Otras veces, se presentaba en el suelo como una criatura ennegrecida y consumida, como un ascua dotada de vida, con los ojos enormes y amarillos. Únicamente su cabello blanco aparecía tan abundante y lustroso como Armand lo recordaba. El Maestro se arrastraba por el suelo, sin fuerzas, suplicándole ayuda. Y, detrás de él, una luz cálida surgía del santuario de Los Que Deben Ser Guardados; y, con la luz, llegaba el olor de incienso. Parecía haber allí una promesa de antigua magia, una promesa de belleza fría y exótica más allá de todo bien y de todo mal.

Pero todo aquello eran vanas imaginaciones. El Maestro le había dicho que el fuego y la luz del Sol podían destruirles y él mismo había visto al Maestro envuelto en llamas. Tener sueños de aquel tipo era como desear la vuelta a la vida mortal.

Y cuando Armand abría los ojos y contemplaba la Luna y las estrellas y el tranquilo espejo del mar que tenía ante él, se daba cuenta de que no había esperanzas ni penas ni alegrías. Todas estas emociones habían procedido del Maestro y éste ya no existía.

«Soy el hijo del diablo.» Aquello era poesía. Desapareció de él toda la fuerza de voluntad y no quedó nada, salvo la confraternidad de las tinieblas. Y su impulso cazador pasó a cebarse no sólo en los malhechores, sino también en los inocentes. La caza se transformó, por encima de todo, en un acto de crueldad.

En Roma, en la gran asamblea reunida en las catacumbas, saludó con una reverencia a Santino, el líder del grupo, quien descendió una escalinata de piedra para recibirle con los brazos abiertos. Aquel poderoso Maestro había nacido a las Tinieblas en tiempos de la peste negra y le contó a Armand la visión que le había asaltado en el año 1349, cuando la epidemia estaba en pleno furor, respecto a que nuestra raza era como la propia peste negra: una plaga sin explicación, destinada a hacer dudar al hombre, a hacerle dudar de la bondad y de la intervención divinas.

Santino condujo a Armand al santuario cubierto de cráneos humanos y le contó la historia de los vampiros.

Estos, igual que los lobos, habían existido en todas las épocas como un flagelo de la humanidad mortal. Y en la asamblea de Roma, sombra oscura de la Iglesia Católica, radicaba su perfección final.

Armand ya estaba al corriente de los rituales y de las prohibiciones más comunes. Ahora debía aprender las grandes leyes:

UNA: Que cada asamblea debe tener su líder y que sólo éste puede ordenar que se efectúe el Rito Oscuro sobre un mortal, además de ocuparse de que se observen como es debido las ceremonias.

DOS: Que no deben realizarse nunca el Rito Oscuro con un inválido, un tullido, un niño o un mortal incapaz de, incluso con los Poderes Oscuros, sobrevivir por su cuenta. Se entiende también que todos los mortales que reciban los Dones Oscuros deben ser hermosos, para que el insulto a Dios sea más grande cuando se efectúe sobre ellos el Rito Oscuro.

TRES: Que los vampiros viejos no deben realizar nunca este rito mágico para que la sangre de los novicios no sea demasiado fuerte, pues el poder de los vampiros crece con el tiempo de forma natural y los viejos tienen demasiado para transmitirlo. Las heridas, las quemaduras y otras catástrofes semejantes, si no logran destruir al Hijo de Satán, no hacen otra cosa que incrementar sus poderes una vez curado. Con todo, Satán protege a su rebaño del poder de los viejos vampiros, pues todos éstos, sin excepción, se vuelven locos.

A este respecto, Santino hizo observar a Armand que en aquel momento no había ningún vampiro vivo que tuviera más de trescientos años. Ninguno de los que aún vivían guardaba recuerdos de la fundación de la primera asamblea en Roma. El diablo llamaba a los vampiros a su lado con bastante frecuencia.

También hizo hincapié en que el efecto del Rito Oscuro era impredecible, aunque fuera realizado por un vampiro novicio y con todo el cuidado debido. Por razones que nadie conocía, algunos mortales se hacían fuertes como titanes cuando renacían como Hijos de las Tinieblas, mientras otros apenas pasaban de cadáveres ambulantes. Por eso debía escogerse con mucho cuidado a los mortales, y debía evitarse tanto a los que poseían un gran apasionamiento y una voluntad indomable como a los que carecían por completo de ambas cosas.

CUATRO: Que ningún vampiro puede destruir jamás a otro, salvo el amo de la asamblea, quien posee poder sobre la vida y la muerte de toda su grey, y, además, tiene la obligación de conducir al fuego a los viejos y a los locos cuando ya no pueden seguir sirviendo a Satán como es debido. Ese líder de la asamblea tiene la obligación de destruir a todos los vampiros que no han sido creados como es debido, y a aquellos que están tan malheridos que no podrían sobrevivir por sí solos. Y, por último, tiene también la obligación de procurar la destrucción de todos los proscritos y de quienes hayan quebrantado las leyes.

CINCO: Que ningún vampiro debe revelar jamás su verdadera naturaleza a un humano y permitir que éste siga viviendo. Ningún vampiro debe contar la historia de los vampiros a un mortal y dejarle seguir viviendo. Ningún vampiro debe contar por escrito la historia de los vampiros ni revelar ninguna información verídica sobre los mismos, para que los mortales no puedan descubrir tal historia y tomarla por cierta. Y ningún mortal debe enterarse nunca del nombre de un vampiro, salvo el de su lápida sepulcral, del mismo modo en que ningún vampiro debe revelar a los mortales la ubicación de su guarida ni la de ningún otro vampiro.

Éstas eran, pues, las grandes órdenes que debían obedecer todos los vampiros y que regían la existencia entre los no muertos.

No obstante, Armand debía conocer que siempre habían corrido historias sobre viejos vampiros heréticos, poseedores de poderes terribles, que no se sometían a autoridad alguna, ni siquiera del diablo. Eran vampiros que habían sobrevivido mil años (Hijos de los Milenios, eran llamados a veces). En el norte de Europa estaban los relatos acerca de Mael, que vivía en los bosques de Inglaterra y Escocia. En el Asia Menor corría la leyenda de Pandora, y, en Egipto, la antigua historia del vampiro Ramsés, a quien se había vuelto a ver en los tiempos presentes.

Relatos semejantes podían encontrarse en todas partes del mundo y eran fáciles de descalificar como meras fantasías, salvo por un detalle. Marius, el viejo hereje, había sido descubierto en Venecia, y allí mismo había sido castigado por los Hijos de las Tinieblas. Lo que se contaba de Marius había sido cierto. Pero Marius ya no existía.

Armand no dijo nada tras estos últimos comentarios. No le contó a Santino los sueños que había tenido. Lo cierto era que los sueños se habían hecho vagos y confusos en su cabeza, igual que los colores de los cuadros de Marius. Ya no estaban recogidos en la mente de Armand ni en su corazón para que los descubriera quien escuchara sus pensamientos.

Cuando Santino habló de Los Que Deben Ser Guardados, Armand volvió a confesar que no sabía qué significaba esa frase. Tampoco lo sabía Santino, ni ningún vampiro que éste hubiera conocido nunca.

El secreto seguía oculto. Marius había muerto y, con él, el viejo e inútil misterio quedaba reducido al silencio. Satán es nuestro Señor y nuestro Maestro. En Satán, todo se conoce y todo se entiende.

Armand complació a Santino. Aprendió de memoria las leyes, perfeccionó su dominio de los encantamientos ceremoniales, de los rituales y de las plegarias. Fue testigo de los aquelarres más grandes que iba a presenciar jamás y tomó enseñanzas de los vampiros más poderosos, expertos y hermosos que conocería en toda su existencia. Aprendió tanto, que se convirtió en un misionero encargado de reunir en asambleas a los Hijos de las Tinieblas que vagaban perdidos y de conducir a otros en la celebración del aquelarre y en la realización del Rito Oscuro cuando el mundo, el demonio y la carne llamaban a hacerlo.

Enseñó las Bendiciones Oscuras y las Ceremonias Oscuras en España, Francia y Alemania, y conoció Hijos de las Tinieblas salvajes y tenaces cuya compañía hacía arder dentro de él una llamita mortecina cuando la asamblea le rodeaba, consolada por su presencia y obteniendo la unidad gracias a su fuerza.

Armand perfeccionó el arte de la cacería de mortales hasta superar a todos los Hijos de las Tinieblas que conocía. Aprendió a convocar a los humanos que realmente deseaban morir. Le bastaba con acercarse a las viviendas de los mortales y llamar en silencio a sus víctimas para verlas aparecer.

Jóvenes, viejos, miserables, enfermos, feos y hermosos...; no importaba, porque no escogía. Les lanzaba visiones por si querían captarlas, pero ni una sola vez se acercó a sus víctimas o tan siquiera pasó los brazos en torno a ellas. Atraídos inexorablemente hacia él, eran sus presas mortales quienes le abrazaban. Y cuando sus carnes cálidas y vivas le tocaban, cuando abría los labios y sentía derramarse la sangre, Armand conocía el único placer que podía aliviar sus penas.

En el punto álgido de esos momentos, pese al éxtasis carnal de la caza, le parecía que su camino era profundamente espiritual, sin contaminar por los apetitos y confusiones que confortaban el mundo.

En aquel acto sangriento se unían lo espiritual y lo carnal, y Armand estaba convencido de que era lo primero lo que sobrevivía. Para él era una Santa Eucaristía, y la Sangre de los Hijos de Cristo sólo servía para hacerle comprender la esencia misma de la vida durante la fracción de segundo en que se producía la muerte. Únicamente los grandes santos de Dios le igualaban en aquella espiritualidad, en aquella confrontación con el misterio, en aquella existencia de renuncia y meditación.

No obstante, Armand fue viendo desaparecer a los más poderosos de sus camaradas. Vio cómo se volvían locos y hacían caer la destrucción sobre ellos mismos. Fue testigo de la inevitable disolución de muchas asambleas, de cómo la inmortalidad derrotaba a los Hijos de las Tinieblas más perfectamente creados. Y, en ocasiones, le pareció un castigo terrible que esa inmortalidad no tuviera el menor efecto sobre él.

¿Acaso estaba destinado a ser uno de los vampiros viejos, de los Hijos de los Milenios? ¿Eran creíbles aquellas historias que persistían todavía?

De vez en cuando, un vampiro errabundo hablaba de si la fabulosa Pandora había sido vista por un instante en la ciudad de Moscú, en la lejana Rusia, o comentaba rumores sobre si Mael estaba instalado en las yermas costas inglesas. Los viajeros hablaban incluso de Marius, de que había sido visto de nuevo en Egipto, o en Grecia. No obstante, ninguno de aquellos narradores había visto con sus propios ojos a los vampiros legendarios. En realidad, no sabían nada y sólo repetían rumores conocidos de oídas.

Nada de todo ello distraía ni divertía al obediente siervo de Satán. Cumpliendo con ciega fidelidad las Leyes Oscuras, Armand continuó su servicio.

Con todo, a lo largo de esos siglos de obediencia, Armand guardó siempre para sí dos secretos. Dos secretos que eran más suyos que el mismo ataúd en el que se encerraba durante el día, y que los escasos amuletos que llevaba.

El primero de ellos era que, por grande que fuera su soledad y por mucho que se prolongara la búsqueda de hermanos y hermanas de raza en quienes poder buscar cierto descanso, jamás había llevado a cabo el Rito Oscuro por sí mismo. No estaba dispuesto a ofrecer a Satán ningún Hijo de las Tinieblas creado por él.

Y el otro secreto, que mantenía oculto a sus seguidores por el propio bien de éstos, era sencillamente su grado de desesperación, cada vez más profundo.

Era el hecho de no anhelar nada, de no apreciar nada, de no creer en nada; de no disfrutar un ápice en el ejercicio de sus poderes, asombrosos y siempre crecientes; de vivir todos los momentos en un vacío roto una vez cada noche de su vida eterna con el acto de la caza.

Mientras los demás le habían necesitado, Armand les había ocultado celosamente aquel secreto que le había permitido guiarles, pues su miedo les habría hecho sentirlo también.

Pero todo había terminado.

Un gran ciclo había finalizado y, ya años atrás, Armand había notado que se cerraba sin comprender siquiera que se trataba de tal ciclo.

Le llegaron de Roma los relatos maliciosamente confusos de los viajeros, ya no actuales cuando le eran contados, respecto a que el líder, Santino, había abandonado a su grey. Algunos decían que se había vuelto loco y se había retirado al campo; otros afirmaban que se había arrojado al fuego, y unos terceros declaraban que «el mundo» se lo había tragado, que se lo había llevado un grupo de mortales en un carruaje negro y que no se le había vuelto a ver.

«O nos arrojamos al fuego o entramos en la leyenda» había comentado el narrador de la historia.

Luego llegaron noticias de que el caos reinaba en Roma, de que decenas de líderes se ponían la capucha y la túnica negras para presidir la asamblea. Y, más tarde, pareció que no quedaba ninguno de aquellos líderes.

A partir de 1700, no había vuelto a tener noticias de Italia. Durante más de medio siglo, Armand no había sido capaz de fiarse de su pasión ni de la de quienes le rodeaban para crear el frenesí del auténtico aquelarre. Y, durante este tiempo, había vuelto a soñar con Marius, su viejo Maestro, con sus ricas vestimentas de terciopelo rojo, y había visto el palazzo lleno de vibrantes pinturas. Y había sentido miedo.

Entonces había llegado otro.

Sus hijos habían corrido a los subterráneos bajo les Innocents para describirle a aquel nuevo vampiro que llevaba una capa de terciopelo rojo forrada de piel y podía profanar las iglesias y asaltar a los portadores de cruces y deambular por los lugares de luz. Terciopelo rojo. Sólo era una coincidencia, y, sin embargo, el detalle le enfureció y le pareció un insulto, un dolor gratuito que su alma no podía soportar.

Y, seguidamente, el nuevo vampiro había creado a la mujer, a aquella mujer de cabellera leonina y nombre de ángel, tan bella y poderosa como su hijo.

Y Armand había subido los peldaños que le conducían fuera de las catacumbas, conduciendo a su grupo contra nosotros, igual que los encapuchados se habían lanzado a destruirles a él y a su Maestro siglos antes, en Venecia.

Y había fracasado.

Armand se vio en pie, vestido con aquellas extrañas ropas de brocados y encajes. Llevaba unas monedas en los bolsillos. Su mente se inundó de imágenes procedentes de los miles de libros que había leído. Y se sintió conmovido por todo lo que había presenciado en los lugares de luz de aquella gran ciudad llamada París, y fue como si escuchara a su viejo Maestro susurrándole al oído:

*«Pero dispondrás de un milenio de noches para ver la luz como ningún mortal la ha visto nunca, para arrancar de las lejanas estrellas, como si fueras otro Prometeo, una iluminación eterna con la cual comprender todas las cosas».*

—Todas las cosas han escapado a mi comprensión —declaró—.

Me veo como alguien a quien la tierra haya devuelto, y vosotros, Lestat y Gabrielle, sois como las imágenes pintadas por mi viejo Maestro en tonos cerúleos, carmines y dorados.

Permaneció inmóvil en el umbral de la cámara con las manos ocultas bajo los brazos cruzados, mirándonos y preguntando en silencio:

*«Qué hay que conocer? ¿Qué hay que dar? Somos los abandonados de Dios. Y delante de mí no se extiende ninguna Senda del Diablo, ni suena en mis oídos ninguna campana del infierno».*

## 4

Transcurrió una hora, quizás algo más. Armand se había sentado junto al fuego. Ya no quedaba en su rostro marca alguna de la pelea, olvidada hacía mucho tiempo. Inmóvil y callado, parecía más frágil que una concha vacía.

Gabrielle tomó asiento frente a él y contempló también en silencio las llamas, con rostro apenado y, aparentemente, lleno de compasión. Me resultaba doloroso no poder conocer sus pensamientos.

Pensé en Marius. Marius... El vampiro que había pintado cuadros del y en el mundo real. Trípticos, retratos, frescos en los muros de su palazzo.

Y el mundo real nunca había sospechado de él ni le había perseguido ni le había expulsado. Había sido aquella banda de espectros encapuchados la que había acudido a quemar los cuadros, la que había compartido con él el Don Oscuro (¿lo habría llamado así alguna vez el propio Marius?). Habían sido ellos quienes habían decidido que Marius no podía vivir y crear entre los mortales. Habían sido ellos. No los mortales.

Vi el pequeño escenario del local de Renaud y me oí a mí mismo cantando, y la canción se convirtió en un rugido. «Es espléndido» dijo Nicolás. «No vale nada» repliqué. Y fue como si hubiera golpeado a Nicolás. En mi imaginación, le oí decir lo que se había callado esa noche: «Déjame tener algo en lo que creer. Tú nunca harías eso».

Los trípticos de Marius estaban en iglesias y capillas de conventos, tal vez en las paredes de las grandes casas de Venecia y de Padua. Los vampiros no habrían penetrado en lugares sacros para quitarlos. Así pues, tenían que estar en alguna parte, tal vez con una firma elaborada en el detalle, las creaciones de aquel vampiro que se rodeaba de aprendices mortales, que mantenía a un amante mortal de quien tomaba un poco de la secreta bebida y que salía de caza en solitario.

Pensé en la noche en la posada, cuando había percibido el sinsentido de la vida, y la difusa e insondable desesperación de la historia de Armand me pareció un océano en el que podía ahogarme. Esto era peor que la costa yerma en la mente de Nicolás. Esto, esta oscuridad, esta nada, duraba tres siglos.

El radiante joven de cabello castaño sentado junto al fuego podía abrir de nuevo la boca y de ella saldría una nebrura como tinta china que cubriría el mundo.

Es decir, de no haber existido aquel protagonista, aquel maestro veneciano que había cometido el acto herético de dar sentido a las imágenes de los paneles que pintaba —tenía que ser eso, darles sentido—, y al que nuestra propia estirpe, los elegidos de Satán, había convertido en una antorcha viviente.

¿Había visto Gabrielle aquellas pinturas del relato igual que yo las había visto? ¿Habían ardido ante los ojos de su mente igual que habían hecho ante los míos?

Marius estaba recorriendo algún camino hacia mi alma que le permitiría vagar por ella para siempre, junto a los espectros encapuchados que habían devuelto las pinturas al caos.

Con una especie de pena sorda, pensé en los comentarios de los viajeros sobre si Marius estaba vivo, si le habían visto en Egipto o en Grecia...

Quise preguntarle a Armand si tal cosa no era posible. Marius debía haber sido tan fuerte... No obstante, me pareció poco respetuoso preguntárselo.

—Es una vieja leyenda —susurró él. Su voz sonó tan precisa como aquella otra voz interior. Sin apresurarse y sin apartar la vista del fuego un solo instante, añadió—: Una leyenda de los tiempos antiguos, de antes de que nos destruyeran a ambos.

—Tal vez no —respondí. Me llegó un eco de las visiones, de las pinturas en las paredes—. Tal vez Marius está vivo.

—Somos milagros o espantos —comentó él sin alzar la voz—, depende de lo que se quiera ver en nosotros. Y cuando uno tiene la primera noticia de nuestra existencia, sea a través de la sangre oscura o a través de promesas o visitas, uno cree posible cualquier cosa. Pero no es así. Muy pronto, el mundo se cierra con fuerza en torno a este milagro y deja de esperarse ninguno más. Es decir, uno se acostumbra a los nuevos límites, y éstos vuelven a definirlo todo una vez más. Por eso dicen que Marius pervive. Todos ellos perviven en alguna parte, ¿no es eso lo que deseas creer? En la asamblea de Roma ya no queda uno solo de los que me enseñaron el ceremonial durante aquellas noches. Tal vez la asamblea misma haya dejado de existir allí. Han transcurrido años y años desde que tuvimos las últimas noticias de ella. No obstante, todos ellos deben existir en alguna parte, ¿verdad? Al fin y al cabo, no pueden morir... —Tras un suspiro, añadió—: No importa.

Lo que importaba era algo mayor y más terrible: que aquella desesperación podía aplastar a Armand bajo su peso. Que, a pesar de la sed que ahora tenía, de la sangre perdida durante nuestra pelea y del silencioso horno que era su cuerpo sanando de los golpes y de la carne desgarrada, no era capaz de decidirse a salir al mundo superior a cazar. Antes sufriría la sed y el calor del silencioso horno. Antes se quedaría allí, con nosotros.

Pero Armand ya conocía la respuesta: que no podría quedarse con nosotros.

Gabrielle y yo no tuvimos que hablar para hacérselo saber. Ni siquiera tuvimos que aclarar la cuestión mentalmente. Armand lo supo igual que Dios puede conocer el futuro, porque Él es el poseedor de todos los hechos.

Una angustia insoportable. Y la expresión de Gabrielle, muy triste y abatida.

—Sabes que desearía de todo corazón llevarte con nosotros —dije al fin. Me sentí sorprendido de mi propia emoción—, pero eso sería una catástrofe para todos.

No hubo ningún cambio en él. Armand lo sabía. Gabrielle no hizo la menor protesta.

—No puedo dejar de pensar en Marius —confesé.

*«Lo sé. En cambio, no piensas en Los Que Deben Ser Guardados, lo cual es muy extraño.»*

—Sencillamente, es un misterio más —respondí—. Y existe un millar de misterios como éste. En quien pienso es en Marius, y soy demasiado esclavo de mis propias obsesiones y de mi propia



fascinación. Es terrible darle tantas vueltas a la figura de Marius, separar a ese radiante personaje del resto del relato.

*«No importa. Si te place, tómallo. Yo no pierdo lo que doy.»*

—Cuando alguien pone de manifiesto su dolor de forma tan torrencial, uno queda obligado a respetar el conjunto de la tragedia. Uno tiene que intentar comprender. Y esta impotencia, esta desesperación, me resulta casi incomprensible. Por eso pienso en Marius. A él lo entiendo. A ti, no.

*«¿Por qué?»*

Silencio.

¿No se merecía Armand la verdad?

—Siempre he sido un rebelde —declaré—. Tú, en cambio, has sido esclavo de todo lo que ha ejercido poder sobre ti.

—¡Yo era el líder de mi asamblea!

—No. Eras esclavo de Marius, y luego lo fuiste de los Hijos de las Tinieblas. Caíste bajo el hechizo de aquél, y, seguidamente, de los otros. Lo que padeces ahora es la ausencia de tales hechizos. Me estremece pensar que, por unos instantes, me forzaras a entenderlo, a conocerlo como si fuera un ser distinto del que soy.

—No importa —replicó él, con la vista fija aún en el fuego—. Piensas demasiado en términos de decisiones y acciones. Mi relato no es ninguna explicación y no soy alguien que requiera un tratamiento respetuoso en tus pensamientos ni en tus palabras. Y todos sabemos que la respuesta que has dado es demasiado inmensa para ser proclamada. Y los tres sabemos que es definitiva. Lo que no entiendo es la razón. ¿Así que soy una criatura muy distinta a vosotros y no podéis entenderme? ¿Por qué no puedo acompañaros? Si me lleváis, haré todo lo que queráis. Caeré bajo vuestro hechizo.

Pensé en Marius con su pincel y sus botes de pintura al huevo.

—¿Cómo pudiste seguir creyendo nada de cuanto te decían después de que quemaran esos cuadros? —exclamé—. ¿Cómo pudiste entregarte a ellos?

Agitación, cólera creciente.

Cautela, pero no miedo, en el rostro de Gabrielle.

—Y tú, cuando saliste al escenario y viste al público gritando para salir del teatro... (¿cuáles fueron las palabras que usaron mis seguidores para describir la escena, el vampiro aterrizando a la multitud y la multitud saliendo atropelladamente al boulevard du Temple?) ... ¿Qué creías entonces? Que no pertenecías al mundo de los mortales, eso es lo que creías. Sabías muy bien que no. Y no había ninguna banda de espectros encapuchados y con túnicas que te lo dijeran. Lo sabías. Y tampoco Marius pertenecía al mundo de los mortales. Ni yo.

—Ah, pero eso es distinto.

—No, no lo es. Por eso menosprecias el Teatro de los Vampiros que en este mismo instante está representando sus obritas para conseguir el oro de los paseantes del bulevar. Tú no quieres engañar, a diferencia de Marius. Y eso te separa todavía más de la humanidad. Quieres aparentar que eres mortal, pero engañar te irrita y te hace matar.

—En esa aparición en el escenario —repliqué—, me manifesté *yo mismo*. Hice todo lo contrario a engañar. Al poner de manifiesto mi condición monstruosa, buscaba de algún modo sentirme unido de nuevo a mis congéneres humanos. Prefería que huyeran de mí a que no me vieran. Prefería que supieran que era algo monstruoso a escurrirme por el mundo sin ser reconocido por aquellos de los que me alimentaba.

—Pero no mejoró las cosas.

—No. Lo que hizo Marius fue lo mejor. No engañó a nadie.

—Claro que sí. ¡Le tomó el pelo a todo el mundo!

—No. Encontró un modo de imitar la vida mortal. De ser uno con los mortales. Sólo mataba malhechores, y pintaba como los mortales. Ángeles puros y cielos azules, nubes, éstas son las cosas que me has hecho ver mientras hablabas. Creó cosas buenas. Y veo en él sabiduría y ausencia de vanidad. No necesitaba ponerse al descubierto. Había vivido mil años y creía más en las vistas del paraíso que pintaba que en sí mismo.

Confusión.

«*Ahora no importa, diablos que pintan ángeles,*»

—Eso sólo son metáforas —afirmé—. ¡Y sí que importa! ¡Importa mucho, si has de renacer, si has de retomar la Senda del Diablo alguna vez! Existen maneras de que podamos existir. Si pudiera imitar la vida, encontrar un modo de...

—Dices cosas que no significan nada para mí. Somos los abandonados de Dios.

Gabrielle le miró de improviso y preguntó:

—¿Tú crees en Dios?

—Sí, siempre —respondió él—. Es Satán, nuestro amo, quien ha resultado ficción, y ésta es la ficción que me ha traicionado.

—Oh, entonces estás condenado sin remedio —exclamé—. Y sabes muy bien que tu retiro a la fraternidad de los Hijos de las Tinieblas fue apartarse de un pecado que no era tal.

—Cólera.

—Tu corazón se rompe por algo que nunca conseguirás —replicó, alzando la voz repentinamente—. Has traído a Gabrielle y a Nicolás a este lado de la barrera, pero tú no puedes volver al otro lado.

—¿Por qué no prestas atención a tu propia historia? —pregunté—. ¿Se trata acaso de que no le hayas perdonado nunca a Marius que no te advirtiera acerca de ellos, que te dejara caer en sus manos? Yo no soy Marius, pero te diré que, desde que puse el pie en la Senda del Diablo, sólo he oído hablar de un antiguo que pudiera enseñarme algo, y ése es Marius, tu maestro veneciano. Ahora, Marius me está hablando. Me está diciendo algo sobre un camino para ser inmortal.

—Te estás burlando.

—¡No! ¡De ninguna manera! Y es a ti a quien se le rompe el corazón por lo que nunca conseguirás: otra fe que abrazar, otro hechizo.

No hubo respuesta.

—Nosotros no podemos ser Marius para ti —insistí—, ni el señor oscuro, San tino. No somos artistas con una gran visión que te pueda impulsar, ni somos amos de asambleas maléficas decididos a condenar a la perdición a una legión. Y es este dominio, este glorioso mandato, lo que debes tener.

Sin proponérmelo, me había puesto en pie. Me acerqué al fuego y bajé la vista a Armand.

Y, por el rabillo del ojo, advertí el sutil gesto aprobatorio de Gabrielle y la manera en que cerraba los ojos por un instante, como si se permitiera un suspiro de alivio.

Armand permaneció absolutamente inmóvil.

—Tienes que pasar por el sufrimiento de este vacío —le dije— y encontrar lo que te impulse a continuar. Si vienes con nosotros, te fallaremos y nos destruirás.

—¿Cómo puedo pasar ese trance? —Alzó los ojos hacia mí y frunció el entrecejo con la expresión más conmovedora—. ¿Por dónde empezar? Tú te mueves como la mano derecha de Dios, pero, para mí, el mundo, ese mundo real en el cual vivía Marius, está fuera de mi alcance. Nunca viví en él. Me aplasto contra el cristal, pero, ¿cómo entrar?

—No puedo decírtelo —respondí.

—Tienes que estudiar esta época —intervino Gabrielle con voz calmada pero imperiosa.

Armand se volvió hacia ella mientras mi compañera añadía:

—Tienes que comprender esta época a través de su literatura, su música y su arte. Acabar de surgir de la tierra, como antes has dicho tú mismo. Ahora, vive en el mundo.

No hubo respuesta alguna de Armand. Una breve imagen del piso devastado de Nicolás con todos los libros por el suelo. Civilización occidental amontonada.

—¿Y qué lugar hay mejor que el centro de las cosas, el bulevar y el teatro? —preguntó Gabrielle.

Armand frunció el entrecejo de nuevo y volvió la cabeza en actitud de rechazo, pero ella insistió:

—Tienes dotes para liderar la asamblea, y ésta todavía existe.

Él emitió un sonido grave, desesperado.

—Nicolás es un novicio inexperto —continuó Gabrielle—. Puede enseñarles cosas del mundo exterior, pero no puede conducirles de verdad. Y la mujer, Eleni, tiene una inteligencia sorprendente, pero te cederá el paso.

—¿Qué valor tienen para mí sus juegos? —musitó Armand.

—Son una manera de existir. Y, en este momento, eso es lo único que importa para ti.

—¡El Teatro de los Vampiros! Antes prefiero el fuego.

—Piénsatelo —insistió ella—. Hay en él una perfección que no puedes negar. Nosotros somos apariencias engañosas de lo mortal, y el escenario es una ilusión de lo real.

—Es una abominación —replicó él—. ¿Cómo lo llamó Lestat? ¿Ridículo?

—Eso era para Nicolás, porque Nicolás construiría filosofías fantásticas sobre ello —explicó Gabrielle—. Ahora debes vivir sin esas filosofías fantásticas, igual que hiciste cuando eras aprendiz de Marius. Dedicáte a conocer la época. Otra cosa: Lestat no cree en el valor del mal, pero yo sí. Y sé que tú también.

—Yo soy el mal —respondió él con una media sonrisa. Casi se echó a reír—. No es cuestión de creencia, ¿verdad? ¿Pero tú piensas que podría pasar del sendero espiritual que he seguido durante tres siglos a la voluptuosidad y la sensualidad como si tal cosa? Nosotros éramos santos del mal —protestó—. No seré el mal vulgar. No, señor.

—Pues no lo seas —replicó ella, impacientándose—. Si eres el mal, ¿cómo pueden ser tus enemigos la voluptuosidad y la sensualidad? ¿No conspiran contra el hombre por un igual el mundo, el demonio y la carne?

Armand movió la cabeza como para decir que no le importaba.

—Te preocupa más lo espiritual que el mal, ¿no es así? —intervine, mirándole fijamente.

—Sí —respondió de inmediato.

—Pero no comprendes que el color del vino en una copa de cristal puede ser espiritual —continuó—. Una mirada en un rostro, la música de un violín. Un teatro de París puede estar imbuido de lo espiritual pese a toda su solidez. No existe en él nada que no haya sido moldeado por la fuerza de quienes poseían visiones espirituales de lo que podría ser.

Algo se aceleró dentro de él, pero hizo caso omiso.

—Seduces al público con tu voluptuosidad —le instó Gabrielle—. Por el amor de Dios, y del diablo, utiliza el poder del teatro a tu voluntad.

—¿No eran espirituales los cuadros de tu viejo maestro? —inquirí. Noté en mi interior una sensación cálida al pensar en ello—. ¿Puede alguien contemplar las grandes obras de esa época y no llamarlas espirituales?

—Yo mismo me he hecho esta pregunta muchas veces —dijo Armand—. ¿Era espiritualidad o voluptuosidad? Esos ángeles pintados en el tríptico, ¿estaban captados en la materia o eran esa materia transformada?

—Lo único que sé es que, no importa lo que te hicieran después los demás, nunca dudaste de la belleza y del valor de la obra de Marius. Y eran la materia transformada. Sus imágenes dejaron de ser pinturas y se convirtieron en magia igual que, al matar a nuestras víctimas, la sangre deja de ser sangre y se convierte en vida.

Se le nublaron los ojos, pero no surgió de él imagen alguna. Fuera cual fuese la senda que estaba recorriendo en sus recuerdos, viajaba por ella en solitario.

—Lo carnal y lo espiritual se unen en el teatro igual que en la pintura —dijo Gabrielle—. Somos espectros sensuales por nuestra propia naturaleza. Tómalo como una clave para tu vida.

Armand cerró los ojos por un instante como si quisiera aislarse de nosotros.

—Ve a verles y escucha la música que hace Nicolás —le propuso ella—. Haz arte con ellos en el Teatro de los Vampiros. Tienes que pasar de lo que te ha fallado a lo que pueda mantenerte. De lo contrario, no hay esperanza...

Me habría gustado que no lo dijera con tanta brusquedad, que no fuese al grano con tan pocos rodeos. No obstante, Armand asintió y sus labios se apretaron en una sonrisa amarga.

—Lo único importante de verdad para ti —añadió ella lentamente— es que vayas a un extremo.

Armand la miró con perplejidad. De ningún modo podía entender a qué se refería Gabrielle con esas palabras. Por otra parte, a mí me pareció una verdad demasiado atroz para pregonarla. Sin embargo, Armand no la rechazó. Una vez más, su rostro adquirió un aire pensativo, sereno e infantil.

Permaneció un largo rato con la vista fija en las llamas. Por fin, rompió el silencio:

—¿Qué necesidad tenéis de irnos? —preguntó—. Nadie está en guerra con vosotros. Nadie tiene la intención de expulsaros. ¿Por qué no colaboráis conmigo en la construcción de esta pequeña empresa?

¿Significaba aquello que aceptaba, que iría a unirse a los demás y a formar parte del teatro del bulevar?

Armand no me contradijo. Sólo volvió a preguntar mentalmente qué me impedía crear la imitación de vida mortal —si era así como quería denominarla— allí, en el mismo bulevar.

Sin embargo, advertí que también en esto se daba por vencido. Armand sabía que la visión del teatro o del propio Nicolás me resultaría insoportable. Ni siquiera me sentía capaz de insistir de verdad en que él lo hiciera. Gabrielle se había encargado de ello. Y Armand era consciente de que ya era demasiado tarde para persuadirnos.

Finalmente, Gabrielle declaró:

—Nosotros no podemos vivir entre los de nuestra propia especie, Armand.

Y yo pensé: «Sí, ésta es la verdad más sincera, y no sé por qué no puedo decirla en voz alta».

—Lo que queremos es recorrer la Senda del Diablo —continuó ella—. Y de momento nos bastamos el uno al otro. Tal vez en el futuro, dentro de muchos años, cuando hayamos estado en mil lugares y hayamos visto un millar de cosas, tal vez entonces regresemos y volvamos a hablar como esta noche.

Las palabras no produjeron ningún efecto visible en él, pero era imposible saber qué pensaba.

Nadie dijo nada durante un largo rato. No sé cuánto tiempo permanecimos juntos y en silencio en la cámara.

Traté de no pensar más en Marius ni en Nicolás. Había desaparecido ya cualquier sensación de peligro, pero tuve miedo de la despedida, de la tristeza del adiós, de la sensación de haber obtenido aquel asombroso relato de la desdichada criatura a cambio de muy poco.

Fue Gabrielle quien rompió finalmente el silencio. Se levantó y se acercó con movimientos gráciles al banco contiguo al de Armand.

—Nos vamos —dijo a éste—. Si las cosas salen según mis planes, estaremos a muchas millas de París antes de la medianoche de mañana.

Armand la miró con calma y aceptación. De nuevo, me fue imposible saber qué pensamiento ocultaba.

—Aunque decidas no ir al teatro —continuó Gabrielle—, acepta las cosas que podemos darte. Mi hijo tiene riquezas suficientes para hacerte muy fácil la entrada en el mundo.

—Puedes quedarte esta torre como refugio —añadí—. Úsala el tiempo que quieras. A Magnus le pareció muy segura.

Un instante después, Armand asintió con cortés gravedad, pero no dijo nada.

—Deja que Lestat te dé el oro necesario para convertirte en un caballero —insistió ella—. Lo único que pedimos a cambio es que dejes en paz a los ex miembros de tu asamblea si decides no ponerte a su frente de nuevo.

Armand estaba vuelto hacia el fuego una vez más, con el rostro sereno, irresistiblemente hermoso. Asintió en silencio. Pero el gesto sólo significaba que la había oído, no que le prometiera nada.

—Si no acudes a ellos —insistí lentamente—, no les hagas daño. No hagas daño a Nicolás.

Y cuando pronuncié estas palabras, su rostro cambió muy sutilmente. Fue casi una sonrisa que se extendió furtivamente por sus facciones. Y sus ojos se volvieron lentamente hacia mí. Y vi en ellos un aire de desprecio.

Aparté la vista, pero la mirada había tenido sobre mí el efecto de un mazazo.

—No quiero que le hagan daño —insistí con un tenso susurro.

—No. Tú quieres verle destruido —replicó él con otro susurro—, para así no tener que sentir más miedo ni pena por él.

Su mirada de desdén se intensificó terriblemente.

Gabrielle se apresuró a intervenir.

—Armand —dijo—, Nicolás no es un peligro para ellos. La mujer es capaz de controlarlo ella sola, y Nicolás tiene muchas cosas que enseñaros sobre la época en que estamos, si le escucháis.

Los dos se miraron en silencio durante un largo instante. De nuevo, la expresión de Armand se hizo dulce, suave y hermosa.

Y, con un gesto extrañamente decoroso, tomó la mano de Gabrielle y la estrechó con fuerza. Permanecieron plantados uno frente a otro hasta que Armand le soltó la mano y se apartó un poco de ella y cuadró los hombros. Después, nos miró a ambos.

—Acudiré a ellos —anunció con la voz más suave posible—. Y aceptaré el oro que me ofrecéis y buscaré refugio en esta torre. Y aprenderé de vuestro apasionado novicio lo que tenga que enseñarme. Pero sólo recurro a estas cosas porque flotan en la superficie del mar de oscuridad en el que me estoy ahogando. No me hundiré sin haber entendido algo más. No te dejaré la eternidad sin..., sin una batalla final.

Le estudié con la mirada, pero no me llegó de su mente ningún pensamiento que aclarara sus palabras.

—Quizá, con el paso de los años, volverá a mí el deseo —añadió—. Conoceré de nuevo el apetito, la pasión. Tal vez, cuando nos encontremos en otra época, todo esto será algo más que conceptos abstractos y huidizos. Entonces hablaré con un vigor que iguale el tuyo, en lugar de ser un mero reflejo de éste. Y discutiremos sobre la inmortalidad y la sabiduría. Entonces hablaremos de la venganza y la aceptación. Por ahora, me basta con decir que deseo volver a verte. Deseo que nuestros caminos se crucen en el futuro. Y, sólo por esta razón, haré lo que me pides y no lo que quieres: perdonaré a tu malhadado Nicolás.

Exhalé un audible suspiro de alivio. Sin embargo, su tono de voz estaba tan cambiado, era tan enérgico, que hizo sonar en mi interior un silencioso llamado a alarma. Allí estaba, sin duda, el amo de la

asamblea, aquel ser callado y lleno de fuerza, el que sobreviviría por mucho que llorara y gimiera el huérfano que llevaba dentro.

No obstante, en aquel momento, apareció en su rostro una sonrisa calmosa y graciosa y advertí en sus facciones un aire triste y cautivador. Se convirtió de nuevo en el santo de da Vinci, o, más exactamente, en el dioscello de Caravaggio. Y, por un instante, no hubo en él nada de malo o de peligroso. Estaba demasiado radiante, demasiado lleno de todo de lo que era sabio y bueno.

—Recordad mis advertencias —murmuró—. No mis maldiciones.

Gabrielle y yo asentimos.

—Y cuando tengáis necesidad de mí, estaré allí.

Entonces, Gabrielle hizo algo absolutamente sorprendente: lo abrazó y lo besó. Y yo hice lo mismo.

El se mostró dócil, tierno y amoroso en nuestros brazos. Y nos dio a conocer sin palabras que acudiría al teatro y que podríamos encontrarle allí a la noche siguiente.

Un instante después, había desaparecido, y Gabrielle y yo nos hallábamos a solas, como si él no hubiera estado nunca allí. No escuché sonido alguno en la torre. No escuché nada, salvo el rumor del viento en el bosque, a lo lejos.

Y cuando subí los escalones, encontré abierta la verja y contemplé los campos que se extendían hasta los árboles en completa quietud.

Le quería. Lo supe, aunque la idea me resultaba tan incomprendible como él mismo. Pero me alegré mucho de que todo hubiera acabado. Me alegré de que pudiéramos continuar nuestro camino. Y, sin embargo, permanecí largo rato asido a los barrotes, con la vista puesta en los bosques lejanos y en el resplandor mortecino que producía la luz de la ciudad distante en las nubes bajas.

Y la pena que sentía no era sólo por haberle perdido a él; era por Nicolás, y por París, y por mí.

## 5

Cuando regresé a la cripta, vi a Gabrielle que avivaba una vez más el fuego con la última leña. Con gestos lentos y cansados, hizo prender la llama, y la luz de ésta bañó de rojo su perfil y sus ojos.

Tomé asiento pausadamente y la observé, admirando la explosión de chispas contra los ladrillos ennegrecidos.

—¿Te ha dado lo que querías? —le pregunté.

—A su manera, sí —respondió Gabrielle. Dejó el atizador y se sentó frente a mí desparramando el cabello sobre los hombros, al tiempo que descansaba las manos en el banco, a ambos costados—. Te aseguro que no me importa si no vuelvo a ver nunca a otro de nuestra especie —afirmó fríamente—. Ya estoy harta de sus leyendas, de sus maldiciones, de sus penas. Y estoy harta de su insufrible humanidad, que puede ser lo más asombroso que han demostrado tener. Estoy a punto para salir al mundo otra vez, Lestat, como lo estuve la noche de mi muerte.

—Pero si Marius... —respondí con excitación—. Madre, hay vampiros antiguos, vampiros que han utilizado la inmortalidad de una manera totalmente distinta...

—¿De veras? —replicó ella—. Lestat, eres demasiado generoso con tu imaginación. El relato de Marius tiene todo el aspecto de un cuento de hadas.

—No, eso no es cierto.

—¿Así que el demonio huérfano afirma descender no de los sucios diablos campesinos a los que se parece, sino de un señor perdido, casi un dios? Te aseguro que cualquier chiquillo de pueblo, soñando despierto junto al fuego de la cocina, puede explicarte historias parecidas.

—Armand no podría haberse inventado a Marius, madre —repliqué—. Quizás yo tenga mucha imaginación, pero él carece prácticamente de ella. Es imposible que creara esas imágenes en su cabeza. Te aseguro que las ha visto de verdad...

—No se me había ocurrido considerar así las cosas precisamente —reconoció ella con una sonrisa—, pero bien pudo tomar prestado a Marius de alguna de las leyendas que ha leído.

—No —insistí—. Hubo un Marius, y existe todavía. Y hay otros como él. Existen Hijos de los Milenios que han sacado más provecho de los dones recibidos que esos Hijos de las Tinieblas.

—Lestat, lo único importante es que *nosotros* les saquemos provecho —comentó Gabrielle—. En definitiva, lo único que he aprendido de Armand es que los inmortales encuentran la muerte como algo seductor y, en último término, irresistible; que no consiguen vencer en sus mentes a la muerte ni a la humanidad. Ahora quiero tomar este conocimiento y llevarlo como una armadura mientras vago por el mundo. Y, afortunadamente, no me refiero al mundo cambiante que esas criaturas consideran tan peligroso, sino a ese mundo que ha sido el mismo durante eones.

Gabrielle echó hacia atrás su melena mientras volvía la mirada hacia el fuego.



—Mis sueños son de montañas cubiertas de nieve —continuó en voz baja—, de extensiones desiertas, de junglas impenetrables o de los grandes bosques de América del Norte donde dicen que el hombre blanco no ha estado jamás. —Su rostro adquirió un leve color al mirarme—. Piensa en ello. No existe ningún lugar al que no podamos ir. Y si los Hijos de los Milenios existen realmente, tal vez sea allí donde estén: lejos del mundo de los hombres.

—¿Y cómo viven, si es así? —pregunté. Estaba imaginándome mi propio mundo y lo veía lleno de seres mortales y de las cosas que hacían esos mortales—. Son los hombres, precisamente, nuestro alimento.

—En esos bosques laten corazones —respondió ella, como si soñara despierta—. Hay sangre que fluye para quien la toma... Ahora, soy capaz de hacer las cosas que tú hacías antes. Podría luchar a solas con esos lobos... —Dejó la frase sin terminar, sumida de nuevo en sus pensamientos. Tras un prolongado silencio, añadió—: Lo importante es que ahora podemos ir donde queramos, Lestat. Somos libres.

—Yo era libre antes —repliqué—. No me importaba en absoluto lo que Armand tuviera que decir, pero ese Marius... Sé que Marius está vivo. Lo noto. Lo he notado mientras Armand explicaba la historia. Marius sabe cosas... Y no me refiero sólo a cosas sobre nosotros, sobre Los Que Deben Ser Guardados o sobre el viejo misterio, sea el que sea... Marius conoce cosas de la vida misma, de cómo moverse en el tiempo.

—Bien, si lo necesitas, conviértelo en tu santo patrón —dijo ella.

El comentario me enfureció y no añadí nada más. Lo cierto era que sus comentarios sobre junglas y bosques me asustaban. Y todas las cosas que según Armand nos separaban, volvieron a mi recuerdo como había sabido que sucedería desde que él pronunciara sus muy escogidas palabras. Así pues, me dije, también nosotros vivimos con nuestras diferencias, como los mortales, y quizá nuestras diferencias son tan exageradas como nuestras pasiones, como nuestro amor.

—Ha habido un indicio... —murmuró mientras contemplaba el fuego—, una pequeña sospecha de que la historia de Marius tenía algo de verdad.

—¡Ha habido mil indicios! —exclamé.

—Armand ha hablado de que Marius mataba a un malhechor —continuó ella— y ha llamado a ese malhechor Tifón, el asesino de su hermano. ¿Lo recuerdas?

—He creído que se refería a Caín, dando muerte a Abel. Era a Caín a quien he visto en las imágenes, aunque escuchaba ese otro nombre.

—Exacto. Ni siquiera Armand entendía a quién se refería el nombre de Tifón, aunque lo ha mencionado. Pero yo sí sé qué significa.

—Cuéntamelo.

—Procede de la mitología grecorromana: es la vieja historia del dios egipcio Osiris, muerto por su hermano Tifón, que se había convertido en señor del Inframundo, en una especie de, digamos, dios del mal. Por supuesto, cabía la posibilidad de que Armand hubiera leído la historia en la obra de Plutarco, pero lo extraño es que no lo ha hecho.

—¡Ah, ya lo ves pues! Marius existió. Cuando Armand ha dicho que vivió mil años, estaba diciendo la verdad.

—Tal vez, Lestat. Sólo tal vez...

—Madre, vuélveme a contar esa historia egipcia...

—Tienes años para leer tú mismo todos esos viejos cuentos. —Se incorporó y se inclinó para besarme. Percibí entonces la frialdad y la lentitud que siempre se apoderaban de ella al acercarse el amanecer—. En cuanto a mí, estoy harta de libros. Ya leí suficientes cuando no podía hacer otra cosa. —Tomó mis manos entre las suyas y añadió—: Dime que estaremos en camino mañana. Dime que no volveremos a ver las murallas de París hasta que hayamos visto el otro extremo del mundo.

—Haremos lo que tú desees —respondí.

Gabrielle empezó a subir la escalera.

—¿Dónde vas ahora? —pregunté, mientras la seguía. Gabrielle abrió la puerta y se encaminó hacia los árboles.

—Quiero comprobar si puedo dormir en la propia tierra —explicó, volviendo la cabeza—. Si mañana no me levanto, sabrás que no lo he conseguido.

—¡Pero esto es una locura! —añadí, persiguiéndola. La mera idea de lo que iba a hacer me causaba repulsión. Ella se adentró en una arboleda de viejos robles y, arrodillándose, se puso a cavar con sus manos entre las hojas muertas y la tierra húmeda. Tenía un aspecto espantoso, como si fuera una hermosa bruja de cabellos rubios escarbando con la rapidez de una fiera.

Luego se incorporó y me lanzó un beso de despedida. Tras hacer acopio de todas sus fuerzas, bajó al hoyo como si la tierra le perteneciera. Y me quedé mirando con incredulidad el vacío donde ella había estado, y las hojas que habían cubierto enseguida el lugar, como si allí no hubiera sucedido nada.

Me alejé del bosque a pie. Tomé rumbo al sur, lejos de la torre. Al tiempo que apresuraba el paso, empecé a entonar en voz baja una cancioncilla, tal vez un fragmento de alguna melodía tocada por los violines horas antes, en el baile del Palais Royal.

Y de nuevo se adueñó de mí la sensación de pesadumbre, la constatación de que nos disponíamos a irnos de verdad, de que todo había terminado entre nosotros y Nicolás, entre nosotros y los Hijos de las Tinieblas y su líder, y de que no volveríamos a ver París, ni nada que me fuera familiar, durante muchos años. Y, a pesar de todos mis deseos de ser libre, tuve ganas de llorar.

No obstante, me dio la impresión de que mi deambular por el mundo tenía algún propósito que no había querido reconocer. Media hora antes del amanecer, aproximadamente, me encontré en el camino de postas, cerca de las ruinas de una antigua posada. El edificio, aquel puesto avanzado de un pueblo abandonado, estaba cayéndose a pedazos y sólo conservaba intactas las paredes, de sólida argamasa.

Y, sacando la daga, empecé a grabar un mensaje en la blanda piedra:

MARIUS, EL ANTIGUO: LESTAT TE ESTÁ BUSCANDO. ES EL MES DE MAYO DEL AÑO 1780 Y ME DIRIJO AL SUR, DE PARÍS HACIA LYON. POR FAVOR, DATE A CONOCER.

Cuando me aparté un paso del mensaje, advertí lo arrogante que parecía. Acababa de romper otra de las leyes oscuras, al revelar el nombre de un inmortal y dejarlo grabado por escrito. Pues bien, hacerlo me produjo una sensación maravillosa. Y, al fin y al cabo, nunca había demostrado mucha capacidad para obedecer leyes.

**Sexta parte**

***Por la senda del mal, de París a El Cairo***



a última vez que vi a Armand en el siglo XVIII, él estaba con Eleni, Nicolás y los otros vampiros actores frente a la puerta del teatro de Renaud. Observaba cómo nuestro carruaje se abría paso en el tráfico del bulevar. Le había encontrado un rato antes, encerrado con Nicolás en mi viejo camerino y enfrascado en una extraña conversación que dominaba el sarcasmo de Nicolás y su peculiar entusiasmo. Cubierto por una peluca y envuelto en una sombría levita roja, me pareció que ya había adquirido una nueva opacidad, como si cada momento transcurrido desde la disolución de la vieja asamblea le estuviera dando más solidez y más fuerza.

Nicolás y yo no tuvimos palabras para el otro en esos embarazosos últimos instantes; Armand, en cambio, aceptó educadamente las llaves de la torre y una gran suma de dinero, con la promesa de que Roget le facilitaría más cuando él quisiera.

Su mente siguió cerrada para mí, pero me aseguró de nuevo que no causaría el menor daño a Nicolás. Mientras terminábamos de despedirnos, pensé que Nicolás y el pequeño grupo de vampiros tenían todas las posibilidades de sobrevivir y que Armand y yo quedábamos amigos.

Al término de aquella primera noche, Gabrielle y yo estábamos lejos de París, como habíamos prometido. Durante los meses siguientes, viajamos a Lyon, Turín y Viena, y luego fuimos a Praga, Leipzig y San Petersburgo; luego volvimos al sur, a Italia, donde nos instalamos largos años.

Y, en todos estos lugares, fui dejando mensajes a Marius escritos en las paredes.

A veces no eran más que unas palabras garabateadas apresuradamente con la punta de la navaja. En otras ocasiones, pasaba horas cincelando mis reflexiones en la piedra. Pero siempre, estuviera donde estuviese, escribía mi nombre, la fecha y mi futuro destino, junto a mi invitación: «Marius, date a conocer».

En cuanto a las antiguas asambleas de vampiros, fuimos encontrándolas en un puñado de lugares dispersos, pero, desde el primer momento, quedó claro que las viejas costumbres estaban desmoronándose por todas partes. Rara vez eran más de tres o cuatro las criaturas que mantenían los viejos ritos, y, cuando se daban cuenta de que no queríamos participar en ellos ni nos interesaba su existencia, nos dejaron en paz.

Infinitamente más interesantes resultaban los espectros que identificábamos esporádicamente en medio de los humanos, aquellos vampiros solitarios y sigilosos que se fingían mortales con la misma habilidad con que lo hacíamos Gabrielle y yo. Sin embargo, nunca nos acercamos a estas criaturas. Huían de nosotros como debían hacerlo de las viejas asambleas y, como no veía en sus ojos otra cosa que el miedo, nunca sentí la tentación de perseguirlas.

En cambio, me produjo una extraña satisfacción saber que no había sido el primer espectro aristocrático en moverse por los salones de baile del mundo a la busca de víctimas, con el disfraz de mortífero caballero que pronto se convertiría en epítome de nuestra tribu en relatos, poemas y horribles novelas por entregas. Continuamente aparecían otros.

No obstante, en nuestro deambular íbamos a descubrir criaturas de las tinieblas aún más extrañas. En Grecia topamos con unos demonios que no sabían ni cómo habían sido creados y, en ocasiones, incluso encontramos unas criaturas desquiciadas, sin razón ni lenguaje, que nos atacaban como si fuéramos mortales y que escapaban corriendo de las plegarias que pronunciábamos para ahuyentarlas.

Los vampiros de Estambul vivían en auténticas casas, a salvo tras grandes muros y verjas, con las tumbas en los jardines, y vestían las mismas túnicas vaporosas que todos los humanos de esa parte del mundo, para cazar por las calles nocturnas.

Pero también ellos se mostraron horrorizados de verme vivir entre los franceses y venecianos, montar en carruajes y asistir a reuniones en casas de europeos y en embajadas. Nos amenazaban, gritando encantamientos contra nosotros, y luego huían llenos de pánico cuando nos volvíamos contra ellos, para volver a acosarnos de nuevo poco después.

Los fantasmas que rondaban las tumbas de los mamelucos en El Cairo eran espectros abominables, sometidos a las leyes antiguas por unos amos de ojos hundidos que habitaban en las ruinas de un monasterio copto, cuyos ritos estaban llenos de magia oriental y evocaban a numerosos demonios y espíritus malignos de extraños nombres.

Todos ellos se mantenían a distancia de nosotros pese a sus ácidas amenazas, pero conocían nuestros nombres.

En el transcurso de los años, nunca tuvimos más noticias de todas aquellas criaturas; naturalmente, ello no constituyó una gran sorpresa para mí.

Y, aunque eran muchos los vampiros de otros lugares que habían oído hablar de las leyendas de Marius y de otros antiguos, ninguno de ellos había visto con sus propios ojos a uno de tales seres. Incluso Armand se había convertido en una leyenda para ellos y era habitual oírles preguntarnos: «¿De veras habéis visto al vampiro Armand?». No obstante, jamás encontré a un auténtico vampiro antiguo. Jamás encontré a un vampiro que estuviera cargado de algún tipo de magnetismo, a un ser de gran sabiduría o de especial talento, un ser fuera de lo normal en quien el Don Oscuro hubiera obrado una transformación alquímica perceptible que pudiera interesarme.

Comparado con aquellos seres, Armand era un dios sombrío. Y lo mismo cabía decir de Gabrielle y de mí.

Pero estoy adelantándome demasiado en mi narración.

Al principio de nuestro vagar, cuando visitamos Italia por primera vez, conseguimos hacernos una idea más cabal y plena de los ritos y ceremonias antiguos. En Roma, la asamblea salió a recibirnos con los brazos abiertos. «Venid al aquelarre» nos dijeron. «Acompañadnos a las catacumbas y participad en nuestros cantos e himnos.»

Aquellos vampiros romanos sabían que habíamos destruido la asamblea de París y que habíamos vencido al gran Armand, el dominador de los secretos oscuros. Sin embargo, no nos despreciaban por ello. Al contrario, no lograban entender los motivos de Armand para renunciar a su poder. ¿Por qué no había cambiado la asamblea con el transcurso del tiempo?

En efecto, incluso allí, donde las ceremonias eran tan complicadas y sensuales que me quitaban la respiración, los vampiros, lejos de evitar el contacto con los humanos, no tenían ningún reparo en hacerse pasar por uno de ellos cuando convenía a sus intereses. Lo mismo sucedía con los dos vampiros que habíamos conocido en Venecia y con el puñado de ellos que encontraríamos más adelante en Florencia.

Envueltos en capas negras, se mezclaban con el público de la ópera, deambulaban por los pasillos sombríos de las grandes mansiones durante bailes y banquetes, e incluso, en ocasiones, se sentaban entre el populacho en las tabernas de baja estofa, estudiando muy de cerca a los humanos que les rodeaban. En Roma, más que en ninguna otra parte, esas criaturas tenían por costumbre vestir con la indumentaria de la época de su nacimiento, y, a menudo, iban engalanadas con las joyas y las prendas más espléndidas, regias e imponentes, que lucían majestuosamente cuando querían.

No obstante, pese a todo ello, seguían retirándose a sus hediondos cementerios para pasar el día y seguían huyendo entre alaridos de cualquier símbolo del poder celestial, además de volcarse con feroz abandono en sus espectaculares y aterradores aquelarres.

En comparación con éstos, los vampiros de París habían sido primitivos, bastos e infantiles; sin embargo, terminé por entender que había sido el propio carácter sofisticado y mundano de París lo que había impulsado a Armand y a su grey a apartarse del contacto con los mortales.

Con la secularización de la capital francesa, los vampiros se habían asido a los viejos ritos mágicos; en cambio, los espectros italianos vivían entre humanos de profunda religiosidad cuyas vidas estaban impregnadas del ceremonial católico, de hombres y mujeres que respetaban el mal tanto como respetaban a la Iglesia. En resumen, los ritos antiguos de los vampiros no eran muy distintos a las viejas ceremonias de los italianos mortales, de modo que los espectros se desenvolvían en ambos mundos. Al preguntarles si creían realmente en los ritos antiguos, se encogían de hombros. El aquelarre constituía para ellos un gran placer. ¿Acaso no lo habíamos disfrutado Gabrielle y yo? ¿Acaso no nos habíamos sumado finalmente a la danza?

«Volved siempre que lo deseéis» nos dijeron los vampiros de Roma.

Respecto a lo del Teatro de los Vampiros de París, a aquel gran escándalo que estaba conmocionando a los de nuestra raza por todo el mundo... En fin, eso tendrían que verlo con sus propios ojos para creerlo. Vampiros actuando en un escenario, desconcertando con trucos y mímica a un público de mondes... ¡Todo aquello les parecía terriblemente parisino!, exclamaban entre risas.

Por supuesto, yo tenía en todo instante noticias más directas y concretas sobre el funcionamiento del Teatro. Ya antes de llegar a San Petersburgo, Roget me había remitido allí un largo testimonio de la «destreza» de la nueva troupe:

*Se disfrazan de marionetas de madera a tamaño natural. De las vigas descenden unas cuerdas doradas atadas a sus tobillos, sus muñecas y la parte superior del cráneo, con las que parecen ser manipulados en las danzas más encantadoras. Llevan dos círculos perfectos de carmín en sus blancas mejillas y tienen los ojos muy abiertos, como piezas de cristal. Es increíble la perfección con que simulan ser objetos inanimados.*

*Pero la orquesta es otra maravilla. Con las caras pálidas y pintadas en el mismo estilo que los actores, los músicos imitan artilugios mecánicos, como si fueran muñecos articulados que, dándoles cuerda, pasaran el arco por sus pequeños instrumentos o soplaran sus pequeñas boquillas produciendo música de verdad.*

*El espectáculo es tan cautivador que las damas y los caballeros que acuden a él discuten entre ellos sobre si actores y músicos son muñecos o personas de carne y hueso. Los hay que aseguran que todos ellos son de madera y que las voces que surgen de sus bocas son obra de ventrílocuos.*

*En cuanto a las obras en sí, resultarían terriblemente inquietantes de no estar representadas con tanta belleza y habilidad.*

*Uno de sus espectáculos más populares presenta al espectro de un vampiro surgiendo de la tumba a través de una plataforma del escenario. La criatura resulta aterradora, con sus harapos, sus cabellos revueltos y sus colmillos. Pero, ¡ay!, el vampiro se enamora enseguida de una mujer marioneta sin darse cuenta de que no está viva. Pero al no encontrar en el cuello de su amada sangre alguna que beber, el pobre vampiro no tarda en morir, en cuyo momento la marioneta revela que sí está viva, pese a ser de madera. Y entonces, con una pérfida sonrisa, lleva a cabo una danza triunfal sobre el cuerpo del vampiro derrotado.*

*Le aseguro que ver la obra le hiela a uno la sangre. Y, a pesar de ello, el público aplaude y aclama la representación.*

*En otra breve escena, las marionetas danzantes forman un círculo en torno a una muchacha humana y la engatusan para que se deje atar también con las cuerdas doradas como si fuera otra marioneta. El lamentable resultado es que las cuerdas la obligan a bailar hasta que pierde la vida. La muchacha suplica con gestos elocuentes que la liberen, pero las marionetas de verdad se limitan a reír y a hacer cabriolas mientras ella expira.*

*La música es sobrenatural. Trae a la memoria las tonadas de los cingaros en las ferias de pueblo. El director es monsieur de Lenfent, y suele ser el sonido de su violín el que abre la sesión nocturna.*

*Como abogado de usted, le recomiendo que reclame parte de los beneficios que está consiguiendo esta destacada compañía. Las colas para cada función ocupan un trecho considerable del bulevar.*

Las cartas de Roget siempre me inquietaban. Me dejaban con el corazón desbocado. ¿Qué había esperado que hiciera aquella compañía de extraños actores? ¿Por qué me sorprendía su osadía y su inventiva? Los vampiros teníamos el poder para llevar a cabo todo aquello, pero no podía evitar hacerme aquellas preguntas.



Cuando decidí instalarme en Venecia, donde pasé largo tiempo buscando en vano los cuadros de Marius, recibía ya noticias directas de Eleni, cuyas cartas venían escritas con una exquisita habilidad vampírica.

Según me contaba, la compañía era el espectáculo más popular de la noche parisina. De toda Europa habían llegado «actores» para sumarse a ella, y la troupe había crecido hasta la veintena de componentes, número que ni siquiera una metrópolis como aquella podía *mantener*.

«Únicamente son admitidos los artistas más hábiles e inteligentes, aquellos que poseen un talento realmente excepcional, pues lo que valoramos por encima de todo es la discreción. Como bien puedes suponer, no nos gusta el escándalo.»

Respecto a su «Querido Violinista», Eleni escribía sobre él con afecto, afirmando que era la mayor fuente de inspiración para todos, que escribía las obras más ingeniosas y que tomaba éstas de relatos que había leído.

«Pero cuando no está enfrascado en el trabajo, puede ser absolutamente imposible. Hay que vigilarle en todo instante para que no aumente el número de vampiros. Sus apetitos alimenticios son terriblemente desordenados, y, de vez en cuando, le cuenta a un desconocido las cosas más asombrosas, aunque, por fortuna, todo el mundo es demasiado razonable como para no tomar por cierto lo que oye.»

En otras palabras, Nicolás trataba de hacer más vampiros y no guardaba ninguna precaución en sus salidas de caza.

*En general, es nuestro Amigo Más Viejo [Armand, obviamente] el encargado de refrenarle, cosa que hace por medio de las amenazas más cáusticas, aunque debo decir que éstas no tienen un efecto duradero sobre nuestro violinista, pues suelen referirse a viejas costumbres religiosas, a fuegos rituales o al paso a nuevos estados del ser.*

*No puedo decir que no le amemos. Por ti, cuidaríamos de él aunque no fuera así, pero le queremos. Y nuestro Amigo Más Viejo, en particular, le tiene un gran afecto. No obstante, debo hacerte notar que, en los viejos tiempos, personas así no habrían durado mucho entre nosotros.*

*Por lo que respecta a nuestro Amigo Más Viejo, dudo de que le reconocieras ahora. Ha construido una gran mansión al pie de la torre y vive allí entre libros y grabados como un caballero erudito, sin prestar atención apenas al mundo real.*

*No obstante, cada noche llega a la puerta del teatro en su carruaje negro y sigue la representación desde su palco protegido por cortinas.*

*Y acude después a resolver todas las disputas entre nosotros, a gobernar como siempre ha hecho, a amenazar a nuestro Divino Violinista, pero nunca jamás consiente en salir al escenario para actuar. Es él quien acepta a los nuevos miembros, que, como te he contado, vienen de todas partes. No tenemos que solicitar su presencia, sino que vienen a llamar a nuestra puerta...*

*Vuelve con nosotros [escribía Eleni para terminar]. Nos encontrarás más interesantes que cuando nos dejaste. Hay mil maravillas oscuras que no puedo exponer por escrito. Somos una estrella brillante en la historia de nuestra raza. No podríamos haber elegido un momento más perfecto en la historia de esta gran*

*ciudad para nuestra pequeña maquinación. Y todo esto, esta espléndida existencia que llevamos, es obra tuya. ¿Por qué nos dejaste? ¡Vuelve con los tuyos!*

Guardé todas estas cartas. Las conservé con el mismo cuidado con que guardé la misiva de mis hermanos de la Auvernia. Con la imaginación, vi perfectamente las marionetas. Escuché el lamento del violín de Nicolás. Vi también a Armand, llegando en su oscuro carruaje y ocupando su asiento en el palco. Incluso describí todo aquello en términos vagos y extravagantes en mis largos mensajes a Marius, aplicándome de vez en cuando con el buril, presa de un pequeño frenesí, en alguna oscura calleja mientras los mortales dormían.

Sin embargo, para mí, volver a París estaba fuera de cuestión por muy solo que pudiera llegar a sentirme. El mundo que me rodeaba se había convertido en mi amante y mi maestro. Estaba embelesado con las catedrales y los castillos, con los museos y palacios que veía. En todos los lugares que visitaba, me introducía en el centro de la sociedad, me impregnaba de sus entretenimientos y chismorreos, de su literatura y de su música, de su arquitectura y de todo su arte.

Podría llenar volúmenes con las cosas que estudié, que pugné por comprender. Me sentía tan cautivado por los violinistas cíngaros callejeros y por los titiriteros ambulantes como por los grandes *castrad* en los lujosos teatros de la ópera y por los coros de las catedrales. Rondé los burdeles y los garitos de juego y los lugares donde los marineros bebían y se peleaban. Leí los periódicos de todas las ciudades y frecuenté las tabernas, pidiendo a veces, por el mero hecho de tenerlo delante, algún plato de comida que nunca tocaba. En esos lugares, conversé sin cesar con los mortales, invitando a muchos de ellos a incontables vasos de vino, oliendo las pipas y los habanos que fumaban y dejando que aquellos olores mortales impregnaran mi ropa y mis cabellos.

Y, cuando no estaba fuera merodeando de ese modo, viajaba por el reino de los libros que había pertenecido tan exclusivamente a Gabrielle a lo largo de todos aquellos horribles años mortales en mi casa natal.

Antes incluso de trasladarnos a Italia, ya dominaba lo suficiente el latín como para estudiar a los clásicos, y reuní una biblioteca en el viejo palazzo veneciano que era mi guarida, donde a menudo pasaba la noche entera leyendo.

Y, por supuesto, era la leyenda de Osiris lo que más me subyugaba, evocándome el recuerdo de la narración de Armand y las enigmáticas palabras de Marius. Al adentrarme en todas aquellas viejas versiones de la historia, me sentí calladamente sobrecogido por lo que leía.

Hete aquí a un antiguo rey, Osiris, hombre de extraordinaria bondad que aparta a los egipcios del canibalismo y les enseña el arte de la agricultura y de la elaboración del vino. ¿Y cómo es asesinado por su hermano Tifón? Mediante una treta, éste hace acostarse a Osiris en una caja del tamaño exacto de su cuerpo y aprovecha para cerrar la tapa con clavos. Tifón arroja entonces la caja al río y, cuando la fiel Isis encuentra el cuerpo del rey, éste sufre un nuevo ataque de Tifón, que le descuartiza. Finalmente, todas las partes de su cuerpo son encontradas, salvo una.

Y bien, ¿por qué habría Marius de hacer referencia a un mito como éste? ¿Y cómo no habría yo de asociarlo al hecho de que todos los vampiros dormidos en ataúdes, que son cajas del tamaño exacto de los cuerpos (incluso la miserable multitud de la asamblea de los Innocents dormía en sus sepulcros)? Magnus me había dicho: «Debes dormir siempre en ese féretro o en un sitio similar». En cuanto a la parte del cuerpo que se perdió, la que Isis no encontró, ¿no existía una parte de nosotros que el Don Oscuro no hacía revivir? Los vampiros podemos hablar, ver, gustar, respirar o moverse como los humanos, pero *no podemos procrear*. Y tampoco Osiris podía, por lo que se convirtió en Señor de los Muertos.

¿Era aquél un dios vampiro?

Pero aún había algo más que me tenía desconcertado y atormentado. Aquel dios Osiris era el dios del vino entre los egipcios, que más tarde se convertiría en Dioniso para los griegos. Y Dioniso era el «dios oscuro» del teatro, el dios maléfico que Nicolás me había descrito en el pueblo, cuando éramos dos muchachos. Y ahora teníamos el teatro lleno de vampiros en París. ¡Ah, era demasiado espléndido!

Estaba impaciente por contarle todo aquello a Gabrielle, pero, cuando lo hice, ella reaccionó con indiferencia diciendo que había cientos de viejas leyendas parecidas.

—Osiris era el dios del trigo —replicó—. Era un buen dios para los egipcios. ¿Qué podría tener que ver eso con nosotros? —Tras echar una ojeada a los libros que estaba estudiando, añadió—: Tienes mucho que aprender, hijo mío. Muchos dioses antiguos fueron descuartizados y llorados por sus diosas. Lee los mitos de Acteón y de Adonis. A los antiguos les encantaban esos relatos.

Y, tras esto, se marchó y me dejó a solas en la biblioteca, a la luz de las velas, hincado de codos entre todos aquellos libros.

Medité sobre el sueño de Armand del santuario de Los Que Deben Ser Guardados, en las montañas. ¿Se trataba de un rito mágico que se remontaba a tiempos de los egipcios? ¿Cómo habían olvidado tales cosas los Hijos de las Tinieblas? Quizás aquella mención a Tifón, el asesino de su hermano, sólo había sido una referencia poética del maestro veneciano, nada más.

Salí de nuevo a las calles nocturnas y tallé mis preguntas a Marius en piedras que eran más viejas que cualquiera de los dos. Marius se había hecho tan real que ya conversábamos igual que en otro tiempo habíamos hecho Nicolás y yo. Había pasado a ser el confidente que recibía mi excitación, mi entusiasmo, mi sublime perplejidad ante todas las maravillas y misterios del mundo.

Pero, conforme profundicé en mis estudios y amplié mis conocimientos, empecé a captar los primeros indicios pavorosos de lo que podía ser la eternidad. Estaba solo entre mortales, y mis escritos a Marius no lograban impedir que reconociera mi propia monstruosidad como había sucedido en aquellas primeras noches parisinas, tanto tiempo atrás. Al fin y al cabo, Marius no estaba allí en realidad.

Y tampoco Gabrielle.

Casi desde el primer momento, las predicciones de Armand se habían demostrado ciertas.

## 2

Ya antes de salir de Francia, Gabrielle empezó a interrumpir el viaje para desaparecer durante varias noches seguidas. En Viena, solía ausentarse más de una quincena y, para cuando me instalé en el palazzo de Venecia, sus ausencias se prolongaban durante meses. En mi primera visita a Roma, desapareció durante medio año. Y, después de dejarme en Nápoles, regresé a Venecia sin ella, abandonándola para que regresara al Véneto por sus propios medios, cosa que hizo.

Naturalmente, se trataba de la atracción que ejercía sobre ella el campo abierto, los bosques y los montes, o las islas en las que no vivían seres humanos.

Y tras aquellas ausencias regresaba en un estado tan lamentable (los zapatos rotos, la ropa hecha trizas, el cabello enmarañado) que su aspecto resultaba punto por punto tan espeluznante como el de los harapientos miembros de la asamblea parisina bajo les Innocents. Entonces, deambulaba por mis estancias con sus ropas sucias y descuidadas, contemplando las grietas del yeso o la luz captada en las distorsiones de los cristales de las ventanas.

Entonces me preguntaba por qué debía un inmortal repasar los periódicos, habitar en palacios, llevar oro en los bolsillos o escribir cartas a la familia mortal que había dejado atrás.

Con aquel murmullo rápido y espectral hablaba de los acantilados que había escalado, de las ventiscas bajo las que había avanzado, de las cavernas llenas de marcas misteriosas y antiguos fósiles que había descubierto.

Después, se marchaba de nuevo tan silenciosa como había llegado, y yo me quedaba esperándola, pendiente de su regreso, irritado con ella y amargado, para mostrarme ofendido con ella cuando por fin reaparecía.

Una noche, durante nuestra primera visita a Verona, una pregunta suya me sobresaltó en una calleja oscura:

—¿Sigue vivo tu padre?

En esa ocasión, había estado ausente dos meses. Yo la había añorado amargamente y ahora me preguntaba por la familia como si ésta tuviera alguna importancia. Aun así, contesté:

—Sí, y muy enfermo.

Pero ella no pareció prestarme atención. Traté de contarle que en Francia las cosas estaban muy mal y que, sin duda, habría una revolución. Gabrielle movió la cabeza e hizo un gesto de indiferencia.

—No pienses más en ellos —dijo—. Olvídalos.

Y se marchó una vez más.

Lo cierto era que no quería olvidarlos. Nunca dejaba de escribir a Roget preguntándole por mi familia. Le escribía con más frecuencia al abogado que a Eleni, al teatro. Le pedí unos retratos de mis sobrinos y

mandé a Francia regalos de todos los lugares donde me detenía. Y me preocupé ante la revolución, como cualquier francés mortal.

Y por último, cuando las ausencias de Gabrielle se hicieron más largas, y nuestros momentos juntos se volvieron más llenos de tensión e incertidumbre, empecé a discutir estos asuntos con ella.

—El tiempo se llevará a nuestra familia —le decía—. El tiempo se llevará la Francia que hemos conocido. Entonces, ¿por qué renunciar a los nuestros ahora que aún podemos tenerlos? Yo necesito estas cosas, te lo aseguro. ¡Esto es la vida para mí!

Pero aquello sólo era la verdad a medias. Yo no poseía a Gabrielle más de lo que poseía a cualquier otro. Ella debió entender lo que le estaba diciendo en realidad. Debió oír la recriminación que había tras mis palabras.

Los diálogos como éste la entristecían. Hacían surgir de ella la ternura. Entonces me permitía traerle ropas limpias, peinarle el cabello... Y luego salíamos juntos a cazar y charlar. Tal vez incluso acudía a los casinos conmigo, o a la ópera. Durante un breve lapso de tiempo, se convertía en una espléndida gran dama.

Y esos momentos nos mantenían unidos todavía, perpetuaban nuestra creencia en que todavía éramos una pequeña asamblea, un par de amantes triunfantes frente al mundo mortal.

Juntos ante el fuego en alguna mansión rural, cabalgando juntos en el asiento del cochero con las riendas en mis manos, caminando juntos por el bosque a medianoche, seguíamos cambiando nuestras opiniones discrepantes de vez en cuando.

Incluso íbamos juntos en busca de casas encantadas, un pasatiempo reciente que nos llenaba de excitación. De hecho, Gabrielle regresaba a veces de un viaje precisamente porque había oído hablar de una presencia fantasmal y quería que la acompañara a ver qué descubríamos.

Naturalmente, la mayoría de las veces no encontrábamos nada en los edificios vacíos donde se decía que aparecían los espíritus. Y los desdichados a quienes se tachaba de poseídos por el demonio no eran, las más de las ocasiones, sino enfermos mentales corrientes.

No obstante, hubo veces en que presenciábamos fugaces apariciones y sucesos misteriosos para los cuales no encontramos explicación: objetos que volaban, voces que surgían como rugidos de la boca de niños poseídos, corrientes de aire heladas que apagaban las velas en una habitación cerrada...

Nunca sacamos nada en claro, sin embargo, de todo aquello. No vimos más de lo que un centenar de estudios mortales había descrito ya.

Finalmente, el asunto se convirtió para nosotros en un mero juego, y, cuando hoy vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que continuábamos con él porque nos mantenía juntos, porque nos proporcionaba unos momentos de convivencia que, de otro modo, no habríamos tenido.

Pero las ausencias de Gabrielle no eran lo único que destruía nuestro afecto por los demás con el transcurso de los años. Era también su actitud cuando estaba conmigo, las ideas que expresaba.

Aún conservaba aquella costumbre suya de decir exactamente lo que pensaba y poco más.

Una noche, en nuestra casita de la vía Ghibellina, de Florencia, Gabrielle apareció tras una ausencia de un mes y empezó a hablar.

—Ya sabes que las criaturas de la noche están maduras para acoger a un gran líder. No a un supersticioso murmurador de viejos ritos, sino un gran monarca oscuro que nos galvanice siguiendo unos nuevos principios.

—¿Qué principios? —pregunté. Haciendo caso omiso de mi réplica, ella continuó:

—Imagina algo más que este clandestino y repulsivo alimentarse de mortales, algo grande magnífico como lo era la Torre de Babel antes de que la cólera divina la derribara. Hablo de un líder instalado en un palacio satánico que envía a sus seguidores a volverse hermano contra hermano, a hacer que las madres maten a sus hijos, a arrojar a la hoguera todos los grandes logros de la humanidad, a agostar la tierra para que todos, inocentes y culpables, mueran de hambre. Crear el caos y el sufrimiento allí donde vayas y derrotar a las fuerzas del bien para desesperación de los hombres. Eso sí que es algo merecedor de ser llamado maldad. Ésa sí que es la obra de un verdadero demonio. Tú y yo no somos nada más que flores exóticas del Jardín Salvaje, como tú me dijiste. Y el mundo de los hombres no es ahora ni más ni menos de lo que ya vi en mis libros hace años, en la Auvernia.

La conversación me disgustó. Pero me alegró tener a Gabrielle junto a mí en la estancia, poder hablar con alguien que no fuera un pobre mortal engañado. No estar solo con mis cartas de casa.

—¿Pero qué hay, entonces, de tus cuestiones estéticas? —pregunté—. ¿Qué hay de eso que le explicaste a Armand acerca de que querías saber por qué existía la belleza y por qué razón continúa afectándonos?

Gabrielle se encogió de hombros.

—Cuando el mundo del hombre se hunda en ruinas, la belleza se impondrá. Volverán a crecer los árboles donde había calles; las flores cubrirán de nuevo el prado que hoy es un rancio tenderete de barracas. Éste será el propósito del amo satánico: ver crecer las hierbas silvestres y ver cómo el bosque tupido cubre todo rastro de las ciudades que un día fueron enormes hasta que nada queda de ellas.

—¿Y por qué llamas a todo eso satánico? —quise saber—. ¿Por qué no llamarlo caos? Eso es lo que sería.

—Porque así es como lo llamarían los humanos. Fueron ellos quienes inventaron a Satán, ¿no es así? Satánico no es más que el calificativo que dieron al comportamiento de aquellos que perturbaban el orden en el que querían vivir los hombres.

—No lo entiendo.

—Pues utiliza tu mente sobrenatural, hijo mío de ojos azules y de cabellos de oro, mi hermoso «matalobos». Es muy posible que Dios hiciera el mundo como dijo Armand.

—¿Es esto lo que has descubierto en los bosques? ¿Te lo han revelado las hojas de los árboles?

Gabrielle se echó a reír.

—Desde luego, Dios no es necesariamente antropomórfico —respondió a continuación—. Ni lo que, en nuestro colosal egoísmo y sentimentalismo, llamaríamos «una persona decente». Pero probablemente existe un Dios. Satán, en cambio, fue una invención humana, un modo de denominar a la fuerza que busca derribar el orden civilizado de las cosas. El primer hombre que elaboró unas leyes (fuera Moisés o algún antiguo rey Osiris egipcio), ese legislador creó al diablo. El diablo es el que tienta al hombre a

quebrantar las leyes, y nosotros somos realmente satánicos por cuanto no seguimos ninguna ley para la protección del hombre. Entonces, ¿por qué no saltárnoslas todas? ¿Por qué no provocar un incendio que consuma todas las civilizaciones de la Tierra?

Me sentía demasiado asombrado para responder.

—No te preocupes —añadió Gabrielle con una carcajada—, yo no pienso hacerlo. Pero creo que sucederá en las décadas futuras. ¿No crees que alguien lo hará?

—¡Espero que no! —contesté—. O, mejor, deja que lo exprese de este modo: si uno de nosotros lo intenta, habrá guerra.

—¿Por qué? Todo el mundo seguirá a ese líder.

—Yo no. Yo combatiré contra él.

—¡Ah, eres muy divertido, Lestat! —exclamó ella.

—Es ridículo...

—¡Ridículo! —Gabrielle había apartado la mirada en dirección al patio, pero pronto la volvió de nuevo hacia mí, y el color surgió en sus mejillas—. ¿Ridículo echar por tierra todas las ciudades? Entendí que denominaras ridículo al Teatro de los Vampiros, pero ahora te estás contradiciendo.

—Es ridículo destruir cualquier cosa por el mero hecho de destruirla, ¿no crees?

—Eres imposible—replicó ella—. Algún día, en el futuro lejano, habrá un líder así. Él reducirá al hombre al temor y a la desnudez de la que proviene. Y nos alimentaremos del hombre, sin esfuerzo, como siempre hemos hecho, y el Jardín Salvaje, como tú lo llamas, cubrirá el mundo.

—Casi deseo que alguien lo intente —declaré—, pues yo me alzaría contra él y haría cuanto pudiera por derrotarle. Y posiblemente podría salvarme, podría volver a ser bueno a mis propios ojos, por el hecho de disponerme a salvar de todo eso al hombre.

Muy enfadado, me incorporé de mi asiento y salí al patio.

Ella vino detrás de mí.

—Acabas de expresar el argumento más antiguo del Cristianismo para la existencia del mal —señaló—. Que está ahí para que podamos combatirlo y obrar el bien.

—Qué triste y qué estúpido —asentí.

—Esto es lo que no entiendo de ti —continuó ella—. Te aferras a tu vieja fe en la bondad con una tenacidad prácticamente inmovible. ¡Y, en cambio, resultas magnífico en lo que constituye tu naturaleza! Cazas a tus presas como un ángel oscuro. Matas despiadadamente y, cuando lo decides, pasas la noche saciándote de víctimas.

—¿Y bien? —le dirigí una fría mirada—. No sé ser malo haciendo el mal.

Ella se rió.

—De muchacho era un buen tirador —añadí—. Y un buen actor en el escenario. Ahora soy un buen vampiro. Así es como entendemos la palabra «bondad».

Cuando Gabrielle se hubo ido, me tendí de espaldas en las losas del patio y contemplé las estrellas pensando en todos los cuadros y esculturas que había visto en la ciudad de Florencia. Me di cuenta de que me desagradaban los lugares donde sólo había grandes árboles, y de que el sonido de las voces

humanas era, para mí, la música más dulce y más suave. Pero, ¿qué importaba, en realidad, lo que yo sintiera o pensara?

Bien es cierto que Gabrielle no siempre me aturdí con extrañas filosofías. De vez en cuando, en sus apariciones, me hablaba de cosas prácticas que había descubierto. Era, sin duda, más valerosa y aventurera que yo. Y me enseñaba cosas.

Gabrielle ya había comprobado, antes incluso de que abandonáramos Francia, que los vampiros podíamos dormir en la tierra. No eran precisos ataúdes ni catafalcos. Y se descubría alzándose espontáneamente de entre la tierra al ponerse el sol, antes incluso de terminar de despertarse.

Los mortales que nos encontraban durante las horas diurnas, estaban perdidos, a no ser que nos expusieran a los rayos del sol inmediatamente. Por ejemplo, cerca de Palermo, Gabrielle se había echado a dormir en el sótano de una casa abandonada y, al despertar, había notado que el rostro y los ojos le ardían como si la hubieran escaldado, y en su mano derecha tenía agarrado a un mortal, ya cadáver, que al parecer había intentado perturbar su descanso.

—Le había estrangulado —me contó— y aún tenía mi mano cerrada sobre su garganta. Y la escasa luz que se filtraba por la puerta entreabierta me había quemado el rostro.

—¿Qué habría sucedido de ser varios los mortales? —quise saber, vagamente fascinado con ella.

Gabrielle movió la cabeza en gesto de negativa y se encogió de hombros. Desde entonces, dormía siempre enterrada, no en sótanos o ataúdes. Nadie volvería a perturbar su descanso. A ella no le importaba.

Aunque no lo declaré en voz alta, yo estaba convencido de que dormir en la cripta tenía su gracia. Había cierto encanto novelesco en el hecho de alzarse de la tumba. En realidad, yo me encontraba en el extremo opuesto a la solución de Gabrielle, pues me hacía construir ataúdes especiales en cada lugar donde nos quedábamos un tiempo. Y no dormía en el cementerio o en la iglesia, como era nuestra costumbre más corriente, sino en escondrijos dentro de la casa.

No puedo decir que Gabrielle no me escuchaba con paciencia en ocasiones, cuando le contaba cosas así. Me prestaba atención cuando le describía las grandes obras de arte que había visto en el museo Vaticano, los coros que había escuchado en la catedral, los sueños que parecían provocados por los pensamientos de los mortales que pasaban sobre mi guarida. Sin embargo, tal vez Gabrielle se limitaba a contemplar el movimiento de mis labios; ¿quién podría decirlo con seguridad? Y, a continuación, volvía a desaparecer sin explicaciones y volvía a deambular a solas por las calles, haciendo comentarios en voz alta a Marius o escribiéndole unos mensajes larguísima que, en ocasiones, me llevaba toda la noche completar.

¿Qué deseaba yo de ella? ¿Que fuera más humana, que fuera como yo? Las predicciones de Armand me obsesionaban. ¿Y cómo podría Gabrielle dejar de pensar en ellas? Tenía que haberse dado cuenta de lo que sucedía, de que estábamos alejándonos cada vez más, que se me rompía el corazón pero tenía demasiado orgullo para decírselo.

«¡Gabrielle, por favor, no puedo soportar esta soledad! ¡Quédate conmigo!»



Cuando al fin dejamos Italia, yo empezaba ya a practicar mis arriesgados juegucitos con mortales. De vez en cuando veía a un hombre o a una mujer, a un ser humano que me parecía perfecto espiritualmente, y me dedicaba a seguirlo. Primero, prolongaba este seguimiento una semana, después durante un mes, a veces incluso más tiempo todavía. Me enamoraba de aquel ser. Imaginaba una amistad, una conversación, una intimidad que jamás podríamos tener. Luego, en algún momento mágico e irreal, le decía: «¿Pero tú ves lo que soy?», y el humano, en un acto supremo de comprensión espiritual, respondía: «Sí, lo veo, lo entiendo...».

Un desatino, verdaderamente. Muy parecido al encuentro de la princesa que entrega su amor desinteresado al príncipe encantado y éste recupera su forma original y deja de ser un monstruo. Sólo que en este lúgubre cuento de hadas yo penetraba hasta lo más profundo de mi amante mortal. Los dos nos hacíamos uno, y yo volvía a ser de carne y hueso.

Una idea deliciosa. Pero pronto empecé a darles más y más vueltas en mis pensamientos a las advertencias de Armand acerca de que volvería a realizar el Rito Oscuro por las mismas razones por las que lo había hecho antes. Entonces, dejé de practicar el juegucito y me limité a seguir cazando con toda la crueldad y el espíritu vengativo de siempre, y ya no fueron los malhechores mis únicas presas.

En la ciudad de Atenas, dejé el siguiente mensaje a Marius:

«No sé por qué continúo. No busco la verdad. No creo en ella.

No espero conocer por ti ningún antiguo secreto, sea el que sea. Pero en algo creo: Tal vez sólo sea en la belleza del mundo por el que vago o en la propia voluntad de vivir. Este don me fue entregado demasiado pronto. Y me fue otorgado sin una buena razón. Y, ya a mis treinta años mortales de edad, empiezo a tener una cierta idea de por qué muchos de nuestra raza lo han desperdiciado o han renunciado a él. Yo, en cambio, continúo. Y te busco.»

Ignoro cuánto tiempo pude haber vagado por Europa y Asia de aquella manera. Pese a todas mis lamentaciones por la soledad en que me hallaba, estaba acostumbrado a ella. Y siempre había nuevas ciudades igual que había nuevas víctimas, nuevos idiomas y nuevas músicas que escuchar. Por mucho dolor que sintiera, siempre decidía en último término un nuevo destino. Mi deseo era conocer, finalmente, todas las ciudades de la Tierra, incluso las remotas capitales de la India y de la China, donde hasta el objeto más sencillo me parecería extraño y donde las mentes que sondeara resultaran tan incomprensibles como las de unos seres procedentes de otros mundos.

Sin embargo, cuando partimos de Estambul en dirección al sur, adentrándonos en el Asia Menor, Gabrielle sintió con más fuerza todavía la llamada de aquella tierra nueva y extraña, de modo que apenas aparecía a mi lado.

Y, en Francia, la situación estaba alcanzando un clímax terrible, no sólo para el mundo mortal por el cual aún me preocupaba, sino también para los vampiros del teatro.

### 3

Ya antes de dejar Grecia, por boca de viajeros ingleses y franceses, me habían llegado noticias preocupantes de lo que estaba sucediendo en Francia. Y, cuando llegué a la Hostería Europea de Ankara, encontré un gran paquete de cartas esperándome.

Roget había sacado todo mi dinero de Francia y lo había depositado en bancos extranjeros. «No debe usted pensar en volver a París» me escribía. «He aconsejado a su padre y a sus hermanos que se mantengan apartados de cualquier controversia. El ambiente, aquí, no es muy favorable a los monárquicos.»

Las cartas de Eleni se referían, en su estilo, a los mismos temas:

*El público quiere ver ridiculizada a la aristocracia. Una obrita nuestra, en la que aparece la marioneta de una torpe reina a la que pisa sin piedad un escuadrón de estúpidos títeres soldados que ella intenta mandar, arranca grandes risotadas y exclamaciones de los espectadores.*

*Los clérigos también son objeto de burlas: en otro pequeño drama que representamos, aparece un sacerdote engreído que acude a castigar a un grupo de marionetas bailarinas, a las que afea su comportamiento indecente. Pero, ¡ay!, el maestro de baile de las muchachas, que es en realidad un diablo de cuernos rojos, convierte al desgraciado clérigo en un hombre lobo que termina sus días encerrado en una jaula de oro por las burlonas muchachas.*

*Todo esto es obra del genio de Nuestro Divino Violinista, pero ahora es preciso estar con él todos los momentos que pasa despierto. Para obligarle a escribir, le atamos a la silla y le ponemos delante papel y tinta. Y, si no basta con ello, le obligamos a dictar las obras mientras nosotros las transcribimos.*

*Cuando recorría las calles, no hacía más que acercarse a los transeúntes para decirles con voz apasionada que en este mundo hay horrores que no imaginan ni en sueños. Y te aseguro que, si París no estuviese tan ocupado leyendo los panfletos que denuncian a la reina María Antonieta, nuestro amigo ya habría conseguido que acabaran con todos nosotros.*

*Respecto a nuestro Amigo Más Antiguo, cada noche que pasa se muestra más irritado.*

Naturalmente, me apresuré a contestar a Eleni rogándole que tuviera paciencia con Nicolás, que tratara de ayudarle durante aquellos primeros años. «Sin duda, habrá algún modo de influir sobre él» escribí. Y, por primera vez, añadí una pregunta: «¿Estaría en mi mano cambiar las cosas si yo regresara?». Releí las palabras largo rato antes de estampar la firma. Las manos me temblaban. Por fin, sellé la carta y la envié enseguida.

¿Cómo iba a regresar? Por muy solo que me sintiera, la idea de volver a París, de ver de nuevo el pequeño teatro, me resultaba insoportable. ¿Y qué podría hacer por Nicolás cuando estuviera allí? La antigua advertencia de Armand se repetía en mis oídos.

De hecho, daba la impresión de que Armand y Nicolás estaban siempre conmigo, no importaba dónde me hallara. Armand, lleno de siniestras advertencias y predicciones; Nicolás, burlándose de mí con el pequeño milagro del amor convertido en odio.

Jamás había necesitado a Gabrielle como en aquel instante, pero ella hacía mucho que me había tomado delantera en nuestro viaje. De vez en cuando, evocaba el recuerdo de cómo eran las cosas antes de que dejáramos París, pero ya no esperaba nada de ella.

En Damasco me aguardaba la contestación de Eleni:

*Él te desprecia con la misma intensidad de siempre. Ante la sugerencia de que quizá deberías acudir a su lado, se echa a reír. No te digo estas cosas para que te obsesiones, sino para que sepas que hacemos cuanto podemos para proteger a este joven que jamás debería haber nacido al Reino de las Tinieblas. Está abrumado por sus poderes, desconcertado y enloquecido ante su visión. Los demás ya hemos visto otras veces todo esto y conocemos el lamentable final que le espera.*

*Pese a todo, este mes ha escrito su mejor obra. Las bailarinas marionetas, sin cuerdas en esta ocasión, son segadas por una epidemia en la flor de su juventud y descansan bajo lápidas y coronas de flores. El sacerdote llora sobre las tumbas antes de marcharse. Entonces llega al cementerio un joven violinista mágico y, mediante su música, consigue que las muchachas se levanten. Vestidas de vampiros con túnicas de seda negra con volantes y cintas de negro satén, salen de las tumbas y bailan alegremente mientras siguen al violinista camino de París, representado por una hermosa estampa pintada en el decorado. El público se muestra entusiasmado. Te aseguro que podríamos dar cuenta de nuestras presas mortales en el escenario, y los parisinos no harían otra cosa que aplaudir, creyendo que se trata del último truco que hemos inventado.*

También encontré una carta alarmante de Roget:

París estaba dominado por una locura revolucionaria. El rey Luis se había visto forzado a reconocer a la Asamblea Nacional. Todas las clases populares se estaban uniendo contra él como jamás había sucedido. Roget había mandado un mensajero al sur para que viera a mi familia e intentara determinar el ambiente revolucionario en el campo.

Respondí a ambas misivas con la preocupación y la sensación de impotencia que eran de esperar y, mientras enviaba mis pertenencias a El Cairo, tuvo el presentimiento de que todo aquello en lo que confiaba estaba en peligro. Exteriormente, continuaba mi mascarada como noble viajero sin ningún cambio aparente; por dentro, el demonio cazador de las tortuosas callejas urbanas se sentía callada y secretamente perdido.

Por supuesto, me dije a mí mismo que era importante viajar al sur, a Egipto. Que Egipto era una tierra de antigua grandeza y de maravillas intemporales. Que Egipto me hechizaría y me haría olvidar aquellos sucesos que se producían en París y que no estaba en mi mano cambiar.

Pero mi mente establecía una relación más. Egipto, más que cualquier otra tierra del mundo, era un lugar amante de la muerte.

Finalmente, Gabrielle apareció como un espíritu surgido del desierto de Arabia y zarpamos juntos.

Pasó casi un mes hasta que llegamos a El Cairo, y, cuando encontré mis pertenencias esperándome en la residencia para europeos, había entre ellas un extraño paquete.

Reconocí de inmediato la letra de Eleni, pero no pude imaginar por qué me mandaría un bulto como aquél y me quedé contemplándolo un cuarto de hora seguido, con la mente más en blanco que lo que jamás la había tenido en mi vida.

No había mensaje alguno de Roget.

Me pregunté por qué no habría escrito el abogado. ¿Qué habría en el paquete? ¿Por qué estaba allí?

Finalmente, advertí que llevaba una hora sentado en una habitación entre un montón de maletas y baúles y contemplando un paquete, mientras Gabrielle, que no mostraba ganas de esfumarse todavía, se limitaba a observarme.

—¿Vas a marcharte? —susurré.

—Si tú quieres... —respondió.

Era importante abrir aquello, sí, abrirlo y descubrir de qué se trataba. Sin embargo, me pareció igualmente importante echar un vistazo a la destartada habitación e imaginar que era la de una posada de pueblo en la Auvernia.

—He soñado contigo —dije en voz alta, con la mirada en el paquete—. He soñado que vagábamos juntos por el mundo, tú y yo, y que los dos éramos serenos y fuertes. He soñado que nos cebábamos en los malhechores como hacía Marius, y, al mirar a nuestro alrededor, sentíamos asombro, pavor y pena ante los misterios que presenciábamos. Pero éramos fuertes. Seguíamos siempre adelante. Y hablábamos. «Nuestra conversación» seguía y seguía...

Rasgué el envoltorio y vi la funda del Stradivarius.

Quise decir algo más, sólo para mí mismo, pero se me hizo un nudo en la garganta. Y mi mente no podía transmitir mis palabras por sí sola. Alargué la mano y tomé la carta que se había deslizado a un lado sobre la madera pulida.

*Como me temía, las cosas han llegado a lo peor. Nuestro Amigo más Viejo, enloquecido por los excesos de Nuestro Violinista, le encarceló finalmente en tu antigua residencia. Y, aunque le dejó en la celda su violín, le cortó las manos.*

*Con todo, debes saber que, entre nosotros, tales apéndices siempre pueden reinstaurarse. Y las manos en cuestión fueron guardadas en lugar seguro por nuestro Amigo Más Viejo, que dejó sin sustento al herido. Durante cinco noches.*

*Por último, cuando la acción del grupo entero consiguió de nuestro Amigo Más Viejo que soltara a N. y le devolviera todo cuanto era suyo, el asunto se dio por zanjado.*

*Pero N., enloquecido por el dolor y el ayuno (pues éste puede alterar por completo el temperamento), se sumergió en un silencio impenetrable y así permaneció un tiempo considerable.*

*Por fin, acudió a nosotros y habló solamente para decirnos, como haría un mortal, que había puesto en orden todos sus asuntos. Teníamos a nuestra disposición un fajo de obras recién escritas, y, a cambio, debíamos convocar y celebrar con él el antiguo aquelarre en algún lugar del campo, con su hoguera de costumbre. Si no lo hacíamos, convertiría el teatro en su pira funeraria.*

*Nuestro Amigo Más Viejo accedió solemnemente a sus deseos, y jamás habrás asistido a un aquelarre semejante, pues creo que todos parecíamos aún más infernales con las pelucas y los ropajes finos, con nuestros trajes de baile de vampiros, negros y llenos de volantes, formando el viejo círculo y entonando los viejos cánticos con el desparpajo de unos actores.*

*«Deberíamos haberlo celebrado en el bulevar» dijo él. «Pero, tened; envidad esto a mi creador», y puso en mis manos el violín. Nos pusimos a bailar, todos nosotros, para provocar al habitual frenesí, y creo que jamás nos sentimos más emocionados, más aterrados, más tristes. Y él se lanzó a las llamas.*

*Sé cuánto te afligirá esta noticia, pero entiende bien que hemos hecho lo posible para que esto no sucediera. Nuestro Amigo Más Viejo estaba amargado y afligido. Y creo que deberías saber que, a nuestro regreso a París, descubrimos que N. había ordenado poner oficialmente al local el nombre de Teatro de los Vampiros, y que estas palabras ya habían sido puestas como un rótulo en la fachada. Como sus mejores obras siempre habían tenido vampiros y hombres lobos y otras criaturas sobrenaturales, el público considera muy divertido este nuevo nombre y nadie ha exigido que se cambiara. En el París de estos días resulta, sencillamente, una buena ocurrencia.*

Horas más tarde, cuando por fin bajé la escalera y salí a la calle, vi en las sombras un fantasma pálido y adorable, la imagen de una joven exploradora francesa de sucias ropas blancas y botas de cuero marrones, con un sombrero de paja cubriéndole los ojos.

Reconocí quién era, por supuesto, y que una vez nos habíamos amado, ella y yo. Pero en aquel momento era algo que apenas podía recordar o creer de verdad.

Creo que quise decirle algo mezquino, algo que la hiriera y la impulsara a alejarse de mí. Pero cuando se acercó y dio unos pasos a mi lado, no dije nada. Me limité a dejarle la carta para no tener que cambiar palabra. Y ella la leyó y la guardó, y luego pasó el brazo en torno a mí como solía hacer tanto tiempo atrás, y echamos a andar juntos por las negras calles.

Un olor a muerte y a fuegos de cocinas, a arena y a excrementos de camello. Un olor egipcio. El olor de un lugar que ha permanecido igual durante seis mil años.

—¿Qué puedo hacer por ti, querido mío? —susurró.

—Nada —respondí.

Era yo quien lo había hecho, quien había seducido a Nicolás, quien le había hecho lo que era, quien le había dejado allí. Y era yo quien había trastocado el camino que podría haber seguido su vida. Y así, esa existencia, sumida en la tenebrosa oscuridad y apartada de su curso humano, terminaba en esto.

Más tarde, Gabrielle guardó silencio mientras yo escribía mi mensaje a Marius en la pared de un antiguo templo. Expuse el fin de Nicolás, el violinista del Teatro de los Vampiros, y tallé mis palabras con la misma profundidad con que lo habría hecho un artesano egipcio. Un epitafio para Nicolás, una lápida en el olvido que tal vez nunca leyera o entendiera nadie.

Resultaba extraño tenerla conmigo. Extraño tenerla de pie a mi lado hora tras hora.

—No volverás a Francia, ¿verdad? —me preguntó por último—. No volverás por lo que le hizo, ¿verdad?

—¿Por lo de las manos? —dije yo—. ¿Por lo de amputarle las manos?

Gabrielle me miró, y su rostro se petrificó como si una conmoción le hubiera robado toda expresión. Pero ella había leído la carta. Lo sabía. ¿A qué venía esa conmoción? A mi manera de decirlo, tal vez...

—¿Pensabas que volvería para vengarme?

Ella asintió con un titubeo. No deseaba meterme tal idea en la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo? —continué—. Sería una hipocresía, ¿no crees?, cuando dejé allí a Nicolás contando con que ellos harían lo que tuviera que hacerse...

Los cambios del rostro de Gabrielle eran demasiado sutiles para ser descritos. No me gustaba ver tanto sentimiento en sus facciones. No era propio de ella.

—Lo cierto es que el pequeño monstruo intentaba ayudar haciendo eso, ¿no crees?, cortándole las manos. Debió ser todo un problema para él, en realidad, cuando habría podido quemar a Nicolás con toda facilidad sin ni siquiera pestañear.

Gabrielle asintió, pero advertí su aspecto abatido y, al tiempo, quería la suerte que también hermoso.

—Eso es lo que he pensado —murmuró—, pero no he creído que tú opinaras lo mismo.

—¡Bah!, soy lo bastante monstruo para entenderlo —respondí—. ¿No recuerdas lo que me dijiste hace años, antes de que ninguno de los dos dejara nuestro hogar? Lo dijiste el mismo día en que Nicolás subió a la montaña con los comerciantes para regalarme la capa roja.

Me contaste que su padre estaba tan enfadado con él por tocar el violín, que le había amenazado con romperle las manos. ¿Crees que, de algún modo, encontramos nuestro destino suceda lo que suceda? Quiero decir, ¿no crees que, incluso como inmortales, seguimos un camino que ya teníamos marcado cuando estábamos vivos? Imagínalo: el amo de la asamblea le cortó las manos.

Durante las noches siguientes, quedó claro que Gabrielle no quería dejarme solo, y me di cuenta de que se habría quedado conmigo por el asunto de la muerte de Nicolás, no importaba dónde estuviéramos. Con todo, la circunstancia de hallarnos en Egipto no resultaba indiferente. Ayudaba a su decisión el hecho de que amaba aquellas ruinas y monumentos como no había amado nunca nada.

Tal vez la gente tenía que llevar muerta seis mil años para despertar su amor. Pensé en decírselo, en burlarme un poco de ella con el comentario, pero la idea pasó simplemente por mi cabeza y se

desvaneció. Aquellos monumentos eran tan viejos como las montañas que ella amaba. El Nilo había corrido por la imaginación del hombre desde el comienzo de los tiempos.

Escalamos las pirámides juntos, subimos a las patas de la Esfinge gigante. Revisamos inscripciones de antiguos fragmentos de losas. Estudiamos momias que se podían comprar por una miseria a los ladrones, fragmentos de cerámica antigua, piezas de joyería y cristales. Dejamos que el agua del río corriera entre nuestros dedos y salimos de caza a dúo por las estrechas callejas de El Cairo, y entramos en los burdeles a reclinarnos en los almohadones y ver bailar a los muchachos y oír a los músicos tocando una música cálida y erótica que, por un momento, ahogaba el lamento del violín que sonaba en mi cabeza en todo instante.

Me descubrí incorporándome y poniéndome a bailar desenfadadamente aquellas tonadas exóticas, imitando las ondulaciones de los que me animaban a seguir, hasta perder todo sentido del tiempo y de la razón bajo el quejido de los cuernos y el punteo de los laúdes.

Gabrielle permanecía sentada, quieta, sonriente, con el ala de su manchado sombrero de paja blanco cubriéndole los ojos. Ya no nos hablábamos. Ella era sólo una especie de belleza pálida y felina, de mejillas manchadas de barro, que vagaba por la noche eterna a mi lado. Con el gabán ceñido por un grueso cinturón de cuero y el cabello en una trenza a la espalda, caminaba con la prestancia de una reina y la lasitud de un vampiro, la curva de su mejilla luminosa en la oscuridad, su pequeña boca un capullo de rosa roja. Encantadora y, sin duda, destinada a desvanecerse muy pronto de nuevo.

No obstante, continuó conmigo incluso cuando alquilé una lujosa pequeña residencia, en otro tiempo casa de un mameluco, con suelos de espléndidos azulejos y refinados tapices colgando de los techos. Incluso me ayudó a llenar el patio de buganvillas y palmeras y todo tipo de plantas tropicales hasta convertirlo en una pequeña jungla de verdor. Gabrielle se encargó espontáneamente de traer las jaulas con los loros y golondrinas y brillantes canarios.

Incluso, de vez en cuando, hacía un gesto de comprensivo asentimiento cuando me oía murmurar que no había cartas de París y me veía frenético ante la ausencia de noticias.

¿Por qué no me escribía Roget? ¿Había estallado París en disturbios y revueltas? Bien, tal cosa no alcanzaría a mis parientes en la alejada Auvernia. ¿O sí? Pero, ¿le habría sucedido algo a Roget? ¿Por qué no escribía?

Gabrielle me pidió que fuera río arriba con ella. Yo quería esperar una posible carta, quedarme a preguntar a los viajeros ingleses, pero accedí. Al fin y al cabo, ya era bastante notable que me quisiera por acompañante. A su manera, se estaba ocupando de mí.

Supe que había decidido vestirse una levita y unos pantalones bombachos de fresco lino blanco sólo por complacerme. Que se cepillaba aquellos largos cabellos por mí.

Pero aquello ya no importaba nada. Me estaba hundiendo, lo notaba. Estaba vagando por el mundo como si fuera un sueño.

Parecía muy lógico y natural que a mi alrededor encontrara un paisaje exactamente igual a como había sido miles de años atrás, cuando los artistas lo habían pintado en los muros de las tumbas reales. Parecía natural que las palmeras a la luz de la luna tuvieran el mismo aspecto de entonces, que el

campesino sacara del río el agua que necesitaba igual que en ese tiempo remoto se hacía. Hasta las vacas que abrevaban en la orilla eran idénticas.

Visiones del mundo cuando éste era nuevo.

¿Había pisado Marius aquellas arenas alguna vez?

Deambulamos por el enorme templo de Ramsés, hechizados por los millones y millones de pequeñas imágenes talladas en las paredes. No dejaba de pensar en Osiris, pero las figurillas me resultaban desconocidas. Recorrimos las ruinas de Luxor y descansamos juntos en la falúa, bajo las estrellas.

Ya de regreso hacia El Cairo, al aproximarnos a los grandes Colosos de Memnón, Gabrielle me habló en un apasionado susurro de cómo los emperadores romanos habían viajado hasta allí para admirar esas estatuas, igual que ahora hacíamos nosotros.

—Ya eran antiguas en tiempos de los cesares —comentó mientras guiábamos nuestros camellos por las frías arenas.

Esa noche, el viento no era tan fuerte como otras veces y pudimos ver con claridad las inmensas figuras de piedra contra el cielo negro azulado. Aunque desgastados, los rostros parecían seguir mirando al frente, testigos mudos del paso del tiempo cuya inmovilidad me producía tristeza y temor.

Si me pedía que fuera con ella, era sólo porque se sentía obligada a ello. La tristeza, la lástima..., quizá también fueran razones que la impulsaban, pero lo que Gabrielle quería de verdad era ser libre.

Continuó conmigo mientras nos acercábamos a la ciudad. No dijo ni hizo nada más.

Y yo me hundía cada vez más, callado y aturdido, sabedor de que pronto recibiría otro golpe demoledor. Me embargaban la certeza y el horror. Gabrielle me diría el adiós definitivo y yo no podía evitarlo. ¿Cuándo empezaría a perder el control? ¿Cuándo rompería a llorar sin poderlo remediar?

Todavía no.

Cuando encendimos las luces de la casita, los colores me asaltaron: las alfombras persas cubiertas de delicadas flores, los tapices con un millón de espejuelos cosidos, el brillante plumaje de los pájaros en su aleteo...

Busqué algún envío de Roget, pero no había ninguno y, de pronto, me sentí furioso. Sin duda, ya debería haber recibido noticias tuyas. ¡Tenía que enterarme de lo que estaba sucediendo en París! A continuación, me entró miedo.

—¿Qué diablos está pasando en Francia? —murmuré—. Tendré que ir a ver a otros europeos. A los británicos. Ellos siempre tienen información. Allá donde van, siempre llevan consigo su maldito té indio y su *Times* de Londres.

Me enfureció ver a Gabrielle allí plantada, tan quieta. Era como si en la sala estuviera sucediendo algo; la misma sensación sofocante de tensión y expectación que había experimentado en la cripta antes de que Armand nos contara su largo relato.

Pero no sucedía nada, salvo que Gabrielle se disponía a dejarme para siempre. Que estaba a punto de esfumarse en el tiempo para siempre. ¡Y cómo podríamos volver a encontrarnos alguna vez!

—Maldición —exclamé—. Esperaba una carta.



No había criados en la casa, pues no habíamos avisado de nuestro regreso. Me apetecía enviar a alguien a contratar a unos músicos. Acababa de saciarme y sentía calor en el cuerpo y me decía a mí mismo que me apetecía bailar.

Gabrielle rompió de improviso su inmovilidad y dio unos pasos muy medidos. Con una extraña decisión, salió al patio.

La vi arrodillarse junto al estanque. Después levantó dos adoquines del pavimento, sacó un paquete y, tras limpiarlo de tierra y arena, me lo trajo.

Antes incluso de que lo expusiera a la luz, vi que lo enviaba Roget. Aquel paquete había llegado antes de iniciar nuestro viaje Nilo arriba, ¡y ella me lo había ocultado!

—¿Por qué has hecho una cosa así? —exclamé, hecho una furia.

Le arranqué el paquete de las manos y lo puse sobre el escritorio.

La miré fijamente y sentí odio por ella, más odio que nunca. ¡Ni siquiera en el egoísmo de la infancia la había odiado como en aquel momento!

—¿Por qué me has ocultado ese paquete? —insistí.

—Porque quería una oportunidad —susurró ella. Vi un temblor en su mentón y en su labio inferior, y unas lágrimas de sangre—. Pero tú ya habías tomado una decisión —añadió—, incluso sin esto.

Extendí la mano y desgarré el envoltorio. Cayó de él una carta, acompañada de varios recortes doblados de un periódico inglés. Abrí el sobre de la carta con manos temblorosas y empecé a leer:

*Monsieur:*

*Como ya debe saber, el 14 de julio, las turbas de París atacaron la Bastilla. La ciudad es presa del caos. Ha habido revueltas por toda Francia. Durante meses he tratado en vano de ponerme en contacto con su familia y de sacarla del país sana y salva, si era posible.*

*Sin embargo, el lunes pasado he recibido la noticia de que los campesinos y arrendatarios de tierras se habían alzado contra la casa de su padre. Sus hermanos, junto con sus esposas, hijos y todos los que intentaron defender el castillo, fueron asesinados y la casa, saqueada. Únicamente su padre logró escapar.*

*Unos criados fieles consiguieron esconderle durante el asedio, y, más tarde, trasladarle a la costa. En el día de hoy, se encuentra en la ciudad de Nueva Orleans, en la antigua colonia francesa de la Luisiana. Le ruega a usted que vaya en su ayuda. Está abrumado de dolor y rodeado de extraños. Le suplica que acuda.*

Había más. Disculpas, seguridades, detalles... Todo ello dejó de tener sentido.

Guardé la carta en el escritorio y me quedé mirando la madera de éste y el charco de luz que producía la lámpara.

—No vayas a su lado —dijo Gabrielle.

Su voz resultaba pequeña e insignificante en el silencio. Pero el silencio era como un inmenso grito.

—No vayas a su lado —repitió. Las lágrimas, dos largos regueros rojos que brotaban de sus ojos, surcaban sus mejillas como si fueran el maquillaje de un payaso.

—Vete —susurré. La palabra flotó en el aire y, de improviso, mi voz se elevó de nuevo.

—¡Vete! —volví a decir. Y, nuevamente, mi voz no se detuvo sino que continuó elevándose hasta que me encontré gritando con extrema violencia:

—¡¡VETE!!

## 4

Soñé con mi familia. En el sueño, estábamos todos abrazados unos a otros. Incluso Gabrielle se hallaba presente, con un vestido de terciopelo. El castillo estaba ennegrecido, quemado por todas partes. Los tesoros que había depositado allí se habían fundido o convertido en ceniza. Todo vuelve siempre a convertirse en cenizas. Aunque... ¿cómo es realmente la vieja cita: «cenizas a las cenizas» o «polvo al polvo»?

No importaba. Yo había regresado y les había convertido a todos en vampiros y allí estábamos, la Casa de Lioncourt al completo, todos muy pálidos y hermosos, incluso aquel bebé chupador de sangre que yacía en la cuna y aquella madre que se inclinaba sobre él para acercarle la gorda rata de larga cola que se debatía entre sus dedos, y de la que había de alimentarse el pequeño.

Besándonos y abrazándonos entre risas, todos avanzábamos entre las cenizas: mis pálidos hermanos, sus pálidas esposas, los niños fantasmagóricos parlotando sobre sus presas y mi padre ciego, que, como una figura bíblica, se había puesto en pie exclamando:

—¡PUEDO VER!

Mi hermano mayor me pasaba el brazo por los hombros. Con unas buenas ropas, tenía un aspecto espléndido. Nunca le había visto tan espléndido y la sangre vampírica le daba un aire muy reservado y espiritual.

—¿Sabes? Ha sido magnífico que vinieras con todos estos Dones Oscuros —me decía con una alegre carcajada.

—Con el Rito Oscuro, querido, con el Rito Oscuro —le corregía su esposa.

—Porque, si no lo hubieras hecho —continuaba mi hermano en el sueño—, ¡entonces estaríamos todos muertos!

## 5

La casa estaba vacía. Los baúles ya estaban en camino. El barco zarparía de Alejandría dos noches después. Sólo llevaría conmigo una pequeña valija. A bordo, el hijo de un marqués debería cambiarse de ropa de vez en cuando. Y, por supuesto, el violín.

Gabrielle me miraba junto al arco de entrada al jardín, alta y esbelta, hermosamente flaca bajo sus blancas ropas de algodón, con el sombrero puesto, como siempre, y el cabello suelto.

¿Tal vez era para mí, aquella melena al viento?

La pesadumbre seguía creciendo en mí como una marea que abarcaba todos los deudos, los muertos y los no muertos.

Pero la pena pasó y volvió la sensación de hundimiento, de habitar en un sueño donde navegábamos con voluntad o sin ella.

Comprendí que la mejor descripción de su cabello sería la de una lluvia de oro, que la poesía de siempre cobra sentido cuando uno contempla a la persona a la que se ha amado. Adorables eran los ángulos de su cara, su boca pequeña e implacable.

—Dime qué necesitas de mí, madre —murmuré en voz baja. La estancia, pulcra. El escritorio. La lámpara. Una silla. Todos mis pájaros de brillantes colores enviados, probablemente, a su venta en el bazar. Loros grises africanos que viven tanto como un hombre. Nicolás había llegado sólo a los treinta.

—¿Precisas dinero de mí?

Un gran y hermoso sonrojo en sus mejillas, los ojos en un destello de luz en movimiento, azul y violácea. Por un instante, casi pareció humana. Habríamos podido estar en su habitación de nuestro hogar. Libros, paredes húmedas, el fuego... ¿Había sido humana entonces?

El ala del sombrero le cubrió completamente las facciones por un instante al inclinar la cabeza. Inexplicablemente, me preguntó:

—Pero, ¿dónde irás?

—A una casita en la rué Dumaine, en la ciudad francesa de Nueva Orleans —respondí con frialdad y precisión—. Y cuando él haya muerto y descanse en paz, no tengo ni la más ligera idea de qué haré.

—No puedes hablar en serio.

—Tengo pasaje para el próximo barco que zarpa de Alejandría. Iré a Nápoles, y, de allí, a Barcelona. Después, embarcaré en Lisboa rumbo al Nuevo Mundo.

Su rostro pareció adelgazar, haciendo más acusadas sus facciones. Movié ligeramente los labios pero no dijo nada. Y luego vi aparecer en sus ojos las lágrimas y percibí su emoción como si surgiera de ella para tocarme. Aparté la vista, revolví algo sobre el escritorio y luego, sencillamente, dejé las manos muy quietas para que no me temblaran. Me alegraba de que Nicolás se hubiera llevado sus manos a la

hoguera consigo, pues de lo contrario, me dije, habría tenido que volver a París y recuperarlas antes de continuar viaje.

—¡Pero no puedes ir a vivir con él! —susurró Gabrielle.

¿Él? ¡Ah, sí! Mi padre.

—¿Qué importa? ¡Me voy! —repliqué.

Ella hizo un leve gesto de negativa con la cabeza. Se acercó al escritorio. Su paso era más ligero que el de Armand.

—¿Ha hecho esa travesía alguno de nuestra raza? —preguntó con un hilo de voz.

—Que yo sepa, no. En Roma me dijeron que no.

—Quizás ese viaje no pueda hacerse.

—Puede hacerse. Lo sabes muy bien —respondí. Los dos habíamos surcado ya los mares en nuestros sarcófagos forrados de corcho. Y ay del leviatán que me molestara.

Gabrielle se acercó todavía más y me miró. Y su rostro no pudo ocultar por más tiempo el dolor que sentía. Estaba arrebatadora. ¿Por qué la había vestido siempre con trajes de gala, sombreros de plumas y perlas?

—Ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo —le dije, pero la aspereza de mi voz carecía de convicción—. La dirección de mis bancos en Londres y Roma. Estos bancos han vivido tanto tiempo o más que un vampiro y seguirán siempre donde están. Pero ya sabes todo esto, siempre lo has sabido...

—Basta —replicó ella en un siseo—. No me digas esas cosas.

Todo aquello era una gran mentira, una parodia. Era precisamente el tipo de conversación que ella siempre había detestado, el tipo de conversación que era incapaz de mantener. Ni en mis pensamientos más desatados había esperado nunca que las cosas fueran así, que fuera yo quien hablara con frialdad y ella quien llorara. Había pensado que yo me echaría a sollozar cuando Gabrielle me dijera que se marchaba. Había pensado que me arrojaría a sus pies.

Nos miramos durante un largo instante. Sus ojos estaban teñidos de rojo y casi le temblaba la boca.

Y entonces perdí el control.

Me levanté y fui hacia ella y estreché entre mis manos sus hombros menudos y delicados. Estaba dispuesto a no dejarla marcharse, por mucho que se resistiera. Pero no se debatió, y los dos continuamos llorando casi en silencio como si no pudiéramos parar. Y, sin embargo, no se entregó a mí. No se fundió en mi abrazo.

A continuación, se echó hacia atrás. Me acarició el cabello con ambas manos, se inclinó hacia adelante y me besó en los labios, y luego se apartó con gesto ligero y sin el menor ruido.

—Entonces, está bien, querido mío —musitó.

Moví la cabeza. Palabras y palabras y palabras sin decir. Para ella no tenían utilidad, y nunca la habían tenido.

Volvió a la puerta del jardín con su andar lento y lánguido, moviendo las caderas cadenciosamente, y alzó la mirada al cielo nocturno antes de volverla de nuevo hacia mí.

—Tienes que prometerme una cosa —dijo por último.

Era el atrevido joven francés que se movía con la gracia de un árabe por rincones de un centenar de ciudades donde sólo un gato callejero podría pasar sin riesgos.

—Desde luego —asentí. Sin embargo, mi espíritu estaba ya tan quebrantado que no quería seguir hablando. Los colores se difuminaron. La noche no era cálida ni fría. Yo quería que Gabrielle se marchara sin más, pero me aterraba el momento en que tal cosa sucediera, cuando ya no podría hacerla volver.

—Prométeme —dijo— que no buscarás poner fin a todo sin antes estar conmigo, sin que volvamos a reunirnos.

Por un instante, la sorpresa me impidió responder. Luego afirmé:

—No pienso ponerle *finjamos*. —Mi tono fue casi desdeñoso—. Por lo tanto, tienes mi promesa. No me cuesta nada dártela. ¿Qué te parece, ahora, si tú me haces otra a mí? Que me harás saber dónde irás después de aquí, dónde puedo localizarte; prométeme que no te desvanecerás como si fueras algo que sólo he imaginado...

Me detuve. Había notado en mi voz un tono de urgencia, con atisbos de histeria. No podía imaginarla escribiendo una carta o mandándola al correo o haciendo ninguna de las cosas que los mortales hacían habitualmente. Era como si no nos hubiera unido, ni entonces ni nunca, una naturaleza común.

—Espero que aciertes en esa valoración de ti mismo —comentó.

—Yo no creo en nada, madre —respondí—. Hace mucho tiempo le dijiste a Armand que creías que hallarías respuestas en los bosques y las grandes junglas, que las estrellas te revelarían algún día una gran verdad. Yo, en cambio, no creo en nada y eso me hace más fuerte de lo que piensas.

—Entonces ¿por qué tengo tanto miedo por ti? —insistió. Su voz era apenas un jadeo. Creo que tuve que seguir el movimiento de sus labios para oír lo que decía.

—Tú percibes mi soledad —contesté—, mi amargura al quedar al margen de la vida. Mi amargura de ser el mal, de no merecer ser amado y, a pesar de todo, necesitar desesperadamente el amor. Mi horror de no poder mostrarme nunca a los mortales. Pero estas cosas no me detienen, madre. Soy demasiado fuerte para que me detengan. Como una vez dijiste, soy muy bueno en ser lo que soy. Estos temas, simplemente, me hacen sufrir de vez en cuando, eso es todo.

—Te quiero, hijo mío.

Quise añadir algo acerca de su promesa, de los agentes en Roma, de que escribiera. Quise decirle...

—Recuerda tu promesa —murmuró.

Y, de pronto, supe que aquél era nuestro último momento juntos. Lo supe y me di cuenta de que no podía hacer nada por cambiarlo.

—¡Gabrielle! —musité.

Pero ya se había marchado.

La sala, el jardín exterior, la noche misma, estaban en calma y en silencio.

En algún momento antes del amanecer, abrí los ojos. Estaba tendido en el suelo de la casa, donde me había derrumbado llorando hasta caer dormido.

Recordé que debía partir hacia Alejandría, avanzar cuanto pudiera, y luego enterrarme bajo la arena cuando saliera el sol. Sería magnífico dormir en el suelo arenoso. También recordé que la puerta del jardín había quedado abierta. Y que ninguna de las puertas estaba cerrada con llave.

Pero no conseguí moverme. De una manera fría y muda, me imaginé buscándola por El Cairo, llamándola, diciéndole que volviera. Por un momento, casi me pareció que lo había hecho, que había corrido tras ella completamente humillado y que había tratado de hablarle otra vez del destino que me conducía a perderla igual que a Nicolás le había llevado a perder las manos. De algún modo, teníamos que trastocar el destino. El triunfo final debía ser nuestro.

Una idea sin sentido. Y tampoco había corrido tras ella. Había salido de caza y había vuelto. Para entonces, ella ya estaría lejos de El Cairo, tan perdida de mí como un leve grano de arena en el aire.

Finalmente, largo rato después, volví la cabeza. Un cielo carmesí sobre el jardín, una luz carmesí resbalando por el otro lado del tejado. La llegada del sol..., y la llegada del calor y el despenar de mil y una voces por las tortuosas callejas de El Cairo y un sonido que parecía surgir de la arena y de los árboles y de los campos sembrados.

Y, muy lentamente, mientras escuchaba estos sonidos y entreveía el fulgor luminoso agitándose en el tejado, advertí la proximidad de un mortal.

Estaba en el umbral de la puerta del jardín, contemplando mi silueta inmóvil en el interior de la casa. Era un joven europeo de cabellos rubios vestido de árabe. Bastante guapo. Y, con las primeras luces del día, me distinguió allí: un europeo como él, tendido en el suelo de baldosas de una casa abandonada.

Me quedé mirándole mientras se adentraba en el jardín desierto; la luminosidad del cielo me calentaba los ojos y empezaba a quemarme la suave piel en torno a ellos. Con su túnica y su limpio turbante, era como un fantasma cubierto por una sábana blanca.

Me di cuenta de que debía escapar. Tenía que huir lejos inmediatamente, y esconderme del sol naciente. Ya no tenía tiempo de llegar a la cripta. El mortal estaba en mi guarida. No me quedaba tiempo ni para matarle y librarme de él, pobre mortal infortunado.

Pero no me moví. Y él se acercó aún más. Todo el cielo fluctuaba detrás de él mientras su silueta se definía y formaba una sombra.

—¡Monsieur!

El susurro solícito, como el de la mujer de Notre Dame que, tantos años atrás, había intentado ayudarme antes de que la convirtiera en mi presa junto a su inocente pequeño.

—¿Qué le sucede, monsieur? ¿Puedo ayudarle en algo?

Un rostro tostado por el sol bajo los pliegues del blanco turbante, unas cejas doradas destellantes, unos ojos grises como los míos.

Me di cuenta de que estaba poniéndome en pie, pero no lo hice por propia voluntad. Me di cuenta de que mis labios dejaban los dientes al descubierto. Y entonces oí un rugido que surgía de mí y advertí la sorpresa en su rostro.

—¡Mira! —dije en un susurro, apoyando los colmillos en el labio inferior—. ¡Mira bien!

Y, corriendo hacia él, le así por la muñeca y le obligué a poner la mano abierta sobre mi rostro.

—¿Has creído que era humano? —grité. Y luego le levanté, manteniendo a distancia sus pies mientras él los sacudía y se debatía inútilmente—. ¿Has pensado que era tu hermano?

El muchacho abrió la boca con un gemido seco, un carraspeo y, luego, un grito.

Le lancé por los aires y le vi volar sobre el jardín con el cuerpo girando y los brazos y las piernas extendidos, hasta desaparecer por encima del tejado deslumbrante.

El cielo era un fuego cegador.

Salí corriendo por la puerta del jardín y me interné en el callejón. Corrí bajo pequeñas arcadas y crucé calles extrañas. Probé puertas y verjas y aparté de mi camino a algunos mortales. Atravesé incluso paredes que surgían ante mí y de las que se alzaban nubes de polvo de yeso que amenazaban con sofocarme, para salir de nuevo a una calleja embarrada de olor rancio. Y la luz continuó detrás de mí como si se tratara de una cacería a pie.

Y cuando encontré una casa quemada con las celosías en ruinas, irrumpí en ella y me enterré en el jardín. Cavé mas y más hondo, hasta que no pude ya seguir moviendo los brazos ni las manos.

Estaba refugiado en el frío y la oscuridad.

Me hallaba a salvo.



## 6

Me estaba muriendo. O eso pensé. Era incapaz de contar las noches que habían transcurrido. Tenía que levantarme e ir a Alejandría. Tenía que cruzar el océano. Pero eso significaba moverse, abrirse paso en la tierra, rendirse a la sed.

No cedería a ella.

La sed llegó. La sed pasó. Fue el tormento y el fuego, y mi mente padeció la sed igual que la sufría mi corazón, y éste se hizo más y más grande, su latir más y más sonoro. Pero, a pesar de todo, seguí sin ceder.

Tal vez los mortales, encima de mí, pudieran oír mi corazón. De vez en cuando, les vi como breves llamaradas en la oscuridad y escuché sus voces parlotando en una lengua extranjera. Sin embargo, la mayor parte del tiempo sólo vi la oscuridad. Sólo escuché las tinieblas.

Finalmente, fui la sed misma yaciendo bajo tierra, envuelto en sueños rojos, y la paulatina certeza de que estaba demasiado débil para abrirme paso entre la blanda tierra arenosa, para poder poner la rueda en marcha otra vez.

Exacto. No podía levantarme de allí aunque quisiera. No podía moverme en absoluto. Respiraba. Seguía respirando. Pero no de la manera en que lo hacían los mortales. El latido del corazón me retumbaba en los oídos.

Pero no morí. Sólo me consumí. Igual que aquellos seres torturados tras los muros de la cripta bajo les Innocents, metáforas desamparadas del sufrimiento universal que pasa desapercibido, que no deja constancia, que es ignorado.

Mis manos se hicieron garras y mi cuerpo quedó reducido a piel y huesos y los ojos me saltaban de las órbitas. Es interesante que nosotros, los vampiros, podamos permanecer en ese estado para siempre, que sigamos existiendo incluso si no bebemos, si no nos entregamos a ese placer exquisito y fatal. Sería interesante, si no fuera porque cada latido del corazón significaba tal agonía. Y si pudiera detener mis pensamientos:

Nicolás de Lenfent ha dejado de existir. Mis hermanos han muerto. El sabor apagado del vino, el sonido de los aplausos. «*¿Pero no crees que sea bueno lo que hacemos aquí, dar felicidad a la gente?*»

«*¿Bueno? ¿De qué estás hablando? ¿Bueno?*»

«*¡Es algo bueno, produce algún bien, hay bondad en ello! Dios santo, incluso si este mundo carece de sentido, sin duda puede seguir existiendo en él la bondad. Es bueno comer, beber, reír..., estar juntos...*»

Risas. Aquella música desquiciada. Aquella estridencia, aquella disonancia, aquella interminable expresión chillona y penetrante del vacío y la ausencia de sentido...

¿Estoy despierto? ¿Estoy dormido? De una cosa estoy seguro. De que soy un monstruo. Y, gracias a que yazgo atormentado bajo tierra, algunos seres humanos pueden atravesar el estrecho desfiladero de la vida sin sobresaltos.

Gabrielle ya debe estar en las junglas de África.

En algún impreciso momento, penetraron unos mortales en la casa quemada bajo cuyo jardín me hallaba, unos ladrones que buscaban refugio. Demasiado parloteo en un idioma extranjero. Pero lo único que tenía que hacer era hundirme todavía más dentro de mi mismo, aislarme hasta de la fría arena que me envolvía, para no escucharles.

¿Estoy realmente aprisionado?

El olor de la sangre ahí arriba...

Tal vez esos dos hombres que descansan en el descuidado jardín sean la última esperanza de que la sangre me haga levantarme de la tierra, de que me haga revolverme y extender esas horribles (tienen que serlo) y monstruosas zarpas.

Los mataré de miedo antes incluso de beber. Es una lástima. Siempre he sido un vampiro bello y refinado. Pero ya no.

De vez en cuando, me parece que Nicolás y yo revivimos nuestras mejores conversaciones. «Estoy mas allá de todo dolor y de todo pecado» me dice. «Pero, ¿tú sientes algo?» le pregunto yo. «¿Es eso lo que significa verse libre de este estado? ¿Que uno deja de sentir?» ¿Que desaparecen la pesadumbre, la sed, el éxtasis? En esos momentos, me resulta interesante que nuestro concepto del paraíso sea el de un éxtasis. Las bienaventuranzas del cielo. Y que nuestra imagen del averno sea la de un dolor. El fuego del infierno. Así pues, no nos parece demasiado bien *no sentir nada*, ¿verdad?

¿Vas a rendirte, Lestat? ¿O no es cierto, más bien, que antes prefieres combatir la sed con este tormento infernal que morir y dejar de sentir? Al menos, sientes el deseo de la sangre, de una sangre cálida y deliciosa llenando todo tu ser... Sangre...

¿Cuánto tiempo van a quedarse esos humanos aquí, encima de mí, en mi jardín destrozado? ¿Una noche? ¿Dos? Recuerdo que dejé el violín en la casa donde vivía. Tengo que recuperarlo y entregarlo a algún joven músico mortal, alguien que...

Bendito silencio. Salvo el sonido del violín. Y los blancos dedos de Nicolás pulsando las cuerdas, y el arco moviéndose veloz bajo el foco, y los rostros de las marionetas inmortales, entre fascinadas y divertidas. Cien años atrás, los parisinos le habrían capturado. No habría tenido que arrojarse a la hoguera él mismo. Y también me habrían capturado a mí. Pero lo dudo.

No, jamás habría existido un lugar de las brujas para mí.

Ahora, Nicolás vive en mi recuerdo. Una piadosa frase mortal. ¿Y qué clase de vida es ésta? Si a mí no me gusta vivir aquí, ¿qué significará vivir en el recuerdo de otro? Nada, me parece. No estás realmente ahí, ¿verdad?

Gatos en el jardín. Olor a sangre gatuna.

Gracias, pero prefiero sufrir. Prefiero secarme como un pellejo con dientes.

## 7

Surgió un sonido en la noche. ¿Cómo era?

El poderoso timbal gigante que retumbaba pausadamente por las calles del pueblo de mi infancia mientras los actores italianos anunciaban la representación que tendría lugar en el pequeño escenario de la parte trasera de su pintarrajeado carromato. El gran timbal que yo mismo había tocado por las calles de la ciudad durante aquellos días preciosos en que, fugado de casa, había sido uno de ellos.

Pero el sonido era aún más fuerte. ¿El estallido de un cañón transportado por el eco a través de valles y pasos de montaña? Lo noté en los huesos. Abrí los ojos en la oscuridad y supe que se acercaba.

Tenía el ritmo de las pisadas. ¿O era el de un corazón latiendo? El mundo se llenó de aquel sonido.

Era un estruendo siniestro, que se acercaba más y más. Y, sin embargo, una parte de mí supo que no era ningún sonido real, nada que pudiera captar un oído mortal, nada que hiciera vibrar la porcelana de los estantes o el cristal de las ventanas. O que hiciera encaramarse a lo alto de la tapia a los gatos.

Egipto yace en silencio. El silencio cubre el desierto a ambas orillas del poderoso río. No se oye ni el balido de una oveja. Ni el mugido de una vaca. Ni el llanto de una mujer en algún rincón.

Y, en cambio, el sonido es ensordecedor.

Por un instante, tuve miedo. Me estiré en la tierra,forcé los dedos hacia la superficie. Sin visión, sin peso, flotaba en la tierra arenosa y, de pronto, no pude respirar, no pude gritar, y me pareció que, si hubiera podido hacerlo, habría gritado tan fuerte que habría roto todos los cristales en kilómetros a la redonda. Las ventanas se habrían hecho añicos y las copas de cristal fino habrían estallado.

El sonido era más fuerte. Se acercaba. Traté de rodar sobre mí mismo y alcanzar el aire, pero no pude.

Y entonces me pareció ver la cosa, la figura aproximándose. Un leve fulgor rojo en la oscuridad.

Quizá sea la muerte, me dije.

Quizá, por algún sublime milagro, la Muerte está viva y nos toma en sus brazos, y esa figura que se acerca no es un vampiro, sino la personificación misma del paraíso y sus bienaventuranzas.

Y con ella nos alzamos más y más, hacia las estrellas. Dejamos atrás los ángeles y los santos, dejamos atrás la luz misma y penetramos en la divina oscuridad, en el vacío, al tiempo que dejamos atrás la existencia. Y todos nuestros actos son perdonados y disueltos en el olvido.

La destrucción de Nicolás se convierte en un débil punto de luz que se desvanece. La muerte de mis hermanos se desintegra en la gran paz de lo inevitable.

Traté de empujar la tierra, de hacer fuerza con los pies, pero yo estaba demasiado débil. Noté en la boca un gusto a tierra arenosa. Sabía que debía levantarme, y el sonido estaba diciéndome que lo hiciera.

Lo volví a sentir como una descarga de artillería: el rugido de un cañón.

Y me di perfecta cuenta de que aquel sonido estaba buscándome, que estaba acudiendo a mí. Me buscaba como un haz de luz. No podía quedarme allí. Tenía que responder.

Envié hacia él el más caluroso sentimiento de bienvenida. Le dije que estaba allí y escuché mis propios penosos jadeos mientras pugnaba por mover los labios. Y el sonido alcanzó tal potencia que hizo vibrar hasta la última fibra de mi ser. En torno a mí, la tierra se movía bajo su efecto.

Fuera lo que fuese, había penetrado en la casa quemada y en ruinas.

La puerta había saltado reventada como si sus goznes, en lugar de anclados en hierro, lo hubieran estado en simple yeso. Vi todas esas imágenes sobre la pantalla de mis párpados cerrados. Y vi aquello moviéndose bajo los olivos. Estaba en el jardín.

Presa de un renovado frenesí, quise abrirme paso hacia el aire. Pero el ruido sordo y corriente que escuchaba ahora era el de algo excavando la tierra encima de mí.

Noté algo suave como el terciopelo que me rozaba el rostro. Y vi encima de mí la luz tenue del cielo a oscuras y la capa de nubes como un velo que tapaba las estrellas, y nunca como en aquel momento me parecieron tan bienaventurados los cielos en toda su sencillez.

El aire llenó mis pulmones.

Emití un sonoro gemido de placer al notarlo. Pero todas aquellas sensaciones estaban más allá del placer. Respirar o ver la luz eran milagros. Y el sonido del timbal, aquel ruido ensordecedor, parecía el acompañamiento perfecto.

Y la figura, aquel ser que había venido a buscarme, aquél de quien procedía el sonido, estaba delante de mí.

El sonido se desvaneció; se difuminó hasta que no fue sino el eco de una nota de violín. Y empecé a salir de la tierra como si alguien me levantara, aunque el ser continuó donde estaba, con las manos a los costados.

Por fin, adelantó los brazos para sostenerme, y el rostro que vi parecía surgido del reino de lo imposible. ¿Cómo podía tener un aspecto así uno de nosotros? ¿Qué sabíamos nosotros de paciencia, de supuesta bondad, de compasión? No, aquel ser no era uno de nosotros. Era imposible. Y, pese a todo, lo era. Sangre y huesos sobrenaturales, como yo. Ojos irisados que captaban la luz de todas direcciones, pestañas cortas como trazos dorados de la pluma más fina.

Y esa criatura, ese vampiro poderoso, me sostenía erguido y me miraba a los ojos. Y creo que dije algo descabellado, que expresé algún pensamiento desesperado: Afirmé que conocía el secreto de la eternidad.

—Entonces, dímelo —musitó el ser con una sonrisa. Era la más pura imagen del amor humano.

—¡Oh, Dios, ayúdame! ¡Condéname al pozo del infierno! —Estaba escuchando mi propia voz—. No puedo seguir contemplando esta belleza.

Vi mis brazos como huesos, mis manos como garras de ave. Es imposible, me dije, seguir viviendo como el espectro que ahora soy. Me miré las piernas. Eran dos palos. Las ropas se me caían a pedazos. Era incapaz de moverme y de mantenerme en pie. De pronto, me asaltó el recuerdo de la sensación de la sangre fluyendo en mi boca.

Vi ante mí, como una mortecina llamarada, sus ropajes de terciopelo rojo, la capa que le cubría hasta el suelo, las manos enguantadas de rojo intenso que me sostenía. Los mechones de su tupido cabello, rubios y canos, dibujaban ondas que caían en desorden sobre su amplia frente y enmarcaban su rostro. Y los ojos azules podrían haber parecido meditabundos bajo las pobladas cejas doradas, de no ser por su gran tamaño y por haber estado tan dulcificados por el sentimiento expresado en su voz.

Un hombre en la flor de la vida en el momento de recibir el don inmortal. Y en su rostro cuadrado, con las mejillas ligeramente hundidas y la boca grande y carnosa, la expresión de dulzura y de paz.

—Bebe —me dijo, alzando un poco las cejas y modelando la palabra en sus labios lenta y detenidamente, como si de un beso se tratara.

Como hiciera Magnus aquella noche mortal tanto tiempo atrás, el vampiro abrió la mano y apartó la ropa de su garganta. La vena, púrpura oscuro bajo la piel translúcida sobrenatural, quedó expuesta. Y de nuevo empezó el ruido, aquel sonido apabullante, y el ser terminó de sacarme de la tierra y me atrajo hacia sí.

Una sangre como la luz misma, fuego líquido. Nuestra sangre.

Y mis brazos cobrando un vigor incalculable, rodeando sus hombros. Y mi rostro apretado contra su carne blanca y fría. Y la sangre impregnando mi interior, esparciendo el fuego hasta el último capilar. ¿Cuántos siglos habían purificado aquella sangre, destilando su poder?

Bajo el rugido del rojo líquido al manar, me pareció que decía algo. Le oí repetir:

—Bebe, joven mío, herido mío.

Noté que su corazón se expandía, que su cuerpo vibraba y que estábamos apretados el uno contra el otro.

Creo que me oí a mí mismo diciendo:

—Marius...

Y que él respondía:

—Sí.

**Séptima parte**

***Magia antigua, antiguos misterios***



uando desperté, me hallaba a bordo de un barco. Me llegó el crujido de las cuadernas, el olor salobre del mar. Capté el olor de la sangre de los tripulantes y supe que estaba en una galera, porque escuché el batir rítmico de los remos bajo el sordo rumor de las enormes velas.

No podía abrir los ojos ni mover las extremidades, pero me sentía en calma. No tenía sed. De hecho, experimentaba una extraordinaria sensación de paz. Tenía el cuerpo caliente como si acabara de saciarme y me resultaba agradable permanecer allí tendido, soñando despierto y acunado dulcemente por el mar.

Al rato, mi mente empezó a despejarse.

Noté que estábamos deslizándonos muy deprisa por aguas bastante tranquilas. Y que el sol acababa de ponerse. El cielo crepuscular empezaba a oscurecer y el viento estaba amainando. El sonido de los remos alzándose y cayendo resultaba tan nítido como sedante.

Ahora, tenía los ojos abiertos.

Ya no estaba en el sarcófago. Acababa de salir del camarote de popa del largo navio y me hallaba en cubierta.

Aspiré el fragante aire salado y contemplé el delicioso azul incandescente del cielo tras el ocaso y la multitud de estrellas brillantes que empezaban a lucir. Desde tierra firme, las estrellas nunca se ven así. Nunca parecen tan cercanas.

A ambos costados de la nave había oscuras islas montañosas, acantilados salpicados de pequeñas luces vacilantes. El aire estaba impregnado del aroma de las plantas, de las flores, de la propia tierra.

Y la esbelta nave avanzaba a buena marcha hacia un estrecho paso entre los acantilados.

Me sentía inusualmente fuerte y despejado. Por un instante, sentí la tentación de intentar averiguar cómo había llegado hasta allí, si me hallaba en el Egeo o incluso en el Mediterráneo, de saber cuándo había dejado Egipto y si los hechos que recordaba habían tenido lugar realmente.

Pero las preguntas me resbalaron en muda aceptación de lo que estaba sucediendo.

Marius estaba arriba, en el puente, delante del palo mayor. Me acerqué al pie del puente, me detuve allí, y alcé la vista hacia su rostro.

Llevaba la larga capa de terciopelo rojo que le había visto en El Cairo, y el viento agitaba sus abundantes cabellos rubios, casi blancos. Tenía los ojos fijos en el paso que se abría ante nosotros, en los peligrosos escollos que sobresalían de los bajíos, y su mano izquierda asía la pasarela de la pequeña cubierta.

Me embargó una irresistible atracción hacia él, y la sensación de paz aumentó en mi interior.

No había la menor grandeza ominosa en su rostro ni en su postura, ni una altivez que me causara miedo o humillación. Sólo le envolvía una serena nobleza, con los ojos muy abiertos y fijos al frente y un gesto en la boca que sugería de nuevo una actitud de excepcional dulzura.

Un rostro demasiado liso, sí. Era demasiado fino: tenía el lustre de la piel de una cicatriz y, en una calle a oscuras, habría sobresaltado, o incluso asustado, a cualquiera. Despedía una ligera luz. Pero la expresión era demasiado cálida, demasiado humana en su bondad para sugerir otra cosa que una invitación.

Armand me hubiera tal vez parecido un dios sacado de Caravaggio; y Gabrielle, un arcángel de mármol en el pórtico de una iglesia.

Pero la figura que tenía ante mí era la de un hombre inmortal.

Y el hombre inmortal, con la mano derecha extendida ante sí, pilotaba silenciosa pero inconfundiblemente aquella nave entre las rocas que orlaban el estrecho.

Las aguas brillaban como metal fundido, con destellos azules, plateados y negros. Al batir las rocas, las veloces olas levantaban nubes de espuma.

Me acerqué más y, con el menor ruido posible, subí la escalerilla hasta el puente.

Marius no apartó la vista de las aguas un solo instante, pero extendió la mano izquierda y asió la mía, que tenía al costado.

Calor. Una presión moderada. Pero aquél no era momento para hablar e incluso me sorprendió que hubiera advertido mi presencia.

Frunció el entrecejo, y entrecerró ligeramente los ojos y, como si obedecieran a sus mudas órdenes, los remeros aminoraron el ritmo de las paladas.

Me sentí fascinado por lo que veía, y advertí, al aumentar mi concentración, que podía apreciar el poder que emanaba de él, un latido grave que surgía acompasado con el de su corazón.

También pude oír a unos mortales en los acantilados y en las estrechas playas que se extendían a babor y a estribor. Los vi congregados en los promontorios o corriendo hacia la orilla con antorchas en las manos. Mientras los veía allí, de pie en la semioscuridad del anochecer con la vista fija en los faroles de nuestro barco, me llegaron sus pensamientos tan nítidamente como si fueran voces. El idioma era griego, desconocido para mí, pero el mensaje era claro:

*Está pasando el señor. Bajad a ver: está pasando el señor.* Y la palabra «señor» incorporaba en su significado una vaga sugerencia de algo sobrenatural. Y una oleada de veneración, mezclada de excitación, se alzaba de las orillas como un coro de susurros superpuestos.

¡Escuchar aquello cortaba la respiración! Pensé en el mortal al que había aterrorizado en El Cairo y en la antigua debacle en el escenario del teatro. Pero, salvo esos dos humillantes incidentes, había vagado invisible por el mundo durante diez años, y aquellos mortales, aquellos campesinos de ropas pardas congregados para contemplar el paso del barco, sabían quién era Marius. O, al menos, sabían algo de lo que en realidad era. Aunque no utilizaban el término griego para referirse a los vampiros, uno de los pocos que había aprendido.



Y pronto dejamos atrás las playas. Los acantilados se cerraron a ambos lados. El barco se deslizó con los remos sobre las olas. Los elevados farallones de roca reducían la luz del cielo.

En unos instantes, vi abrirse ante nosotros una gran bahía plateada y un muro de roca cortado a pico al frente, mientras a ambos lados unas laderas más practicables cerraban las aguas. El muro era tan alto y vertical, que no logré distinguir nada en la cima.

Al aproximarnos, los remeros redujeron la velocidad. El barco viraba ligeramente a un lado, y, cuando derivamos hacia el acantilado, vi la confusa forma de un viejo embarcadero de piedra cubierto de brillante musgo. Los remeros habían levantado sus palas hacia el cielo.

Marius continuaba inmóvil como antes, ejerciendo una leve presión sobre mi mano con una de las suyas, mientras con la otra señalaba el embarcadero y el muro de roca que se alzaba como la noche misma, en el cual se reflejaba, difusa, la luz de nuestros fanales.

Cuando estábamos a apenas un par de metros del embarcadero —peligrosamente cerca para un barco del tamaño y tonelaje que parecía tener éste—, noté que nos deteníamos.

A continuación, Marius me tomó de la mano y cruzamos juntos la cubierta. Montamos sobre la borda del barco. Un criado de cabello oscuro se acercó y depositó una bolsa en la mano de Marius. Luego, los dos juntos saltamos al embarcadero de piedra, salvando sin el menor sonido la distancia sobre las aguas.

Volví la vista y contemplé la nave, que se mecía ligeramente. Los remeros empezaban a bajar otra vez las palas. Instantes después, el barco se dirigía hacia las luces lejanas de una pequeña población al otro lado de la bahía.

Marius y yo nos quedamos solos en la oscuridad, y, cuando la embarcación no fue más que un punto oscuro en las aguas brillantes, le vi señalar una angosta escalera tallada en la roca.

—Ve delante de mí, Lestat —me indicó.

La subida me sentó bien. Me gustó escalar con rapidez la cuesta, seguir los peldaños bastante tallados y los tramos en zigzag, notar cómo arreciaba el viento y ver el agua cada vez más lejana y quieta, como si el movimiento de las olas hubiera cesado.

Marius sólo estaba unos pasos detrás de mí, y, nuevamente, pude notar y escuchar aquel latido de poder. Era como una vibración que me calaba los huesos.

Los peldaños tallados en la piedra desaparecían antes de llegar a la mitad del acantilado y pronto me encontré siguiendo un sendero por el que no pasaría ni una cabra montes. Aquí y allá, un peñasco o un afloramiento de rocas ponía un margen entre nosotros y una posible caída a las aguas, pero, la mayor parte del tiempo, el sendero mismo era lo único que sobresalía del acantilado y, conforme subíamos y subíamos, incluso a mí me entró miedo de mirar hacia abajo.

Una vez, con la mano en torno a la rama de un árbol, lo hice y vi a Marius avanzando pausadamente hacia mí con la bolsa colgada al hombro y la mano derecha libre. La bahía, el pueblo distante y el puerto parecían de juguete, un diorama montado por un niño con un espejo, arena y unos pedazos de madera. Mi vista alcanzaba incluso más allá del paso a aguas abiertas, hasta las siluetas en sombras de otras islas que surgían del mar inmóvil. Marius sonrió y aguardó. Después, con gran suavidad, susurró:

—Continúa.

Como si estuviera hechizado, reanudé la subida y no me detuve hasta llegar a la cima. Salvé gateando un último saliente de rocas y maleza y me puse en pie sobre una hierba mullida.

Ante mí se alzaban nuevas rocas y farallones y, como si hubiera surgido de su seno, una inmensa casa fortificada con luces en sus ventanas y en sus torres.

Marius me pasó el brazo por los hombros y nos dirigimos a la entrada.

Noté que aflojaba el abrazo, al tiempo que se detenía ante un enorme portalón. Enseguida, oí correr el pestillo desde el interior. La puerta se abrió y Marius volvió a asirme con fuerza, guiándome hacia el corredor, donde un par de antorchas proporcionaban suficiente luz.

Con cierta sorpresa, advertí que no había allí nadie que pudiera haber corrido el pestillo o abierto la puerta. Marius se volvió, miró hacia la puerta, y ésta se cerró de nuevo.

—Corre ese pestillo —me indicó.

Me pregunté por qué no lo movía como había hecho con todo lo demás, pero le obedecí de inmediato.

—De esta manera es mucho más fácil —comentó, y en su rostro apareció una ligera expresión de burla—. Te acompañaré a la habitación donde podrás dormir tranquilo. Después, ven a verme cuando quieras.

No pude oír a nadie más en la casa. Pero allí habían estado unos mortales, de eso estaba seguro. Podía captar su olor aquí y allá. Y las antorchas llevaban sólo un rato encendidas.

Subimos por una pequeña escalera a la derecha, y, cuando entramos en la estancia que me había sido asignada, me quedé pasmado.

Era una cámara enorme, con toda una pared abierta a una terraza de barandilla de piedra que colgaba sobre el mar.

Volví la cabeza, pero Marius se había ido ya. Había partido con su bolsa, pero, en una mesa de piedra en mitad de la estancia, encontré el violín de Nicolás y mi valija.

Al reconocer el instrumento, me recorrió un escalofrío de tristeza y de alivio, pues ya temía haberlo perdido definitivamente.

En la cámara había bancos de piedra, una lámpara de aceite encendida en un pedestal y, en un rincón, un par de sólidas puertas de madera.

Me acerqué a ellas, las abrí y descubrí un pequeño pasadizo que doblaba bruscamente en ángulo recto. Detrás del recodo había un sarcófago con una tapa sin adornos. Estaba tallado en diorita, una de las piedras más duras de la naturaleza, a mi entender. La tapa resultaba inmensamente pesada, y, cuando examiné el interior, vi que estaba blindada con planchas de hierro y que contenía un pestillo que podía cerrarse desde dentro.

En el fondo del sarcófago había varios objetos brillantes. Al levantarlos, despidieron unos reflejos casi mágicos bajo la luz que se filtraba hasta allí.

Había una máscara dorada de rasgos delicadamente tallados, con los labios cerrados y unas pequeñas aperturas en los ojos, sujeta a una capucha confeccionada con láminas de oro batido dispuestas como pequeñas tejas. La máscara era pesada, pero la capucha resultaba muy ligera y flexible; cada lámina iba atada a las vecinas mediante un hilo de oro. Y también había un par de guantes de piel

cubiertos completamente de otras láminas de oro de menor tamaño, como las escamas de un pez. Por último, el sarcófago contenía asimismo una gran manta doblada, de la más suave lana roja, con nuevas láminas de oro, de mayor tamaño, cosidas en una de las caras.

Advertí que, si me ponía aquella máscara y aquellos guantes —y si me cubría con la manta—, quedaría perfectamente protegido de la luz si alguien abría el sarcófago durante mi sueño.

Pero era improbable que nadie llegara hasta el sarcófago. Y las puertas de aquella cámara en forma de L también estaban forradas de hierro, y tenían otro pestillo de metal para cerrar por dentro.

Pese a ello, aquellos objetos misteriosos poseían un encanto. Me complació tocarlos y me imaginé poniéndomelos para dormir. La máscara me recordó las que simbolizaban en Grecia la comedia y la tragedia.

Todo aquello recordaba la sepultura de un rey.

Dejé los objetos, un poco a regañadientes.

Volví a la estancia de la terraza, me quité la ropa que había llevado durante mis noches bajo tierra en El Cairo y me puse prendas limpias. Me sentí bastante absurdo allí plantado, en aquel lugar intemporal, vestido con una levita azul violácea con botones de perlas y la habitual camisa de encaje, y con unos zapatos de satén con diamantes en las hebillas, pero ésa era la única indumentaria que tenía. Me até el cabello a la nuca con un lazo negro, como un buen gentilhomme del siglo XVIII, y fui en busca del amo de la casa.

## 2

Encontré antorchas encendidas por toda la casa. Las puertas estaban abiertas, igual que las ventanas que se asomaban al firmamento y al mar. Y, mientras dejaba atrás la desierta escalera que conducía a la cámara, me di cuenta de que, por primera vez en mi vagar, me hallaba en el seguro refugio de un ser inmortal, con provisiones y con todo lo que un ser inmortal podía desear.

Pude admirar magníficas urnas griegas dispuestas sobre pedestales en los pasillos y grandes estatuas de bronce procedentes de Oriente que me contemplaban desde sus hornacinas. Plantas delicadas florecían en todas las ventanas y terrazas abiertas al cielo. Espléndidas alfombras traídas de la India, de China y de Persia cubrían los suelos de mármol bajo mis pies.

Descubrí enormes animales disecados en actitudes casi naturales: el oso pardo, el león, el tigre, incluso el elefante plantado en una cámara para él solo, lagartos del tamaño de dragones, aves de presa posadas en unas ramas secas dispuestas para que parecieran surgir de un tronco real.

Pero todo ello quedaba dominado por los murales de brillantes colores que cubrían todas las superficies, desde el suelo hasta el techo.

En una cámara había una escena oscura y vibrante del desierto de Arabia quemado por el sol, con una caravana de camellos y mercaderes con turbante exquisitamente detallada avanzando por la arena. En otra estancia, cobró vida a mi alrededor una jungla lujuriente de flores tropicales minuciosamente reproducidas, lianas y hojas de cuidado dibujo.

La perfección del efecto óptico me asombró y me sedujo. Y, cuanto más estudiaba las imágenes, más cosas veía.

Aquella estampa de la jungla estaba repleta de criaturas: insectos, pájaros, gusanos en el suelo..., un millón de aspectos de la escena que, finalmente, me produjeron la sensación de que me había deslizado fuera del tiempo y del espacio, de que me había sumergido en algo más que una pintura. Y, sin embargo, todo estaba allí, plano sobre la pared.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. Allí donde miraba, las paredes me ofrecían nuevas imágenes. No podría describir en palabras algunos de los tonos y matices de color que vi.

En cuanto al estilo de todas aquellas pinturas, me desconcertó, a la vez que me complacía. La técnica parecía absolutamente realista, con el uso de las proporciones y recursos clásicos que se encuentran en todos los pintores del Renacimiento tardío, da Vinci, Rafael, Miguel Ángel, así como de artistas de épocas más recientes, como Wateau y Fragonard. El empleo de la luz era espectacular. Bajo mi mirada, las criaturas vivientes parecían respirar.

Pero los detalles... Aquellos detalles no podían ser realistas ni guardar proporción. Sencillamente, había demasiados monos en la selva, demasiados escarabajos en las hojas. En una estampa de un cielo estival aparecían miles de pequeños insectos.

Llegué a una espaciosa galena, abarrotada a ambos lados por hombres y mujeres pintados en las paredes, y estuve a punto de lanzar un grito. Había allí figuras de todas las épocas: beduinos, egipcios, griegos y romanos, caballeros de armadura y campesinos y reyes y reinas. Había gentes del Renacimiento con casacas y polainas, el Rey Sol con su inmensa peluca rizada, y, finalmente, personas de nuestra época.

Pero, también allí, los detalles me hicieron pensar que lo estaba imaginando todo: las gotitas de agua condensadas en una capa, el corte en una mejilla, la araña medio aplastada bajo una lustrosa bota de cuero.

Me eché a reír. Pero aquello no era divertido; era, simplemente, delicioso. Me eché a reír sin parar.

Tuve que obligarme a salir de aquella galería, y lo único que me dio la fuerza de voluntad necesaria fue la visión de una biblioteca, radiante de luz.

Muros y muros de libros y manuscritos en rollos, enormes esferas terráqueas refulgentes en sus soportes, bustos de los dioses y diosas de la antigua Grecia, grandes mapas desplegados.

Periódicos en todas las lenguas estaban amontonados sobre unas mesas, y, por todas partes, había profusión de curiosos objetos. Fósiles, manos momificadas, caparazones exóticos, ramilletes de flores secas, figurillas y fragmentos de esculturas antiguas, jarrones de alabastro cubiertos de jeroglíficos egipcios.

Y en el centro de la biblioteca, repartidos entre las mesas y las vitrinas, había cómodos sillones con escabeles, candelabros y lámparas de aceite.

En realidad, la impresión que producía la sala era de relajado desorden, de muchas horas de puro disfrute, de un lugar en extremo humano. Saberes humanos, objetos humanos, sillones en los que podrían sentarse humanos.

Me quedé allí largo rato, echando un vistazo a los títulos latinos y griegos. Me sentía un poco ebrio, como si hubiera topado con un mortal cuya sangre contuviera un exceso de vino.

Pero tenía que encontrar a Marius. Dejé atrás la biblioteca, bajé una corta escalera y crucé otro pasillo cubierto de murales hasta salir a otra sala aún mayor, que también estaba inundada de luz.

Antes ya de entrar en ella, escuché el canto de los pájaros y aprecié el perfume de las flores. Y luego me encontré perdido en una jungla de jaulas. Allí no sólo había aves de todos los tamaños y colores, sino también monos y babuinos, y todos parecían haberse vuelto locos en sus pequeñas prisiones mientras yo deambulaba entre ellas.

Plantas en macetas crecían apretadas contra las jaulas: helechos y plataneras, rosales, margaritas, jazmines y otras flores vespertinas de dulces fragancias. Había orquídeas blancas y púrpuras, plantas carnívoras que atrapaban insectos en su seno y arbolillos rebosantes de melocotones, limones y peras.

Cuando emergí por fin de aquel pequeño edén, me encontré en una sala de esculturas igual a cualquier galería del Museo Vaticano. Y vislumbré otras cámaras anejas rebosantes de pinturas, de muebles y accesorios orientales, de juguetes mecánicos.

Por supuesto, ya no me detenía ante cada objeto o cada nuevo descubrimiento. Apreciar cuanto contenía la casa me habría llevado toda una vida mortal.

Continué adelante. No sabía adonde iba, pero comprendí que se me permitía admirar todas aquellas cosas.

Finalmente, escuché el inconfundible sonido de Marius, aquel potente y rítmico latido del corazón que había oído en El Cairo. Y me dirigí hacia él.

### 3

Penetré en un salón dieciochesco brillantemente iluminado. Los muros de piedra estaban recubiertos de refinados paneles de madera de palisandro con espejos enmarcados que se alzaban hasta el techo. Observé los habituales arcones pintados, los sillones tapizados, los cuadros de paisajes oscuros y frondosos, los relojes de porcelana. Vi una pequeña colección de libros en unos armarios de puertas de cristal y un periódico de fecha reciente sobre una mesilla, junto a un sillón con mantelillos de brocado en los brazos.

Unas puertas corredizas altas y estrechas daban paso a la terraza de piedra, donde una hilera de azucenas y rosas rojas perfumaban el ambiente.

Y allí, de espaldas a mí y apoyado en la barandilla, había un hombre del siglo XVIII.

Cuando se volvió y me indicó con un gesto que saliera a la terraza, vi que era Marius.

Iba vestido igual que yo. La levita era roja, no violácea, y los encajes eran de Valenciennes, no de Bruselas, pero llevaba el mismo estilo de ropa, el lustroso cabello recogido en la nuca con una cinta oscura como yo, y no parecía en absoluto tan etéreo como Armand, sino que daba el aspecto de una superpresencia, de un ser de blancura y perfección imposibles, que, sin embargo, estaba relacionado con todo el que le rodeaba: con las ropas que llevaba, con la barandilla de piedra donde tenía la mano, incluso con el momento mismo en que una nubécula pasó ante la brillante media luna.

Saboreé aquel instante, el hecho de que aquel ser y yo nos dispusiéramos a hablar, de estar allí realmente. Mi cabeza aún estaba tan despejada como en el barco. Seguía sin sentir la sed y me di cuenta de que era su sangre corriendo por mis venas lo que me mantenía. Todos los viejos misterios se concentraban en mi interior, despertándome y aguzando mi mente. ¿Estarían en algún rincón de la isla aquellos a quienes se llamaba Los Que Deben Ser Guardados? ¿Conocería por fin la respuesta a aquél y a tantos otros interrogantes?

Avancé hasta la barandilla y me detuve al lado de Marius, con la vista fija en el mar. Sus ojos estaban clavados en una isla a apenas media milla de la costa, a nuestros pies. Estaba escuchando algo que yo no podía oír. Y el costado de su rostro, bañado por la luz que surgía de las puertas abiertas a nuestra espalda, producía la espantosa sensación de ser de piedra.

No obstante, le vi volverse de inmediato hacia mí con una expresión de alegría; su liso rostro adquirió por un instante una vitalidad imposible y, a continuación, me pasó el brazo alrededor de los hombros y me condujo de nuevo al interior del salón.

Caminaba con el mismo ritmo que un mortal, con el paso ligero pero firme y desplazando el cuerpo por el espacio con toda normalidad.

Me guió hasta un par de sillones colocados frente a frente y allí tomamos asiento. Estábamos más o menos en el centro de la estancia. La terraza quedaba a la derecha y contábamos con una clara

iluminación gracias a la lámpara del techo y a la decena larga de candelabros y brazos de luz instalados en las paredes forradas de madera.

Todo aquello parecía muy normal, muy civilizado. Y Marius se instaló con evidente comodidad entre los cojines de brocado, curvando los dedos en torno a los brazos del sillón.

Al sonreír, su aspecto se hizo totalmente humano. En su rostro surgieron todas las arrugas, toda la expresividad de un rostro humano, hasta que la sonrisa se desvaneció de nuevo.

Traté de no mirarle, pero no pude evitarlo.

Y en sus facciones apareció un aire malévolo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué te sería más fácil —me preguntó en francés—, que yo te dijera por qué te he traído aquí, o que tú me explicaras por qué querías verme?

—Bueno, prefiero lo primero —respondí—. Que hables tú.

Con una risa blanda y conciliadora, Marius continuó:

—Eres una criatura notable. No esperaba que te metieras bajo tierra tan pronto. La mayoría de nosotros experimenta su primera muerte mucho más tarde: cuando ya tienen un siglo de existencia, incluso dos.

—¿La primera muerte? ¿Quieres decir que es habitual... refugiarse bajo tierra como lo he hecho yo?

—Entre los que sobreviven, es habitual. Morimos. Volvemos a vivir. Los que no se entierran durante ciertos períodos de tiempo, no suelen durar mucho.

La revelación me había asombrado, pero parecía muy coherente. Y me embargó el terrible pensamiento de que si Nicolás se hubiera enterrado en lugar de arrojarlo a las llamas... Pero no era el momento para pensar en Nicolás. Si lo hacía, empezaría a lanzar preguntas inútiles a mi interlocutor: ¿Estaba Nicolás en alguna parte? ¿Había dejado de existir? ¿Y mis hermanos? ¿Estaban ellos también en alguna parte o, sencillamente, habían cesado de existir?

—Pero no debería haberme sorprendido tanto de que, en tu caso, sucediera cuando ha sucedido —continuó hablando como si no hubiera oído mis pensamientos, o no quisiera aludir a ellos todavía—. Has perdido demasiado de lo que te era máspreciado. Habías visto y aprendido muchas cosas muy deprisa.

—¿Cómo sabes lo que me ha sucedido? —quise saber.

Volvió a sonreír. Casi lanzó una carcajada. El calor que emanaba de él, la sensación de proximidad, resultaban desconcertantes. Su manera de hablar era animada y absolutamente normal. Es decir, hablaba como un francés bien educado.

—No te doy miedo, ¿verdad? —preguntó.

—No creo que quieras causármelo —respondí.

—Tienes razón. —Con un gesto informal, prosiguió—: Pero tu aplomo resulta, con todo, bastante sorprendente. Para responder a tu pregunta, sé cosas que le suceden a nuestra raza por todo el mundo. Y, para ser sincero, no siempre entiendo cómo o por qué las sé. Es un poder que, como todos los nuestros, aumenta con la edad, pero sigue siendo inconsistente, difícilmente controlable. Hay momentos en que puedo escuchar lo que les sucede a los de nuestra especie en Roma e incluso en París. Y,



cuando alguien me llama como tú lo has hecho, puedo captar su llamada desde distancias asombrosas. Y puedo encontrar el origen de la llamada, como has podido comprobar por ti mismo.

»Pero la información me llega también por otras vías. Sé de los mensajes que me has dejado por las paredes de media Europa, porque los he leído. Y he oído hablar de ti a otros. Y, a veces, hemos estado cerca, más cerca de lo que puedas imaginar, y he oído tus pensamientos. Por supuesto, también en este momento puedo escucharlos, como sin duda podrás advertir, pero prefiero comunicarme por medio de palabras.

—¿Y eso? —quise saber—. Pensaba que los antiguos prescindirían por completo de la palabra oral.

—Los pensamientos son imprecisos —explicó él—. Si te abro mi mente, no puedo controlar realmente lo que puedas leer en ella. Y, si soy yo quien lee en la tuya, es posible que malinterprete lo que vea u oiga. Prefiero utilizar el lenguaje hablado y dejar que mis facultades mentales se expresen a través de él. Me gusta la alarma del sonido para anunciar mis comunicaciones importantes. Me gusta que se reciba mi voz. Y me desagradaba penetrar en los pensamientos de otro sin advertencia. Para ser totalmente sincero, creo que el lenguaje es el mayor don que comparten mortales e inmortales.

No supe qué responder a ello. De nuevo, el razonamiento parecía absolutamente coherente. No obstante, me encontré moviendo la cabeza en gesto de negativa.

—Y tus gestos...—dije—. Tú no te mueves como Armand o Magnus, como yo creía que todos los antiguos...

—¿Quieres decir como un fantasma? ¿Por qué iba a hacerlo? —replicó Marius con una nueva risa suave que me hechizó. Se echó un poco hacia atrás en el sillón y dobló la rodilla hasta apoyar el pie en el cojín del asiento, como haría un hombre en su estudio privado.

—Desde luego, hubo un tiempo en que todo esto era muy interesante para mí —comentó—. Deslizarme sobre el suelo produciendo la impresión de no dar pasos, colocarme en posturas que resultan incómodas o imposibles para los mortales. Volar distancias cortas y posarme en tierra sin el menor sonido. Mover objetos por mera voluntad. En realidad, al final, todo ello resulta basto. Los movimientos humanos poseen *elegancia*. Hay sabiduría en la carne, en el modo en que hace las cosas el cuerpo humano. Me gusta el ruido de mis pies al tocar el suelo, el tacto de los objetos entre mis dedos. Además, mover las cosas por pura fuerza de voluntad y volar, incluso distancias cortas, resulta extenuante. Como has visto, puedo hacerlo cuando es necesario, pero es mucho más sencillo utilizar las manos para hacer las cosas.

Sus palabras me complacieron y no traté de ocultarlo.

—Un cantante puede hacer añicos un vaso si logra dar el agudo preciso —añadió—, pero la manera más fácil de romper ese vaso es, simplemente, dejarlo caer al suelo.

Esta vez, me reí abiertamente.

Empezaba a acostumbrarme a los cambios que experimentaba su rostro, entre la expresividad y la inmovilidad perfecta como la de una máscara, y a la sostenida vitalidad de su mirada, que unía ambas. La impresión que producía seguía siendo la de equilibrio y franqueza, la de una persona de desconcertantes belleza y percepción.

Pero a lo que no lograba habituarme era a aquella sensación de presencia, de que algo inmensamente poderoso, peligrosamente poderoso, estaba allí, contenido y muy próximo.

De pronto, me sentí un poco agitado, un poco abrumado. Y me entró un inexplicable deseo de llorar.

Marius se inclinó hacia adelante y me rozó con los dedos el revés de la mano y me recorrió un estremecimiento. Estábamos conectados por aquel contacto. Y, aunque su piel era sedosa como la de todos los vampiros, era menos flexible. Era como si me tocara una mano de piedra en guante de seda.

—Te he traído aquí porque quiero contarte lo que sé —declaró—. Quiero compartir contigo todos los secretos que poseo. Por varias razones, has atraído mi interés.

Me sentí fascinado y percibí la posibilidad de un amor irresistible.

—Pero te advierto que en ello hay un peligro —continuó—. Yo no poseo las respuestas definitivas. No puedo decirte quién hizo el mundo o por qué existe el hombre. Ni sé decirte la razón de que exista nuestra especie. Lo único que puedo hacer es revelarte más cosas acerca de nosotros de las que nadie te ha explicado hasta ahora. Puedo mostrarte a Los Que Deben Ser Guardados y decirte lo que sé de ellos. Puedo decirte por qué razón, creo, he logrado sobrevivir tanto tiempo. Tal vez este conocimiento te cambie en algo. Supongo que eso es lo que hace siempre, en realidad, cualquier conocimiento...

—Sí...

—Pero cuando te haya dado todo lo que tengo para darte, seguirás estando exactamente como antes: seguirás siendo un ser inmortal que deberá hallar sus propias razones para existir.

—Sí, razones para existir —repetí. Mi voz sonó un poco amarga, pero me gustó oír pronunciar de aquel modo las palabras.

Con todo, al mismo tiempo, tenía la lúgubre sensación de ser una criatura hambrienta y depravada a la que iba muy bien una existencia sin propósitos; de ser un vampiro poderoso que siempre conseguía todo lo que quería, por encima de todos y de todo. Me pregunté si Marius se daba cuenta de lo absolutamente terrible que yo era.

La razón para matar era la sangre.

Aceptado. La sangre y el puro éxtasis de la sangre. Y sin ella, éramos pellejos como yo había sido bajo la tierra egipcia.

—Recuerda bien mi advertencia de que las circunstancias seguirán siendo las mismas después. Sólo tú puede que cambies. Tal vez salgas de aquí más ignorante que cuando has entrado.

—¿Pero por qué has decidido revelarme estas cosas? —le pregunté—. Sin duda, otros vampiros te habrán buscado. Debes saber dónde está Armand, ¿no?

—Como te he dicho, tengo varias razones —contestó—. Y, probablemente, la principal es el modo en que me buscaste. Muy pocos seres buscan de verdad el conocimiento en este mundo. Mortales o inmortales, son escasos los que *hacen preguntas*. Al contrario, casi todos intentan extraer de lo desconocido las respuestas a las que ya han dado forma en sus propias mentes; justificaciones, confirmaciones, formas de consuelo sin las cuales serían incapaces de continuar adelante. Preguntar *de verdad* es abrir la puerta al torbellino. La respuesta puede aniquilar a la vez la pregunta y a quien la hace. Pero tú te has estado haciendo preguntas de verdad desde que dejaste París, hace diez años.

Comprendí lo que me decía, pero sólo inconexamente.

—Tienes pocos prejuicios formados —prosiguió—. En realidad, me asombras porque haces las cosas tan extraordinariamente simples. Sólo quieres un objetivo. Sólo buscas amor.

—Cierto —dije con un leve encogimiento de hombros—. Bastante vulgar, ¿no?

Marius lanzó otra de sus leves risas:

—No. Nada de eso. Es como si los dieciocho siglos de civilización occidental hubieran producido un inocente.

—¿Inocente? No te estarás refiriendo a mí, ¿verdad?

—En este siglo se habla mucho del buen salvaje —me explicó—, de la fuerza corruptora de la civilización y de que debemos encontrar el modo de volver a la inocencia que hemos perdido. Pues bien, todo eso no es, en realidad, más que una serie de tonterías. Los pueblos auténticamente primitivos pueden ser monstruosos en sus creencias y expectativas. No les cabe en la cabeza el concepto de inocencia. Y tampoco a los niños. En cambio, la civilización ha creado, al menos, hombres que se comportan con tal inocencia. Por primera vez, miran a su alrededor y se dicen: «¿Qué diablos es todo esto?».

—Tienes razón, pero yo no soy inocente. Impío, tal vez —repliqué—. Procedo de gentes sin Dios, y me alegro de ello. Pero sé qué son el bien y el mal de una manera muy práctica, y soy Tifón, el asesino de su hermano, no el matador de Tifón, como debes saber.

Marius asintió enarcando levemente las cejas. Él ya no tenía que sonreír para parecer humano. Ahora, podía ver en él una expresión de emoción aunque no hubiera una sola arruga en su rostro.

—Pero tampoco buscas ningún sistema de valores para justificarlo —afirmó—. A eso me refiero cuando hablo de inocencia. Eres culpable de matar mortales porque has sido creado como un ser que se alimenta de sangre y de muerte, pero no eres culpable de mentir, de crear grandes esquemas de pensamientos lóbregos y maléficos en tu cabeza.

—Eso es cierto.

—Carecer de dios es, probablemente, el primer paso para la inocencia, para despojarse del sentimiento de culpa y de subordinación, de la falsa pena por las cosas que, supuestamente, se han perdido.

—¿De modo que eso entiendes por inocencia: no la ausencia de experiencia, sino la ausencia de artificios engañosos?

—La ausencia de necesidad de artificios —me corrigió—. El amor y el respeto por lo que tienes delante de los ojos.

Lancé un suspiro. Me eché hacia atrás en el sillón pensando en lo que acababa de oír, en qué tenía que ver aquello con Nicolás y con lo que éste decía de la luz, siempre la luz. ¿Se refería a esto?

Marius también parecía meditabundo. Seguía recostado en el sillón como había permanecido desde el principio de la conversación y tenía la mirada perdida en el cielo nocturno más allá de las puertas abiertas. Tenía los ojos entrecerrados y la boca un poco tensa.

—Pero lo que me ha atraído de ti no ha sido sólo tu espíritu animoso, tu honestidad, si lo prefieres. También ha sido el modo en que pasaste a ser uno de nosotros.

—Entonces, también sabes todo eso...

—Sí, todo —asintió, sin darle importancia—. Has sido hecho vampiro al final de una era, en un momento en que el mundo se enfrenta a unos cambios inimaginables. Lo mismo sucedió en mi caso. Yo nací y crecí entre los hombres en una época en que *el* mundo antiguo, como hoy lo llamamos, estaba llegando a su final. Las viejas creencias estaban agotadas y un nuevo dios estaba a punto de surgir.

—¿Qué época fue ésa? —inquirí, excitado.

—La de César Augusto, cuando Roma acababa de convertirse en imperio y la fe en los dioses había muerto como expresión de elevados ideales.

Le dejé ver la sorpresa y el placer que inundaban mi rostro. Ni por un instante dudé de sus palabras. Me llevé una mano a la cabeza como para recobrar la serenidad perdida, pero él continuó hablando:

—La gente corriente de esa época creía en la religión como la gente de hoy. Para ellos era una costumbre, una superstición, una magia elemental, el uso de unas ceremonias cuyos orígenes se perdían en la antigüedad, igual que sucede hoy. Pero el mundo de los que *creaban* ideas, de los que gobernaban y hacían avanzar el curso de la historia, era un lugar sin fe y desesperadamente sofisticado como el de la Europa de los tiempos actuales.

—Así me pareció mientras leía a Cicerón, a Ovidio y a Lucrecio —murmuré.

El asintió y se encogió de hombros ligeramente.

—La humanidad ha tardado dieciocho siglos en volver al escepticismo, al nivel de sentido práctico de esos tiempos. Pero la historia no se repite en absoluto, esto es lo más sorprendente.

—¿A qué te refieres?

—¡Mira a tu alrededor! En Europa están sucediendo cosas absolutamente nuevas. El valor que se otorga a la vida humana es superior al de cualquier otra época. A la sabiduría y a la filosofía se unen nuevos descubrimientos en las ciencias, nuevos inventos que modificarán completamente el modo de vida de los humanos. Pero ésta es otra historia distinta. Es el futuro. A lo que me quiero referir ahora es a que has nacido en el punto de ruptura del viejo modo de ver las cosas. Igual me sucedió a mí. Has aparecido de una época sin fe y, sin embargo, no eres cínico. Lo mismo pasó conmigo. Los dos hemos surgido de una grieta entre la fe y la desesperación, por llamarlo así.

Y Nicolás, pensé, había caído en aquella grieta y había perecido.

—Ésa es la razón de que tus preguntas sean distintas a las de quienes han nacido a la inmortalidad bajo el Dios cristiano.

Recordé la conversación con Gabrielle en El Cairo. Nuestra última conversación. Yo mismo le había dicho que ésta era mi fuerza.

—Precisamente —asintió él—. Así pues, tú y yo tenemos eso en común. Nos hicimos adultos sin esperar gran cosa de los demás. Y el peso de la conciencia, por terrible que fuese, siempre fue algo privado.

—¿Pero fue bajo el Dios cristiano, en los primeros tiempos de ese Dios cristiano, cuando tú..., cuando tú «naciste a la inmortalidad», según tu propia expresión?

—No —replicó Marius con un asomo de disgusto—. Nosotros nunca hemos servido al Dios cristiano. Puedes quitarte desde este momento esa idea de la cabeza.

—Pero, ¿y las fuerzas del bien y del mal representadas en los nombres de Cristo y Satán?

—Repito que nada, o muy poco, tienen que ver con *nosotros*.

—Pero seguro que el concepto de mal, de alguna forma...

—No. Nosotros somos más viejos que todo eso, Lestat. Los hombres que me crearon eran adoradores de dioses, es cierto. Y creían en cosas que yo no podía aceptar. Pero su fe se remontaba a una época muy anterior a los templos de la Roma imperial, un tiempo en que se podía derramar a mares sangre humana inocente en nombre del bien. Y en que el mal era la sequía, la plaga de langosta y las malas cosechas. A mí me hicieron lo que soy esos hombres, en nombre del bien.

Aquello era demasiado seductor, demasiado subyugante.

Y, en un coro de vertiginosa poesía, acudieron a mi mente todos los viejos mitos. *Osiris era un buen dios para los egipcios, un dios del trigo. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?* Los pensamientos eran un torbellino en mi mente. En una sucesión de imágenes mudas, recordé la noche en que dejé la casa de mi padre en la Auvernia, mientras los aldeanos bailaban en torno a la hoguera de Carnaval y elevaban sus cantos pidiendo que aumentaran las cosechas. Mi madre había tildado de pagana aquella fiesta. Lo mismo había dicho el colérico párroco al que habían echado del pueblo tiempo atrás.

Y todo ello pareció más que nunca la historia del Jardín Salvaje, de bailarines en el Jardín Salvaje, donde no preveía ninguna ley salvo la del jardín, que era una ley estética. Que el grano crezca muy alto, que el trigo verdee y luego se vuelva dorado, que luzca el sol. ¡Mirad, fijaos en esa manzana de forma perfecta que ha hecho el árbol! Los campesinos corriendo entre los árboles del huerto, con los tizones ardientes de la hoguera de Carnaval, para hacer que las manzanas crecieran.

—Sí, el Jardín Salvaje —murmuró Marius con una chispa de luz en los ojos—. Y tuve que salir de las ciudades civilizadas del Imperio para encontrarlo. Tuve que acudir a los profundos bosques de las provincias del norte, donde el jardín crecía aún en toda su exuberancia, a las propias tierras de la Galia meridional donde tú naciste. Tuve que caer en manos de los bárbaros que nos dieron a ambos nuestra estatura, nuestros ojos azules y nuestro pelo rubio. Yo los recibí a través de la sangre de mi madre, que procedía de esas gentes, pues era hija de un caudillo celta, casada con un patricio romano. Y tú los has recibido a través de la sangre de tus padres, transmitida directamente desde esos tiempos. Y, por una extraña coincidencia, ambos fuimos escogidos para la inmortalidad (tú por Magnus y yo por mis captores) por idéntica razón: porque éramos el máximo exponente de nuestra sangre y de nuestra raza de ojos azules, porque éramos más altos y bien plantados que otros hombres.

—¡Oh, es preciso que me lo expliques todo! ¡Tienes que contármelo todo! —exclamé.

## 4

Una escalera al interior de la Tierra.

Una escalera que era mucho más vieja que la casa, aunque no podría decir cómo lo sabía. Unos peldaños desgastados, cóncavos en su centro de los pies que los habían hollado, descendiendo en espiral más y más en la roca.

De vez en cuando, una abertura sobre el mar, toscamente tallada; una abertura demasiado estrecha para que pasara un hombre, y un alféizar en el que anidaban las aves y en cuyas grietas crecían las hierbas silvestres.

Y luego el frío, ese frío inexplicable que se siente a veces en los viejos monasterios, en las iglesias en ruinas, en las habitaciones embrujadas.

Me detuve a frotarme los brazos con las manos. El frío subía de los escalones.

—Ya lo estoy haciendo —replicó él—. Pero, antes de continuar, creo que es el momento de enseñarte algo que será muy importante más adelante.

Hizo una breve pausa para que sus palabras surtieran efecto en mí. Luego, se incorporó lentamente al modo de los humanos, con las manos en los brazos del sillón. Se quedó de pie, mirándome y esperando.

—¿Los Que Deben Ser Guardados? —pregunté. La voz se me había vuelto apenas un balbuceo, terriblemente insegura.

Y advertí otra vez en su rostro un leve aire burlón; o, más bien, un toque de aquel tonillo divertido que nunca andaba muy lejos.

—No tengas miedo —dijo con sequedad, tratando de ocultarlo—. Es muy impropio de ti, ¿sabes?

Yo ardía en deseos de verlos, de saber qué eran, pero no me moví. Nunca había pensado de verdad que verlos significaría...

—¿Es..., es algo horrible de contemplar? —quise saber.

Marius me sonrió plácida y afectuosamente y posó una mano en mi hombro.

—Si te dijera que sí, ¿acaso eso te detendría?

—No —respondí. Pero tenía miedo.

—Sólo es terrible con el paso del tiempo —añadió él—. Al principio, es hermoso.

Aguardó un instante, contemplándome y tratando de tener paciencia. Luego, con suavidad, insistió:

—Vamos.

—Ellos no lo causan —comentó Marius en voz baja. Estaba esperándome unos peldaños más abajo.

La semioscuridad descomponía su rostro en suaves contornos de luces y sombras; ello producía la ilusión de una edad mortal que no existía en realidad.

—Ya estaba aquí mucho antes de que los trajera —añadió—. Muchos han acudido a esta isla en peregrinación. Tal vez también ya existía antes de que ellos llegaran.

De nuevo, me invitó a seguir con su característica paciencia. Había compasión en sus ojos.

—No temas —repitió mientras reanudaba la marcha.

Me dio vergüenza no seguirle. Los peldaños continuaban más y más.

Pasamos junto a aberturas más grandes y llegó a nosotros el ruido del mar. Noté salpicaduras de la fría espuma en las manos y en la cara, vi el brillo de la humedad en la roca, pero seguimos descendiendo, y escuchábamos el eco de nuestras pisadas en el techo abovedado, en las paredes toscamente horadadas. La escalera bajaba más allá de cualquier mazmorra; aquello era el hoyo que un niño hace en la tierra cuando hace alarde ante sus padres de que cavará un túnel hasta el centro mismo de la Tierra.

Finalmente, al llegar a un rellano, vi un estallido de luz. Un par de lámparas ardía ante una puerta de doble hoja.

Grandes recipientes de aceite alimentaban la mecha de las lámparas, y una enorme viga de madera atrancaba la puerta. Para levantarla habrían sido precisos varios hombres y, posiblemente, cuerdas y poleas.

Marius la alzó y la dejó con facilidad a un lado. Tras esto, dio un paso atrás y miró fijamente la puerta. Escuché el sonido de otra viga que se movía en la parte interior. Las hojas de la puerta se abrieron lentamente y advertí que se me detenía la respiración.

No era sólo que Marius lo hubiera hecho sin tocarlas, pues ya había visto aquel truco anteriormente. Lo que me dejó sin habla fue que la estancia que se abría tras ella estaba llena de las mismas flores deliciosas y las mismas lámparas iluminadas que había visto en la casa. Allí, a gran profundidad bajo el suelo, había azucenas blancas y de brillo ceroso, relucientes con las gotitas de humedad, y rosas en todos los tonos, del rojo al rosado más pálido, a punto de caer de sus tallos. Aquella cámara era una capilla, con el suave parpadeo de las lámparas votivas y el perfume de mil ramos de flores.

Los muros estaban pintados al fresco como los de una antigua iglesia italiana, con pan de oro en los dibujos. Sin embargo, las imágenes no eran las de unos santos cristianos.

Palmeras egipcias, el desierto amarillo, las tres pirámides, las aguas azules del Nilo. Y los hombres y mujeres egipcios con sus barcas de gráciles formas surcando el río, los peces multicolores de sus profundidades, los pájaros de alas púrpura en el aire.

Y el oro presente en todo ello, en el sol que brillaba en los cielos, y las pirámides que relucían a lo lejos, en las escamas de los peces y las plumas de las aves, y en los ornamentos de las esbeltas y delicadas figuras egipcias que permanecían inmóviles, mirando al frente, en sus largas y estrechas embarcaciones verdes.

Cerré los ojos un momento. Los abrí lentamente y vi el conjunto de la cámara como una gran santuario.

Hileras de lirios sobre un altar bajo de piedra que sostenía un inmenso sagrario de oro, un tabernáculo labrado de refinados bajorrelieves con los mismos dibujos egipcios. Y una corriente de aire que llegaba entre profundas grietas de la roca, agitando las llamas de las lámparas perpetuas y meciendo las grandes

hojas, como palas verdes, de los lirios que se alzaban en sus recipientes de agua, despidiendo su perfume embriagador.

Casi podía escuchar himnos allí dentro. Casi oía los cánticos y las antiguas invocaciones. Y dejé de tener miedo. Aquella belleza era demasiado majestuosa, demasiado confortadora.

Pero miré hacia las puertas doradas del tabernáculo. Era más alto que yo y hacía tres veces mi anchura de hombros.

Marius también estaba mirando en la misma dirección. Noté el poder que surgía de su interior, el leve calor de su fuerza invisible, y escuché abrirse la cerradura interna de las puertas del tabernáculo.

Si me hubiera atrevido, me habría acercado un poco más a él. Casi no respiraba cuando las puertas de oro se abrieron por completo, retirándose hasta dejar a la vista dos espléndidas figuras egipcias, un hombre y una mujer, sentados uno al lado del otro.

La luz bañó sus rostros finos, delicadamente esculpidos, y sus blancas extremidades, decorosamente dispuestas. Y destelló en sus ojos oscuros.

Eran tan hieráticas como todas las estatuas egipcias que había conocido, escasas en detalles, hermosas de contornos, espléndidas en su sencillez: sólo la expresión franca e infantil de los rostros aliviaba la sensación de frialdad y severidad. Sin embargo, a diferencia de cualquier otra, ambas figuras llevaban telas y pelucas de verdad.

Ya había visto santos ataviados de aquella manera en algunas iglesias italianas, terciopelos sobre mármol, y el efecto no siempre era agradable.

Pero éstas habían sido vestidas con gran cuidado.

Las pelucas eran de largos y tupidos rizos negros, con el flequillo muy corto en la frente y coronadas con rodetes de oro. En los brazos desnudos llevaban pulseras y brazaletes como serpientes, y varios anillos en los dedos.

Las ropas eran del lino blanco más fino. El hombre, desnudo hasta la cintura y con una especie de faldilla; y la mujer, con un vestido largo, ajustado y bellamente plisado. Ambos llevaban numerosos collares de oro, algunos de ellos incrustados de piedras preciosas.

Los dos eran casi de la misma estatura y estaban sentados de manera muy similar, con las manos extendidas sobre los muslos, y los dedos al frente. Y aquella semejanza me desconcertó de algún modo, igual que su austero encanto y el brillo de sus ojos, como gemas.

Nunca, en ninguna escultura, había apreciado una actitud más llena de vida, pero, en realidad, no había la menor vitalidad en las figuras. Tal vez se trataba de un efecto óptico causado por la vestimenta, por el centelleo de las luces en los anillos y collares, de la luz reflejada en sus ojos relucientes.

¿Eran acaso Isis y Osiris? ¿Era una escritura en caracteres minúsculos lo que venía en sus collares, en los rodetes de sus cabellos?

Marius no dijo nada. Sencillamente, estaba mirándoles igual que yo con una expresión inescrutable, de tristeza tal vez.

—¿Puedo acercarme a ellas? —susurré.

—Desde luego —asintió.



Avancé hacia el altar como un niño en una catedral, dando cada nuevo paso con más vacilación. Me detuve a apenas unos palmos de las estatuas y las miré directamente a los ojos. ¡Ah!, eran demasiado perfectas en profundidad y brillo. Demasiado reales.

Cada una de las negras pestañas, cada pelo azabache de sus cejas levemente arqueadas, habían sido colocados con infinito cuidado.

Con infinito cuidado se habían moldeado sus bocas entreabiertas, de modo que se viera el reflejo de sus dientes. Y los rostros y los brazos se habían pulido tanto que ni la menor imperfección perturbaba su lustre. Y, como sucede con todas las estatuas y figuras pintadas que miran directamente al frente, los dos rostros parecían observarme.

Me sentí confuso. Si no eran Isis y Osiris, ¿a quién representaban aquellas estatuas? ¿De qué vieja verdad eran símbolos? ¿Por qué aquel imperativo en el viejo apelativo, Los Que *Deben* Ser Guardados?

Contemplé las esculturas detenidamente, con la cabeza un poco ladeada.

Los blancos de sus ojos tenían un aspecto húmedo, como si estuvieran cubiertos con la laca más transparente, y admiré las pupilas negras y profundas en el centro de sus ojos, pardos en realidad. Los labios eran dos líneas rosa ceniciento de un tono palidísimo.

—¿Se puede...? —susurré, volviéndome hacia Marius, pero la falta de confianza me hizo dejar la frase a medias.

—Sí, puedes tocarlas —dijo él.

No obstante, me pareció un sacrilegio hacerlo. Contemplé las figuras un momento más, admirando sus manos abiertas sobre los muslos y sus uñas, que guardaban un sorprendente parecido con las nuestras, como si estuvieran hechas de cristal e incrustadas en sus dedos.

Me dije que, si acaso, podría tocar el revés de la mano de la figura masculina sin que ello pareciera tan sacrílego; sin embargo, lo que deseaba hacer realmente era tocar el rostro de la mujer. Por fin, alcé los dedos hasta las mejillas de la estatua femenina. Y con gesto titubeante, dejé que las yemas rozaran la blanca piedra. A continuación, clavé la mirada en sus ojos.

Lo que estaban tocando mis dedos no podía ser piedra. No podía... Más bien tenía el mismo tacto que... Y en los ojos de la mujer había algo..., algo que...

Antes de que mi mente pudiera reaccionar, mis pies retrocedieron.

En realidad, me brinqué y aparté de la figura, derribando con mi gesto los jarrones de lirios y yendo a golpear la pared del tabernáculo, junto a la puerta.

Me entró tal temblor, que las piernas apenas me sostenían.

—¡Están vivos! —exclamé—. ¡No son estatuas! ¡Son vampiros como nosotros!

—En efecto —asintió Marius—, aunque ellos no reconocerían esa palabra.

Marius estaba justo delante de mí y seguía contemplando las figuras, con los brazos extendidos a los costados como había permanecido todo el tiempo.

Le vi volverse lentamente; se acercó a mí y me tomó la mano derecha.

La sangre había afluído a mi rostro. Quise decir algo pero no pude. Continué mirando las figuras y luego volví la vista hacia Marius y hacia la blanca mano que me sujetaba.

—No sucede nada —murmuró casi con tristeza—. No creo que les disguste tu contacto.

Por un instante, no le comprendí. Después, supe a qué se refería.

—¿Quieres decir que...? ¿Que no sabes si...? ¿Que ellos están ahí sentados, simplemente, y...? ¡Oh, Dios mío!

Y volvió a mi mente el recuerdo de sus palabras de siglos atrás, incrustadas en la narración de Armand: «*Los Que Deben Ser Guardados están en paz, o en silencio. Tal vez nunca sepamos más que eso*».

Me descubrí temblando de pies a cabeza, incapaz de detener la agitación de mis brazos y de mis piernas.

—Los dos respiran, piensan y viven, igual que nosotros —logré balbucear—. ¿Cuánto tiempo llevan así, cuánto?

—Tranquilízate —dijo Marius, dándome unas palmaditas en la mano.

—¡Oh, Dios mío! —volví a decir, estupefacto. No encontraba más palabras y repetí la exclamación varias veces—. ¿Pero quiénes son? —pregunté por fin, con una voz históricamente aguda—. ¿Son Isis y Osiris? ¿Son ellos?

—No lo sé.

—Quiero alejarme de ellos. Quiero salir de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Marius con calma.

—Porque ellos... ¡Porque están vivos dentro de sus cuerpos y..., y no pueden hablar ni moverse!

—¿Cómo sabes que no? —replicó él. Su voz era grave, apaciguadora como antes.

—Porque no lo hacen. Ésa es la cuestión, que ellos no...

—Ven —insistió Marius—, quiero que los mires un poco más. Después te llevaré otra vez arriba y te lo contaré todo, como ya te he dicho que haría.

—No quiero volver a mirarlos, Marius. De veras que no quiero —me resistí, tratando de desasirme de su mano mientras movía la cabeza en señal de negativa. Pero Marius me tenía agarrado con la firmeza de una estatua y no pude evitar pensar cuánto se parecía su piel a la de aquellos dos seres, cómo estaba adquiriendo su mismo lustre inverosímil, cómo su rostro resultaba tan liso como el de ellos.

Marius se estaba haciendo como ellos. Y, en algún momento del gran bostezo de la eternidad, terminaría por convertirse en uno de ellos... si sobrevivía lo suficiente.

—Por favor, Marius... —supliqué. No me quedaba un ápice de coraje ni de vanidad. Lo único que quería era salir de la cámara.

—Espérame pues —dijo él en tono paciente—. Quédate aquí.

Me soltó la mano, dio media vuelta y contempló las flores que había aplastado, el agua que había derramado.

Y, ante mis propios ojos, el estropicio se arregló por sí solo, las flores volvieron a los jarrones y el agua se evaporó del suelo.

Marius se quedó mirando a los dos seres que tenía delante y pude escuchar sus pensamientos. Estaba saludándoles de una manera personal que no requería invocaciones ni títulos. Les estaba

explicando por qué se había ausentado las noches anteriores. Había viajado a Egipto y les había traído regalos que no tardarían en llegar. Muy pronto, les dijo, los llevaría fuera para que vieran el mar.

Empecé a tranquilizarme un poco, pero mi mente se puso a repasar detenidamente todo lo que había visto claro en el momento del terrible descubrimiento. Marius se ocupaba de ellos. Los atendía desde siempre. Había embellecido aquella cámara porque ellos la veían y tal vez les importara la belleza de los cuadros y de las flores que él traía.

Pero él no lo sabía. Y me bastó con mirarlos de frente otra vez para sentir de nuevo el espanto de saber que estaban vivos y encerrados dentro de sí mismos.

—No puedo soportarlo —murmuré. Sin que Marius lo dijera, supe la razón de que los guardara. No podía enterrarlos en cualquier parte y olvidarlos, pues estaban conscientes. Tampoco podía quemarlos, porque estaban desvalidos y no podían dar su consentimiento. ¡Oh, Dios, aquello era cada vez más terrible!

Por eso los guardaba como los paganos de la Antigüedad guardaban a sus dioses en los templos que eran sus casas. Y por eso les traía flores.

Y entonces le vi encender para ellos un pequeño pan de incienso que había sacado de un pañuelo de seda, mientras les decía mentalmente que se lo había traído de Egipto y lo ponía a quemar en un platillo de bronce.

Me empezaron a lagrimear los ojos y rompí en sollozos.

Cuando alcé de nuevo la vista, Marius estaba de espaldas a los dos seres y pude ver a éstos por encima de su hombro. Marius se asemejaba a ellos espantosamente; era otra estatua vestida con telas. Y pensé que tal vez lo estaba haciendo deliberadamente, manteniendo el rostro inexpresivo.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —le susurré.

—No, en absoluto —respondió él con delicadeza—. En absoluto.

—Lamento mucho que...

—No, no es preciso.

Me acerqué un poco más. Sentía que había sido grosero con Los Que Deben Ser Guardados. Que lo había sido con Marius. Él me había revelado aquel secreto y yo había mostrado horror y rechazo. Me sentí decepcionado conmigo mismo.

Me adelanté aún más. Quería corregir lo que había hecho antes. Marius se volvió hacia ellos otra vez y me pasó el brazo por la cintura. El incienso resultaba embriagador. Los ojos oscuros de los dos seres reflejaban de pleno el movimiento espectral de las llamas de las lámparas.

No se veía el menor abultamiento de venas en la piel blanca; no había el menor pliegue o arruga. Ni siquiera las finas líneas de los labios, que Marius aún conservaba. Sus pechos no se movían en absoluto al ritmo de la respiración.

Y, al escuchar con atención en el silencio, no pude captar ningún pensamiento en sus mentes, ningún latido en sus corazones, ningún movimiento de sangre en sus venas.

—Pero tienen sangre, ¿verdad? —cuchicheé a Marius.

—Sí, la tienen.

«¿Y tú...? ¿Tú les traes víctimas?» quise preguntarle.

—Ninguno de los dos bebe ya.

¡Incluso esto resultaba espantoso! Aquellos seres ni siquiera disfrutaban de aquel placer. Y sin embargo, ¡ah!, imaginarlo... imaginar cómo habría sido... Los dos recobrando el movimiento el tiempo suficiente para tomar a sus víctimas antes de volver a caer en la inmovilidad... No. La idea debería haberme reconfortado, pero no fue así.

—Hace mucho tiempo, todavía bebían, aunque apenas una vez al año. Yo les dejaba algunas víctimas en el santuario, malhechores en estado de debilidad y próximos a la muerte. Cuando volvía, encontraba los cuerpos consumidos ya Los Que Deben Ser Guardados en la misma posición de siempre. Únicamente el color de la carne era un poco distinto. Y nunca encontraba una sola gota de sangre derramada.

»Esto sucedía siempre con luna llena y, por lo general, en primavera. Las presas que dejaba para ellos en otras ocasiones no eran utilizadas nunca. Y, más adelante, incluso este festín anual cesó. Entonces continué trayéndoles víctimas de vez en cuando. En una ocasión, cuando ya había transcurrido una década así, dieron cuenta de otra. De nuevo, eso sucedió en primavera, en noches de luna llena. Después, no volvieron a probar sangre durante al menos medio siglo. Perdí la cuenta. Entonces pensé que tal vez tenían que ver la Luna, que tenían que percibir el cambio de las estaciones. Pero, como luego se comprobó, tampoco aquello tenía que ver.

»No han vuelto a beber desde antes de que les trasladara a Italia, y de eso hace ya tres siglos. Ni siquiera volvieron a probar una gota en el calor de Egipto.

—Pero, cuando lo hacían, ¿nunca les viste con tus propios ojos en pleno festín?

—No —respondió Marius.

—¿No les has visto nunca moverse?

—No, desde... Desde el principio.

Me descubrí temblando otra vez. Mientras contemplaba a los dos seres, imaginé que los veía respirar, que los veía mover los labios. Sabía que se trataba de una ilusión, pero me estaba volviendo loco. Tenía que salir de allí o me echaría a llorar otra vez.

—A veces —prosiguió Marius—, cuando acudo a verles, encuentro las cosas cambiadas.

—¿Cómo? ¿Cuáles?

—Pequeñas cosas —dijo, contemplando con aire pensativo a la pareja. Extendió la mano y tocó el collar de la mujer—. Éste le gusta. Al parecer, es apropiado para ella. Antes tenía otro que siempre encontraba en el suelo, roto.

—¡Entonces *pueden* moverse!

—Al principio pensé que el collar se le caía, pero, después de repararlo tres veces, comprendí que era inútil. Ella se lo arrancaba del cuello, o lo hacía caer con su mente.

Solté un pequeño siseo de horror e, inmediatamente, me sentí mortificado de haberlo hecho en presencia de ella. Quise salir de la cámara en aquel mismo instante. Su rostro era un espejo que reflejaba todas mis fantasías. Sus labios se curvaron en una sonrisa, sin curvarse en absoluto.

—Lo mismo ha sucedido a veces con otros ornamentos que, creo, debían llevar los nombres de unos dioses que no les gustaban. En cierta ocasión, un florero que había traído de una iglesia apareció roto, como si lo hubiesen hecho estallar en pequeños fragmentos con su sola mirada. También ha habido otros cambios sorprendentes.

—Cuéntame.

—A veces he entrado en el santuario y he encontrado a alguno de los dos en pie.

Aquello era demasiado terrible. Quise cogerle de la mano y arrastrarle fuera de aquel lugar.

—Una noche le encontré a él a varios pasos de la silla. Y, otra vez, a la mujer junto a la puerta.

—¿Tratando de salir?

—Quizás —asintió, pensativo—. Pero, entonces, podían salir fácilmente si así lo querían. Cuando hayas oído todo el relato podrás juzgar. Siempre que los he encontrado desplazados, los he devuelto a su lugar y los he colocado exactamente como estaban. Para hacerlo se precisa una fuerza extraordinaria. Son como de piedra flexible, si puedes imaginar algo parecido. Y si yo tengo esa fuerza, imagina la que pueden tener ellos.

—Acabas de decir «entonces». ¿Y si ya no pueden seguir haciendo lo que desean? ¿Y si llegar hasta la puerta era lo máximo que les permitían sus esfuerzos?

—Yo creo que, si ella hubiera querido, habría roto las puertas. Si yo puedo abrir cerrojos con la mente, ¿qué no podrá hacer ella?

Contemplé sus rostros fríos y remotos, sus mejillas finas y hundidas, sus bocas grandes y serenas.

—Pero, ¿y si te equivocas? ¿Y si pueden escuchar cada palabra que estamos diciendo y eso les irrita, les enfurece?

—Creo que, en efecto, nos oyen —asintió Marius tratando de tranquilizarme otra vez, con su mano en la mía y una voz apaciguadora—, pero no me parece que les importe. Si les importara, se moverían.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Hacen otras cosas que requieren grandes fuerzas. Por ejemplo, hay veces en que cierro el tabernáculo e, inmediatamente, ellos vuelven a correr el cerrojo y a abrir las puertas. Sé que son ellos porque son los únicos que podrían hacerlo. Las puertas se abren de par en par y ahí están. Los llevo fuera a contemplar el mar, y, antes del amanecer, cuando regreso para devolverlos adentro, resultan más pesados, menos flexibles, casi imposibles de mover. Hay ocasiones en que creo que hacen todas estas cosas para atormentarme, para jugar conmigo.

—No. Se esfuerzan en vano.

—No te apresures tanto en tu juicio —respondió Marius—. Como digo, he entrado en su cámara y he encontrado pruebas de cosas muy raras. Y, por supuesto, están las cosas que sucedieron al principio...

Interrumpió la frase. Algo le había distraído.

—¿Te llegan pensamientos de ellos?

Marius estaba estudiándoles. Tuve la intuición de que algo había cambiado. Utilicé hasta el último recurso de mi voluntad para no dar media vuelta y echar a correr. Miré a los dos seres detenidamente. No

vi ni escuché ni percibí nada. Si Marius no me explicaba pronto por qué se había quedado mirándoles de aquel modo, empezaría a gritar.

—No seas tan impetuoso, Lestat —dijo por último con una leve sonrisa, con sus ojos fijos aún en la figura del hombre—. De vez en cuando los escucho, en efecto, pero es algo ininteligible. Es sólo el sonido de su presencia..., ya sabes a qué me refiero.

—Y entonces les oyes, ¿no es eso?

—Sssí... Tal vez.

—Marius, por favor, salgamos, te lo ruego. ¡Perdóname, pero no puedo soportarlo! Por favor, Marius, vámonos.

—Está bien —aceptó él con paciencia. Me dio un apretón en el hombro y añadió—: Pero antes haz una cosa por mí.

—Lo que me pidas.

—Háblales. No es preciso que lo hagas en voz alta, pero háblales. Diles que los encuentras hermosos.

—Ya lo saben —repliqué—. Saben que los encuentro indescriptiblemente hermosos. —Estaba seguro de que así era, pero Marius se refería a decirlo de manera ceremoniosa, de modo que borré de mi mente todo el miedo y las locas supersticiones y les dije lo que Marius me había sugerido.

—Habla con ellos, simplemente —insistió Marius.

Lo hice. Miré a los ojos al hombre y también a la mujer. Y se adueñó de mi una sensación extrañísima. Una y otra vez, repetí las frases *Os encuentro hermosos, os encuentro incomparablemente hermosos* hasta que dejaron de parecer auténticas palabras. Me vi rezando como cuando era muy, muy pequeño y me tumbaba en el prado en la ladera de la montaña y le pedía a Dios que, por favor, por favor, me ayudara a escapar de la casa de mi padre.

Así le hablé a la mujer en aquel instante y le dije que estaba agradecido de que me hubiera sido concedido acercarme a ella y a sus antiguos secretos, y este sentimiento se hizo físico. Se difundió por toda la superficie de mi piel y por las raíces de los cabellos. Noté que la tensión abandonaba mi rostro. La noté abandonando mi cuerpo. Yo era todo luz, y el incienso y las flores envolvían mi espíritu mientras miraba las negras pupilas de sus ojos castaños tan profundos.

—Akasha —dije en voz alta. Escuché el nombre en el mismo instante de decirlo. Y me sonó encantador. Se me erizó el vello de todo el cuerpo. El tabernáculo se convirtió en una frontera llameante en torno a ella y sólo quedó algo borroso donde estaba la figura sentada del hombre. Me acerqué más a ella, no por propia voluntad, y me incliné hacia adelante hasta casi besar su boca. Deseé hacerlo. Me incliné aún más. Y al fin noté sus labios.

Deseé que la sangre fluyera a mi boca y pasara a la suya como había hecho aquella vez con Gabrielle mientras yacía en el ataúd.

El hechizo se hacía cada vez más intenso y fijé la mirada en las órbitas insondables de sus ojos.

*¡Estoy besando en la boca a la diosa! ¿Qué me está pasando? ¡Estoy loco sólo de pensarlo!*

Me aparté. Me encontré de nuevo contra la pared, temblando, con las manos en las sienes. Por lo menos, esta vez no había derribado los lirios; pero estaba llorando de nuevo.

Marius ajustó las puertas del tabernáculo e hizo que el pasador interior se cerrara de nuevo.

Penetramos en el rellano de la escalera y Marius hizo que la viga interior se alzara hasta sus horquillas. Luego, colocó la exterior con sus manos.

—Vamos, joven —me dijo—. Subamos.

Pero cuando apenas habíamos dado unos pasos, escuchamos un seco crujido, seguido de otro. Marius se volvió y miró atrás.

—Lo han hecho otra vez —murmuró. Y una sombra de inquietud hendió su rostro.

—¿Qué? —Retrocedí contra la pared.

—El tabernáculo, lo han abierto. Vamos. Volveré más tarde y lo cerraré antes de que salga el sol. De momento, volvamos al estudio y te contaré mi relato.

Cuando llegamos a la estancia iluminada, me dejé caer en el sillón con la cabeza entre las manos. Marius permaneció inmóvil, mirándome; me percaté de ello y alcé la vista.

—Te ha dicho su nombre —murmuró.

—¡Akasha! —repetí entonces. Era como rescatar una palabra de un sueño que se desvanecía—. ¡Sí, me lo ha dicho! Ahí abajo he dicho Akasha en voz alta.

Miré a Marius, implorando una respuesta, una explicación a la actitud con la que me miraba.

Creí que iba a perder la razón si aquel rostro no recobraba la expresividad enseguida.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Chist. Calla —me ordenó.

No pude captar nada en el silencio. Salvo el mar, tal vez. Y acaso el chasquido de la mecha de alguna lámpara de las paredes. Y el viento, quizá. Ni siquiera los ojos de los dos dioses habían parecido tan carentes de vida como los de Marius en aquel instante.

—Haces que algo se agite en ellos —susurró.

Me puse en pie.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Nada tal vez. El tabernáculo sigue abierto y están allí sentados como siempre, nada más. ¿Quién sabe...?

Y de pronto percibí todos sus largos años de querer saber. Siglos, diría, pero no puedo imaginar de verdad lo que eso significa. Ni siquiera ahora. Percibí sus años y años de intentar sacar conclusiones de sus menores signos sin conseguir nada, y supe que se estaba preguntando cómo era que yo había obtenido de ella el secreto de su nombre, Akasha. Ya antes habían sucedido cosas, pero eso había sido en tiempos de la antigua Roma. Cosas oscuras. Cosas terribles. Sufrimientos, unos sufrimientos atroces.

Las imágenes desaparecieron. Silencio. Marius estaba inmóvil en mitad de la estancia como un santo descendido de un altar y plantado en el pasillo central de una iglesia.

—¡Marius! —susurré.

Salió de su ensimismamiento; su rostro se animó lentamente y me miró con afecto, casi con admiración.

—Sí, Lestat —respondió, apretándome la mano en un gesto tranquilizador.

Tomó asiento y me indicó con un gesto que hiciera lo mismo. De nuevo, los dos quedamos frente a frente, relajadamente. Incluso la luz uniforme de la estancia resultaba reconfortante. Y era reconfortante ver, tras las ventanas, el cielo nocturno.

Marius estaba recuperando su anterior viveza, aquel destello de humor en los ojos.

—Aún no es medianoche y todo está tranquilo en las islas. Creo que, si nada me interrumpe, es el momento de contarte toda la historia.



## La historia de Marius

«Sucedió cuando tenía cuarenta años, una cálida noche de primavera en la ciudad romana de Massilia, en las Galias, mientras me hallaba en una sucia taberna de los muelles garabateando unos párrafos de mi historia del mundo.

»La taberna estaba deliciosamente desvencijada y abigarrada, un reducto para marinos y vagabundos; viajeros como yo, quería imaginar en una especie de vago amor por todos ellos aunque la mayoría de ellos eran pobres y yo no, y eran incapaces de leer mis escritos cuando miraban por encima de mi hombro.

»Había llegado a Massilia tras un largo y provechoso viaje en el cual había podido estudiar las grandes ciudades del Imperio. Había estado en Alejandría, en Pérgamo y en Atenas, observando y escribiendo sobre las gentes, y me disponía a continuar mi recorrido por las ciudades de las Galias romanas.

»Esa noche, no me habría sentido más satisfecho si hubiera estado en mi biblioteca de Roma. En realidad, me encantaban las tabernas. Allí donde llegaba, buscaba lugares parecidos para escribir, instalaba la vela, el tintero y el pergamino, y lograba mi mejor trabajo a primera hora de la noche, cuando el antro estaba más bullicioso.

»Así las cosas, es fácil deducir que pasaba toda la vida en medio de una actividad frenética. Estaba hecho a la idea de que nada me podía afectar adversamente.

»Había crecido como hijo ilegítimo en una rica familia romana, amado, mimado y consentido. Mis hermanos legítimos tenían que preocuparse del matrimonio, la política y la guerra. A los veinte años, me había convertido en el erudito y el cronista, en el que alza la voz en los banquetes regados de vino para aclarar discusiones históricas y militares.

»Cuando viajaba tenía dinero en abundancia y documentos que me abrían puertas en todas partes. Así pues, decir que la vida se portaba bien conmigo sería poco. Era un tipo extraordinariamente feliz. Pero lo realmente importante era que la vida nunca me había aburrido ni derrotado.

«Llevaba en mí una sensación de invencibilidad, de asombro. Y esto me fue, más tarde, tan importante como lo han sido para ti la rabia y la fuerza, como lo puede ser la desesperación o la crueldad para otros.

»Pero continuaré mi narración... Si algo había que echara en falta en aquella vida tan satisfactoria (y tampoco pensaba mucho en ello) era el amor de mi madre celta, haberla conocido. Ella había muerto cuando yo había nacido y sólo sabía de ella que había sido una esclava, hija de un belicoso galo que combatió contra Julio César. De ella había heredado mis cabellos rubios y mis ojos azules. Y su pueblo,

al parecer, había sido de gigantes. A una edad muy temprana, ya sobrepasaba en estatura a mi padre y a mis hermanos.

»Sin embargo, era escasa o ninguna la curiosidad que sentía por mis antepasados galos. Había acudido a las Galias como un romano de pies a cabeza, como un hombre educado, y apenas tenía conciencia de mi sangre bárbara; al contrario, compartía las opiniones corrientes en esa época: que César Augusto era un gran gobernante y que, en esa bendita era de la Pax Romana, las viejas supersticiones estaban siendo reemplazadas por la ley y la razón a todo lo largo del Imperio. No había rincón demasiado remoto para las calzadas romanas, ni para los soldados, los estudiosos y los comerciantes que las seguían.

»Esa noche estaba escribiendo como un poseso, esbozando descripciones de los hombres que entraban y salían de la taberna, hijos de todas las razas cuyas voces hablaban en una decena de lenguas distintas.

»Y, sin ninguna razón aparente, me vi poseído de una extraña idea acerca de la vida, una extraña preocupación que casi se convertía en una agradable obsesión. Recuerdo que fue esa noche porque el hecho pareció guardar relación, de algún modo, con lo que sucedió más tarde. Sin embargo, tal relación no existía. Esa idea ya me había rondado la cabeza anteriormente. Que volviera a hacerse presente en esas últimas horas de mi vida como ciudadano romano libre no fue más que una coincidencia.

»La idea era, simplemente, que existía alguien que lo sabía todo, que lo había visto todo. No me refería con ello a la existencia de un Ser Supremo, sino más bien a que había en la Tierra una inteligencia continuada, una conciencia permanente. Y le di vueltas a aquel pensamiento en unos términos prácticos que me excitaron y, a la vez, me relajaron. En algún lugar había una conciencia de todas las cosas que había visto en mis viajes, una conciencia de cómo había sido Massilia seis siglos antes, cuando habían llegado los primeros mercaderes griegos; una conciencia de cómo era Egipto cuando Keops construyó su pirámide. Existía alguien que sabía cómo estaba el cielo la tarde del día en que Troya había caído ante los griegos, y alguien o algo sabía qué se habían dicho los campesinos en la pequeña casa de campo a las afueras de Atenas momentos antes de que los espartanos derribaran las murallas.

»No tenía sino una idea muy vaga de quién o qué podía ser, pero hallé consuelo en la idea de que no se había perdido nada espiritual (y el conocimiento lo era). De que existía un conocimiento perpetuo...

»Y, mientras tomaba otro trago de vino y pensaba y escribía acerca de ello, me di cuenta de que aquello era, más que una creencia personal, una constatación. Sencillamente, *sentí que* existía una conciencia continuada.

»La historia que estaba escribiendo era una imitación de ésta. Traté de unificar todas las cosas que había visto en mi historia, enlazando mis observaciones de tierras y gentes con todos los comentarios escritos que me habían llegado de los griegos —de Jenofonte, Herodoto y Posidonio— para elaborar una conciencia continuada del mundo en mi tiempo. Era un reflejo pálido, una obra limitada, en comparación con la auténtica conciencia. Sin embargo, me sentí estupendamente mientras continuaba escribiendo en el rincón de la taberna.

»Con todo, a medianoche, empecé a sentirme algo cansado y, cuando levanté la cabeza casualmente tras un largo rato de abstraída concentración, advertí que algo había cambiado en el establecimiento.

»Estaba inexplicablemente silencioso. De hecho, estaba casi vacío. Y, frente a mí, apenas iluminado por la luz vacilante de la vela y dando la espalda al local, estaba sentado un hombre alto de cabello rubio que me observaba en silencio. No me sorprendió tanto su modo de mirarme (aunque esto ya era desconcertante de por sí) como la constatación de que el hombre llevaba allí algún rato, cerca de mí, observándome, sin que yo hubiera advertido su presencia.

»Era un galo, gigantesco como la mayoría de ellos, aún más alto que yo, que tenía un rostro largo y delgado con una mandíbula extremadamente recia y una nariz aquilina, y unos ojos que brillaban bajo sus cejas rubias y tupidas con un aire de diáfana inteligencia. Quiero decir con ello que parecía extremadamente listo, pero también muy joven e inocente. Y, sin embargo, no era joven. El efecto era desconcertante.

»Contribuía aún más a ello el hecho de que no llevaba cortados sus rubios cabellos, ásperos y abundantes, al estilo popular romano —muy cortos—, sino que lucía una melena hasta los hombros. Y, en lugar de la túnica y la capa que eran por esa época la indumentaria habitual en todo el Imperio, lucía el antiguo chaquetón de cuero ceñido con un cinturón que había constituido la prenda habitual entre los bárbaros antes de la llegada de Julio César.

»El individuo parecía recién salido de los bosques. Me miraba taladrándome con sus ardientes ojos grises y sentí un vago placer ante su presencia. Anoté apresuradamente los detalles de su vestimenta, confiando en que el hombre no sabría latín.

»Sin embargo, la inmovilidad y el silencio en que permanecía me ponían algo nervioso. Sus ojos eran anormalmente grandes, y los labios le temblaban ligeramente, como si el mero hecho de verme le excitara. Su mano blanca; limpia y delicada, que tenía apoyada en la mesa con gesto relajado, parecía ajena al resto de su cuerpo.

»Una rápida mirada a mi alrededor me indicó que mis esclavos no estaban en la taberna. Seguramente, me dije, estarían jugando a las cartas en la puerta de al lado, o arriba con un par de mujeres. En cualquier momento aparecerían.

»Dirigí una breve sonrisa forzada a mi extraño y silencioso amigo y volví a mi quehacer. Sin embargo, él empezó a hablarme sin preámbulos.

»—Tú eres un hombre instruido, ¿verdad? —me preguntó. Hablaba el latín vulgar del Imperio, aunque con un marcado acento, y pronunciaba cada palabra con un cuidado que resultaba casi musical.

»Le contesté que, en efecto, tenía la fortuna de haber recibido una educación; tras esto, me puse a escribir otra vez confiando en que mi respuesta lo desanimaría. Al fin y al cabo, el sujeto bien merecía una mirada, pero yo no tenía ningún interés, realmente, en hablar con él.

»—Y escribes tanto en latín como en griego, ¿no es cierto? —insistió, volviendo la vista a la obra terminada que tenía ante mí.

»Le expliqué cortésmente que las palabras que había escrito en griego en el pergamino eran una cita de otro texto, y que las mías eran las latinas. Tras esto, continúe trabajando.

»—Pero tú eres un *keltoi*, ¿verdad? —preguntó esta vez, citando la palabra griega equivalente a "celta".

»—Te equivocas. Soy romano —respondí.

»—Tu aspecto es el de uno de nosotros, los *keltoi* —insistió—. Tienes nuestra estatura y caminas como nosotros.

«Aquella afirmación resultaba desconcertante. Yo llevaba horas allí, sin hacer otra cosa que dar sorbos al vino. No me había puesto en pie ni había dado un paso. No obstante, le expliqué que mi madre era celta, pero que no la había conocido. Mi padre era un senador romano.

»—¿Y qué es eso que escribes en latín y en griego? —quiso saber—. ¿Qué es eso que despierta tu pasión?

»No respondí enseguida. El individuo empezaba a intrigarme, aunque, con mis cuarenta años auestas, sabía por experiencia que la mayoría de la gente que uno conoce en una taberna resulta interesante durante los primeros minutos y luego empieza a producir un aburrimiento insoportable.

»—Tus esclavos dicen que estás escribiendo una gran historia —anunció con voz grave.

»—¿Eso dicen? —repliqué, un poco tenso—. Por cierto, ¿dónde están mis esclavos? —Eché otro vistazo a la taberna. No vi a nadie. Después, asentí a mi interlocutor y reconocí que, efectivamente, lo que estaba escribiendo era una historia.

»—Y has estado en Egipto —añadió él, al tiempo que extendía la mano y la aplastaba contra la mesa.

»Guardé silencio y volví a mirarle detenidamente. Había en él, en su modo de sentarse, de utilizar aquella mano para gesticular, algo que no era de este mundo. Era ese recato que suelen tener los pueblos primitivos y que les hace parecer depositarios de una inmensa sabiduría cuando, en realidad, lo único que poseen es una inmensa convicción.

»—Sí —respondí con cierta cautela—. He estado en Egipto.

»Su alegría al escuchar mis palabras fue patente. Los ojos se le abrieron un poco más, para entrecerrarse luego, y aprecié en sus labios un leve movimiento, como si estuviera hablando consigo mismo.

»—¿Y conoces la lengua y la escritura de Egipto? —preguntó en tono serio, frunciendo las cejas—. ¿Conoces las ciudades de Egipto?

»—Sí, conozco la lengua como se habla hoy, pero, si por escribir te refieres a los viejos jeroglíficos, la respuesta es negativa. No puedo interpretarlos ni conozco a nadie que pueda. Según he oído decir, ni siquiera los sacerdotes del antiguo Egipto sabían leerlos. La mitad de los textos que copiaban eran indescifrables para ellos.

Entonces, se echó a reír de la manera más extraña. No supe si era a causa de mi respuesta o a que sabía algo que yo ignoraba. Pareció que hacía una profunda inspiración, dilatando ligeramente las aletas de la nariz, y a continuación serenó la expresión. La apariencia de aquel hombre era realmente espléndida.

»—Los dioses pueden leerlos —susurró.

»—¡Pues ojalá me lo enseñasen! —comenté en son de chanza.

»—¿De veras? —exclamó él con un jadeo de asombro. Se inclinó sobre la mesa y añadió—: ¡Dilo otra vez!

»—Era una broma —respondí—. Quería decir que me gustaría entender los antiguos jeroglíficos egipcios, nada más. Si pudiera interpretarlos, tendría datos veraces acerca del pueblo egipcio, en lugar de todas esas tonterías escritas por los historiadores griegos. Egipto es una tierra incomprendida...

»Me detuve a media frase. ¿Por qué estaba hablando de Egipto con aquel hombre?

»—En Egipto existen todavía dioses verdaderos —afirmó con gesto grave—. Dioses que han estado allí desde siempre. ¿Has descendido a las entrañas de Egipto?

»Era una manera curiosa de expresarse. Le dije que había remontado el Nilo durante un largo trecho, y que había visto muchas maravillas.

»—Pero en cuanto a que existan dioses verdaderos, difícilmente puedo aceptar la verosimilitud de unos dioses con cabezas de animales...

»El galo movió la cabeza de un lado a otro casi con cierta tristeza.

»—Los dioses verdaderos no precisan que se les erijan estatuas —declaró el hombre—. Tienen la cabeza humana y aparecen cuando ellos quieren, y están vivos como lo está la semilla que brota de la tierra, como lo están todas las cosas que existen bajo el cielo, incluso las piedras y la propia Luna, que divide el tiempo en el gran silencio de sus ciclos inmutables.

»—Es muy probable —asentí en un susurro, no queriendo contradecirle. Así pues, era fervor aquella mezcla de inteligencia y juventud que había percibido en él. Debería haberlo sabido. Y mi memoria evocó algo de los escritos de Julio César sobre los galos, sobre si aquellos celtas procedían de Dis Pater, el dios de la noche. ¿Acaso aquel extraño individuo era un seguidor de tales creencias?

»—En Egipto hay viejos dioses —continuó en voz baja— y también aquí están esos viejos dioses para quienes buscan adorarlos. No me refiero a vuestros templos, en torno a los cuales los mercaderes venden los animales a sacrificar y los carniceros venden la carne que queda. Hablo de la verdadera adoración, del auténtico sacrificio al dios, del único sacrificio al que atiende.

»—Te refieres a sacrificios humanos, ¿no es eso? —dije sin alzar la voz. César había descrito con bastante precisión tales prácticas entre los celtas y, al pensar en ello, casi se me heló la sangre. Por supuesto, había presenciado muertes espantosas en la arena del circo en Roma, y en los lugares de ejecuciones públicas, pero los sacrificios humanos a los dioses, si alguna vez habían existido, hacía siglos que no se realizaban.

»Y en ese instante me di cuenta de quién era en realidad aquel hombre extraordinario. Era un druida, un miembro de la antigua casta sacerdotal de los celtas que César había descrito también, una hermandad tan poderosa como no había otra, que yo supiera, en todo el Imperio. Sin embargo, se suponía que ya no existían restos de ella en las Galias romanas.

»Por supuesto, todas las descripciones de los druidas decían que vestían largas túnicas, recorrían los bosques y recolectaban muérdago de los robles con unas hoces ceremoniales, mientras que aquel hombre más parecía un labriego, o un soldado. Pero, ¿qué druida se atrevería a llevar sus ropas blancas en una taberna del puerto? Además, las leyes no permitían a los druidas seguir realizando sus prácticas.

»—¿De veras crees en esa vieja religión? —le pregunté, inclinándome hacia adelante—. ¿Has descendido tú, acaso, a las entrañas de Egipto?

»Si estaba ante un auténtico druida vivo, me dije, había hecho un descubrimiento maravilloso. Podía hacer que aquel hombre me contara cosas de los celtas que nadie conocía. Pero, ¿qué relación podía tener Egipto con aquello?

»—No —respondió—. No he estado en Egipto, aunque de allí nos llegaron nuestros dioses. Ni es mi destino acudir allí. No es mi destino aprender a interpretar el antiguo lenguaje. El idioma que hablo es suficiente para los dioses. Prestan oído a mis palabras.

»—¿Y qué idioma es ése?

»—La lengua de los celtas, naturalmente —declaró—. No era preciso que lo preguntaras.

»—Y cuando hablas con tus dioses, ¿cómo sabes que te escuchan?

»Sus ojos se agrandaron de nuevo y su boca se abrió en una inconfundible mueca de triunfo.

»—¡Mis dioses me responden! —afirmó sin alzar la voz.

»Sin duda, era un druida. De pronto, un débil resplandor pareció cubrirle y lo vislumbré con su túnica blanca. Aunque en aquel instante se hubiera producido un terremoto en Massilia, dudo que me habría dado cuenta de ello.

»—Entonces, tú les has oído —dije.

»—He puesto mi mirada en los dioses —asintió—. Y ellos me han hablado, tanto con las palabras como en silencio.

»—¿Y qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que les hace distintos de nuestros dioses? Aparte del carácter de los sacrificios, me refiero...

»Su voz adoptó el tono melodioso y reverencial de una canción al responder.

»—Hacen lo que siempre han hecho los dioses; separar el bien del mal. Conceden bendiciones a todos sus adoradores. Conducen a los fieles a la armonía con todos los ciclos de universo, con los ciclos de la Luna, como ya he dicho. Los dioses hacen que la tierra dé frutos. Todo lo bueno procede de ellos.

»"Sí" pensé, "es la vieja religión en su forma más simple, y todavía posee una gran influencia entre las gentes del Imperio".

»—Mis dioses me han enviado aquí —dijo entonces—. A buscarte.

»—¿A mí? —pregunté, desconcertado.

»—Ya entenderás todas estas cosas —respondió—. Igual que conocerás la verdadera devoción del antiguo Egipto. Los dioses te enseñarán.

»—¿Por qué harían tal cosa?

»—La respuesta es muy sencilla: porque vas a convertirte en uno de ellos.

»Me disponía a replicar cuando noté un golpe seco en la nuca y el dolor se desparramó por mi cráneo en todas direcciones como si fuera agua. Me di cuenta de que perdía el sentido. Vi que la mesa se me venía encima y vi el techo sobre mí. Creo que quise decir que, si era un rescate lo que buscaba, me llevara a mi casa, con mi criado.

»Pero ya en aquel instante comprendí que las reglas de mi mundo no tenían absolutamente nada que ver con ello.

»Cuando desperté, era de día y me encontraba en un gran carromato que avanzaba a buena marcha por una carretera sin pavimentar, a través de un inmenso bosque. Estaba atado de pies y manos y me habían echado encima una lona suelta. Miré a derecha e izquierda entre los mimbres de los costados del carro y, cabalgando junto a éste, vi al hombre que había hablado conmigo. Había otros con él. Todos iban vestidos con los calzones y los chaquetones de cuero con cinturón, y llevaban espadas de hierro y brazaletes del mismo metal. Tenían el cabello casi blanco bajo las luces y sombras del bosque y no intercambiaban una sola palabra mientras cabalgaban agrupados en torno al carromato.

»El bosque parecía hecho a la escala de los propios Titanes. Los robles eran antiguos y enormes, con las ramas tan entrecruzadas que impedían casi por completo el paso de la luz, y avanzamos horas y horas por un mundo de hojas húmedas de intenso verdor y entre profundas sombras.

»No recuerdo que viera ciudades. Ni pueblos. Sólo recuerdo una tosca fortaleza. Una vez dentro de sus puertas, observé dos hileras de casas de techos de paja y, por todas partes, a aquellos bárbaros vestidos de cuero. Y cuando fui conducido a una de las casas, un lugar oscuro y de poca altura, y me dejaron a solas en él, apenas pude incorporarme debido a los calambres en las piernas. Me sentía tan furioso como precavido.

»Me di cuenta de que estaba en un enclave ignoto de los antiguos *keltoi*, los mismos guerreros que habían saqueado el gran templo de Delfos hacía apenas unos siglos, y la propia Roma no mucho después. Los mismos seres belicosos que se lanzaron a la batalla contra César completamente desnudos sobre sus caballos, haciendo resonar las trompetas y lanzando sus poderosos gritos, que causaban espanto en los disciplinados soldados de Roma.

»En otras palabras, estaba lejos de cualquier posible ayuda y, si aquellas palabras acerca de convertirme en uno de los dioses significaban que iba a ser sacrificado sobre un altar bañado en sangre en mitad del bosque de robles, sería mejor que intentara escapar de allí inmediatamente.

## 6

»Cuando mi captor apareció de nuevo, vestía la mítica túnica blanca, llevaba la áspera cabellera rubia cepillada y ofrecía un aspecto imaculado, impresionante y solemne. Otros hombres altos con túnicas blancas, unos viejos y otros jóvenes, pero todos con el mismo cabello rubio resplandeciente, penetraron detrás de él en la pequeña estancia en sombras.

»Me rodearon en un círculo silencioso y, tras una prolongada espera, se elevó de sus labios un rumor de murmullos.

»—Eres perfecto para el dios —dijo el más anciano, y advertí la muda complacencia del que me había llevado a aquel lugar—. Eres lo que el dios había pedido —continuó el anciano—. Permanecerás con nosotros hasta la gran fiesta de Samhain; luego serás conducido al bosque sagrado y allí beberás la Sangre Divina y te convertirás en padre de dioses, en restaurador de toda la magia que, misteriosamente, nos ha sido arrebatada.

»—¿Y morirá mi cuerpo cuando eso suceda? —quise saber. Admiré sus rostros finos y angulosos, sus ojos inquisitivos, la sombría gracia con que me rodeaban. Qué terror debía provocar esa raza cuando sus guerreros irrumpían entre los pueblos mediterráneos. No era extraño que se hubiera escrito tanto sobre su intrepidez. Pero aquéllos no eran guerreros. Eran sacerdotes, jueces y maestros. Eran instructores de los jóvenes, guardianes de la poesía y de unas leyes que jamás habían sido escritas en lengua alguna.

»—Sólo la parte mortal de ti morirá —dijo el que se había dirigido a mí hasta entonces.

»—Mala suerte —respondí—. Eso es prácticamente todo lo que soy.

»—No —replicó él—. Tu forma permanecerá y será glorificada. Ya lo verás. No temas. Además, nada puedes hacer por cambiar estas cosas. Hasta la fiesta de Samhain, te dejarás crecer el cabello y aprenderás nuestra lengua, nuestros himnos y nuestras leyes. Nos ocuparemos de ti. Mi nombre es Mael y yo mismo me encargaré de enseñarte.

»—Pero yo no quiero convertirme en dios —protesté—. Seguro que los dioses no quieren a alguien que no desea serlo.

»—El viejo dios decidirá —sentenció Mael—. Pero sé que cuando bebas la Sangre Divina te convertirás en el dios y todo quedará claro para ti.

»La huida era imposible.

»Me tenían custodiado noche y día. No me permitían tener ningún cuchillo con el que cortarme el cabello o causarme algún daño. Buena parte del tiempo lo pasaba en la estancia oscura y vacía, ebrio de cerveza de trigo y ahito de las deliciosas carnes asadas que me ofrecían. No tenía nada con que escribir y eso me torturaba.



»Por puro aburrimiento, escuchaba a Mael cuando éste acudía a instruirme. Dejaba que me cantara himnos y me recitara viejos poemas y me hablara de aquellas leyes, sin burlarme de él más que de vez en cuando con el hecho obvio de que un dios no tenía por qué ser aleccionado de aquel modo.

»Mael asentía a esto último, pero, ¿qué podía hacer él sino tratar de hacerme comprender lo que iba a sucederme?

»—Puedes ayudarme a escapar de aquí. Puedes venir conmigo a Roma —le proponía—. Tengo una villa en los acantilados sobre la bahía de Nápoles. Nunca verás un lugar más hermoso, y te dejaré vivir allí toda la vida si me ayudas, a cambio solamente de que repitas estos cánticos y plegarias y leyes para que pueda tomar nota de ellos.

»—¿Por qué intentas corromperme? —decía él, pero me daba cuenta de que el mundo del que yo procedía le tentaba. Me confesó que había pasado semanas buscando la ciudad griega de Massilia antes de mi llegada y que le gustaba el vino romano y las grandes naves que había visto en el puerto, y los manjares exóticos que había probado.

»—No intento corromperte —replicaba yo—. No comparto tus creencias y me habéis hecho vuestro prisionero.

»No obstante, continué prestando atención a sus plegarias, por aburrimiento y curiosidad, y por el vago temor ante lo que me reservaba el futuro.

»Empecé a aguardar su llegada, a esperar que su figura pálida y espectral iluminara la estancia desnuda como una luz blanca, a que su voz serena y mesurada continuara vertiendo aquellas viejas palabras melodiosas y sin sentido.

»Pronto advertí que sus versos no desarrollaban las historias de los dioses como las conocíamos en las mitologías griega y romana. No obstante, la identidad y las características de los dioses empezaron a cobrar forma en las innumerables estrofas. Deidades de todo tipo formaban parte de la tribu celestial.

»Pero el dios en el que me iba a convertir ejercía un supremo poder sobre Mael y sus acólitos. Aquel dios no tenía nombre, aunque le daban numerosos títulos, el más frecuente de ellos el de Bebedor de la Sangre. También era El Blanco, el Dios de la Noche, el Dios del Roble y el Amante de la Madre.

»Aquel dios recibía sacrificios cruentos cada luna llena, pero, en Samhain, en la noche de los Difuntos, aceptaba la mayor cantidad de tales sacrificios ante la tribu entera para aumentar las cosechas, además de anunciar toda clase de predicciones y juicios.

»Y aquel dios era un servidor de la Gran Madre, la que no tenía forma visible pero estaba presente en todas las cosas, la Madre de todas las cosas, de la tierra, de los árboles, del cielo, de todos los hombres, del propio Bebedor de la Sangre que anda por su jardín.

»Mi interés fue aumentando, pero también mi temor. El culto a la Gran Madre no me resultaba desconocido, ciertamente. La Madre Tierra y la Madre de Todas las Cosas eran adoradas bajo una decena de advocaciones distintas de un confín a otro del Imperio, igual que su hijo y amante, su Dios Agonizante, el que sólo alcanzaba la madurez como las cosechas, para ver segada su vida como ellas, mientras la Madre permanece eterna. Era el antiguo y dulce mito de las estaciones.

»Pero la celebración no era ni había sido, en ningún tiempo ni lugar, en absoluto apacible. Pues la Madre Divina también era la Muerte, la tierra que se traga los restos de ese joven amante, la tierra que nos engulle a todos. Y, en consonancia con esta antigua verdad, tan vieja como el acto mismo de plantar la semilla, surgía en un millar de sangrientos rituales.

»La diosa era adorada bajo el nombre de Cibeles en Roma, y yo había visto a sus sacerdotes locos castrarse a sí mismos en el torbellino de su devoto frenesí. Y los dioses de la mitología tenían finales aún más violentos: Attis, también castrado; Dioniso, descuartizado miembro a miembro; el antiguo Osiris egipcio, desmembrado antes de que la Gran Madre Isis lo reviviera.

»Y ahora iba a convertirme en el Dios de las Cosas que Crecen, el dios de la vida, el dios del cereal, el dios de los árboles. Y me daba cuenta de que, sucediera lo que sucediese, sería algo asombroso.

»Y no tenía otra cosa que hacer más que emborracharme y murmurar aquellos himnos con Mael, al cual, en ocasiones, se le llenaban los ojos de lágrimas al mirarme.

»—Sácame de aquí, desgraciado —le dije una vez, de pura exasperación—. ¿Por qué diablos no te conviertes tú en el Dios de los Árboles? ¿Por qué he de ser yo quien reciba ese honor?

»—Ya te he dicho que el dios me confió sus deseos. No me escogió a mí.

»—¿Y lo hubieras hecho, si hubieras sido el elegido? —inquirí.

»—Tendría miedo, pero aceptaría —respondió en un susurro—. ¿Sabes lo que considero terrible de tu destino? El hecho de que tu alma quede encadenada a tu cuerpo para siempre. No tendrás la posibilidad de la muerte natural para migrar a otro cuerpo o a otra vida. No; a través de los tiempos, tu alma seguirá siendo el alma del dios. El ciclo de la muerte y el renacimiento se cerrará en ti.

»A pesar de mí mismo y de mi desprecio general por su creencia en la reencarnación, sus palabras me hicieron enmudecer. Noté el peso misterioso de su convicción, percibí su tristeza.

»El cabello me creció más largo y abundante. El cálido sol estival dio paso a los días de otoño, más fríos, y fue acercándose la fecha de la gran festividad anual del Samhain.

»Yo no dejaba de hacer preguntas.

»—¿A cuántos has traído para que sean dioses de esta manera? ¿Qué tenía yo para que decidieras escogerme?

»—Jamás he traído a nadie para que se convirtiera en dios —respondió Mael—. Pero el dios es antiguo. Le han privado de su magia. Una terrible calamidad ha caído sobre él y no puedo hablar de esas cosas. Él ha elegido a su sucesor.

Parecía asustado. Estaba contándome demasiado. Algo despertaba en él sus temores más profundos.

»—¿Y cómo sabes que él me querrá? ¿Tienes tal vez a sesenta candidatos más guardados en esta fortaleza?

»Mael sacudió la cabeza y, en un atisbo de inhabitual rudeza, dijo:

»—Marius, si no Bebes la Sangre, si no te conviertes en padre de una nueva raza de dioses, ¿qué será de nosotros?

»—Eso no es de mi incumbencia, amigo mío... —respondí.

»—¡Ah, calamidad! —exclamó él en un cuchicheo, al que siguió un prolongado y apenas murmurado comentario sobre el auge de Roma, las terribles invasiones de Julio César, el declive de un pueblo que había vivido en aquellos montes y bosques desde el principio de los tiempos, despreciando las ciudades de los griegos, etruscos y romanos, en favor de las honorables fortalezas de poderosos jefes tribales.

»—Las civilizaciones tienen su auge y su decadencia, amigo mío —insistí—. Los antiguos dioses dan paso a otros nuevos.

»—No lo entiendes, Marius. Nuestro dios no ha sido derrotado por vuestros ídolos y por quienes narran sus frívolas y lascivas historias. Nuestro dios era tan hermoso como si la propia Luna le hubiera adornado con su luz, y hablaba en una voz pura como la luz y nos conducía a esa gran unión con todas las cosas que es el único alivio para la desesperación y la soledad. Pero el dios ha sido víctima de una terrible calamidad y a lo largo de todo el país del norte otros dioses han perecido completamente. Ha sido la venganza del dios Sol sobre él, pero nadie, ni él ni nosotros, sabemos cómo pudo entrar el sol en su interior durante las horas de sueño y oscuridad. Tú eres nuestra salvación, Marius. Tú eres el Mortal Que Sabe, el Que Está Instruido y Puede Aprender, el Que Puede Descender a las Entrañas de Egipto.

»Di vueltas en la cabeza a sus palabras. Pensé en el antiguo culto de Isis y Osiris, en sus adoradores, que decían que ella era la Madre Tierra y él la espiga de trigo, y Tifón el asesino de Osiris, era el fuego del sol.

»Y, ahora, aquel devoto en comunicación con el dios me estaba diciendo que el sol había encontrado a su dios de la noche y había causado una gran catástrofe.

«Finalmente, mi razón se dio por vencida.

»Eran demasiados días los que había pasado en el alcohol y la soledad.

»Me tendí en la oscuridad y canturreé para mí los himnos de la Gran Madre. Sin embargo, para mí no era una diosa. No era la Diana de Éfeso con sus flechas y sus hileras de pechos rebosantes de leche, ni la terrible Cibele, ni tan siquiera la gentil Deméter, cuyo luto por Perséfone en la tierra de los muertos había inspirado los sagrados misterios de Eleusis. Era la buena tierra cuyo aroma me llegaba por las pequeñas ventanas con barrotes de mi prisión. Era el viento que traía el olor húmedo y dulzón del gran bosque verde. Era las flores de los prados y la hierba mecida por la brisa, el agua que de vez en cuando oía saltar como si manara a borbotones de un manantial entre peñas. Era todas las cosas que aún me quedaban en aquella rudimentaria habitación de madera donde me habían despojado de todo lo demás. Y sólo descubrí lo que todo el mundo sabe, que el ciclo del invierno y la primavera y todas las cosas que crecen poseen en sí mismo una verdad sublime que se renueva sin necesidad de mitos ni idiomas.

»Contemplé las estrellas de lo alto a través de los barrotes y me pareció que estaba muriéndome de la manera más absurda y estúpida, entre gentes que no admiraba y costumbres que hubiera abolido. Y, al mismo tiempo, la aparente santidad de todo aquello me contagiaba. Me forzaba a dramatizar, a soñar y a rendirme, a verme como el centro de algo que poseía su propia y exaltada belleza.

»Una mañana me incorporé y me toqué el cabello, advirtiendo que lo tenía muy tupido y largo hasta los hombros.

»Y durante los días que siguieron, hubo en la fortaleza un estruendo y una agitación sin límites. De todas direcciones llegaban carrromatos hasta sus puertas. Miles de pies pasaban a su interior. A todas horas se oía el rumor de gente avanzando, acudiendo al lugar.

»Finalmente, Mael y ocho de los druidas vinieron a verme. Sus túnicas blancas y limpias olían al agua de la fuente en la que habían sido lavadas y al sol bajo el que se habían secado. Sus cabelleras estaban cepilladas y lustrosas.

»Con gran cuidado, me afeitaron por completo la barba y el bigote. Me cortaron las uñas. Me peinaron y me vistieron con otra túnica blanca. Y luego, ocultándome por todas partes con unos velos blancos, me condujeron de la casa a un carrromato cubierto, también blanco.

»Distinguí brevemente a otros hombres con túnicas que mantenían a distancia a una enorme multitud y, por primera vez, me di cuenta de que sólo un selecto grupo de druidas había tenido acceso a mí.

»Cuando Mael y yo estuvimos bajo la lona del carro, todos los faldones de ésta fueron bajados y quedamos completamente ocultos. Cuando el carro se puso en marcha, nos sentamos en unos bastos bancos y así viajamos varias horas, sin pronunciar palabra.

»De vez en cuando, un rayo de sol taladraba la blanca lona de la cubierta y, cuando acercaba mi rostro a ella, podía ver el bosque, más cerrado y profundo de lo que recordaba. Y detrás de nosotros venía una caravana interminable de grandes carros con jaulas, llenos de hombres que asían los barrotes de madera y suplicaban que les dejaran libres, en una confusión de voces como un horrible coro.

»—¿Quiénes son? ¿Por qué gritan así? —pregunté por último, sin poder soportar por más tiempo la tensión.

»Mael reaccionó como si despertara de un sueño.

»—¡Ah! Son malhechores, ladrones, asesinos, todos ellos justamente condenados, y ahora perecerán en el sagrado sacrificio.

»—¡Qué repugnante! —musité. Pero, ¿lo era? Nosotros, en Roma, condenábamos a nuestros criminales a morir en la cruz, a ser quemados en la hoguera, a sufrir crueldades de toda clase. ¿Nos hacía más civilizados el hecho de que no denomináramos aquello un "sacrificio religioso"? Tal vez los *keltoi* fueran más sabios que nosotros al no desperdiciar tales muertes.

»Pero todo aquello carecía de sentido. Me sentí aturrido. El carro continuaba su lenta marcha. Escuché el ruido de los que nos adelantaban a pie y a caballo. Todos iban a la festividad del Samhain. Pronto iba a morir y no quería hacerlo en el fuego. Mael parecía pálido y asustado. Y el lamento de los hombres en los carrromatos-prisiones me estaba poniendo al borde de la locura.

»¿Qué pensaría cuando prendieran el fuego? ¿Qué pensaría cuando notara que mi cuerpo empezaba a arder? Aquello era insoportable.

»—¿Qué vais a hacer conmigo? —exclamé de improviso. Tuve el impulso de estrangular a Mael. Este alzó la vista y sus cejas se frunció levísimamente.

»—Y si el dios ha muerto ya... —musitó él.

»—¡Entonces, nos vamos a Roma, tú y yo, y nos emborrachamos de buen vino italiano! —repliqué en el mismo tono de voz.

»Caía ya la tarde cuando el carro se detuvo al fin. El bullicio parecía alzarse como el vapor a nuestro entorno.

»Cuando me asomé a mirar, Mael no me lo impidió. Vi que habíamos llegado a un inmenso claro rodeado, en todas direcciones, por aquellos robles gigantes. Todos los carromatos, incluidos el nuestro, fueron retirados bajo los árboles y, en el centro del claro, cientos de brazos se entregaron a una tarea que tenía relación con innumerables fardos de leña, millas de cuerda y cientos de grandes troncos apenas desbastados.

«Cuatro troncos gruesos y altos como no los había visto en mi vida fueron izados hasta formar un par de gigantescas aspas.

»El bosque pululaba de espectadores. El claro no daba cabida a aquella multitud. Y, pese a ello, más y más carros se abrían paso entre la muchedumbre hasta encontrar un lugar en el lindero del bosque.

»Casi anocheecía ya cuando Mael alzó una esquina de la cubierta del carro y me indicó que mirara. Horrorizado, vi dos enormes figuras de mimbre —un hombre y una mujer, a juzgar por la masa de hierbas y zarzas que pretendía sugerir el cabello y las ropas— construidas por entero a base de troncos, mimbres y cuerdas, y llenas de arriba abajo con los cuerpos amarrados de los condenados, que se debatían y lanzaban gritos de súplica.

»Me quedé mudo contemplando aquellos dos gigantes monstruosos. Era incontable el número de cuerpos humanos amarrados a ellos; las víctimas estaban encerradas en el interior hueco de las piernas enormes, en los torsos, en los brazos e incluso en sus manos; hasta en sus inmensas cabezas sin rostro y en forma de jaula, coronadas de flores y hojas de hiedra. Las dos figuras vibraban como si fueran a caerse en cualquier momento, pero yo sabía que estaban firmemente sostenidas por aquellas sólidas aspas. Parecían asomarse sobre el bosque lejano y, en torno a sus pies, se amontonaban los hatos de leña menuda y de grandes ramas empapadas en brea que pronto servirían para prenderles fuego.

»—¿Y quieres hacerme creer que todos esos que deben morir son culpables de algún delito grave? —pregunté a Mael, quien asintió con su habitual solemnidad. Aquello no le preocupaba.

»—Han esperado meses, algunos incluso años, a ser sacrificados —respondió casi con indiferencia—. Han llegado de toda la Tierra y no pueden cambiar su desuno más que nosotros el nuestro. Y el suyo es perecer dentro de las formas de la Gran Madre y de su Amante.

«Mi desesperación crecía a cada momento. Tenía que hacer algo para escapar, pero, incluso entonces, una veintena de druidas rodeaba el carro y, tras ellos, había apostada una legión de guerreros. Y la multitud se extendía tan lejos bajo los árboles que no alcanzaba a ver dónde terminaba.

«La noche caía con rapidez y por todas partes empezaban a encenderse antorchas.

«Percibí el rugido de las voces excitadas. Los gritos de los condenados se hicieron aún más desgarradores y suplicantes.

«Permanecí quieto, tratando de ahuyentar el pánico de mi mente. Si no podía escapar, al menos afrontaría aquellas extrañas ceremonias con cierto grado de calma, y, cuando quedara de manifiesto su falsedad, procedería a declarar con toda dignidad y claridad lo que pensaba del asunto, en voz lo

bastante alta como para que mis palabras se oyeran. Aquél sería mi último acto, el acto del dios, y debería hacerlo con autoridad o, de lo contrario, no tendría ningún efecto en el desarrollo de las cosas.

«El carro empezó a avanzar. Se oyó un gran estruendo, un griterío; Mael se incorporó, me tomó del brazo y me sostuvo. Cuando la lona fue abierta, nos habíamos detenido en mitad del bosque a una buena distancia del claro. Volví la vista hacia la silueta espeluznante de las inmensas figuras a la luz de las antorchas, que se reflejaba en el hormigueo de patéticos movimientos de su interior. Aquellas figuras parecían animadas, como si en cualquier momento fueran a ponerse en movimiento aplastándonos a todos. El juego de luces y sombras sobre los encerrados en las enormes cabezas producía una falsa impresión de rostros espantosos.

»No conseguía apartar mi vista de aquello y de la multitud congregada alrededor, pero Mael me apretó el brazo con más fuerza mientras decía que ahora debíamos acudir al santuario del dios con los sacerdotes más escogidos.

«Nuestros acompañantes me rodearon, en un evidente intento de ocultarme a las miradas. Me di cuenta de que la multitud ignoraba lo que estaba sucediendo. Probablemente, sólo sabían que los sacrificios se iniciarían muy pronto y que los druidas transmitirían alguna manifestación del dios.

»Del grupo, sólo uno portaba una antorcha. Abrió la marcha y nos adentramos en la oscuridad nocturna del bosque. Mael iba a mi lado y las demás figuras de blancas túnicas avanzaban delante de nosotros, a los flancos y detrás.

»Humedad. Silencio. Y los árboles elevándose a tal vertiginosa altura contra el agonizante resplandor del cielo lejano que parecían crecer ante mi propia mirada.

»Podía echar a correr en aquel instante, me dije, pero, ¿cuánto tardaría toda aquella raza feroz en lanzarse a perseguirme?

»Por fin habíamos llegado a una arboleda y, a la débil luz de la llama, vi unos rostros espantosos tallados en la corteza de los árboles, y cráneos humanos sonriendo en las sombras desde lo alto de unas estacas. En unos troncos tallados había más calaveras, apiladas una sobre otra en hileras. El lugar era, de hecho, un osario, y el silencio que nos envolvía parecía dar vida a aquellas cosas horribles, parecía hacerlas hablar repentinamente.

»Traté de sacarme de encima aquella fantasía, aquella sensación de que las hileras de cráneos nos estaban observando.

»Allí no había nadie mirando, me dije; no existía ninguna conciencia continuada de nada.

»Pero nos habíamos detenido ante un nudoso roble de tan enormes dimensiones que dudé de mis propios sentidos. No lograba hacerme una idea de la edad que debía tener aquel árbol para haber alcanzado semejante circunferencia. Pero cuando alcé la vista, comprobé que sus elevadas ramas aún estaban vivas, cubiertas de verde follaje, y que el muérdago lo adornaba por todas partes.

»Los druidas se habían apartado a derecha e izquierda. Sólo Mael permanecía cerca de mí. Y me quedé contemplando el roble, con Mael algo retirado a mi derecha, y vi los cientos de ramos de flores depositados al pie del árbol, cuyos pequeños capullos apenas tenían ya color alguno bajo las sombras.

»Mael había inclinado la cabeza. Tenía los ojos cerrados y me pareció ver que los demás estaban en idéntica actitud, con los cuerpos temblorosos. Noté la fresca brisa acariciando la hierba. Escuché a nuestro alrededor las hojas transportadas por la brisa en un sonoro y prolongado suspiro que murió como había surgido en el bosque.

»Y entonces, con toda claridad, escuché en la oscuridad unas palabras sin sonido.

Procedían, sin la menor duda, del interior del propio árbol, y preguntaban si el que iba a beber la Sangre Divina aquella noche cumplía todos los requisitos.

»Por un instante, creí estar volviéndome loco. Me habían dado alguna pócima. ¡Pero no había bebido nada desde la mañana! Tenía la cabeza despejada, dolorosamente despejada, y volví a escuchar el pulso silencioso de aquel personaje que preguntaba ahora:

»*¿Es un hombre instruido?*

»La esbelta figura de Mael pareció brillar tenuemente mientras, sin duda, expresaba su respuesta. Y los rostros de los demás parecían extasiados, con los ojos fijos en el gran roble. El único movimiento era el parpadeo de la antorcha.

»*¿Puede descender a las Entrañas?*

»Vi asentir a Mael. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su pálida nuez se movió como si tragara algo.

»*Sí, mi fiel servidor, estoy vivo y te estoy hablando. Has obrado bien y voy a hacer el nuevo dios. Envíale a mí.*

»El asombro no me dejaba hablar, y tampoco tenía nada que decir. *Todo había cambiado.* De repente, todas mis creencias, todas las cosas en las que confiaba, habían sido puestas en cuestión. No sentía el menor miedo, sólo una confusión que me tenía paralizado. Mael me tomó del brazo. Los demás druidas acudieron a ayudarlo y fui conducido en torno al árbol, limpio de las flores amontonadas en sus raíces, hasta quedar en la parte posterior del tronco, frente a un gran montón de rocas apilado contra éste.

»La arboleda también mostraba por aquel lado sus imágenes talladas, sus colecciones de calaveras y las pálidas figuras de unos druidas a los que no había visto antes. Y fueron éstos, algunos de ellos con largas barbas blancas, quienes se adelantaron para poner sus manos sobre las piedras y empezar a apartarlas.

»Mael y los demás les ayudaron, levantando en silencio aquellas grandes rocas, algunas de ellas tan pesadas que eran precisos tres hombres para moverlas, y colocarlas a un lado.

»Y, finalmente, quedó al descubierto en la base del roble una recia puerta de hierro con unos enormes cerrojos. Mael sacó una llave de hierro y pronunció unas largas palabras en el idioma de los *keltoi*, a las cuales respondieron los demás. A Mael le temblaba la mano, pero no tardó en abrir la puerta. El portador de la antorcha encendió otra tea y me la puso en las manos mientras Mael decía:

»—Entra ahora, Marius.

»Bajo la luz vacilante de las llamas, nos miramos. El druida parecía una criatura desvalida, incapaz de mover los miembros, aunque su corazón rebosaba de alegría al contemplarme. Vislumbré en ese instante un levísimo atisbo del prodigio que le había acontecido e inflamado, y me sentí totalmente abrumado y confundido por sus orígenes.

»Pero del interior del árbol, de la oscuridad que se abría tras aquella puerta bastante tallada, surgió de nuevo la voz silenciosa:

»*"No temas, Marius. Te espero. Toma la luz y ven a mí. "*



## 7

»Cuando hube cruzado la puerta, los druidas cerraron ésta. Advertí que me hallaba en lo alto de una larga escalera de piedra. Era una construcción que iba a ver una y otra vez a lo largo de los siglos siguientes, y que tú ya has visto dos veces y volverás a ver: son los peldaños que descienden a la Madre Tierra, a las cámaras donde siempre se ocultan los Bebedores de la Sangre.

»El interior del roble contenía una cámara de techo bajo, sin pulimentar, y la luz de la antorcha se reflejaba en las bastas marcas dejadas por los cinceles en la madera. Sin embargo, la cosa que me llamaba estaba en el fondo de la escalera. Y, de nuevo, me decía que no debía tener miedo.

»No estaba asustado. Me sentía estimulado como en mis sueños más turbulentos. No iba a morir tan sencillamente como había imaginado. Estaba descendiendo a un misterio que resultaba infinitamente más interesante de lo que había previsto.

»Pero cuando llegué al pie de los estrechos escalones y me encontré en la pequeña cámara de piedra, sentí terror ante lo que vi. Terror y repulsión. Una repugnancia y un miedo tan intuitivos que noté un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme o con hacerme vomitar incontrolablemente.

»Una criatura ocupaba un banco de piedra frente al pie de la escalera y, a la luz de la antorcha, vi que tenía los brazos y las piernas de un hombre. Su cuerpo estaba negro y quemado, horriblemente quemado todo él, reducido a la piel chamuscada y los huesos. En realidad, tenía el aspecto de un esqueleto de ojos amarillentos cubierto de brea. Únicamente su larga melena de cabellos blancos permanecía intacta. El ser abrió la boca para hablar y vi sus blancos dientes, sus colmillos, y así la antorcha con fuerza tratando de no ponerme a gritar como un loco.

»—No te acerques tanto a mí —dijo el ser—. Quédate donde pueda verte, no como ellos te ven, sino como mis ojos pueden ver todavía.

»Tragué saliva e intenté respirar profundamente. Ningún ser humano podría quemarse de aquel modo y sobrevivir. Y, en cambio, aquel ser estaba vivo: desnudo, encogido y negro. Y su voz era grave y hermosa. Se incorporó de su asiento y cruzó la estancia con pasos lentos.

»Me apuntó con el dedo y sus ojos amarillos se abrieron ligeramente, revelando a la luz de la antorcha un leve tono rojo sangre.

»—¿Qué quieres de mí? —murmuré sin poder contenerme—. ¿Por qué he sido traído aquí?

»—La causa es esta calamidad —respondió con idéntica voz, embargada de auténtico pesar. No se parecía en nada al sonido quejumbroso que había esperado oír de una criatura así—. Te daré mi poder, Marius. Te haré un dios y serás inmortal. Pero tienes que salir de aquí cuando hayamos terminado. Tienes que encontrar el modo de escapar a tus fieles adoradores, y tienes que descender a las entrañas de Egipto para descubrir por qué me ha acontecido esta..., esta desgracia...

»El ser parecía flotar en la oscuridad; su cabello era una mata de blanca paja en torno a la cabeza y, al hablar, sus mandíbulas extendían la piel coriácea y ennegrecida adherida a su cráneo.

»—Nosotros —continuó— somos enemigos de la luz, somos dioses de las tinieblas que servimos a la Madre Santa y vivimos y nos regimos únicamente por la luz de la Luna. Pero el Sol, nuestro enemigo, ha escapado de su curso natural y nos ha buscado en la oscuridad. Por todo el país del norte donde éramos adorados, en los bosques sagrados de las tierras de la nieve y el hielo, hasta este país de frutos abundantes y hasta el este, el sol ha encontrado el modo de penetrar en el santuario durante el día o en el mundo de la noche y ha quemado vivos a los dioses. Los más jóvenes de entre éstos han perecido sin remedio, algunos estallando como cometas delante de sus fieles. Otros han muerto presas de un calor tal que el árbol sagrado se ha convertido en una pira funeraria. Sólo los más viejos, los que han servido largo tiempo a la Gran Madre, han continuado moviéndose y hablando como yo, pero sumidos en dolores agónicos y atemorizando a sus fieles adoradores al aparecer ante ellos. Es preciso que haya un nuevo dios, Marius, fuerte y hermoso como era yo, el amante de la Gran Madre, pero sobre todo debe ser un dios lo bastante fuerte para escapar de sus adoradores, salir del roble por alguna vía, descender a las entrañas de Egipto en busca de los viejos dioses y descubrir por qué se ha producido esta calamidad. Tienes que ir a Egipto, Marius; debes viajar a Alejandría y a las viejas ciudades y debes invocar a los dioses con la voz silenciosa que tendrás cuando te haya creado. Y debes descubrir quién vive y camina todavía, y la razón de que haya sucedido esta desgracia.

»El ser cerró los ojos y permaneció donde estaba; su ligera figura vibraba incontroladamente como si estuviera hecha de papel negro; y de pronto, inexplicablemente, me asaltó un aluvión de imágenes violentos de aquellos dioses del bosque estallando en llamas. Escuché sus gritos. Mi mente, romana y racional, se resistió a aquellas imágenes. Traté de grabarlas en mi memoria y de mantenerlas a raya, en lugar de rendirme a ellas, pero el creador de tales imágenes, aquel ser, se mostró paciente y las escenas continuaron. Vi un país que sólo podía ser Egipto, con ese amarillo tostado de todas las cosas, la arena que lo cubre todo y lo empaña y lo vuelve del mismo color. Y vi más escaleras excavadas en la tierra, y santuarios...

»—Encuéntrales —insistió la voz—. Descubre cómo y por qué ha llegado a suceder esto. Ocupate de que no vuelva a pasar nunca más. Utiliza tus poderes en las calles de Alejandría hasta que encuentres a los antiguos. Y ojalá los antiguos estén allí igual que yo estoy aquí todavía.

»Me sentí demasiado anonadado para responder, demasiado empequeñecido ante aquel misterio. Y tal vez incluso hubo un instante en que acepté mi destino, en que lo acepté por completo. Pero no estoy seguro de ello.

»—Lo sé —dijo entonces aquel ser—. No puedes ocultarme ningún secreto, Marius. Sé que no deseas ser el Dios del Bosque y que pretendes escapar, pero debes saber que esta catástrofe te alcanzará donde vayas, a menos que descubras su causa y el modo de prevenirla. Por eso sé que descenderás a las entrañas de Egipto, pues, de lo contrario, también tú acabarás quemado por ese sol sobrenatural, incluso al amparo de la noche o en el seno de la oscura tierra.

»Se me acercó un poco, arrastrando sus secos pies sobre el suelo de piedra.

»—Toma buena nota de lo que te digo: debes escapar esta misma noche. Diré a los devotos que tienes que viajar a las entrañas de Egipto por la salvación de todos nosotros, pero, al contar con un dios nuevo y poderoso, se mostrarán reacios a separarse de él. Con todo, es preciso que viajes allí. Y no debes permitir que te aprisionen en el roble después de la fiesta. Debes escapar y alejarte deprisa. Y antes del alba, sepultarte en la Madre Tierra para escapar a la luz. Ella te protegerá. Ahora, ven a mí. Te daré La Sangre. Ojalá me quede todavía la energía necesaria para transmitirte mi antigua fuerza. Será un proceso lento. Emplearemos mucho tiempo. Te tomaré y te daré varias veces, pero es preciso que lo haga, y es preciso que tú te conviertas en dios, y es preciso que hagas lo que te he dicho.

»Sin esperar a mi asentimiento, el ser se abalanzó de improviso sobre mí, atenazándome con sus dedos quemados. La antorcha me cayó de la mano y retrocedí un paso hacia la escalera, pero sus dientes ya se hundían en mi garganta.

»Tú sabes bien lo que sucedió entonces, Lestat; conoces bien qué se siente cuando te desangras, cuando empieza el mareo. Durante esos momentos, vi las tumbas y los templos de Egipto. Vi dos figuras resplandecientes sentadas una junto a otra como en un trono. Vi y oí otras voces que me hablaban en otros idiomas. Y, por debajo de todo aquello, me llegaba la misma orden; servir a la Madre, aceptar la sangre del sacrificio, presidir este culto que es el único, el culto eterno de los árboles.

»Yo me debatía como lo hace uno en sueños, incapaz de gritar y de escapar. Y cuando advertí que estaba libre y no aplastado contra el suelo, volví a ver al dios, igual de negro que antes pero ahora mucho más robusto, como si el fuego le hubiera tostado sólo por fuera y todavía conservara todo su vigor. Su rostro poseía nitidez, belleza incluso, con unas facciones bien formadas bajo la agrietada envoltura de cuero quemado que era su piel. Los ojos amarillos mostraban ahora en torno a las órbitas los pliegues naturales de piel y carne, que daban el aspecto de pórticos de un alma. No obstante, el ser aún seguía lisiado, abrumado de sufrimientos, casi incapaz de moverse.

»—Levántate, Marius —murmuró—. Tienes sed y voy a darte de beber. Levántate y ven a mí.

»Y ya conoces el éxtasis que sentí entonces, cuando su sangre pasó a mí, cuando se abrió camino por cada vaso, por cada órgano.

»Pero el terrible péndulo sólo había empezado a moverse.

»Pasé horas en el roble mientras él me sorbía la sangre y me la devolvía una y otra vez. Cuando me vaciaba, yo yacía en el suelo, y, sollozando, me miraba las manos, convertidas en puro hueso. Vacío, me marchitaba como él lo había estado. Y entonces el ser volvía a darme a beber la sangre y despertaba en mí un frenesí de deliciosas sensaciones, para privarme de ellas nuevamente poco después.

»Con cada intercambio me llegaban nuevas enseñanzas: que era inmortal, que sólo el sol y el fuego podían matarme, que debería pasar el día durmiendo bajo tierra y que nunca conocería la enfermedad ni la muerte natural. Que mi alma nunca transmigraría a otra forma, que era el servidor de la Madre y que la Luna me daría fuerza.

»Que me saciaría con la sangre de los malhechores e incluso de los inocentes sacrificados a la Madre, que debería permanecer en ayuno entre los sacrificios para que mi cuerpo quedara seco y vacío

como el trigo muere sobre los campos en invierno, y que volvería a llenarme con la sangre del sacrificio y recobraría entonces la plenitud y la hermosura como las plantas brotan en primavera.

»En mi sufrimiento y mi éxtasis se reproduciría el ciclo de las estaciones. Y los poderes de mi mente, la capacidad de leer los pensamientos y las intenciones de los demás, los debería usar para hacer los juicios entre mis adoradores, para guiarles en su justicia y en sus leyes. Jamás debía beber otra sangre que la del sacrificio. Jamás debía tratar de emplear mis poderes en mi propio provecho.

»Todas estas cosas aprendí. Todo esto comprendí. Pero lo que realmente conocí durante esas horas fue lo que todos descubrimos en el momento de Beber la Sangre: que ya no era un hombre mortal; que había dejado atrás todo cuanto conocía y me había convertido en algo tan poderoso que las viejas enseñanzas apenas podían concebirlo o explicarlo; que mi destino, por utilizar las palabras de Mael, estaba más allá de los conocimientos que cualquiera —mortal o inmortal— pudiera poseer.

«Finalmente, el dios me preparó para salir del árbol. Me extrajo tanta sangre que apenas logré sostenerme en pie. Ahora, era un espectro. Lloraba de sed, veía y olía sangre y, de haber tenido las fuerzas necesarias, me habría lanzado sobre él, le habría inmovilizado y le habría sorbido hasta la última gota. Pero las fuerzas, por supuesto, las tenía él.

»—Estás vacío, como lo estarás siempre al inicio de la celebración —me dijo—, para que puedas saciarte con la sangre del sacrificio. Pero recuerda lo que te he dicho. Después de presidir la ceremonia, debes encontrar un modo de escapar. En cuanto a mí, trata de salvarme. Diles que debo ser mantenido a tu lado. Aunque, con toda probabilidad, mi tiempo ha llegado a su fin.

»—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —inquirí.

»—Ya lo verás. Aquí basta con que haya un dios, un dios bueno —declaró—. Si pudiera ir contigo a Egipto, podría beber la sangre de los antiguos y me curaría. Tal como estoy, tardaría siglos en sanar y no se me concederá tanto tiempo. Pero recuerda, desciende a las entrañas de Egipto. Haz todo lo que te he dicho.

»El ser me dio la vuelta y me empujó hacia las escaleras. La antorcha ardía aún en un rincón y, cuando la ascensión me llevó cerca de la puerta del tronco, capté el olor de la sangre de los druidas que me aguardaban y estuve a punto de romper a llorar.

»—Ellos te proporcionarán toda la sangre que puedas beber —dijo el ser detrás de mí—. Ponte en sus manos.

»Puedes imaginar el aspecto que ofrecía cuando surgí del tronco del roble. Los druidas habían aguardado a que llamara a la puerta y, con mi voz silenciosa, les había dicho:

» *Abrid. Soy el dios.*

»Mi muerte humana había terminado hacía mucho. Estaba famélico, y, con seguridad, mi rostro no era sino una calavera animada. Sin duda, los ojos me sobresalían de las órbitas y mostraba los dientes desnudos. La túnica blanca me colgaba como si tuviera debajo un esqueleto. No habría podido presentar una prueba más fehaciente de mi divinidad a aquellos druidas, que me contemplaron llenos de asombro y veneración mientras salía del tronco del árbol.

»Pero yo no sólo vi sus rostros, sino también sus corazones. Vi en Mael el alivio de comprobar que el dios del árbol aún había tenido fuerzas suficientes para crearme. Vi en su mente la confirmación de todas sus creencias.

»Y me di cuenta entonces de esa otra visión que nos ha sido dada y que nos permite observar el fondo del espíritu de cada hombre, enterrado profundamente en un crisol de carne y sangre calientes.

»La sed era una pura agonía, y, reuniendo todas mis nuevas fuerzas, dije:

»—Llebadme a los altares. La celebración del Samhain va a empezar.

»Los druidas emitieron unos gritos escalofriantes. Se pusieron a aullar en el bosque. Y a lo lejos, más allá de la arboleda sagrada, se alzó el rugido ensordecedor de la multitud que había estado aguardando aquel alarido.

» Avanzamos rápidamente en procesión hacia el claro, y un número cada vez mayor de aquellos sacerdotes de blancas túnicas salieron a recibirnos y me encontré bajo una lluvia de flores frescas y fragantes por todas partes, de capullos que aplastaba bajo mis pies mientras era saludado con himnos.

»No preciso decirte el aspecto que tenía el mundo para mí con la nueva visión, cómo veía cada matiz de color y cada superficie bajo el fino velo de la oscuridad, cómo asaltaban mis oídos aquellos himnos y cánticos.

»Marius, el hombre, estaba desintegrándose dentro de aquel nuevo ser.

»Las trompetas resonaron en el claro cuando subí los peldaños del altar de piedra y extendí la mirada sobre los miles de mortales reunidos allí sobre el mar de rostros expectantes, sobre las gigantescas figuras de madera con sus víctimas condenadas agitándose y gritando todavía en su interior.

»Ante el altar había dispuesto un gran caldero de plata con agua, y, bajo el cántico de los sacerdotes, una cuerda de presos era conducida hacia el caldero con los brazos atados a la espalda.

»Las voces cantaban a coro en torno a mí mientras los sacerdotes me echaban flores sobre el cabello y los hombros y a mis pies.

»—Hermoso y poderoso, dios de los bosques y los campos, bebe ahora los sacrificios que te ofrecemos para que, como tus miembros marchitos se llenan de vida, también la tierra se renueve. Bebe y perdónanos por segar la espiga que nos da la cosecha, y bendice la semilla que sembramos.

»Y vi ante mí a los escogidos para ser mis víctimas, tres hombres recios, atados como los demás pero limpios y vestidos también con túnicas blancas, y flores en el cabello y los hombros. Eran jóvenes, atractivos e inocentes, y aguardaban sobrecogidos de pavor a que se cumpliera la voluntad del dios.

»El sonido de las trompetas era ensordecedor. El rugido de la multitud era incesante.

»—¡Que empiecen los sacrificios! —exclamé. Y mientras el primero de los jóvenes era conducido hasta mí, mientras me disponía a beber por primera vez de esa copa en verdad divina que es la vida humana, mientras sostenía en mis manos la sangre cálida de mi víctima, la sangre dispuesta para mi boca abierta, vi prender las hogueras bajo los gigantes de mimbre y ramas, y vi a los dos primeros prisioneros sumergidos por la fuerza cabeza abajo en el agua del caldero de plata.

»Muerte por fuego, muerte por agua, muerte bajo los dientes penetrantes del hambriento dios.

»En un éxtasis ancestral, los himnos continuaron: dios de la luna creciente y menguante, dios de los bosques y campos, tú que eres la imagen misma de la muerte en tu ayuno, vuélvete fuerte con la sangre de las víctimas, vuélvete hermoso para que la Gran Madre te acoja con ella.

»No sé cuánto duró aquello. Una eternidad: las llamas de los gigantes de madera, el griterío de las víctimas, la larga procesión de los que iban a ser ahogados. Bebí y bebí, no sólo de los tres escogidos sino de una decena más, antes de que los introdujeran en el caldero o los arrojaron a la pira de los gigantes. Los sacerdotes decapitaban a los muertos con grandes espadas ensangrentadas, apilaban las cabezas en pirámides a ambos lados del altar y retiraban los cuerpos.

»Allí donde miraba, veía rostros sudorosos y extasiados; allí donde miraba, oía los cánticos y los gritos. Al fin, el frenesí empezó a decrecer. Los gigantes terminaron de caer en un montón de pavesas humeantes sobre las cuales los hombres arrojaron más brea y más leña menuda.

»Y llegó el momento de los juicios, de que los hombres se presentaran ante mí y expusieran sus intenciones de venganza contra otros, y de que yo viera en sus almas con mis nuevos ojos. La cabeza me daba vueltas. Había bebido demasiada sangre, pero sentía dentro de mí tal poder que podría haber cruzado de un salto el claro del bosque y perderme en su espesura. Me pareció que casi habría podido desplegar unas alas invisibles.

»No obstante, llevé a cabo mi “destino”, como Mael lo había denominado. Encontré a uno justo, a otro errado, a éste inocente; a aquél, merecedor de la muerte.

»No sé cuánto tiempo se prolongó aquello, pues mi cuerpo ya no medía el tiempo en términos de cansancio. Pero finalmente terminó y me di cuenta de que había llegado el momento de la acción.

»De algún modo, tenía que hacer lo que el viejo dios me había ordenado, y que era escapar a la prisión del roble. Y tenía muy poco tiempo para hacerlo, apenas una hora antes de que amaneciera.

»Respecto a lo que me aguardara en Egipto, todavía no había tomado una decisión, pero sabía que, si dejaba que los druidas me volvieran a encerrar en el árbol sagrado, permanecería allí famélico hasta la pequeña ofrenda de la siguiente luna llena. Y todas mis noches hasta entonces serían de sed y de tortura

y de lo que el viejo había llamado “los sueños de los dioses”, en los que aprendería los secretos del árbol y de las hierbas que crecían y de la silenciosa Madre.

»Pero tales secretos no eran para mí.

»Los druidas me rodearon entonces y nos dirigimos de nuevo al árbol sagrado. Los himnos se apagaron, convirtiéndose en una letanía que me conminaba a permanecer en el interior del roble para santificar el bosque, a ser su guardián y a contestar bondadosamente a través del árbol a los sacerdotes que, de vez en cuando, acudieran a pedirme guía y consejo.

»Me detuve antes de llegar al roble. En medio de la arboleda ardía una gran hoguera cuya luz espectral iluminaba los rostros tallados en la madera y los montones de cráneos humanos. El resto de los sacerdotes estaba en torno a la pira, esperando. Un escalofrío de terror me recorrió con toda la nueva intensidad que tienen para nosotros tales sensaciones.

»Empecé a hablar apresuradamente. Con voz autoritaria, les dije que quería que todos abandonaran la arboleda. Que me encerraría en el roble al alba con el viejo dios. Sin embargo, pude percatarme de que no daba resultado. Los druidas seguían observándome fríamente e intercambiaban miradas entre ellos, con los ojos inexpresivos como cuentas de cristal.

»—¡Mael! —insistí—. Haz lo que te ordeno. Di a los sacerdotes que abandonen la arboleda.

»De pronto, sin el menor aviso, la mitad de la asamblea de druidas corrió hacia el árbol mientras la otra mitad me sujetaba por los brazos.

»Grité a Mael, quien dirigía el asalto al árbol, que se detuviera. Traté de liberarme, pero una docena de sacerdotes me tenían sujeto ya por brazos y piernas.

»Si hubiera tenido idea de la magnitud de mi poder, me habría desembarazado de ellos sin dificultad. Pero desconocía mis fuerzas. Aún estaba casi ebrio tras el festín, y demasiado horrorizado por lo que sabía que iba a suceder a continuación. Mientras me debatía tratando de liberar los brazos y lanzando patadas a los que me agarraban, el viejo dios, aquel ser desnudo y negro, fue sacado del árbol y arrojado al fuego.

»Sólo alcancé a verle un instante, y lo único que percibí en él fue resignación. Ni una sola vez alzó los brazos para resistirse. Llevaba los ojos cerrados y no me miró, ni a mí ni a nadie, y en ese instante recordé lo que me había dicho acerca de su agonía, y me puse a llorar.

»Mientras le quemaban, yo fui presa de violentos temblores. Pero del centro mismo de las llamas me llegó su voz: *“Cumple lo que te he ordenado, Marius. Tú eres nuestra esperanza”*. Y aquello significaba que debía salir de allí inmediatamente.

»Me hice pequeño y abatido bajo las manos de quienes me sujetaban. Sollocé y sollocé y me comporté como si fuera la triste víctima de toda aquella magia, el pobre dios bueno que debía llorar a su padre que acababa de desaparecer en las llamas. Y cuando noté que su presión se relajaba, cuando vi que todos y cada uno de ellos estaban mirando hacia la pira, giré sobre mí mismo con todas mis fuerzas, soltándome de sus manos, y eché a correr hacia los árboles lo más rápido que pude.

»En aquella carrera inicial, supe por primera vez qué eran mis poderes. Cubrí los cientos de metros en un instante, sin que mis pies rozaran apenas el suelo.

»Pero muy pronto se alzó el griterío: "EL DIOS HA HUIDO" y, en cuestión de segundos, la multitud del claro elevaba un rugido y miles y miles de mortales se lanzaron hacia los árboles.

»Me pregunté, mientras corría, cómo había podido suceder todo aquello. ¡De pronto, me había convertido en un dios, lleno de sangre humana, que huía de miles de bárbaros celtas a través de un bosque endemoniado!

»Ni siquiera me detuve a despojarme de la túnica blanca, sino que me la arranqué a pedazos sin dejar de correr, y luego salté a las ramas de los árboles y avancé aún más deprisa pasando de copa en copa de los robles.

»En cuestión de minutos, estaba tan lejos de mis perseguidores que ni siquiera me llegaban sus voces. Sin embargo, continué corriendo, saltando de rama en rama, hasta que no tuve nada que temer salvo el sol de la mañana.

»Y aprendí entonces lo que Gabrielle descubrió tan pronto en vuestras correrías: que podía sepultarme con facilidad bajo la tierra para protegerme de la luz.

»Cuando desperté, la intensidad de la sed me desconcertó. No podía imaginar cómo había hecho el viejo dios para soportar el ayuno ritual. Sólo podía pensar en sangre humana.

»Pero los druidas habían tenido el día para perseguirme. Tenía que avanzar con cautela.

»Y esa noche ayuné mientras corría por el bosque, sin calmar la sed hasta avanzada la madrugada, cuando topé con una banda de salteadores que me proporcionó la sangre de un malhechor y una buena indumentaria.

»En esas horas previas al alba, hice un repaso de la situación. Había aprendido mucho acerca de mis poderes, y descubriría mucho más. Y viajaría a las entrañas de Egipto, no por los dioses o por sus adoradores, sino para descubrir qué significaba todo aquello.

»Y así puedes ver, Lestat, que ya entonces, hace más de diecisiete siglos, nos hacíamos preguntas y rechazábamos las explicaciones que nos daban, que amábamos la magia y el poder por sí mismos.

»En la tercera noche de mi nueva vida, me introduje en mi vieja casa de Massilia y encontré allí mi biblioteca, la mesa de escribir y los libros. Y a mis fieles esclavos, felices de verme. ¿Qué sentido tenía todo aquello para mí? ¿Qué significaba que hubiera escrito aquella historia, que hubiese dormido en aquel lecho?

»Supe que no podía seguir siendo Marius, el romano. Pero aprovecharía lo que pudiera de él. Envié a mis amados esclavos de vuelta a casa. Escribí a mi padre diciéndole que una grave enfermedad me obligaba a pasar el resto de mis días en el clima caluroso y seco de Egipto. Envié el resto de mi historia a las personas de Roma que la leerían y publicarían y, finalmente, zarpé para Alejandría con oro en los bolsillos, mis viejos documentos de viaje y dos esclavos de aspecto torvo que nunca hacían comentarios sobre el hecho de que sólo apareciera de noche.

»Y un mes después de la gran festividad de Samhain en las Galias, estaba deambulando por las oscuras callejas serpenteantes de la noche de Alejandría, buscando a los viejos dioses con mi voz silenciosa.



»Estaba loco, pero sabía que la locura pasaría. Era preciso que encontrara a los viejos dioses. Y tú sabes por qué tenía que encontrarlos. No era sólo la amenaza de la calamidad, el sol buscándome en la oscuridad de mi sueño diurno, o visitándome con un fuego arrasador bajo la completa negrura de la noche.

»Tenía que encontrar a los viejos dioses porque no podía soportar mi vida solitaria entre los hombres. Todo el horror de mi vida me pesaba encima y, aunque sólo mataba al asesino, al malhechor, mi conciencia estaba demasiado despierta como para engañarse a sí misma. No podía soportar la idea de que yo, Marius, que había conocido y disfrutado de tanto amor en mi vida, fuera ahora el incansable portador de la muerte.

## 9

»Alejandría no era una ciudad muy antigua. Apenas tenía poco más de tres siglos de existencia, pero poseía un gran puerto y albergaba la biblioteca más grande del mundo romano, a la que acudían a investigar estudiosos de todo el Imperio. Yo mismo había sido uno de ellos en otra vida, y allí volvía a encontrarme ahora.

»Si el dios no me hubiera dicho que viajara a la ciudad, habría preferido adentrarme más en Egipto, “descender a sus entrañas”, por usar la frase de Mael, pues sospechaba que la respuesta a todos los acertijos se hallaba en los templos más antiguos.

»Pero una curiosa sensación me asaltó en Alejandría. *Supe* que los dioses estaban allí. Supe que ellos guiaban mis pasos cuando buscaba los callejones de las casas de prostitución y los tugurios de los ladrones, los lugares donde iban los hombres a perder sus almas.

»Por la noche, acostado en el lecho de mi casita romana, llamaba a los dioses. Luchaba con mi locura. Buscaba, como tú has buscado, una respuesta a los interrogantes sobre la fuerza, los poderes y las arrasadoras emociones que ahora poseía. Y una noche, poco antes de amanecer, cuando sólo la luz de una lámpara brillaba tras los finos velos del lecho, volví los ojos hacia la puerta del jardín y vi una figura negra y quieta bajo el dintel.

»Por un momento, me pareció un sueño, pues la figura no despedía ningún olor, no parecía respirar y no hacía el menor sonido. Entonces supe que era uno de los dioses. Pero ya se había desvanecido y permanecí sentado en el lecho, con la vista fija en la puerta, tratando de recordar lo que había visto: una figura negra y desnuda de cabeza calva y penetrantes ojos encarnados, un ser que parecía perdido en su propio silencio, extrañamente tímido, sólo concentrado en moverse en el último momento antes de quedar completamente al descubierto.

»La noche siguiente, en las callejuelas de la ciudad, escuché una voz que me invitaba a seguirla. Pero era una voz menos inteligible que la que había oído surgir del árbol, y se limitaba a indicarme que la puerta estaba cerca. Finalmente, llegó el momento en que, silencioso y tranquilo, me encontré ante la puerta.

»Fue un dios quien la abrió. Fue un dios quien me indicó que entrara.

»Sentí miedo mientras descendía la inevitable escalera y recorría un túnel en pronunciada pendiente. Prendí la vela que había llevado conmigo y advertí que estaba penetrando en un templo subterráneo, un lugar más antiguo que la ciudad de Alejandría, un santuario construido tal vez en tiempos de los antiguos faraones, con los muros cubiertos de pequeñas escenas coloreadas que describían la vida en el antiguo Egipto.

»Y vi entonces la escritura, los espléndidos jeroglíficos con sus pequeñas momias y aves y brazos sin cuerpo abrazando objetos, y serpientes enroscadas.

Continué avanzando y llegué a un inmenso recinto de columnas cuadradas y techo altísimo. Hasta la última piedra de aquel lugar estaba decorada con imágenes idénticas a las anteriores.

»Entonces vi, por el rabillo del ojo, algo que al principio me pareció una estatua. Era una figura negra, de pie junto a una de las columnas, con la mano levantada y apoyada en la piedra. Pero supe que no era una estatua. Ningún dios egipcio hecho de diorita aparecía jamás en aquella postura ni llevaba una falda de tela auténtica cubriéndole las piernas.

»Me volví lentamente, preparándome para soportar la primera visión directa de aquel ser, y descubrí la misma carne quemada que ya conocía, el mismo cabello largo, aunque negro azabache, los mismos ojos amarillentos. Sus labios marchitos dejaban al descubierto los dientes y las encías, y el aliento que salía de su garganta estaba lleno de dolor.

»—¿Cómo y cuándo has venido? —me preguntó en griego.

»Me vi a mí mismo como él me percibía, fuerte y luminoso, con mis ojos azules como un circunstancial misterio más, y vi mi indumentaria romana, mi túnica de lino sujeta a los hombros con hebillas de oro y mi capa roja. Con la larga melena rubia, mi aspecto debía ser el de un vagabundo de los bosques del norte, “civilizado” sólo en la superficie; y quizá tal cosa era cierta, ahora.

»Pero en aquel instante era él quien me interesaba. Le vi con más claridad, la carne lacerada, quemada en la caja torácica y enmohecida en las clavículas y los huesos que sobresalían de sus caderas. Aquel ser no estaba famélico, sino que había bebido sangre humana recientemente. Sin embargo, su agonía era como si despidiera calor, como si el fuego aún le estuviera cociendo por dentro, como si su figura fuera un infierno encerrado en sí mismo.

»—¿Cómo has escapado al fuego? —me preguntó—. ¿Qué te ha salvado? ¡Responde!

»—Nada me ha salvado —respondí, también en griego.

»Me acerqué a él y aparté la vela a un lado cuando advertí que el ser rehuía la pequeña llama. En su vida había sido enjuto, ancho de espaldas como los viejos faraones, y llevaba su largo cabello en un flequillo recto sobre la frente, al estilo antiguo.

»—Cuando sucedió esa calamidad, yo no había sido creado —le expliqué—. Fui hecho inmortal después, por el dios del bosque sagrado de las Galias.

»—¡Ah!, entonces no ha sido afectado, ese creador tuyo.

»—Al contrario. Estaba quemado como tú, pero aún conservaba las fuerzas suficientes para hacerlo. Una y otra vez me dio y me quitó la sangre. Me dijo que viniera a Egipto y descubriera por qué ha sucedido esta catástrofe. Me dijo que los dioses de los bosques habían estallado en llamas, unos mientras dormían y otros mientras estaban despiertos. Me dijo que así había sucedido por todo el norte.

»—Sí. —El ser movió la cabeza y emitió una carcajada seca y ronca que estremeció todo su cuerpo—. Y sólo el anciano tuvo las fuerzas suficientes para sobrevivir, para heredar la agonía que sólo la inmortalidad puede mantener. Y por eso sufrimos. Pero ahora tú has sido creado y has venido. Harás más como nosotros. Pero, ¿es justo que los crees? ¿Acaso el Padre y la Madre habrían permitido que nos sucediera esto si no hubiera llegado la hora?

»—¿Quiénes son el Padre y la Madre? —quise saber, consciente de que no se refería a la Tierra cuando decía *Madre*.

»—Los primeros de nosotros —respondió el ser—. Aquellos de quienes descendemos todos nosotros.

«Intenté penetrar en sus pensamientos, hurgar en la veracidad de lo que me decía, pero él advirtió lo que estaba haciendo y su mente se cerró como una flor al atardecer.

»—Ven conmigo —dijo, y echó a andar con pasos pesados. Dejamos atrás el gran recinto y seguimos un largo corredor, decorado igual que la cámara.

«Aprecié que estábamos en un lugar aún más antiguo, construido con anterioridad al templo que acabábamos de dejar atrás. Ignoro cómo supe que así era. Allí no existía ese aire helado que has podido sentir en la escalera aquí, en la isla. En Egipto, uno no nota esas cosas. Nota otra. Uno nota la presencia de algo vivo en el propio aire.

«Con todo, al continuar caminando, aparecieron otras pruebas más tangibles de esa antigüedad. Las pinturas de aquellos muros eran más antiguas, los colores eran más apagados y, aquí y allá, había partes dañadas donde el estuco de color se había desprendido y había caído. El estilo de las imágenes había cambiado. El cabello negro de las figurillas era más largo y más abundante y el conjunto parecía más hermoso y encantador, más lleno de luz y de complejos dibujos.

»A lo lejos se oía el goteo del agua sobre la piedra. El sonido producía un eco melodioso en el corredor. Las paredes parecían haber captado la esencia de la vida en aquellas figuras delicadas y pintadas con amor; daba la impresión de que la magia invocada una y otra vez por los antiguos pintores religiosos emitía un leve efluvio de mortecino poder. Escuché susurros de vida donde no los había. Percibí la gran continuidad de la historia aunque no hubiera nadie que tuviese conciencia de ella.

«La figura oscura que avanzaba a mi lado se detuvo mientras yo contemplaba las paredes. Hizo un vago gesto de que le siguiera por una puerta y entramos en una larga cámara rectangular cubierta por entero con aquellos artísticos jeroglíficos. Era como estar encerrado en un manuscrito. Y vi allí dos sarcófagos egipcios, de la misma época que la sala, colocados cabeza con cabeza contra la pared.

»Eran dos piezas de piedra talladas con la forma de las momias para las que habían sido realizadas, y perfectamente modeladas y pintadas para representar a los difuntos, con los rostros de oro batido y los ojos de lapislázuli.

«Sostuve en alto la vela y, con gran esfuerzo, mi guía abrió la tapa de los sarcófagos y las retiró para que pudiera ver el interior.

«Descubrí lo que, a primera vista, me parecieron dos cuerpos. Sin embargo, al acercarme un poco más, comprobé que eran montones de cenizas con forma humana. No quedaba de ellos tejido alguno, salvo algún colmillo muy blanco y algún que otro fragmento de hueso.

»—Ahora ya no hay sangre que pueda devolverles la vida —murmuró mi guía—. No hay para ellos esperanza de resurrección. Los vasos sanguíneos han desaparecido. Los que han podido levantarse, lo han hecho. Y pasarán siglos antes de que curemos, de que conozcamos el final de nuestro dolor.

»Antes de cerrar los sarcófagos de las momias, vi que el interior estaba ennegrecido por el fuego que había inmolado a los dos seres. No lamenté que las tapas volvieran a su sitio.

»El guía dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Le seguí con la vela, pero hizo una pausa y echó otra mirada a los sarcófagos pintados.

»—Cuando las cenizas sean esparcidas —declaró—, sus almas serán libres.

»—Entonces, ¿por qué no las esparces? —dije yo, tratando de que mi voz no sonara tan desesperada, tan perturbada.

»—¿Debo hacerlo? —replicó, moviendo la piel quebradiza del contorno de sus ojos—. ¿Crees que debo hacerlo?

»—¡A mí qué me preguntas!

»El ser lanzó otra de sus secas risotadas y me condujo por el corredor hasta una estancia iluminada.

»Se trataba de una biblioteca en la que unas cuantas velas repartidas ponían a la vista las estanterías de madera en forma de rombo donde se amontonaban los rollos de papiro y de pergamino.

«Naturalmente, aquello me complació, pues una biblioteca era algo que me resultaba comprensible. Era el único lugar humano donde aún sentía cierto grado de mi vieja cordura.

»Pero me quedé desconcertado al ver a otro —a otro de nosotros—, sentado a uno de los lados tras un escritorio, con los ojos en el suelo.

»Aquel ser no tenía un solo cabello y, aunque completamente ennegrecida, su piel estaba tersa sobre unos músculos bien modelados, y relucía como si la hubiesen bañado en aceite. Los rasgos de su rostro eran hermosos, la mano que apoyaba en el regazo de su falda de tela blanca estaba entrecerrada en un delicado gesto y todos los músculos de su pecho desnudo se dibujaban con claridad.

»Se volvió y alzó los ojos hacia mí. Y, de inmediato, se produjo algo entre él y yo, algo más silencioso que el silencio, como puede suceder entre nosotros.

»—Este es el Viejo —dijo el débil ser que me había conducido hasta allí—. Puedes ver por ti mismo que ha resistido al fuego. Pero no habla. Ni ha dicho nada desde que sucedió la calamidad. Sin embargo, sin duda sabe dónde están la Madre y el Padre, y por qué han permitido que esto pasara.

»El Viejo se limitó a mirar de nuevo, pero en su rostro apareció una curiosa expresión, algo sarcástica y levemente divertida, y con un matiz de desdén.

»—Ya antes de la catástrofe —añadió el otro ser—, el Viejo no nos hablaba a menudo. El fuego no le ha cambiado, no le ha hecho más receptivo. Permanece sentado en silencio, cada vez más como la Madre y el Padre. De vez en cuando lee. De vez en cuando deambula por el mundo de arriba. Bebe la Sangre y escucha los cánticos. En ocasiones baila. Habla con mortales por las calles de Alejandría, pero a nosotros no nos dirige la palabra. No habla con nosotros. Pero él conoce..., conoce la razón de que nos haya sucedido esto.

»—Déjame con él —le indiqué.

»Sentí lo mismo que cualquiera en una situación semejante. Yo haría hablar a aquel ser, le arrancaría alguna palabra. Lograría lo que nadie había sido capaz de hacer. Pero no era la mera vanidad lo que me impulsaba. Tenía la certeza de que aquél era el ser que había acudido al dormitorio de mi casa, el que me había contemplado desde el umbral.

»Y había percibido algo en su mirada. Fuera inteligencia, interés o reconocimiento de algún saber compartido, en ella había algo.

»En ese instante supe que llevaba dentro de mí la posibilidad de un mundo distinto, desconocido para el Dios del Bosque e incluso para aquel ser débil y herido que, a mi lado, contemplaba con desesperación al Viejo.

»El guía se retiró como le había pedido. Me acerqué al escritorio y miré al Viejo.

»—¿Qué debo hacer? —pregunté en griego.

»Él alzó la mirada bruscamente y pude apreciar en su rostro eso que llamo inteligencia.

»—¿Tiene algún objeto que siga haciéndote preguntas? —continué.

»Había escogido cuidadosamente mi tono de voz. No había en él nada ceremonioso, nada reverencial. Era el más familiar posible.

»—¿Qué es lo que quieres saber? —respondió él, hablándome de pronto en latín. Su voz era fría, las comisuras de sus labios estaban curvadas hacia abajo y su actitud era retadora y cargada de brusquedad.

»Para mí, fue un alivio poder expresarme en latín.

»—Ya has oído lo que le he contado al otro —proseguí en el mismo tono informal—, que fui creado por el Dios del Bosque en el país de los celtas y que me ha sido encomendado descubrir por qué los dioses han muerto entre las llamas.

»—¡Tú no vienes de parte de los Dioses del Bosque! —exclamó, tan sardónico como antes. No había levantado la cabeza, sino sólo la mirada. Lo cual hacía que sus ojos parecieran aún más retadores y cargados de desprecio.

»—Sí y no —expliqué—. Si podemos perecer de esta manera, me gustaría saber la razón. Lo que ha sucedido una vez, puede repetirse.

Y me gustaría saber si de verdad somos dioses y, en caso afirmativo, cuáles son nuestras obligaciones para con el hombre. ¿Son el Padre y la Madre seres reales, o son un mito? ¿Cómo empezó todo? Sí, me gustaría mucho conocer todo esto.

»—Por accidente —murmuró él.

»—¿Por accidente? —Me incliné hacia adelante. Creí haber entendido mal.

»—Empezó por accidente —repitió con frialdad, ominosamente, con evidentes muestras de considerar absurda la pregunta—. Hace cuatro mil años, por accidente, y desde entonces ha estado envuelto en la magia y la religión.

»—Confío en que me estés diciendo la verdad.

»—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Por qué razón debería protegerte de la verdad? ¿Para qué molestarme en mentirte? Ni siquiera sé quién eres. Ni me importa.

»—Entonces, explícame a qué te refieres con eso de que sucedió por accidente —insistí.

»—No sé. Tal vez lo haga. Tal vez no. He hablado más en estos últimos minutos que en muchos años. La historia del accidente no sea quizá más verdad que las leyendas que tanto placen a los otros. Los otros siempre han escogido las leyendas. Eso es lo que buscas en realidad, ¿no es cierto? —Su voz

se alzó, al tiempo que se incorporaba ligeramente en la silla, como si sus palabras irritadas le impulsaran a ponerse en pie—. Una historia de nuestra creación, análoga al Génesis de los hebreos, a las epopeyas de Hornero, a los balbuces de vuestros poetas romanos, Ovidio y Virgilio: una gran confusión de deslumbrantes símbolos de los cuales se supone que ha surgido la vida misma. —Estaba en pie y hablando a gritos, las venas le sobresalían en la negra frente y su mano era un puño sobre el escritorio—. Es el tipo de narración que llena los documentos de estas salas, que emerge en fragmentos de los himnos y de los encantamientos. ¿Quieres oírlo? Es tan cierta como cualquier otra.

»—Cuéntame lo que quieras —respondí, tratando de mantener la calma. El volumen de su voz me lastimaba los oídos. Y escuché algo que se agitaba en las estancias cercanas. Otras criaturas como aquel ser enjuto y seco que me había conducido allí rondaban por las proximidades.

»—Y puedes empezar —añadí con acritud— confesándome por qué has acudido a mi casa aquí, en Alejandría. Has sido tú quien me ha traído aquí. ¿Por qué? ¿Para burlarte de mí? ¿Para insultarme por haberte preguntado cómo empezó esto?

»—Cálmate.

»—Lo mismo te digo.

»Me miró de arriba abajo parsimoniosamente y sonrió. Abrió las manos como en gesto de saludo o de ofrecimiento, y se encogió de hombros.

»—Quiero que me hables de la calamidad —insistí—. Te suplicaría que me lo contaras, si así pudiera conseguirlo. ¿Qué puedo hacer para convencerte?

»Su rostro experimentó varias transformaciones notables. Pude notar sus pensamientos, pero no oírlos. Noté un estado de ánimo muy exaltado y, cuando habló de nuevo, su voz sonó más espesa, como si estuviera conteniendo la pena. Como si ésta le estuviera estrangulando.

»—Escucha nuestra vieja historia —dijo—. En los tiempos remotos antes de la invención de la escritura, el buen dios Osiris, el primer faraón de Egipto, fue asesinado por hombres malvados. Y cuando Isis, su esposa, juntó de nuevo todas las partes de su cuerpo, Osiris se convirtió en inmortal y, desde ese instante, pasó a gobernar el reino de los muertos, el reino de la Luna y de la noche, y a recibir los sacrificios de sangre para la gran diosa, que él bebía. Pero los sacerdotes intentaron robarle el secreto de la inmortalidad y, por ello, su culto se hizo secreto y sus templos fueron conocidos sólo por aquellos de sus seguidores que le protegían del dios Sol, el cual podía en cualquier momento tratar de destruir a Osiris con sus rayos ardientes. Pero bajo esta leyenda puede adivinarse lo que sucedió en realidad. Ese antiguo rey descubrió algo (o, más bien, fue víctima de algún desagradable suceso) y se convirtió en un ser sobrenatural dotado de un poder que, en manos de quienes le rodeaban, podía ser utilizado para hacer un mal incalculable; por ello, el rey creó en torno a sí un culto con la intención de contener ese mal mediante las ceremonias y los mandamientos, de limitar La Poderosa Sangre a quienes la utilizaran únicamente para magia blanca. Y de ahí salimos.

»—¿Y la Madre y el Padre son Isis y Osiris?

»—Sí y no. La Madre y el Padre son los dos primeros. Isis y Osiris son los nombres que utilizaron en las leyendas que contaron, o que les dio ese viejo culto en el que se injertaron.

»—¿Cuál fue el accidente, entonces? ¿Cómo se descubrió eso?

»El ser me miró largo rato en silencio y se sentó de nuevo, volviendo el rostro a un lado. Su mirada se perdió en el vacío como antes.

»—¿Por qué debería contártelo? —exclamó; esta vez, sin embargo, puso un renovado énfasis en la pregunta, como si realmente se lo estuviera preguntando y tuviera que encontrar una respuesta—. ¿Por qué tendría que hacer nada? Si la Madre y el Padre no se levantan de las arenas para salvarse a sí mismos cuando el Sol asoma por el horizonte, ¿por qué debería yo moverme, o hablar, o continuar con esto?

»—¿Fue eso lo que sucedió, que la Madre y el Padre quedaron expuestos al sol?

»Mi interlocutor alzó de nuevo los ojos hacia mí.

»—Fueron dejados al sol, mi querido Marius —murmuró. El hecho de que conociera mi nombre me desconcertó—. Dejados al sol. La Madre y el Padre no se mueven por propia voluntad, salvo de vez en cuando para cuchichearse cosas entre ellos, para apartar de sí a aquellos de nosotros que acudimos a ellos en busca de su sangre curativa. Ellos podrían curar a todos los que hemos sido quemados, si nos permitieran beber su sangre redentora. El Padre y la Madre han existido durante cuatro mil años y nuestra sangre se hace más fuerte con cada estación que transcurre, con cada nueva víctima. Se hace más fuerte incluso con el ayuno, pues, cuando éste termina, gozamos de un nuevo vigor. Pero el Padre y la Madre no se preocupan por sus hijos. Y ahora parece que tampoco se preocupan por sí mismos. ¡Quizá, después de cuatro mil años de noches, deseaban simplemente ver el sol! Desde la llegada de los griegos a Egipto, desde la perversión del viejo arte, no han vuelto a dirigirnos la palabra. No nos han permitido ver ni un parpadeo de sus ojos. ¡Y qué es hoy Egipto, sino el granero de Roma! Cuando la Madre y el Padre nos golpean para apartarnos de las venas de sus cuellos, son como de hierro y pueden aplastarnos los huesos. Y si ellos ya no se preocupan de nada, ¿por qué debería hacerlo yo?

»Le estudié un largo instante y, por fin, pregunté:

»—¿Y dices que ha sido esto lo que ha causado las quemaduras de los demás? ¿El hecho de que el Padre y la Madre quedaran expuestos al sol?

»El asintió.

»—Nuestra sangre viene de ellos —dijo—. Es la suya por transmisión directa, y lo que les sucede a ellos repercute en nosotros. Si ellos se queman, nosotros también.

»—¡Estamos vinculados a ellos! —susurré, asombrado.

»—Exacto, mi querido Marius —asintió, mirándome atentamente como si disfrutara con mi temor—. Por eso han permanecido guardados durante mil años; por eso les son ofrecidas víctimas en sacrificio; por eso son adorados. Lo que les sucede a ellos, nos sucede a nosotros.

»—¿Quién lo hizo? ¿Quién los puso al sol?

»El ser se echó a reír sin emitir sonido alguno.

»—El encargado de su custodia —dijo a continuación—. Su guardián, que no pudo soportarlo más, que llevaba demasiado tiempo en su solemne cargo, que no logró convencer a nadie más para que



aceptara la carga y finalmente, entre sollozos y estremecimientos, los llevó a los dos a las arenas del desierto y los dejó allí como dos estatuas.

»—Y mi destino está vinculado a esto —murmuré.

»—Sí, pero no creo que el encargado de su custodia conservara su fe en ello. Para él, sólo debía tratarse de una vieja leyenda. Al fin y al cabo, como te he dicho, la Madre y el Padre eran adorados, venerados por nosotros igual que nosotros lo somos por los mortales, y nadie había osado nunca hacerles daño. Nadie les había acercado una antorcha para comprobar si el resto de nosotros sentía dolor. No, el guardián no creía en eso. Los dejó en el desierto, y esa noche, cuando abrió los ojos en el sarcófago y se encontró convertido en un horror carbonizado e irreconocible, rompió a gritar incontinentemente.

»—Y tú les volviste a llevar bajo tierra, ¿no es eso?

»—Sí.

»—Y están tan ennegrecidos como tú...

»—No —cortó la frase, moviendo la cabeza—. Su piel adquirió sólo un tono dorado, bronceado, como la carne que da vueltas en el asador. Sólo eso. Y siguen tan hermosos como antes, como si la belleza se hubiera convertido en parte de su herencia, en parte esencial de lo que estamos destinados a ser. Sus miradas siguen fijas al frente como siempre, pero ya no inclinan sus cabezas hacia el otro, ya no emiten murmullos al ritmo de sus secretos diálogos, ya no nos permiten beber su sangre. Y tampoco dan cuenta de las víctimas que les traemos, salvo muy de vez en cuando, y siempre en la soledad de su intimidad. Nadie sabe cuándo van a beber y cuándo no.

»Moví la cabeza de un lado a otro. Me balanceé hacia adelante y hacia atrás con la cabeza inclinada y la vela parpadeando en mi mano, sin saber qué decir a todo aquello. Necesitaba tiempo para asimilarlo.

»El me indicó con un gesto que me acomodara en el sillón al otro lado del escritorio y, sin pensármelo dos veces, obedecí.

»—Pero, ¿no estaba escrito que todo esto sucedería, romano? —dijo entonces—. ¿No estaba escrito que encontrarían la muerte en las arenas, silenciosos e inmóviles como estatuas abandonadas después del saqueo de una ciudad por el ejército conquistador? ¿No estaba escrito que todos nosotros muriéramos también? Fíjate en Egipto. ¿Qué es hoy, vuelvo a preguntarte, sino el granero de Roma? ¿No estaba escrito que los dos se quemaran allí día tras día mientras todos nosotros ardíamos como estrellas por todo el mundo?

»—¿Dónde están? —pregunté.

»—¿Por qué quieres saberlo? —replicó en tono de sorna—. ¿Por qué habría de revelarte el secreto? Ya no pueden ser rotos en pedazos; son demasiado fuertes para ello y los cuchillos podrían apenas arañarles la piel. No obstante, hazles un corte y nos cortarás a todos. Quémales y todos arderemos. Pero esas mismas sensaciones que nos causan, ellos las sienten muy amortiguadas, porque su edad les protege. ¡Y, con todo, basta con causarles una ligera molestia para que nos destruyan a todos! ¡Ni siquiera parecen ya necesitar la sangre! Quizá también sus mentes están unidas a las nuestras. Tal vez la pena que sentimos, la lástima y el horror ante el destino del propio mundo, proceden de sus mentes, de

los que sueñan encerrados en sus cámaras. No, no puedo decirte dónde están, ¿no te parece? Hasta que decida de una vez que soy indiferente, que es hora de que desaparezcamos.

»—¿Dónde los tienes? —repetí.

»—¿Por qué no habría de hundirlos en las profundidades del mar —insistió él—, hasta el día en que la tierra misma los levante hacia la luz del sol sobre la cresta de una gran ola?

»No respondí. Me quedé mirándole, asombrado ante su agitación, comprendiendo lo que sentía y, al propio tiempo, presa de un temor reverencial.

»—¿Por qué no habría de enterrarles en las profundidades de la Tierra, en sus entrañas más oscuras, más allá del menor asomo de vida, y dejarles reposar allí en silencio, no importa lo que ellos piensen o sientan?

»¿Qué podía responderle yo? Le observé y esperé a que se calmara un poco. El me miró y su expresión se volvió apacible, casi confiada.

»—Dime cómo se convirtieron en la Madre y el Padre —insistí.

»—¿Por qué?

»—¡Sabes muy bien por qué! ¡Quiero saberlo! ¿Por qué acudiste a mi dormitorio si no tenías intención de contármelo?

»—¿Y qué si lo hice? —replicó él con acritud—. ¿Qué, si quise ver al romano con mis propios ojos? Nosotros moriremos, y tú con nosotros. Por eso quería ver nuestra magia en una nueva forma. ¿Quién nos adora hoy, al fin y al cabo? ¿Unos guerreros de cabellos rubios en los bosques del norte? ¿Unos antiquísimos egipcios en las criptas secretas bajo la arena? No vivimos en los templos de Grecia o Roma. Nunca lo hemos hecho. Y, sin embargo, en ambos lugares se rinde culto a nuestro mito, a ese único mito. Allí se invocan los nombres de la Madre y del Padre...

»—Nada de eso me importa —declaré—. Y tú lo sabes. Tú y yo somos iguales. ¡No tengo intención de volver a los bosques del norte y crear una raza de dioses para esa gente! ¡He venido aquí para saber y tú debes explicarme!

>>—Está bien. Te lo contaré y así entenderás la futilidad de todo esto, así comprenderás el silencio de la Madre y del Padre. Pero ten presente lo que te digo: todavía puedo acabar con todos nosotros. ¡Todavía puedo hacer arder a la Madre y al Padre en el calor de un horno! Pero dejémonos de prolijos preámbulos y de palabras altisonantes. Suprimiremos los mitos que murieron en la arena el día en que el Sol brilló sobre la Madre y el Padre. Te contaré todo lo que revelan esos papiros dejados por el Padre y la Madre. Deja esa vela en la mesa y presta atención.

»—Lo que te dirían los papiros, si pudieras descifrarlos —declaró—, es que hubo dos seres humanos, Akasha y Enkil, que habían llegado a Egipto procedentes de otras tierras más antiguas. Esto sucedió mucho antes de la primera escritura, antes de la primera pirámide, cuando los egipcios aún eran caníbales que devoraban los cuerpos de los enemigos.

»" Akasha y Enkil apartaron a esas gentes de tales prácticas. Eran adoradores de la Buena Madre Tierra y enseñaron a los egipcios a sembrar las semillas en la Buena Madre y a domesticar animales para obtener de ellos carne, leche y pieles."

»"Con toda probabilidad, Akasha y Enkil no estaban solos en su tarea de enseñar a los primitivos egipcios, sino que eran más bien los jefes de un pueblo que había llegado con ellos desde otras ciudades aún más antiguas cuyos nombres se han perdido ya bajo las arenas del Líbano y cuyos monumentos han quedado reducidos a polvo."

»"Sea como sea, los dos eran gobernantes benevolentes para los cuales el principal valor era el bienestar de los demás; la Buena Madre era la Madre Nutriente que deseaba que todos los hombres vivieran en paz, y ambos decidían sobre todos los asuntos de administración de justicia en las tierras emergidas."

»"Tal vez habrían entrado en la mitología de una forma más benigna de no haber sido por un trastorno en la casa del mayordomo real, que se inició con las travesuras de un demonio que lanzaba los muebles y objetos de un lado a otro."

»"En realidad, no se trataba más que de un demonio vulgar, de esos cuyas tropelías oye uno comentar en cualquier época y lugar. Uno de esos que trastorna durante un tiempo a los que viven en determinado sitio, que a veces entra en el cuerpo de algún inocente y ruge por boca de éste con voz estentórea, y puede obligar a su víctima a mascarar procacidades y proposiciones carnales a quienes la rodean. ¿Sabes a qué me refiero?"

»Asentí. Le dije que siempre se oyen historias así. Se decía que uno de tales demonios había poseído a una virgen vestal en Roma. Esa muchacha empezó a hacer proposiciones obscenas a todos los que la rodeaban, mientras su rostro se volvía morado debido al esfuerzo, y luego se desvaneció. Pero, al despertar, el demonio había desaparecido misteriosamente.

»—Yo pensé —le dije— que la muchacha estaba loca. Que, digámoslo así, no era la persona indicada para ser una virgen vestal...

»—¡Por supuesto! —exclamó mi interlocutor con una voz cargada de ironía—. Yo también lo habría pensado, y casi cualquier hombre inteligente que recorre las calles de Alejandría sobre nuestras cabezas.

Pero tales historias surgen y desaparecen. Y, si por algo son notables, es porque no afectan al curso de los acontecimientos humanos. Esos demonios pueden perturbar una familia, alguna persona en concreto, pero luego caen en el olvido y volvemos a estar como al principio.

»—Exactamente.

»—Pero ahora entiende que te estoy hablando de un Egipto remotísimo. Eran tiempos en que el hombre se ocultaba del trueno o comía el cuerpo de los muertos para absorber su espíritu.

»—Entiendo —asentí.

»—Y este buen rey Enkil decidió dirigirse personalmente al demonio que había entrado en casa de su mayordomo. Aquel ser, anunció, estaba privado de armonía. Por supuesto, los magos reales le suplicaron que les permitiera ocuparse de la expulsión del demonio, pero éste era un rey que buscaba el bien para todos. Tenía el ideal de que todo lo existente se uniera en la bondad, de todas las fuerzas confluendo en el mismo rumbo divino. El le hablaría a aquel demonio, trataría de reconducir su poder, por así decirlo, para el bien de todos. Y únicamente si no lo conseguía, consentiría en que el demonio fuera expulsado.

»"Y así el rey entró en la casa de su siervo, donde los muebles volaban de una pared a otra, y las jarras se rompían y las puertas batían solas. Y empezó a hablar con aquel demonio y a invitarle a responder. Todos los demás huyeron del lugar."

»"Toda una noche pasó antes de que saliera de la casa embrujada y, cuando lo hizo, explicó cosas sorprendentes"

»"—Estos demonios son infantiles y estúpidos —explicó a sus magos—, pero he estudiado su conducta y he descubierto la razón de que demuestren esa rabia. Están furiosos por no tener cuerpo, por no tener sentidos como los nuestros. Obligan a la inocente víctima a gritar porquerías porque los ritos del amor y de la pasión son cosas que no tienen modo de conocer. Pueden hacer moverse las partes del cuerpo pero no habitan en ellas realmente, y por eso están obsesionados con la carne que no pueden invadir. Y usan sus débiles poderes para hacer volar objetos y para obligar a sus víctimas a retorcerse y dar saltos. Este anhelo de ser carnales es el origen de su furia, la demostración del sufrimiento que es su destino."

»"Y tras estas piadosas palabras, se dispuso a encerrarse de nuevo en la casa endemoniada para aprender más cosas. Pero esta vez su esposa se interpuso en su camino. No estaba dispuesta a permitir que volviera con los demonios. Le dijo al rey que se mirara en el espejo. En las escasas horas que había pasado a solas en la casa, había envejecido considerablemente. Y, cuando vio que no podría hacerle desistir, se encerró en la casa con él, y todos los que esperaban fuera escucharon el estruendo del interior temerosos de que, en cualquier momento, se oyera también a la pareja soltando alaridos o rugiendo como posesos. El ruido de las estancias interiores resultaba alarmante. Empezaron a aparecer grietas por las paredes."

»"Como la vez anterior, todos huyeron, salvo un reducido grupo de hombres interesados. Estos hombres habían sido enemigos del rey desde el principio del reino. Eran viejos guerreros que habían conducido las expediciones de Egipto en busca de carne humana y que ya estaban hartos de la bondad del rey, de la Buena Madre, de los cultivos y de todo lo demás. Estos hombres vieron en aquella aventura espiritista no sólo una muestra más de la vana necedad del rey, sino una situación que, pese a todo, les proporcionaba una buena oportunidad.

»"Al caer la noche, se introdujeron en la casa. Eran hombres intrépidos, como lo son los ladrones de tumbas que saquean las sepulturas de los faraones. Tenían fe, pero no la suficiente para poner coto a su codicia."

»"Y cuando vieron a Enkil y Akasha juntos en medio de la estancia por la que volaban los objetos, se les arrojaron encima y apuñalaron una y otra vez al rey como vuestros senadores romanos apuñalaron a César. Y también acuchillaron a la reina, la única testigo. Y el rey exclamó al verse herido"

»"—¡No! ¿No comprendéis lo que habéis hecho? ¡Habéis abierto a los espíritus un camino por el que entrar! ¿No lo entendéis?"

»"Pero los hombres huyeron, seguros de la muerte del rey y de la reina, que yacía arrodillada y sostenía en sus manos la cabeza de su esposo. Ambos sangraban por más heridas de las que uno podría contar."

»"A continuación, los conspiradores incitaron al pueblo. Que todo el mundo supiera que el rey había sido muerto por los espíritus, anunciaron, añadiendo que hubiera debido dejar los demonios a sus magos, como habría hecho cualquier otro rey. Y, portando antorchas, todos acudieron a la casa endemoniada que, de pronto, había quedado en absoluta calma."

»"Los conspiradores urgieron a los magos a entrar, pero éstos tenían miedo."

»"—Entonces, entraremos nosotros y veremos qué ha sucedido —resolvieron los malvados, y abrieron las puertas."

»"Allí estaban el rey y la reina, contemplando tranquilamente a los conspiradores. Todas sus heridas estaban curadas, sus ojos despedían una luz espectral, su piel tenía un tenue resplandor blanquecino y su cabello poseía un brillo esplendoroso. La pareja salió de la casa mientras los conspiradores huían aterrados, despidió a la multitud y a los sacerdotes y regresó sin acompañantes al palacio."

»"Y, aunque no se lo confiaron a nadie, supieron qué les había sucedido. A través de las heridas, el demonio había penetrado en ellos en el instante en que la vida mortal iba a escapárseles. Pero fue la sangre lo que impregnó aquel demonio en el momento crepuscular en que el corazón casi se detenía. Tal vez era aquélla la sustancia que siempre había buscado en su rabia ciega, la sustancia que había intentado obtener de sus víctimas en sus arrebatos, pero que nunca había conseguido porque no lograba infligir suficientes heridas a su víctima sin que ésta muriese. Pero ahora estaba en la sangre, y ésta no era meramente el demonio, ni tampoco la sangre del rey y de la reina, sino una combinación de lo humano y lo demoníaco que constituía algo completamente distinto."

»"Y lo único que quedó del rey y de la reina fue lo que aquella sangre podía animar, lo que podía impregnar y reclamar para sí. Sus cuerpos estaban muertos a todo lo demás, pero la sangre fluía por sus cerebros y sus corazones y sus pieles y, gracias a ello, la inteligencia del rey y de la reina permaneció viva. Sus almas, si lo prefieres, sobrevivieron, pues las almas residen en esos órganos, aunque no sepamos la razón. Y, aunque la sangre del demonio no tenía voluntad propia, carácter propio que el rey y la reina pudieran percibir, el rojo líquido potenció sus mentes y sus voluntades, fluyendo por los órganos que crean el pensamiento. Y añadió a las voluntades sus propios poderes puramente espirituales, de

modo que el rey y la reina podían escuchar los pensamientos de los mortales y percibir y comprender cosas que estaban vedadas a los mortales.”

»"En suma, el demonio había dado y había tomado, y el rey y la reina eran Seres Nuevos. Ya no podían comer alimentos, ni crecer, ni morir, ni tener hijos, pero podían sentir con una intensidad que los aterró. Y el demonio obtuvo lo que buscaba: un cuerpo en el cual vivir, una vía para estar por fin en el mundo, un modo de *sentir*.”

»"Pero después llegó otro descubrimiento aún más espantoso: que debía mantener animados aquellos cuerpos muertos, que la sangre debía recibir su alimento. Y lo único que podía simular para su uso era la misma sustancia de la que estaba hecha. De sangre. ¡Que penetrara más sangre! ¡Que más sangre recorriera cada rincón de aquellos cuerpos en los que disfrutar de tan maravillosas sensaciones! Su sed de sangre era insaciable.”

»"El demonio les tenía sometidos. Los dos reyes eran Bebedores de la Sangre. Nunca sabremos si el demonio supo de ellos, pero el rey y la reina sí se dieron cuenta de que tenían el demonio dentro y no podían librarse de él y de que morirían si lo hacían, pues sus cuerpos estaban muertos. Y supieron al instante que aquellos cuerpos muertos, animados como estaban por aquel fluido demoníaco, no podían soportar el fuego ni la luz del sol. Por una parte, parecían frágiles flores blancas que el calor diurno del desierto podía marchitar y ennegrecer. Por otra, la sangre de su interior parecía ser tan volátil que herviría con el calor, destruyendo así las fibras por las que corría.”

»"Se ha dicho que, en esos primeros tiempos, no podían soportar ninguna iluminación brillante, que incluso un fuego cercano podía hacer que su piel humeara.”

»"En todo caso, representaban un nuevo orden de seres y sus pensamientos correspondían a su condición, y los reyes trataron de entender las cosas que veían, las situaciones que les afectaban en su nuevo estado.”

»"No están registrados todos los acontecimientos. No existe nada en la tradición, tanto escrita como oral, acerca de cuándo escogieron por primera vez transmitir la sangre, o de cómo determinaron el modo en que debe realizarse: vaciando de sangre a la víctima casi hasta el momento crepuscular previo a la muerte, o de lo contrario la sangre demoníaca insuflada en él no podría adueñarse del cuerpo.”

«"Sabemos, en cambio, por la tradición no escrita, que el rey y la reina trataron de mantener en secreto lo que les había sucedido, pero su ausencia durante el día despertó sospechas entre el pueblo pues les impedía asistir a las ceremonias religiosas en la tierra.”

»"Y así sucedió que, antes de poder llegar a conclusiones más claras, tuvieron que conducir a las masas a un culto a la Buena Madre bajo la luz de la Luna.”

»"Con todo, no pudieron protegerse de los conspiradores, que seguían sin entender su recuperación y trataron de deshacerse de ellos nuevamente. El ataque llegó pese a todas las precauciones y la fuerza de los reyes se demostró abrumadora para los conspiradores, en quienes sembró el pánico el hecho de que las heridas que lograban infligirles curaran milagrosamente al instante. Al rey le cercenaron un brazo y se lo volvió a poner en el hombro; el miembro revivió y los conspiradores huyeron.”

«"Gracias a estos ataques, a estas batallas, entraron en posesión del secreto no sólo los enemigos del rey, sino también los sacerdotes."

»"Y ya nadie quiso destruir al rey y a la reina; al contrario, quisieron tomarles prisioneros y obtener de ellos el secreto de la inmortalidad. Trataron de tomar su sangre, pero sus primeros intentos fracasaron."

»"Los que bebieron no llegaron al borde de la muerte y por ello se convirtieron en criaturas híbridas, medio dioses y medio hombres, y murieron de terribles maneras. Pero algunos lo lograron. Quizá vaciaron sus venas primero. No hay registros al respecto. Pero en épocas posteriores, éste ha sido siempre un modo de conseguir la sangre."

»"Tal vez la Madre y el Padre decidieron tener compañía de su especie. Quizá por soledad y miedo, decidieron transmitir el secreto a los mortales de temple en quienes pudieran confiar. Tampoco de esto hay constancia. Sea como fuere, pasaron a existir otros Bebedores de la Sangre, y el método para crearlos acabó por conocerse."

»"Los papiros nos cuentan que la Madre y el Padre trataron de triunfar en su adversidad. Trataron de encontrar una razón a lo sucedido y se convencieron de que aquella intensificación de sus sentidos debía ponerse al servicio de algo bueno. Al fin y al cabo, la Buena Madre había permitido que todo aquello sucediera, ¿verdad?"

»"Era preciso santificar y contener en el misterio lo sucedido o, de lo contrario, Egipto se convertiría en una raza de demonios Bebedores de Sangre que dividirían el mundo en los que beben la sangre y los que sólo son alimentados para entregarla, una tiranía que, una vez establecida, nunca más podría ser rota con la sola fuerza del hombre mortal."

»"Así, los buenos reyes escogieron el camino del ritual, del mito. Vieron en sí mismos la imagen de la luna creciente y la luna menguante, y en el acto de beber la sangre al dios encarnado que se toma a sí mismo en sacrificio, y utilizaron sus poderes superiores para adivinar, predecir y juzgar. Se vieron a sí mismos aceptando sinceramente la sangre ofrecida al dios, que de otro modo corría por el altar. Envolvieron en el símbolo y el misterio aquello cuya divulgación no podía permitirse y desaparecieron de la vista de los hombres en el interior de los templos, para ser adorados por aquellos que les podían proporcionar sangre. Reclamaron para sí los sacrificios más convenientes, los que se habían hecho siempre por el bien de la Tierra. Inocentes, intrusos, malhechores, bebieron la sangre por la Madre y por el Bien."

»"Dieron vida al mito de Osiris, basado en parte en sus propios y terribles sufrimientos: el ataque de los conspiradores, la recuperación, la necesidad de vivir en el reino de las sombras, el mundo más allá de la vida, la imposibilidad de volver a caminar a la luz del sol. E injertaron el mito en otras historias más antiguas de dioses que se agitan en su amor por la Buena Madre, que ya existían en la Tierra de la que habían llegado."

»"Y así nos llegaron sus historias, esos relatos que han traspasado los límites de los lugares secretos en los que eran adorados la Madre y el Padre, en los que moraban los que ellos habían creado con la sangre."

»"Ya eran viejos cuando el primer faraón construyó una pirámide y los primeros textos ya recogen su existencia de forma fragmentaria y extraña."

»"Un centenar de otros dioses gobernaban Egipto, como sucede en todas las tierras. Pero el culto a la Madre y al Padre se mantuvo secreto y poderoso. Un culto al que los devotos acudían para escuchar la voz silenciosa de los dioses, a compartir sus sueños."

»"No hay noticia de quiénes fueron los primeros a quienes transmitieron la sangre la Madre y el Padre. Sólo sabemos que difundieron la religión a las islas del gran mar y a las tierras de los dos ríos y a los bosques del norte. Que en santuarios de diversos lugares, el dios lunar gobernaba y bebía sus sacrificios de sangre y utilizaba sus poderes para mirar en los corazones de los hombres. Durante los periodos entre sacrificios, en los ayunos, la mente del dios podía abandonar su cuerpo; podía cruzar los cielos y aprender mil cosas. Y los mortales de más pureza de corazón podían acudir al santuario y escuchar la voz del dios, y éste la suya."

»"Pero ya antes de mi tiempo, hace mil años, todo aquello no era más que una leyenda vieja e incoherente. Los dioses de la Luna habían regido Egipto durante tal vez tres mil años. Y la religión había sido atacada muchas veces."

»"Cuando los sacerdotes egipcios se pasaron al dios Sol, Amor Ra, abrieron las criptas del dios de la Luna y dejaron que el Sol le redujera a cenizas. Y muchos de nuestra raza fueron destruidos. Lo mismo sucedió cuando los primeros guerreros bárbaros irrumpieron en Grecia y arrasaron los santuarios y mataron aquello que les resultaba incomprensible."

»"Ahora, el balbuceante oráculo de Delfos gobierna donde en otro tiempo lo hicimos nosotros, y otras estatuas se alzan donde estuvieron nuestros centros de culto. Nuestro último reducto de poder se extiende por los bosques del norte de los que saliste, entre los que todavía bañan nuestros altares con la sangre de los malhechores, y en los pequeños pueblos de Egipto, donde un par de sacerdotes atiende al dios de la cripta y permite a los fieles llevar ante su dios a algún delincuente, pues no pueden llevarse al inocente sin levantar sospechas y, de malhechores y forasteros, siempre hay alguno a disposición. Y en el corazón de las junglas de África, cerca de las ruinas de viejas ciudades que nadie recuerda, también allí somos obedecidos todavía."

»"Pero nuestra historia está salpicada de relatos de herejes: Bebedores de la Sangre que no buscan guía y consejo en la diosa y que siempre utilizan sus poderes como les viene en gana."

»"En Roma, en Atenas, en todas las ciudades del Imperio, viven quienes no acatan las leyes del bien y del mal y emplean sus poderes para sus propios fines."

»"Y también ellos han sufrido una muerte horrible en el calor y las llamas, igual que les ha sucedido a los dioses de los bosques y de los santuarios y, si alguno ha sobrevivido, probablemente no tiene la menor idea de que todos estábamos sometidos a la llama letal, de que la Madre y el Padre han sido expuestos al sol de esta manera."

»El Viejo suspendió su relato en este punto.

»Estaba estudiando mi reacción. La biblioteca se hallaba en silencio. Si los demás acechaban tras las paredes, no podía percibir su presencia.



»—¡No me creo una sola palabra de eso! —proclamé.

»El Viejo me miró unos instantes con muda estupefacción y luego se echó a reír incontinentemente.

»En un acceso de rabia, abandoné la biblioteca, crucé las salas del templo y ascendí por el túnel hasta la calle.

»Aquello, abandonar un lugar a cajas destempladas, interrumpir bruscamente una conversación y marcharse, era un comportamiento muy inhabitual en mí. Jamás había hecho una cosa semejante cuando era un mortal, pero, como ya he dicho, me hallaba al borde de la locura, de la primera locura que padecemos muchos de nosotros, en especial aquellos que han sido transformados, por la fuerza, en lo que somos.

Regresé a mi casita, cerca de la gran biblioteca de Alejandría, y me tumbé en el lecho como si realmente pudiera echarme a dormir y escapar de todo aquello.

»"Una estupidez sin sentido" murmuré para mí.

»Pero cuanto más pensaba en el relato del Viejo, más sentido le encontraba. Tenía sentido que algo contenido en mi sangre me impulsaba a beber más sangre. Tenía sentido que ese algo potenciaba todas mis sensaciones y que mantenía en funcionamiento mi cuerpo —una mera imitación, ahora, de un cuerpo humano—, cuando éste debería haberse colapsado. Y también tenía sentido que aquello carecía de inteligencia propia y, pese a ello, era un poder, una fuerza organizada con un deseo propio de vivir.

»Y, finalmente, tenía sentido que todos estuviésemos conectados con la Madre y el Padre, pues se trataba de algo espiritual y carecía de otros límites físicos que los del cuerpo individual del que se hubiese adueñado. Aquello, aquel "algo", era la vida y nosotros los racimos, diseminados a grandes distancias pero conectados entre sí por los finos sarmientos que se extendían a lo largo y ancho de todo el mundo »Ésta era la razón de que los dioses pudieran oírse tan bien entre ellos, de que yo conociera la presencia de los otros en Alejandría antes incluso de que me llamaran. Ésta era la razón de que hubieran podido acudir a mi encuentro en mi casa y de que me hubieran sabido conducir a la puerta secreta.

»Muy bien, tal vez fuera verdad. Y tal vez, como había dicho el viejo, aquella fusión de una fuerza inefable con un cuerpo y una mente humanos que había dado lugar a los Nuevos Seres había sido realmente un accidente.

»Aun así, no me gustó la idea.

»Me rebelé contra ella porque, si algo era yo, era un individuo, un ser único, con un profundo sentido de mis propios derechos y prerrogativas. No advertía que fuera huésped de un ente extraño. Seguía siendo Marius, no importaba lo que hubieran hecho conmigo.

»Finalmente, sólo me quedó un único pensamiento: si estaba vinculado con aquellos seres, con la Madre y el Padre, tenía que verlos y cerciorarme de que estaban a salvo. No podía vivir con la incertidumbre de saber que podía morir en cualquier momento por culpa de una alquimia que me resultaba incomprensible e imposible de controlar.

»Pero no regresé al templo subterráneo. Pasé las noches siguientes saciándome de sangre hasta que mis abatidos pensamientos quedaron ahogados en ella; luego, de madrugada, deambulaba por la gran biblioteca de Alejandría, devorando libros como siempre había hecho.

»Parte de mi locura se desvaneció. Dejé de sentir añoranza por mi familia mortal. Desapareció mi irritación contra aquel condenado ser del templo bajo tierra y pensé, más bien, en aquella nueva fuerza que poseía. Viviría siglos enteros y conocería la respuesta a interrogantes de todo tipo. ¡Sería la conciencia continua de las cosas con el paso del tiempo! Y, mientras sólo tomara mis presas entre los malhechores, podría soportar mi sed de sangre, deleitarme con ella, de hecho. Y cuando llegara el momento indicado, procedería a crear a mis compañeros, y los crearía bien.

»¿Qué quedaba, entonces? Regresar ante el Viejo y descubrir dónde había ocultaba a la Madre y al Padre. Y ver a estos dos seres con mis propios ojos. Y hacer precisamente lo que el Viejo había amenazado con hacer, sepultarlos en la tierra a tal profundidad que ningún mortal pudiera encontrarlos y dejarlos expuestos a la luz.

»Era fácil pensar en ello; era sencillo imaginarles muriendo de aquella forma tan simple.

»Cinco noches después de la conversación con el Viejo, cuando todos estos pensamientos hubieron tenido tiempo de desarrollarse en mi mente, me acosté a descansar en mi alcoba, con las lámparas brillando tras las delicadas cortinas del lecho como aquella otra noche. Bajo una luz dorada y difusa, presté atención a los sonidos de la Alejandría dormida y me perdí en brumosas ensoñaciones. Disgustado conmigo mismo por no haber regresado a verle, me pregunté si el Viejo volvería a visitarme. Y, en el preciso instante en que tal pensamiento aparecía en mi mente advertí que una silueta inmóvil ocupaba el umbral de la puerta.

»Alguien me estaba observando. Lo noté perfectamente. Para ver de quién se trataba, no tenía más que volver la cabeza. Entonces sería el momento de tomar la voz cantante frente al Viejo. Le diría: "Así que has salido de la soledad y el desencanto y ahora quieres seguir hablando conmigo, ¿no? ¿Por qué no vuelves allí y te sientas en silencio a herir a tus espectrales compañeros, a esa fraternidad de las cenizas?". Por supuesto, no iba a decirle tales cosas, pero no quise renunciar a pensarlas y a permitir al Viejo —si era él, efectivamente, quien estaba a la puerta de la alcoba— que las escuchara.

»La figura del umbral de la alcoba no se marchó.

¡¡Lentamente, volví los ojos en dirección a la puerta y allí, de pie, descubrí a una mujer. Y no una mujer cualquiera, sino una espléndida egipcia de piel bronceada, ataviada con artísticas joyas y vestida como las antiguas reinas con telas vaporosas y plisadas, cuyo cabello negro le caía hasta los hombros, entretejido de hilos de oro. Emanaba de ella una fuerza inmensa, una invisible e impresionante sensación de su presencia, de su materialización en aquella estancia minúscula e insignificante.

»Me incorporé en el lecho y aparté las cortinas, al tiempo que las lámparas de la alcoba se apagaban. Vi el humo que se elevaba de sus mechas en la oscuridad, volutas grises como serpientes retorciéndose hacia el techo para al fin desaparecer. La mujer seguía allí; la escasa luz restante definió su rostro inexpresivo y sacó brillantes reflejos a las joyas que rodeaban su cuello y a sus grandes ojos almendrados. Y, en silencio, ella dijo:

*Marius, sácanos de Egipto.*

»Y, acto seguido, desapareció.

»El corazón se me aceleró incontrolablemente. Salí al jardín en su busca. Salté el muro y me encontré solo, escuchando con atención en mitad de la desierta calle sin asfaltar.

»Eché a correr hacia el barrio antiguo donde había encontrado la puerta. Me proponía entrar en el templo subterráneo y encontrar al Viejo para decirle que debía llevarme hasta ella, que la había visto, que se había movido y había hablado. ¡Que había acudido a mí! Estaba delirando de gozo, pero, cuando llegué a la puerta, supe que no debía bajar al templo. Supe que, si dejaba la ciudad y me adentraba en las arenas, la encontraría. Ella me estaba guiando ya hacia el lugar donde se hallaba.

»Durante la hora que siguió, pude evocar la fortaleza y la rapidez que ya había conocido en los bosques de la Galia y que no había vuelto a utilizar desde entonces. Salí de la ciudad al campo abierto, donde la única luz era la que proporcionaban las estrellas, y anduve hasta llegar a un templo en ruinas. Allí, empecé a cavar en la arena. A una banda de mortales le habría llevado varias horas descubrir la trampilla, pero yo lo hice con rapidez y también conseguí levantarla, cosa que no habrían podido hacer los mortales.

»Los tortuosos pasadizos y escaleras que recorrí no estaban iluminados. Me maldije por no haber llevado una vela, pues el sobresalto que había experimentado ante la visión de la mujer me había impulsado a salir corriendo tras ella como si estuviera enamorado.

»—Ayúdame, Akasha —musité. Coloqué las manos delante de mí y traté de no sentir un miedo mortal a aquella negrura en la que era tan ciego como cualquier hombre corriente.

»Mis manos tocaron algo duro. Me apoyé en ello. Recuperé el aliento y traté de recobrar el dominio de mí mismo. Después, las manos recorrieron el objeto y palparon lo que parecía el pecho de una estatua humana, los hombros, los brazos. Pero no se trataba de una estatua; aquello, aquella cosa, estaba hecho de algo más elástico que la piedra. Y cuando mi mano encontró el rostro, noté que los labios eran ligeramente más suaves que el resto y la retiré rápidamente.

»Pude oír los latidos de mi corazón y noté la punzante humillación de la cobardía. No me atreví a pronunciar el nombre de Akasha. Supe que el rostro que acababa de tocar era el de un hombre. El de Enkil.

»Cerré los ojos, tratando de pensar algo, de urdir algún plan de acción que no consistiera en dar media vuelta y echar a correr como un loco. Entonces escuché un sonido seco, un crujido, y advertí fuego tras mis párpados cerrados.

»Al abrir los ojos, vi el brillo de una antorcha en la pared, detrás de la figura; vi su oscuro perfil cerniéndose ante mí, sus ojos animados mirándome sin duda, sus negras pupilas bañadas en una luz grisácea y mortecina. El resto de él parecía sin vida, con las manos caídas a los costados. Iba ataviado con adornos como se me había aparecido ella, y vestía la gloriosa indumentaria de los faraones, con el cabello entretrejado también de hilos de oro. Su piel era bronceada como la de ella; realzada, según las palabras del Viejo. En su inmovilidad, con la mirada fija en mí, era la encarnación de la amenaza.

»Ella estaba sentada en una grada de piedra de la cámara desnuda que se abría tras Enkil. Tenía la cabeza ladeada y los brazos flácidos como si fuera un cuerpo sin vida arrojado allí. Su túnica estaba manchada de arena, igual que sus pies calzados con sandalias, y su mirada era vacía y ausente. La perfecta apariencia de la muerte.

»Y él, como un centinela de piedra de una tumba real, me impedía el paso.

»No pude captar ningún pensamiento de ellos, igual que tú tampoco los has captado cuando te he llevado a la cámara subterránea aquí, en la isla. Y te aseguro, Lestat, que creí morirme de miedo allí mismo.

»Pero había visto la arena de sus pies y de su túnica. ¡Ella había acudido a mí! ¡Lo había hecho!

«Advertí entonces que alguien había penetrado en el pasadizo tras mis pasos. Alguien avanzaba trabajosamente por el corredor y, al volver la cabeza, vi a uno de los quemados, casi un mero esqueleto que tenía al descubierto las negras encías y cuyos colmillos se hincaban en la piel brillante de su labio inferior, oscura y arrugada como la de una pasa.

»Reprimí un jadeo al verle, al observar sus miembros huesudos, sus pies dislocados, el bamboleo de sus brazos a cada paso. Venía hacia nosotros, pero no pareció reparar en mi presencia. Levantó las manos y empujó a Enkil.

»—¡No, no, vuelve a la cámara! —susurró en una voz baja y frágil—. ¡No, No! —y cada sílaba parecía llevarse todo lo que tenía. Sus brazos secos y arrugados empujaron de nuevo la figura, sin lograr moverla.

»—¡Ayúdame! —me dijo—. Se han movido. ¿Por qué? Hazles volver. Cuanto más se mueven, más difícil es devolverlos a su lugar.

»Miré a Enkil y sentí el mismo horror que tú has experimentado al ver esa estatua dotada de vida, aparentemente incapaz de moverse o reacia a hacerlo. Bajo mi mirada, el espectáculo se hizo aún más horrible porque aquella piltrafa ennegrecida se había puesto a gritar y a clavar su uñas en Enkil, impotente. Y la visión de aquel ser que debería estar muerto, consumiéndose de aquella manera, y de aquel otro ser de aspecto tan perfectamente divino y majestuoso, allí plantado, fue más de lo que podía soportar.

»—¡Ayúdame! —insistió la criatura—. Ayúdame a meterle en la cámara. Ayúdame a colocarles donde deben estar.

»¿Cómo pretendía que yo hiciera tal cosa? ¿Cómo iba a poner mis manos en aquel ser? ¿Cómo iba a osar llevarle a empujones donde él no quería ir?

»—Si me ayudas, no les sucederá nada —insistió la criatura requemada—. Estarán juntos y en paz. Empújale. ¡Hazlo! ¡Empuja! ¡Oh, mira a la mujer! ¿Qué le ha sucedido? ¡Mira!

»—¡Está bien, maldita sea! —mascullé y, abrumado de vergüenza, lo intenté. Puse mis manos de nuevo en Enkil y le empujé, pero resultó imposible moverlo. Mi fuerza era insignificante ante él y los inútiles gritos y empujones de la criatura quemada me resultaban exasperantes.

»Pero, de improviso, la criatura soltó un jadeo y levantó sus brazos esqueléticos, retrocediendo con pasos tambaleantes.

»—¿Qué sucede? —pregunté, reprimiendo el impulso de echarme a gritar y a correr. Pero pronto vi de qué se trataba.

»Akasha había hecho acto de presencia detrás de Enkil. Estaba justo a su espalda y me miraba por encima del hombro de éste, y vi cómo las yemas de sus dedos se cerraban en torno a los musculosos brazos del hombre. Sus ojos seguían tan vacíos en su vidriosa belleza como lo habían estado antes. Pero estaba haciendo moverse a Enkil, y presencié entonces el espectáculo de aquellos dos seres caminando por su propia voluntad, él retrocediendo lentamente sin apenas levantar los pies del suelo y ella escudada tras él de modo que sólo veía sus manos y la parte superior de su cabeza hasta los ojos.

«Parpadeé, tratando de recobrar la calma. Los dos estaban sentados de nuevo en la grada, juntos, en la misma postura en que les has visto esta noche en la cámara de ahí abajo, en la isla.

»La criatura quemada estaba próxima al colapso. Había caído de rodillas y no fue necesario que me explicara la razón. Ya antes había encontrado a los dioses en diferentes posturas, pero nunca había sido testigo de sus movimientos. Y nunca la había visto a ella como había sido antes.

»Me sentí exultante al comprender por qué había aparecido como era antes. Había acudido a mí. Pero llegó un punto en el que el orgullo y la exaltación que sentía dieron paso a otras emociones más acordes con la situación: un abrumador temor reverencial y, finalmente, aflicción.

»Rompí a llorar. Rompí a llorar incontinentemente, como no lo hacía desde que estuviera con el viejo dios del bosque y se produjera mi muerte, y aquella maldición, aquella luminosa y poderosa y magnífica maldición, cayera sobre mí. Lloré como lo has hecho tú al verlos por primera vez. Lloré por su inmovilidad y su aislamiento, por aquel pequeño lugar donde permanecían con la mirada perdida o sentados en la oscuridad mientras Egipto moría sobre ellos.

»La diosa, la madre, el ser o lo que fuera, la despreocupada y silenciosa o impotente progenitura me estaba mirando. Con seguridad, no se trataba de una ilusión. Sus grandes ojos brillantes, con la negra orla de sus pestañas, estaban fijos en mí. Y entonces, volví a escuchar su voz, pero ésta no conservaba nada de su antiguo poder: era sencillamente el pensamiento, mucho más allá del lenguaje, dentro de mi cabeza.

»*Sácanos de Egipto, Marius. El Viejo intenta destruirnos. Protégenos, Marius, o pereceremos aquí.*

»—¿Quieren sangre? —gritó la criatura quemada—. ¿Se han movido porque quieren sacrificios? —preguntó en tono suplicante.

»—Tráeles un sacrificio —le dije.

»—Ahora, no puedo. No tengo la fuerza suficiente. Y ellos dos no quieren darme la sangre curativa. Si me permitieran probar aunque fuera unas gotas, mi carne quemada se recuperaría, la sangre de mi cuerpo recobraría su vigor y podría traerles gloriosos sacrificios...

»Pero en aquel breve diálogo había un elemento de falsedad, pues los dos dioses ya no deseaban recibir tales gloriosos sacrificios.

»—Prueba otra vez a beber su sangre —le propuse, en una muestra de terrible egoísmo por mi parte. Sólo quería ver qué sucedía.

»Pero, para humillación mía, la criatura se acercó efectivamente a ellos, se inclinó en una reverencia y, entre sollozos, les suplicó que le dieran su poderosa sangre, su vieja sangre, con la que sus quemaduras curarían antes. Le oír repetir que él era inocente, que no había sido él, sino el Viejo, quien los había puesto en la arena. Le oír rogar por favor, por favor, que le permitieran beber de la fuente original.

»Y, a continuación, le consumió un hambre voraz y, entre convulsiones, descubrió sus colmillos como haría una cobra y se lanzó hacia adelante con sus chamuscadas manos abiertas como zarpas, buscando el cuello de Enkil.

»El brazo de éste se alzó, como había dicho el Viejo que haría, y arrojó a la criatura quemada al otro extremo de la cámara, donde cayó de espaldas. Luego el brazo volvió a su posición habitual.

»La criatura quemada estaba sollozando y yo me sentí aún más avergonzado. Aquella criatura estaba demasiado débil para cazar presas o traerlas allí. Y yo le había incitado a hacer aquello para verlo. La luz mortecina de aquel lugar, la arena crujiente del suelo, la desnudez de las paredes, el hedor de la antorcha y la visión repugnante de la criatura quemada retorciéndose y gimiendo...; todo resultaba indeciblemente desalentador.

»—Entonces, bebe de mí —murmuré, estremeciéndome al verle con los colmillos descubiertos de nuevo y las manos alzadas hacia mí. Era lo menos que podía hacer por él.

«Cuando hube terminado con aquella criatura, le ordené que no permitiera a nadie la entrada en la cripta. No pude imaginar cómo diablos iba a poder impedirlo, pero se lo dije con tremenda autoridad y me marché rápidamente.

»Volví a Alejandría, me colé en una tienda que vendía objetos antiguos y robé dos bellos ataúdes de momias, pintados y enchapados de oro. También conseguí una buena cantidad de tela para sudarios y regresé a la cripta del desierto.

»Mi valor y mi miedo alcanzaron su punto álgido.

»Como suele suceder cuando damos nuestra sangre a otro de nuestra raza, o cuando la tomamos de ellos, mientras la criatura quemada tenía sus dientes en mi cuello yo había tenido visiones, una especie de ensoñaciones. Y lo que había visto y soñado tenía relación con Egipto, con la edad de Egipto, con el hecho de que aquella tierra había conocido pocos cambios en el idioma, la religión y el arte, a lo largo de cuatro mil años. Por primera vez, todo ello me resultó comprensible y me hizo sentir una profunda simpatía por la Madre y el Padre como reliquias de aquel país, igual que reliquias eran las pirámides. Aquello incrementó mi curiosidad y la convirtió en algo más parecido a una devoción.

»Aunque, para ser sincero, habría robado igual a la Madre y al Padre por mi mera supervivencia.

»Esta nueva certeza, esta nueva obsesión, me inspiraba cuando me acerqué a Akasha y a Enkil para colocarles en las cajas de momias de madera, sabiendo perfectamente que Akasha me permitiría hacerlo y que Enkil, si quería, podía aplastarme el cráneo fácilmente.

»Pero Enkil cedió, igual que Akasha. Me permitieron envolverlos en tela, convertirlos en momias y colocarlos en los hermosos ataúdes de madera que llevaban pintados los rostros de otros, junto a las interminables instrucciones en jeroglíficos para los muertos, y llevarles conmigo a Alejandría, cosa que hice.

»Cuando me marché arrastrando un ataúd con cada mano, dejé a la criatura espectral en un terrible estado de agitación.

»Al llegar a la ciudad, considerando que debía ser discreto, contraté unos hombres para que condujeran los ataúdes a mi casa como era debido; después, enterré a la pareja en el jardín, sin dejar de explicarles a ambos, en voz alta, que su estancia bajo tierra no se prolongaría mucho.

»La noche siguiente, me aterró la idea de dejarles solos. Cacé y maté a pocos metros de la propia verja del jardín. Y luego envié a mis esclavos a comprar caballos y un carro y les mandé hacer los preparativos para un viaje por la costa hasta Antioquía, junto al río Orontes, ciudad que conocía y amaba, y en la que creía que estaría a salvo.

»Como me temía, el Viejo no tardó en aparecer. De hecho, yo le estaba esperando en la sombría alcoba, reclinado en el lecho al modo romano, con una lámpara a un lado y un viejo ejemplar de un



poema latino en la mano. Me dije que tal vez el Viejo pudiera percibir el paradero de Akasha y Enkil y urdí deliberadamente una falsa pista: que les había encerrado en la gran pirámide.

»Aún soñaba con aquellas imágenes de Egipto que me habían llegado de la criatura quemada: una tierra en la que leyes y creencias habían permanecido sin cambios durante más tiempo del que podíamos imaginar, una tierra que había conocido la escritura jeroglífica y las pirámides y los mitos de Osiris e Isis cuando Grecia aún estaba en las tinieblas y Roma no existía. Vi el río Nilo desbordándose de su cauce y las montañas que creaban el valle a ambos lados. Vi el tiempo con un concepto completamente distinto. Y no era sólo el sueño del ser quemado; era todo lo que yo había visto y conocido en Egipto, la sensación de lugar de inicio de todas las cosas que había aprendido de los libros mucho antes de convertirme en hijo de la Madre y el Padre, a los que ahora me disponía a llevar conmigo.

«—¿Qué te hace pensar que te los confiaríamos? —dijo el Viejo tan pronto como apareció en la puerta.

»Cuando dio unos pasos por la estancia, ataviado únicamente con la falda corta de lino, me pareció inmenso. La luz de la lámpara brillaba en su cabeza calva, en su cara redonda, en sus ojos saltones.

«—¡Cómo te atreves a llevarte a la Madre y al Padre! ¿Qué has hecho de ellos?

«—Fuiste tú quien les puso al sol —repliqué—. Tú quien trató de destruirles. Eres tú ese que no creyó cierta la vieja leyenda, ese guardián de la Madre y del Padre del que me hablaste, y me mentiste. Tú has causado la muerte de nuestra raza de un extremo a otro del mundo. Has sido tú, y me has mentido.

»El Viejo quedó desconcertado. Me consideraba indeciblemente orgulloso e insoportable. Igual pensaba yo, pero, ¿qué más daba? Él tendría el poder de reducirme a cenizas, si conseguía dejar de nuevo al sol a la Madre y al Padre. ¡Y ella había acudido a mí! ¡A mí!

«—¡Yo no sabía lo que iba a suceder! —replicó a esto, con los puños apretados y las venas sobresaliéndole en la frente. Tenía el aspecto de un gran nubio calvo mientras trataba de intimidarme—. Te juro por lo más sagrado que no lo sabía. Y tú no puedes imaginar lo que significa guardarlos, ocuparse de ellos año tras año, década tras década, siglo tras siglo, y saber que pueden hablar, que pueden moverse, y no quieren hacerlo.

»No sentí la menor conmiseración por él ni por lo que decía. No era más que una figura enigmática en el centro de la pequeña estancia de Alejandría, lamentándose en mi presencia de unos sufrimientos inimaginables. ¿Qué compasión podía sentir por él?

«—Yo los recibí en herencia —declaró—. ¡Me fueron entregados! ¿Qué iba a hacer? Y hube de pugnar con su ominoso silencio, con su negativa a conducir a la tribu que habían soltado en el mundo. ¿Y por qué se produjo ese silencio? Por venganza, tenlo por seguro. Para vengarse de nosotros. Pero, ¿por qué? ¿Quién existe hoy que pueda acordarse de hace mil años? Nadie. ¿Quién entiende todas estas cosas? Los viejos dioses salen al sol, se arrojan al fuego o encuentran la extinción a través de la violencia, o se entierran en lo más profundo de la tierra para no volver a surgir nunca más. La Madre y el Padre, en cambio, permanecen siempre, y no hablan. ¿Por qué no se entierran donde no pueda alcanzarles ningún mal? ¿Por qué se limitan a mirar y escuchar y se niegan a hablar? Enkil sólo se mueve cuando alguien trata de apartar de su lado a Akasha: sólo entonces descarga golpes y aplasta a

sus enemigos como un coloso de piedra que hubiese cobrado vida. ¡Te aseguro que, cuando los coloqué en la arena, no trataron de salvarse a sí mismos! ¡Se quedaron mirando el río mientras yo huía!

»—¡Lo hiciste para ver qué sucedía, para ver si eso les haría moverse!

»—¡Fue para liberarme! Para decir: "Ya no os seguiré guardando. Moveos, hablad". Para ver si era cierta la vieja historia y, en caso afirmativo, si las llamas nos consumían a todos.

»Con esto, el Viejo pareció quedar exhausto. Con voz débil, añadió finalmente:

»—No puedes llevarte a la Madre y al Padre. ¡Cómo has podido pensar que te permitiría hacerlo! A ti, que quizá no alcances el siglo, que has huido de las obligaciones del bosque. Tú ignoras en realidad quiénes son la Madre y el Padre. Has oído más de una mentira de mis labios.

»—Tengo que decirte una cosa —le interrumpí—. Ahora eres libre. Sabes que no somos dioses, y tampoco hombres. No servimos a la madre Tierra porque no comemos sus frutos y no descendemos normalmente a su seno. No pertenecemos a ella. Y yo dejo Egipto sin ninguna otra consideración contigo, y los llevo conmigo porque es lo que me han pedido que hiciera y porque no consentiré que ni ellos ni yo seamos destruidos.

»De nuevo, pareció desconcertado. ¿Cómo me lo habían pedido? Sin embargo, no le salieron las palabras; de pronto, se mostró enfurecido, lleno de odio y de lóbregos secretos que yo no podía ni siquiera imaginar. El Viejo tenía una mente tan instruida como la mía, pero conocía cosas sobre nuestros poderes que yo no podía sospechar. En mi vida mortal no había matado nunca a nadie. No sabía cómo dar muerte a un ser vivo, salvo bajo el impulso de mi reciente y despiadada necesidad de sangre.

»El, en cambio, sabía utilizar su fuerza sobrenatural. Cerró los ojos hasta que sólo fueron dos rendijas y su cuerpo se puso en tensión, irradiando una sensación de peligrosidad.

»Se acercó a mí y sus intenciones le precedieron; en un instante, me incorporé del lecho y me encontré tratando de protegerme de sus golpes. El Viejo me agarró por el cuello y me arrojó contra la pared de piedra, aplastándome los huesos del hombro y del brazo derecho. En un instante de exquisito dolor, supe que iba a estallarme la cabeza contra la piedra y a quebrarme todos los miembros, y que luego me vertería el aceite de la lámpara y me prendería fuego. Así lograría hacerme desaparecer de su eternidad privada, como si yo nunca hubiera conocido aquellos secretos ni me hubiera atrevido a entrometerme.

»Me defendí luchando como no lo había hecho nunca, pero mi brazo lesionado era un ascua de dolor y mis fuerzas eran tan inferiores a las del Viejo como las tuyas en comparación con las mías. Sin embargo, en lugar de agarrarme a sus manos mientras éstas se cerraban en torno a mi cuello, en lugar de seguir el impulso instintivo de intentar desasirme, lo que hice fue alzar las manos y hundirle los pulgares en lo ojos. Aunque el brazo me ardía de dolor, puse todas mis fuerzas en hundirle los ojos contra el fondo de la órbita.

»El Viejo me soltó con un alarido. La sangre le corrió por el rostro. Me desembaracé de él y corrí hacia la puerta del jardín. Seguía sin poder respirar debido a la presión que había ejercido sobre mi garganta y, mientras me sujetaba el brazo inútil, vi por el rabillo del ojo algo que me dejó confuso: era un gran remolino de polvo y tierra que se elevaba del jardín, llenando el aire de una especie de humo. Tropecé

con el dintel de la puerta, perdiendo el equilibrio, como si una ráfaga de viento me hubiese impulsado; cuando volví la cabeza, advertí que el Viejo venía tras de mí, con los ojos brillando todavía, aunque ahora lo hacían desde el fondo de sus cuencas. Me estaba maldiciendo en egipcio. Estaba amenazándome con llevarme al inframundo, en compañía de los demonios, sin que nadie me llorara.

»Pero, acto seguido, su rostro se convirtió en una helada máscara de miedo. Se detuvo instantáneamente y su expresión de alarma resultó casi cómica.

»Y entonces descubrí qué estaba viendo mi adversario. Era la figura de Akasha, que pasó junto a mí por mi derecha. El sudario de tela aparecía desgarrado en la parte de la cabeza y también había liberado los brazos, y estaba cubierta de la tierra arenosa del jardín. Sus ojos mantenían la misma mirada inexpresiva de siempre y Akasha los clavó lentamente en el Viejo, acercándosele aún más porque él no podía moverse para ponerse a salvo.

»El Viejo cayó de rodillas, balbuciendo algo en egipcio, primero en un tono de desconcierto y luego presa de un miedo incoherente. Y Akasha continuó avanzando, dejando tras de sí un reguero de arena y de retales de tela, pues, con cada lento paso que daba, el improvisado sudario se desgarraba. El viejo apartó la mirada y cayó de bruces; se apoyó en la manos y empezó a andar a gatas, como si la figura de la mujer le impidiera, mediante alguna fuerza invisible, volver a ponerse en pie. Sin duda, eso era precisamente lo que estaba haciendo Akasha, pues el Viejo terminó por yacer en el suelo boca abajo, con los codos apuntando hacia el techo e incapaz de moverse.

»Lenta y pausadamente, Akasha le pisó la parte posterior de la rodilla derecha, aplastándola bajo su poderoso pie hasta que la sangre asomó debajo de su talón. Y con el siguiente paso le aplastó la pelvis mientras él lanzaba un rugido como un fiero, y la sangre brotó a borbotones de la zona destrozada. El pie de Akasha descendió después sobre su hombro y, por último, sobre su cabeza, que estalló bajo su peso como si fuera una bellota. La sangre manó de lo que quedaba del Viejo, cuyos restos seguían retorciéndose.

»Akasha se volvió y no advertí en ella el menor cambio de expresión, como si no diera la menor importancia a lo que había hecho con él. Parecía indiferente incluso a aquel solitario y aterrado testigo de lo sucedido, encogido de miedo contra la pared. La vi caminar arriba y abajo sobre los restos del Viejo con el mismo paso lento y fácil aplastándolos hasta convertirlos en un absoluto amasijo.

»Lo que quedaba de él no era ni siquiera una forma humana, sino una mera masa sanguinolenta sobre el suelo, pero ésta seguía palpitando y burbujeando, seguía hinchándose y contrayéndose como si aún hubiera vida en ella.

»Me quedé petrificado al comprender que, en efecto, aquellos restos aún seguían vivos y que era aquello lo que podía significar la inmortalidad.

»Pero Akasha había dejado de pisar los restos y se volvió hacia la izquierda con la misma lentitud con que lo haría una estatua sobre un torno. Levantó una mano y la lámpara que tenía junto al lecho se alzó, voló por los aires y cayó sobre la masa sanguinolenta. La llama prendió rápidamente el aceite en la caída.

»Los restos del Viejo se encendieron como si fueran grasa. Las llamas danzaban de un extremo a otro de la masa oscura, la sangre parecía alimentar el fuego, y el humo era acre, aunque sólo despedía el olor del aceite.

»Yo estaba de rodillas, con la cabeza contra el costado del umbral de la puerta, más cerca de perder el conocimiento de puro espanto que en ningún momento de mi vida. Contemplé cómo el Viejo ardía hasta quedar reducido a nada. Y vi a Akasha en pie, al otro lado de las llamas, sin mostrar en su rostro el más leve rastro de inteligencia, de triunfo o de voluntad.

«Contuve la respiración, esperando que sus ojos se volvieran hacia mí. Pero no lo hicieron. Y, mientras el momento se prolongaba y el fuego empezaba a morir, me di cuenta de que Akasha había dejado de moverse. Había regresado al estado de absoluto silencio y quietud que todos los demás habían considerado natural en ella.

»La estancia había quedado a oscuras. El fuego se había consumido. El olor del aceite quemado me produjo náuseas. Con el sudario desgarrado, Akasha parecía un fantasma egipcio, inmóvil ante las brasas resplandecientes. El mobiliario dorado que brillaba a la luz del cielo guardaba, pese a su aire romano, cierto parecido a los delicados objetos de una cámara mortuoria para reyes.

»Me puse en pie y noté el dolor lacerante en el hombro y el brazo. Me di cuenta de que la sangre corría ya a curar la herida, pero ésta era considerable. No supe cuánto tiempo tardaría en sanar.

»Sí sabía, en cambio, que, si bebía de ella, la curación sería mucho más rápida, casi instantánea, y podríamos emprender viaje y dejar Alejandría aquella misma noche. Yo me encargaría de llevarla muy lejos de Egipto.

«Entonces advertí que era ella quien me estaba diciendo tales cosas. Sus palabras, lejanísimas, llegaban hasta mí y yo las absorbía sensualmente.

»Y respondí a su propuesta: *He viajado por todo el mundo y te llevaré a lugares seguros*. Pero una vez más pensé que tal vez aquel diálogo era sólo producto de mi imaginación y que me estaba volviendo completamente loco, consciente de que aquella pesadilla no terminaría nunca jamás, si no era en fuegos como aquél, consciente de que ni la vejez ni la muerte natural acallarían nunca mis temores ni calmarían mis dolores, como un día había esperado que sucedería.

»Pero también eso dejó de importar. Lo importante era que estaba a solas con ella y que, en aquella oscuridad, Akasha hubiera podido ser una mujer mortal, una joven diosa humana llena de vitalidad y de deliciosas palabras, ideas y sueños.

»Me acerqué más a ella y me pareció entonces que era, en efecto, esa criatura dócil y complaciente. Y una voz interior me dijo que sabía algo de ella, algo que esperaba ser recordado, ser disfrutado. Pero tuve miedo. Akasha podía hacerme lo mismo que al Viejo. No: era absurdo. No lo haría. Ahora, yo era su guardián y ella jamás consentiría que nadie me hiciera daño. No. Debía tenerlo presente. Y me aproximé más y más, hasta que mis labios casi rozaron su cuello bronceado, y todo quedó decidido cuando noté la presión firme y fría de su mano en mi nuca.

»No intentaré describir el éxtasis que sentí, pues ya lo conoces. Lo experimentaste al tomar la sangre de Magnus. Y volviste a conocerlo cuando te di la sangre en El Cairo. Lo experimentas cada vez que matas, y entenderás a qué me refiero si te digo que era esa misma sensación, pero mil veces más intensa.

»No vi ni oí ni sentí nada salvo una felicidad completa, una satisfacción absoluta.

»Me encontré en otros lugares, en otros salones de hace mucho tiempo, y se oían voces y se estaban perdiendo batallas. Alguien lanzaba gritos agónicos. Alguien gritaba palabras que reconocí y no reconocí: *No comprendo. No comprendo*. Se abrió un gran pozo de oscuridad y llegó la invitación a caer y caer, y ella suspiró y dijo: *No puedo seguir luchando*.

«Entonces desperté, y me encontré acostado en el lecho. Akasha seguía en el centro de la alcoba, inmóvil como antes; la noche estaba ya avanzada, y la ciudad de Alejandría, dormida, murmuraba a nuestro alrededor.

»Y conocí multitud de cosas más.

»Conocí tantas cosas que, si me hubiesen sido confiadas en palabras mortales, habría necesitado horas, si no días, para escucharlas. Y no tenía la menor idea del tiempo que había transcurrido.

»Supe que miles de años antes había habido grandes disputas entre los Bebedores de la Sangre y que, desde su primera creación, muchos de ellos se habían convertido en crueles e irreverentes portadores de muerte. Al contrario que los benignos amantes de la Buena Madre que ayunaban y luego bebían los sacrificios destinados a ella, esos otros eran ángeles de la muerte que podían caer sobre cualquier víctima en cualquier momento, exultantes en el convencimiento de ser parte del ritmo de todas las cosas en el cual ninguna vida humana individual tiene importancia, en el cual la vida y la muerte son iguales..., y de estar en su derecho de causar muertes y sufrimientos como les viniera en gana.

»Y esos dioses terribles contaban con sus devotos adoradores entre los hombres, con esclavos humanos que les proveían de víctimas y temblaban de pavor en el momento en que ellos mismos caían bajo el capricho del dios.

»Dioses de ese género habían reinado en la antigua Babilonia y en Asiria, y en ciudades olvidadas desde hacía mucho tiempo, y en la India remota y en países cuyos nombres no entendí.

»Y ya entonces, allí tendido en el lecho y desconcertado por las imágenes, comprendí que tales dioses habían entrado a formar parte de aquel mundo de Oriente que era ajeno al orbe romano en el que yo había nacido. Eran parte del mundo de los persas, cuyos hombres eran abyectos esclavos de su rey, en tanto que los griegos que les habían combatido eran hombres libres.

»Pese a todas las crueldades y excesos, incluso el campesino más humilde tenía un valor para los romanos. La vida tenía un valor entre nosotros. Y la muerte no era más que el fin de la vida, un hecho

que debía afrontarse con valentía cuando el honor no dejaba otra opción. Para nosotros, no había grandeza en la muerte. De hecho, no creo que la muerte fuera nada especial para un romano. Desde luego, no era un estado preferible a la vida.

»Y aunque Akasha me había revelado la existencia de tales dioses en todo su esplendor y misterio, los encontré repulsivos. Ni entonces ni nunca podría aceptarlos y tuve la certeza de que las filosofías que procedían de ellos o les justificaban, jamás serían la excusa de las muertes que yo causara, ni me proporcionarían consuelo como Bebedor de la Sangre. Mortal o inmortal, yo pertenecía a Occidente y me gustaban las ideas de Occidente. Y debería sentirme siempre *culpable* de mis actos.

»Con todo, fui testigo del poder de esos dioses, de su incomparable atractivo. Gozaban de una libertad que yo no conocería nunca. Y vi su desprecio hacia todos los que les retaran. Y los vi llevar sus radiantes coronas en el panteón de otros países.

»Los vi acudir a Egipto para robar la sangre original y todopoderosa del Padre y de la Madre, y para cerciorarse de que el Padre y la Madre no se quemaban a sí mismos para poner fin al reinado de aquellos dioses oscuros y terribles cuyo objetivo era acabar con todos los dioses benéficos.

»Y vi a la Madre y al Padre hechos prisioneros, encerrados en una cripta subterránea, incrustados en unos bloques de diorita y granito comprimidos contra sus cuerpos que sólo dejaban al descubierto sus rostros y sus cuellos. De esta manera, los dioses siniestros pudieron introducir en la Madre y el Padre la sangre humana que éstos no podían soportar y, contra la voluntad de ambos, tomar de sus cuellos la poderosa sangre. Y todos los dioses oscuros del mundo acudieron a beber de aquélla, la más antigua de las fuentes.

»El Padre y la Madre lanzaban gritos de sufrimiento y suplicaban que les liberasen, pero nada de ello afectaba a los dioses oscuros, que se regocijaban ante aquella agonía y la disfrutaban como si bebieran sangre humana. Los dioses oscuros llevaban cráneos humanos colgados de la cintura, y sus ropas estaban teñidas de sangre humana. La Madre y el Padre rechazaron los sacrificios, pero eso sólo hizo que aumentara su impotencia. Se negaron a ingerir la misma sustancia que les habría proporcionado la fuerza suficiente para mover las piedras y para desplazar los objetos con el simple pensamiento.

»No obstante, pese a todo, su fuerza aumentó.

»Transcurrieron años y años de aquel tormento, de guerras entre los dioses, de combates entre sectas de adeptos a la vida y de partidarios de la muerte. Incontables años hasta que, finalmente, la Madre y el Padre cayeron en el silencio y no quedó nadie en la Tierra que recordara haberles visto suplicar, resistirse o hablar. Llegó un tiempo en que nadie guardaba ya recuerdo de quién había aprisionado a la Madre y al Padre, ni de la razón por la que la pareja no debía ser liberada jamás. Algunos no creían siquiera que la Madre y el Padre fueran los verdaderos, o que su inmolación pudiera perjudicar a nadie más. Eso era sólo una vieja leyenda.

»Y durante todo ese tiempo, Egipto fue Egipto, y su religión, preservada del contacto con otras, evolucionó finalmente hacia la fe en la conciencia y en el juicio después de la muerte de todos los seres, ricos y pobres, y en la existencia del bien en la Tierra y de la vida después de la muerte.

»Entonces, llegó la noche en que la Madre y el Padre fueron encontrados libres de su prisión, y sus cuidadores comprendieron que únicamente ellos habían podido mover las piedras. En silencio, la fuerza de ellos había aumentado por encima de cualquier medida. Sin embargo, permanecían como estatuas, abrazados en medio de la cámara sucia y oscura donde habían permanecido guardados durante siglos. Ambos estaban desnudos y envueltos en un leve resplandor, pues todas sus ropas se habían podrido hacía mucho tiempo.

»Cuando bebían —si lo hacían— la sangre de las víctimas ofrecidas, se movían con la pereza de un reptil en invierno, como si el tiempo hubiera cobrado un sentido absolutamente distinto y, para ellos, un año fuera una noche y un siglo fuera un año.

»Y la antigua religión, ajena tanto a Oriente como a Occidente, siguió tan firme como siempre. Los Bebedores de la Sangre continuaron siendo símbolos benéficos, la imagen luminosa de la vida en el otro mundo que incluso el alma egipcia más humilde podía llegar a disfrutar.

»En esos últimos tiempos, los únicos sacrificios debían ser de malhechores. De este modo, los dioses arrancaron el mal de las gentes y las protegieron, y la voz silenciosa del dios consolaba a los débiles y les contaba las verdades aprendidas por él durante su ayuno: que el mundo estaba lleno de una constante belleza y que ningún alma está realmente sola en él.

»La Madre y el Padre fueron guardados en el más bello de todos los santuarios, y los dioses acudieron a ellos y, con su consentimiento, tomaron de ellos unas gotas *de* su preciosa sangre.

»Pero, por esa época, empezó a suceder lo imposible. Egipto estaba llegando a su fin. Todo lo que se había creído inmutable estaba a punto de ser cambiado por completo. Alejandro Magno había llegado, los Ptolomeos eran los gobernantes, Julio César y Marco Antonio... Todos ellos fueron rudos y extraños protagonistas de aquel drama que era, sencillamente, El Final de Todo Aquello.

»Y, finalmente, llegó el siniestro y cínico Viejo, el inicuo, el frustrado, que había dejado al sol a la Madre y al Padre.

»Me incorporé del lecho y permanecí de pie en mitad de aquella alcoba de Alejandría contemplando la figura de Akasha, inmóvil y de mirada fija, y la tela manchada de tierra que la cubría me pareció un insulto. Y la cabeza me dio vueltas con la vieja poesía. Me sentí rebosante de amor.

»Ya no sentía en mi cuerpo ningún dolor tras la lucha con el Viejo. Los huesos se habían recuperado. Hinqué la rodilla y besé los dedos de la mano derecha de Akasha, que le colgaba al costado. Alcé la mirada y la vi observándome, con la cabeza ladeada, y en su rostro se formó por un instante la expresión más extraña; una expresión que parecía tan pura en su sufrimiento como la felicidad que yo acababa de experimentar. Luego, con gran lentitud, con inhumana lentitud, la cabeza recuperó su posición habitual, mirando al frente, y en aquel instante comprendí que había visto y conocido cosas que el Viejo no había descubierto jamás.

»Mientras envolvía en un nuevo sudario su cuerpo, me sentí en trance. Sentí más que nunca la obligación de cuidar de ella y de Enkil, y el horror de la muerte del Viejo siguió asaltando mi mente a cada instante, y la sangre que me había dado Akasha había acrecentado no sólo mi fuerza física, sino también mi euforia.

«Durante los preparativos para abandonar Alejandría, supongo que acaricié la idea de ver despertar a Enkil y Akasha, de que en los años futuros lograrían recobrar toda la vitalidad de la que fueron privados entonces y nos conoceríamos de forma tan íntima y pasmosa que todos aquellos sueños de conocimiento y experiencia que me proporcionaba la sangre palidecerían a su lado.

»Mis esclavos habían regresado hacía rato con los caballos y los carros para el viaje, los sarcófagos de piedra y las cadenas y candados que les había ordenado traer. Les hice aguardar fuera de la casa, coloqué en el interior de los sarcófagos de piedra los ataúdes con forma de momia que contenían a la Madre y al Padre, los subí al carro, uno junto a otro, y los cubrí con cadenas y candados y gruesas mantas. Después, emprendimos la marcha en dirección a la puerta del templo subterráneo de los dioses, camino de las puertas de la ciudad.

»Cuando llegamos al templo, dejé a mis esclavos con órdenes terminantes de dar la alarma a gritos si alguien se acercaba y, con un saco de cuero en la mano, me adentré en el templo hasta la biblioteca del Viejo. Una vez allí, metí en el saco todos los rollos de papiro que encontré. Cogí hasta el último fragmento de escrito transportable que contenía el lugar, deseando poder llevarme también los grabados de las paredes.

«Percibí la presencia de otros en las cámaras, pero estaban demasiado asustados para salir a la vista. Por supuesto, todos ellos sabían que había robado a la Madre y al Padre. Y, probablemente, conocían la muerte del Viejo.

»No me importaba. Iba a abandonar el viejo Egipto y llevaba conmigo la fuente de nuestro poder. Y era joven, alocado y ardiente.

»Cuando finalmente alcancé Antioquía, la gran y maravillosa ciudad a orillas del Orontes que rivalizaba con Roma en población y belleza, leí todos aquellos papiros y hablaban de todo aquello que Akasha me había revelado.

»Y ella y Enkil tuvieron el primero de los muchos santuarios que iba a construirles a lo largo de toda Asia y Europa, y ellos supieron que yo les cuidaría siempre, y yo supe que ellos no permitirían que me sucediera ningún mal.

»Muchos siglos más tarde, cuando el grupo de los Hijos de las Tinieblas me prendió fuego en Venecia, estaba demasiado lejos de Akasha para que me rescatara, o, de lo contrario, habría acudido en mi ayuda. Y cuando al fin llegué al santuario, conociendo perfectamente la agonía que habían padecido los dioses expuestos al sol, bebí de su sangre hasta que estuve curado.

»Pero, al término del primer siglo que pasé con ellos en Antioquía, ya desesperaba de que alguna vez “volvieran a la vida”. Su inmovilidad y su silencio eran casi tan permanentes como lo son hoy. Sólo la piel cambió visiblemente con el paso de los años, desapareciendo de ella el daño producido por el sol hasta que recuperó su aspecto de alabastro.

»Pero, para cuando me di cuenta de todo esto, ya estaba profundamente dedicado a observar el acontecer de la ciudad y el cambio de los tiempos. Estaba locamente enamorado de una hermosa cortesana griega de cabellos castaños, llamada Pandora, que poseía los brazos más deliciosos que he visto nunca en un ser humano; ella supo qué era yo desde el momento en que puso sus ojos en mí y me



dedicó su tiempo, seduciéndome y deslumbrándome hasta conseguir de mí que la incorporara a la magia, momento en el cual se le permitió beber la sangre de Akasha y convertirse en una de las criaturas sobrenaturales más poderosas que he conocido nunca. Doscientos años pasé con Pandora, amándonos y peleándonos. Pero ésta es otra historia.

»Tengo un millón de historias que podría contarte sobre los siglos que he vivido desde entonces, sobre mis viajes de Antioquía a Constantinopla, de vuelta a Alejandría y a la India, y de allí otra vez a Italia, y de Venecia a las frías tierras altas de Escocia y luego a esta isla del Egeo donde estamos ahora.

»Podría hablarte de los ligeros cambios experimentados por Akasha y Enkil a lo largo de los años, de las cosas desconcertantes que hacen y de los misterios que dejan sin resolver.

»Tal vez una noche del remoto futuro, cuando vuelvas a mí, te hable de los otros inmortales que he conocido, de los que fueron hechos como yo por los últimos de los dioses que sobrevivieron en varias tierras, algunos de ellos servidores de la Madre y otros entre aquellos dioses terribles del Oriente.

»Te hablaré entonces de cómo Mael, mi pobre sacerdote druida, logró beber finalmente la sangre de un dios herido y en ese instante perdió toda su fe en la antigua religión, pasando a convertirse en un inmortal vagabundo, perdurable y peligroso, como cualquiera de nosotros. Te contaré cómo se difundieron por el mundo las leyendas de Los Que Deben Ser Guardados. Y de las veces que otros inmortales han tratado de quitármelos por orgullo o por puro afán de destrucción, en un intento por acabar con todos nosotros.

»Sabrás de mi soledad, de los otros que creé, y del fin que tuvieron. De cómo me refugié en el seno de la tierra con Los Que Deben Ser Guardados y resurgí de ella gracias a su sangre, para seguir viviendo durante varias existencias mortales antes de volver a enterrarme. Te hablaré de los otros verdaderamente eternos a los que sólo veo de vez en cuando, de la última vez que vi a Pandora en la ciudad de Dresde, en compañía de un poderoso y depravado vampiro de la India, y de cómo se pelearon y se separaron, y de cómo encontré demasiado tarde una carta suya en la que me rogaba que acudiera a verla en Moscú, un frágil pedazo de papel que había caído al fondo de una bolsa de viaje repleta de cosas. Demasiadas cosas, demasiadas historias, historias con moraleja y sin ella...

»Pero ya te he contado las más importantes: cómo entré en posesión de Los Que Deben Ser Guardados, y quiénes somos realmente.

»Y, ahora, lo fundamental es que comprendas bien esto:

»Cuando el Imperio Romano llegó a su fin, todos los viejos dioses del mundo pagano fueron considerados demonios por el Cristianismo dominante. Con el paso de los siglos, fue inútil decirles que su Cristo no era más que otro Dios de los Bosques, que moría y resucitaba igual que habían hecho Dioniso y Osiris antes que él, y que la Virgen María era, en realidad, una advocación más de la Buena Madre. La suya era una nueva era de fe y convicción y en ella nos convertimos en demonios, fuimos apartados de sus creencias igual que el antiguo conocimiento fue olvidado o mal interpretado.

»Pero así había de suceder. Los sacrificios humanos habían horrorizado a los griegos y romanos. Yo mismo, como te he contado, había considerado espantoso que los celtas quemaran sus malhechores al

dios en los colosos de madera. Lo mismo pensaron los cristianos. Entonces, ¿cómo podíamos ser considerados “buenos” nosotros, dioses que nos alimentábamos de sangre humana?

»Pero la auténtica corrupción de nuestra naturaleza llegó cuando los Hijos de las Tinieblas se convencieron de que, efectivamente, servían a ese demonio cristiano y, al igual que los dioses terribles de Oriente, trataron de dar valor al mal, de creer en su poder en el desarrollo de las cosas, y quisieron concederle un lugar adecuado en el mundo.

»Atiende bien a lo que te digo: *Nunca ha existido un lugar adecuado para el mal en el mundo de Occidente*. Jamás ha existido una aceptación fácil de la muerte.

»Por violentos que hayan sido los siglos desde la caída de Roma, por terribles que hayan sido las guerras, las persecuciones y las injusticias, el valor otorgado a la vida humana no ha hecho sino aumentar.

«Incluso la Iglesia ha erigido estatuas y cuadros de su Cristo ensangrentado y de sus mártires torturados, manteniendo la creencia de que tales muertes, tan bien usadas por los fieles, sólo podían haber venido de manos de enemigos, y no de los propios sacerdotes divinos.

»Es la creencia en el valor de la vida humana lo que ha causado que la cámara de torturas y la hoguera y los métodos de ejecución más horribles hayan sido abandonados en toda Europa en la época actual. Y es esa fe en el valor de la vida humana lo que arranca hoy al hombre de la monarquía para proclamar la república en América del Norte y en Francia.

»Y, así, estamos de nuevo en el punto álgido de una era atea, una era en que la fe cristiana está perdiendo su dominio, como el paganismo perdió un día el suyo, sólo para seguir desarrollando el viejo rito en una nueva forma. Quizá surja ahora una nueva religión. Tal vez el hombre, sin ella, se hunda en el cinismo y el egoísmo porque tiene verdadera necesidad de sus dioses.

»Pero tal vez suceda algo más maravilloso: que el mundo avance de verdad, que deje atrás todos los dioses y diosas, todos los ángeles y demonios. En un mundo así, Lestat, nos quedará menos sitio del que hemos tenido nunca.

»Todas las historias que te he contado son, finalmente, tan inútiles como ese antiguo conocimiento lo es para el hombre y para nosotros mismos. Sus imágenes y su poesía pueden ser hermosas. Puede causarnos escalofríos con la constancia de cosas que siempre habíamos sospechado o sentido. Puede remontarse a tiempos en que la Tierra era nueva para el hombre, y llena de prodigios. Pero siempre volvemos a cómo es la Tierra ahora.

»Y, en este mundo, el vampiro sólo es un Dios Oscuro. Es un Hijo de las Tinieblas. No puede ser otra cosa. Y si ejerce algún poder de seducción sobre la mente de los hombres, se debe sólo a que la imaginación humana es un lugar secreto de recuerdos primitivos y deseos inconfesados. La mente de cada hombre es un Jardín Salvaje, por usar tus palabras, en el que surge y desaparece todo tipo de criaturas, en el que se cantan himnos y se imaginan cosas que, finalmente, deben ser condenadas y reprobadas.

»Pero los hombres nos aman cuando llegan a conocernos. Nos aman incluso hoy. A las gentes parisinas les encanta lo que ven en el escenario del Teatro de los Vampiros. Y los que han visto tu figura

caminando por las salas de bailes del mundo, el pálido y mortal señor de la capa de terciopelo, te han adorado a su manera.

»Se estremecen de emoción ante la posibilidad de la inmortalidad, ante la posibilidad de que un ser hermoso y espléndido pueda ser absolutamente perverso, pueda percibir y conocer todas las cosas y, pese a ello, escoger voluntariamente dar satisfacción a su oscuro apetito. Tal vez desean poder ser esa criatura exquisitamente maléfica. Qué sencillo parece todo. Y es esa sencillez lo que buscan.

»Pero concédeles el Don Oscuro y sólo uno entre una multitud no se sentirá tan desdichado como tú.

»¿Qué puedo decir, finalmente, que no confirme tus peores temores? He vivido más de dieciocho siglos y te aseguro que la vida no nos necesita. Nunca he tenido un verdadero objetivo. No existe ningún lugar para nosotros.»

Marius hizo una pausa.

Apartó la vista de mí por primera vez y la volvió hacia el cielo, más allá de las ventanas, como si escuchara unas voces en la isla que yo no podía oír.

—Tengo algunas cosas más que decirte —anunció—, cosas importantes, aunque no son más que cuestiones prácticas... —Se distrajo unos momentos—. Y están las promesas que debo exigir... —añadió por último.

Tras esto, quedó en silencio, con una expresión en el rostro muy similar a la de Akasha y Enkil.

Había mil preguntas que quería hacerle. Pero, más importante tal vez, había mil frases pronunciadas por él que quería repetir, como si tuviera que decirlas en voz alta para entenderlas del todo. Si decía algo, seguro que serían incoherencias.

Apoyé la espalda en el frío brocado del sillón, con las manos juntas y los dedos apuntando hacia arriba, y fijé la vista delante de mí, como si su narración estuviera desplegada allí para permitirme releerla. Pensé en la veracidad de sus afirmaciones sobre el bien y el mal, y en lo que me habría horrorizado y disgustado que intentara convencerme de que la filosofía de aquellos dioses terribles de Oriente era legítima, de que podíamos, de algún modo, vanagloriarnos de lo que hacíamos.

Yo también era hijo de Occidente y toda mi breve existencia había luchado con la incapacidad occidental para aceptar el mal y la muerte.

Pero, por debajo de todas estas consideraciones, subsistía el hecho abrumador de que Marius podía aniquilarnos a todos destruyendo a Akasha y a Enkil. Marius podía quemar a todos y cada uno de los vampiros que existíamos si exponía al fuego a Akasha y a Enkil, y con ello libraría al mundo de una vieja, decrepita e inútil forma de maldad. O así parecía.

Y estaba el horror de los propios Akasha y Enkil... ¿Qué podía decir a esto, sino que también yo había notado el primer destello de aquello que una vez había sentido Marius: que podría despertarles, que podría hacerles hablar otra vez, que conseguiría hacerles moverse. O, más exactamente, al verles había tenido la sensación de que alguien debía y podía hacerlo. Alguien podía acabar con su sueño de ojos abiertos.

¿Y qué serían, si alguna vez volvían a caminar y a hablar? Una pareja de antiguos monstruos egipcios. ¿Qué harían?

De pronto, vi seductoras ambas posibilidades: despertarlos o destruirlos. Ambas ideas eran tentadoras. Deseé penetrar y comunicarme con ellos, pero comprendí la irresistible locura de querer destruirlos. De salir con ellos a una luz cegadora que se llevara consigo a toda nuestra raza condenada.

Ambas opciones tenían que ver con el poder. Y con el triunfo sobre el paso del tiempo.

—¿No sientes nunca tentaciones de hacerlo? —pregunté, y en mi voz había dolor. Me pregunté si me escucharían desde su profunda cripta.

Marius volvió en sí de su atenta escucha, me miró y movió la cabeza. No.

—¿Aunque sepas mejor que nadie que no hay lugar para nosotros?

De nuevo, sacudió la cabeza. No.

—Soy inmortal —declaró—, *verdaderamente* inmortal. Para ser completamente sincero, si existe algo que pueda matarme ahora, no sé qué pueda ser. Pero no se trata de eso. Yo deseo continuar. Ni siquiera pienso en lo contrario. Soy una conciencia continuada en mí mismo, la inteligencia que añoré durante tantos años cuando era mortal, y sigo tan amante como siempre del gran progreso de la humanidad. Quiero ver qué sucede ahora que el mundo ha vuelto a cuestionarse sus dioses. ¡Bah!, no me dejaría convencer para cerrar los ojos en esta época por ninguna razón.

Asentí, comprensivo.

—Pero no sufro lo que tú —continuó—. Incluso en ese bosque de las Galias donde fui convertido en esto, yo no era joven. Desde entonces he estado solo, he conocido casi la locura, y una angustia indescriptible, pero jamás he sido inmortal y joven a un tiempo. He hecho una y otra vez lo que a ti aún te queda por hacer..., lo que deberá apartarte de mí muy pronto.

—¿Apartarme? Pero yo no quiero...

—Tendrás que irte, Lestat —insistió él—. Y muy pronto Acornó he dicho. No estás preparado para quedarte aquí conmigo. Esta es una de las cosas más importantes que me quedaban por decirte y tienes que prestarle la misma atención que cuando escuchabas el resto del relato.

—Marius, no puedo imaginar dejarte ahora. Ni siquiera...

De pronto, sentí cólera. ¿Por qué me había llevado allí, para echarme ahora? Recordé las advertencias de Armand, de que sólo encontrábamos comunión con los antiguos, no con los creados por nosotros. Y yo había encontrado a Marius. Pero esto eran meras palabras que no alcanzaban a tocar mis sentimientos más profundos, el súbito abatimiento y el temor a la separación.

—Escúchame —dijo él con suavidad—. Antes de que los galos me raptaran, yo había gozado de una buena vida, más larga que la de muchos hombres por aquellos tiempos. Y, después de llevarme de Egipto a Los Que Deben Ser Guardados, volví a llevar en Antioquía, durante muchos años, la existencia propia de un estudioso romano. Tuve una casa, esclavos y el amor de Pandora. Teníamos una vida en la ciudad y éramos espectadores de cuanto sucedía. Y, gracias a haber desarrollado esa vida, tuve la fuerza necesaria para vivir otras a continuación. Tuve las energías precisas para convertirme en parte del mundo veneciano, como bien sabes. Y para gobernar esta isla como lo hago. Tú, como tantos que terminan en el fuego o expuestos al sol en poco tiempo, has carecido de una auténtica vida en tus años de mortal.

»Como joven mortal, apenas saboreaste la vida real durante seis meses en París. Como vampiro has sido un merodeador, un intruso que hechizaba casas y otras vidas en tu vagar de sitio en sitio.

»Si quieres sobrevivir, es preciso que vivas una existencia completa lo antes posible. No hacerlo podría representar perderlo todo, caer en la desesperación, enterrarse de nuevo y no volver a salir nunca más. O, peor aún...

—Lo comprendo. Lo deseo —le interrumpí—. Y, sin embargo, en París me ofrecieron esa existencia, cuando me propusieron que me quedara en el Teatro, no pude aceptarla.

—No era el lugar adecuado para ti. Además, el Teatro de los Vampiros es un aquelarre, una reunión de vampiros. No es el mundo real, como tampoco lo es esta isla donde me refugio. Además, allí te habían sucedido demasiados horrores.

»En cambio, en este desconocido Nuevo Mundo al que te diriges, en esa pequeña ciudad bárbara llamada Nueva Orleans, podrás incorporarte al mundo mejor que en ninguna parte. Podrás establecerte como un mortal, igual que tantas veces has intentado hacer en tus andanzas con Gabrielle. Allí no habrá viejas asambleas que te molesten, ni vampiros clandestinos que traten de eliminarte por puro miedo. Y cuando crees a otros, cosa que harás, movido por tu soledad, créalos y consévalos lo más humanos que puedas. Mantenlos cerca de ti como miembros de una familia, no como miembros de una de estas asambleas, y comprende la época en que vives, el transcurso de las décadas. Fíjate en el estilo de las prendas que adornan tu cuerpo, en la decoración de la morada donde pases tus horas de ocio, en el lugar donde buscas tus presas. ¡Ten siempre presente qué significa percibir el paso del tiempo!

—Sí, y sentir el dolor de ver morir las cosas... —añadí. Era todo aquello contra lo que me había prevenido Armand.

—Desde luego. Estás hecho para triunfar sobre el tiempo, no para huir de él. Y sufrirás en tu corazón por tener que guardar el secreto de tu condición de monstruo y por tu obligación de dar muerte. Quizá trates de alimentarte sólo de malhechores para aplacar tu conciencia, y tal vez lo consigas, o tal vez no, pero puedes llegar muy cerca de la vida, a condición, solamente, de que mantengas el secreto de lo que eres. Estás creado para rondar cerca de los mortales, como tú mismo dijiste una vez a los miembros de la vieja asamblea de vampiros de París. Estás hecho a imitación del hombre.

—Lo deseo. Lo quiero de verdad...

—Entonces, sigue mis consejos. Y ten presente una cosa más: la eternidad no es otra cosa, en realidad, que el desarrollo de una vida humana detrás de otra. Por supuesto, puede haber largos períodos de retiro, períodos de adormecimiento o de mera contemplación. Pero una y otra vez nos lanzamos a la corriente y nadamos en ella todo el tiempo que podemos, hasta que el tiempo o la tragedia nos hunde como hace con los mortales.

—¿Volverás a hacerlo tú? ¿Dejarás algún día este retiro y te lanzarás a la corriente?

—Rotundamente, sí. Cuando se presente el momento oportuno. Cuando el mundo vuelva a ser tan interesante que me resulte irresistible. Entonces recorreré las calles de las ciudades. Tomaré un nombre. Haré cosas.

—¡Entonces, ven ahora, conmigo!

¡Ah!, el eco doloroso de las palabras de Armand. Y de la vana súplica de Gabrielle, diez años después.

—Es una invitación más tentadora de lo que supones —respondió Marius—, pero te causaría un gran perjuicio si te acompañara. Me interpondría entre el mundo y tú. No podría evitar hacerlo.

Moví la cabeza y aparté la vista, lleno de amargura.

—¿Quieres continuar adelante? —preguntó él entonces—. ¿O prefieres que se cumplan las predicciones de Gabrielle?

—Quiero continuar —declaré.

—Entonces, debes irte. Dentro de un siglo, tal vez menos, nos encontraremos de nuevo. Yo no estaré en esta isla. Me habré llevado a Los Que Deben Ser Guardados a otra parte, pero, dondequiera que estemos los dos, te encontraré. Y entonces seré yo quien no querrá alejarse de ti. Seré yo quien te suplique que te quedes. Me deleitará tu compañía, tu conversación, el simple hecho de verte, tu resistencia y tu arrojo, y tu ausencia de fe en nada..., todas las cosas de ti que ya amo con demasiada intensidad.

Apenas pude escuchar todo aquello sin que mis emociones se desbordaran. Quise suplicarle que me permitiera quedarme.

—¿No puede ser ahora? ¿Es absolutamente imposible? —inquirí—. ¿No puedo prescindir de vivir esa existencia?

—No. Es totalmente imposible —respondió—. Podría contarte historias eternamente, pero no son un sustituto para la vida. Ya lo he intentado con otros, créeme, pero nunca lo he conseguido. No puedo enseñar lo que se aprende en una vida. No debería haber tomado a Armand siendo tan joven, y sus siglos de locura y sufrimiento son, aun hoy, una penitencia para mí. Le hiciste un favor enviándole al París de este siglo, pero me temo que ya sea demasiado tarde para él. Créeme, Lestat, cuando te digo que así han de ser las cosas. Tienes que vivir esa existencia porque quienes se ven privados de ella dan vueltas sin encontrar satisfacción hasta que, finalmente, han de vivirla en cualquier parte o ser destruidos.

—¿Y Gabrielle?

—Gabrielle tuvo su vida; hasta tuvo su muerte, casi... Posee la fuerza suficiente para regresar al mundo cuando quiera, o para vivir indefinidamente al margen de él.

—¿Y tú crees que regresará alguna vez?

—Lo ignoro —contestó Marius—. Gabrielle desafía mi comprensión. No mi experiencia, pues es demasiado parecida a Pandora... Pero tampoco comprendí nunca a Pandora. Lo cierto es que la mayoría de las mujeres son débiles, sean mortales o inmortales. Pero cuando son fuertes, resultan absolutamente impredecibles.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos un instante. No quería pensar en ella. Gabrielle se había ido, no importaba lo que habláramos allí.

Y, con todo, aún no podía aceptar la necesidad de irme. Aquello me parecía un Edén. Sin embargo, no insistí. Sabía que Marius había tomado una resolución y también sabía que no me obligaría por la fuerza. Me permitiría empezar preocupándome de mi padre mortal y acudir a él a decirle que debía marcharme. Me quedaban unas cuantas noches.

—Sí —respondió con suavidad—. Y aún hay algunas cosas que puedo decirte.

Abrí los ojos de nuevo. Marius me miraba, paciente y afectuoso. Noté el dolor del amor con la misma fuerza que lo había sentido por Gabrielle. Advertí las lágrimas inevitables e hice cuanto pude por contenerlas.

—Has aprendido mucho de Armand —dijo con voz serena, como para ayudarme en aquella pequeña lucha silenciosa—. Y has aprendido mucho más por ti mismo. Pero aún quedan algunas cosas que puedo enseñarte.

—Sí, por favor —dije.

—Bien, es cierto que tus poderes son extraordinarios, pero no esperes que los que tú crees en los próximos cincuenta años serán tan espléndidos como tú o como Gabrielle. Tu segunda criatura no posee la mitad de las fuerzas que Gabrielle, y los que vayas creando poseerán aún menos. La sangre que yo te he dado marcará cierta diferencia. Y si bebes..., si bebes de Akasha y de Enkil, cosa que puedes decidir no hacer..., eso también marcará cierta diferencia. Pero no importa, porque uno de nosotros puede sólo crear tal número de criaturas en un siglo. Y tu nueva descendencia será débil, aunque tal cosa no es necesariamente mala. La regla de las antiguas asambleas acertaba al proclamar que la fuerza llegaría con el tiempo. Y también es cierta esa otra vieja verdad: tanto puedes crear titanes como imbéciles, nadie sabe por qué ni cómo.

«Sucederá lo que deba suceder, pero escoge a tus compañeros con cuidado. Escógeles porque te guste mirarles, y oír el sonido de su voz, y porque posean profundos secretos que desees conocer. En otras palabras, escógeles porque les ames. De lo contrario, no podrás soportar su compañía durante mucho tiempo.

—Comprendido —dije—. Crearlos con amor.

—Exacto, crearlos con amor. Y asegurarse de que han vivido bastante tiempo, antes de crearlos; y nunca jamás crear a nadie tan joven como Armand. Éste es el peor crimen que he cometido nunca contra mi propia especie, la creación de ese joven Armand.

—¡Pero tú no sabías que los Hijos de las Tinieblas aparecerían cuando lo hicieron, y te separarían de él!

—Es cierto, pero, aun así, debería haber esperado. Fue la soledad lo que me impulsó a hacerlo. Y el desamparo de Armand, el hecho de que su vida mortal estuviera en mis manos de manera tan absoluta. Recuerda, guárdate de ese poder y del que tienes sobre los que están agonizando. La soledad que llevamos dentro, junto a esta sensación de poder, pueden ser tan fuertes como la sed de sangre. Si no hubiera un Enkil, no habría una Akasha; si no existiera una Akasha, no existiría un Enkil.

—Sí. Y, por lo que has contado, parece que Enkil envidia a Akasha. Que es Akasha quien, de vez en cuando...

—Sí, es cierto. —De repente, su expresión se hizo muy sombría y en sus ojos apareció un aire de confidencialidad como si estuviéramos hablándonos en susurros y temiéramos que alguien nos oyera. Marius esperó un momento como si buscara qué decir—. ¿Quién sabe qué podría hacer Akasha si no tuviera a Enkil para contenerla? —murmuró—. ¿Y por qué finjo creer que él no puede oír lo que digo desde el mismo instante en que lo pienso? ¿Por qué estoy hablando en susurros? El puede destruirme



en el momento en que lo desee. Tal vez Akasha es lo único que le reprime de hacerlo. Pero, al mismo tiempo, ¿qué sería de ellos si Enkil se deshiciera de mí?

—¿Por qué se dejaron quemar por el sol? —quise saber.

—¿Cómo podemos saberlo? Tal vez sabían que no les haría daño, que sólo dañaría a quienes les habían hecho aquello. Quizás, en el estado en que viven, tardan más tiempo en percibir lo que sucede fuera de ellos y no tuvieron tiempo de juntar fuerzas, de despertar de sus sueños y ponerse a salvo. Quizá sus movimientos después de lo sucedido, los movimientos de Akasha que yo presencié, sólo fueron posibles porque el sol les había despertado. Y ahora vuelven a dormir con los ojos abiertos. Y vuelven a soñar. Y ya no beben más.

—¿Qué has querido decir con eso de..., de si *decido* beber su sangre? ¿Cómo podría escoger otra cosa?

—Es algo que debemos pensar más detenidamente, los dos juntos —me dijo—. Y siempre existe la posibilidad de que no te permitan beber de ellos.

Me estremecí al pensar en uno de aquellos brazos golpeándome y mandándome a diez metros de distancia en medio de la cripta, o incluso aplastándome contra el suelo de piedra.

—Ella ha pronunciado tu nombre, Lestat —continuó Marius—. Creo que te dejará beber. Pero si tomas su sangre, serás aún más fuerte de lo que eres ahora. Unas cuantas gotas te darán vigor, pero, si ella te da más que eso, si te da una medida entera, apenas habrá en la Tierra fuerza que pueda destruirte. Tienes que estar seguro de lo que quieres.

—¿Por qué no iba a quererla? —insistí.

—¿Quieres ser reducido a cenizas y seguir viviendo en perpetua agonía? ¿Quieres ser atravesado por mil cuchillos, recibir disparo tras disparo, y continuar viviendo como un pellejo hecho trizas que no puede valerse por sí mismo? Créeme, Lestat, puede ser algo terrible. Incluso puedes quedar expuesto al sol y seguir viviendo, quemado e irreconocible, deseando, como los antiguos dioses en Egipto, poder estar muerto.

—Pero, ¿no curaré más deprisa?

—No necesariamente. No sin otra infusión de la sangre de Akasha cuando te halles en ese estado. El tiempo con su constante medida de víctimas humanas, o la sangre de los antiguos: éstos son los únicos remedios. Pero puedes llegar a desear haber muerto. Piénsatelo con calma.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Bebería de Los Que Deben Ser Guardados, por supuesto. Bebería para ser más fuerte, para estar más cerca de la inmortalidad. Suplicaría de rodillas a Akasha que me lo permitiera y luego me entregaría en sus brazos. Pero es fácil decir estas cosas. Ella nunca me ha rechazado. Nunca me lo ha prohibido, y yo estoy seguro de querer vivir para siempre. Soportaría el fuego otra vez. Soportaría el sol y cualquier clase de sufrimiento con tal de continuar existiendo. Acaso tú no estés tan seguro de desear realmente esa eternidad.

—La quiero —respondí—. Puedo aparentar que me lo pienso, puedo fingirme astuto y sabio mientras lo sopeso, pero ¡qué diablos!, no te iba a engañar, ¿verdad? Hace mucho que sabes cuál sería mi respuesta.

Marius sonrió.

—Entonces, antes de irte, bajaremos a la cripta y allí se lo pediremos humildemente, y veremos qué responde.

—Y, de momento, ¿podrías responderme a algunas cosas más? —le pedí.

Con un gesto, me indicó que preguntara.

—He visto fantasmas —dije—. He visto esos demonios malignos que has descrito. Los he visto poseer mortales y edificios.

—No sé más que tú al respecto. La mayor parte de los fantasmas parecen ser meras apariciones sin conciencia de que están siendo observadas. Jamás le he hablado a un fantasma ni ninguno se ha dirigido a mí. En cuanto a los demonios malignos, no puedo añadir nada a las antiguas explicaciones de Enkil respecto a que están furiosos porque no tienen cuerpo. Pero existen otros inmortales que son más interesantes.

—¿Quiénes son?

—Existen al menos dos en Europa que no han bebido nunca sangre. Pueden caminar tanto de noche como a plena luz del día, tienen cuerpo y son muy fuertes. Tienen el aspecto exacto de los hombres. Hubo uno en el antiguo Egipto, conocido en la Corte como Ramsés el Maldito, aunque no era tan maldito, por lo que sé de él. Su nombre fue borrado de todos los monumentos reales cuando desapareció. Ya sabes que los egipcios solían hacer tales cosas, borrar el nombre igual que daban muerte a la persona. Y no sé qué fue de él. Los viejos papiros no lo dicen.

—Armand me habló de él —intervine—. Armand me dijo que, según las leyendas, Ramsés era un vampiro antiguo.

—No lo es. Pero yo no creí lo que había leído sobre él hasta que vi a los otros con mis propios ojos. Pero tampoco de estos seres conozco nada más. Sólo alcancé a verlos, y mi presencia les llenó de terror y huyeron de mí. Me dan miedo porque caminan bajo el sol. Son seres poderosos y carecen de sangre. ¿Quién sabe lo que pueden hacer? De todos modos, puedes vivir siglos sin encontrarte nunca con ellos.

—Pero, ¿qué edad tienen? ¿Cuánto tiempo llevan existiendo?

—Son muy viejos, probablemente tanto como yo, no sé precisarlo. Viven como hombres ricos y poderosos. Es posible que sean más; tal vez tengan un modo de propagarse, no estoy seguro. Una vez, Pandora dijo que también había una mujer; pero, en esa ocasión, Pandora y yo no conseguimos ponernos de acuerdo en nada acerca de ellos. Ella decía que esos seres habían sido como nosotros, que eran antiguos y habían dejado de beber igual que la Madre y el Padre. Yo no creo que fueran nunca como nosotros. Son otra cosa, sin sangre. No reflejan la luz como nosotros, sino que la absorben. Son un poco más oscuros que los mortales. Y son densos, y fuertes. Puede que nunca los veas, pero te advierto de su existencia. No debes permitir jamás que sepan dónde duermes. Pueden ser más peligrosos que los humanos.

—Pero, ¿realmente son peligrosos los humanos? Les he encontrado muy fáciles de engañar.

—¡Claro que son peligrosos! Los humanos podrían borrarlos de la faz de la Tierra si alguna vez nos conocieran de verdad. Podrían darnos caza de día. No subestimes nunca esa sola ventaja. También en esto, las leyes de la vieja asamblea tienen su razón. Nunca jamás hables de nosotros a los mortales. Nunca le digas a un mortal dónde duermes tú o cualquier otro vampiro. Es una auténtica insensatez pensar que puedes controlar a los mortales.

Asentí, aunque me resultaba muy difícil tener miedo a los mortales. Nunca lo había tenido.

—Ni siquiera el Teatro de los Vampiros de París —me advirtió— expone la menor verdad acerca de nosotros. Sólo juega con los estereotipos populares y el ilusionismo. El público queda completamente engañado.

Me di cuenta de que tenía razón y de que, incluso en las cartas que Eleni me escribía, siempre me obligaba a leer entre líneas y nunca utilizaba nuestros nombres completos.

Y, por alguna razón, aquel secretismo me causaba la misma opresión que siempre me había producido.

Pero me estaba estrujando el cerebro en un intento por descubrir si alguna vez había visto a aquellos seres sin sangre... Lo cierto era que, en tal caso, quizá los habría tomado por vampiros errabundos.

—Hay una cosa más que debo decirte acerca de los seres sobrenaturales —me indicó Marius.

—¿De qué se trata?

—No estoy seguro de ello, pero te diré lo que pienso. Sospecho que cuando nos consumimos, cuando quedamos totalmente destruidos, podemos regresar bajo otra forma. No me refiero ahora al hombre, a una reencarnación humana; no sé nada del destino de las almas humanas. En cambio, nosotros vivimos para siempre, y creo que regresamos.

—¿Qué te lleva a decir tal cosa? —No pude evitar el recuerdo de Nicolás.

—Lo mismo que lleva a los mortales a hablar de reencarnación. Hay algunos que afirman recordar otras vidas. Vienen a nosotros como mortales, afirmando saberlo todo de nuestra raza, haber sido uno de nosotros, y pidiendo recibir de nuevo el Don Oscuro. Pandora fue una de ellos. Sabía muchas cosas y no había explicación para sus conocimientos, salvo tal vez que los imaginaba o los extraía, sin darse cuenta, de mi propia mente. Es una posibilidad real, la de que existan simples mortales con un oído que les permita captar nuestros pensamientos no conscientes.

En cualquier caso, no existen muchos de ellos. Si fueron vampiros, sin duda son sólo algunos de los que han sido destruidos, de modo que los demás tal vez no tienen la fuerza necesaria para regresar, o deciden no hacerlo, ¿quién puede saberlo? Pandora estaba convencida de haber muerto cuando la Madre y el Padre fueron expuestos al sol.

—Dios santo, ¿renacen como mortales y *quieren* volver a ser vampiros?

—Eres joven, Lestat, y te contradices a ti mismo —replicó Marius con una sonrisa—. ¿Qué te parecería, *de verdad*, volver a ser un mortal? Piensa en ello cuando acudas a ver a tu padre mortal.

En silencio, reconocí que estaba en lo cierto. Aun así, no quise renunciar a la idea que me había hecho de la mortalidad en mi imaginación. Quise seguir lamentándome de mi mortalidad perdida. Y supe que mi amor a los mortales estaba ligado al hecho de que no me producían ningún miedo.

Marius apartó la vista, distraído una vez más. Repitió aquel patente gesto de estar escuchando algo. Después, su rostro volvió a concentrarse en mí.

—Lestat, no deben quedarnos más de dos o tres noches —dijo con voz entristecida.

—¡Marius! —susurré yo, conteniendo las palabras que pugnaban por salir de mí.

Mi único consuelo fue la expresión de su rostro, que ahora daba la impresión de no haber parecido inhumano en ningún momento.

—No sabes cuánto deseo que te quedes junto a mí —dijo—, pero la vida está ahí fuera, no aquí. Cuando volvamos a encontrarnos te contaré más cosas, pero, de momento, ya sabes todo lo necesario. Tienes que ir a Luisiana y cuidar de tu padre hasta el final de su vida, y aprender de ello lo que puedas. Yo he visto envejecer y morir a una legión de mortales, y tú a ninguno. Pero créeme, mi joven amigo: deseo desesperadamente que te quedes conmigo. No sabes cuánto lo deseo. Te prometo que, cuando llegue el momento, te encontraré.

—Pero, ¿por qué no puedo yo volver a ti? ¿Por qué tienes que dejar este lugar?

—Ya es tiempo de hacerlo —explicó Marius—. Ya he gobernado demasiado tiempo sobre estas gentes. Empiezo a despertar sospechas y, además, los europeos ya están rondando estas aguas. Antes de venir aquí me ocultaba en la ciudad sepultada de Pompeya, bajo el Vesubio, pero los mortales me echaron de allí cuando empezaron a husmear y excavar los restos. Ahora empieza a suceder lo mismo aquí. Tengo que buscar otro refugio, algo más remoto y con más posibilidades de seguir así. Y con franqueza, no te habría traído aquí si no tuviera pensando abandonar este lugar.

—¿Por qué no?

—Lo sabes muy bien. No puedo permitir que ni tú ni nadie conozca la ubicación de Los Que Deben Ser Guardados. Y eso nos lleva a algo muy importante: las promesas que debo exigirte.

—Las que quieras —asentí—. Pero no sé qué puedes querer de mí que yo pueda darte.

—Una cosa solamente: *Que jamás le cuentes a nadie las cosas que te he revelado*. Que nunca menciones a Los Que Deben Ser Guardados. No cuentes nunca las leyendas de los viejos dioses. No digas nunca a nadie que me has visto.

Moví la cabeza en un gesto solemne de asentimiento. Ya había esperado algo parecido, pero supe, sin pensarlo siquiera, que iba a ser una promesa muy difícil de cumplir.

—Si cuentas aunque sea una parte —añadió Marius—, seguiré otra y, con cada nueva palabra sobre el secreto de Los Que Deben Ser Guardados, aumentarás el riesgo de que se descubra su emplazamiento.

—Es cierto —reconocí—. Pero las leyendas, nuestros orígenes... ¿Qué me dices de las criaturas que yo creé? ¿No puedo revelarles...?

—No. Como acabo de decirte, si cuentas una parte terminarás por contarlo todo. Además, si esas criaturas tuyas son hijas del dios cristiano, si están emponzoñadas con el concepto cristiano del pecado

original, como sucede con Nicolás, estas antiguas leyendas no harán más que enfurecerlas y disgustarlas. Para ellas, la verdad sería un horror inaceptable. Accidentes, dioses paganos en los cuales no creen, costumbres que no pueden comprender... Uno ha de estar preparado para recibir tal conocimiento, por escaso que sea. Es preferible que escuches atentamente sus preguntas y les respondas lo que te parezca más conveniente para dejarlas satisfechas. Y si te encuentras en el caso de que no puedes engañarlas, no les digas nada en absoluto. Procura hacerlas tan fuertes como los hombres sin dios de esta época, pero no olvides mis palabras: las antiguas leyendas, jamás. Yo, y solamente yo, soy quien puede contarlas.

—¿Qué me harás si las difundo? —inquirí.

La pregunta le desconcertó. Perdió el aplomo durante un segundo completo y luego se echó a reír.

—Eres el ser más increíble, Lestat —murmuró—. Pues bien, si las revelas a alguien, puedo hacerte cualquier cosa. Estoy seguro de que lo sabes. Puedo aplastarte bajo mis pies como Akasha hizo con el Viejo. Puedo hacerte arder con el poder de mi mente. Pero no quiero proferir tales amenazas. Quiero que vuelvas a mí, pero no toleraré que estos secretos se conozcan. No quiero que vuelva a caer sobre mí un grupo de inmortales, como sucedió en Venecia. No quiero que nuestra raza me conozca. Nunca jamás, ni deliberada ni accidentalmente, debes enviar a nadie en busca de Los Que Deben Ser Guardados, ni de Marius. No debes mencionar mi nombre a nadie.

—Entendido —asentí.

—¿De veras lo has entendido? —insistió él—. ¿O tendré que amenazarte, después de todo? ¿Tendré que advertirte que mi venganza podría ser terrible y que alcanzaría, además de a ti, a todos los que conocieran esos secretos de tu boca? Ya he destruido a otros de nuestra raza que han venido a buscarme, Lestat. Les he destruido por el mero hecho de conocer las antiguas leyendas y el nombre de Marius, y porque jamás habrían cesado en su búsqueda.

—No puedo soportar lo que dices —murmuré—. Nunca lo revelaré a nadie, te lo juro. Pero tengo miedo de lo que otros puedan leer en mi mente, por supuesto. Tengo miedo de que descubran las imágenes de mi cerebro. Armand podía hacerlo. ¿Qué sucedería si...?

—Tú puedes ocultar esas imágenes. Ya sabes cómo se hace. Puedes pensar otras imágenes que les confundan. Puedes cerrar tu mente. Es una habilidad que ya dominas. Pero dejémonos de amenazas y admoniciones. Siento amor por ti.

Tardé un instante en responder. Mi mente desbocada imaginaba ya todo tipo de posibilidades prohibidas. Finalmente, expresé mis sentimientos en palabras:

—¿No sientes nunca el deseo de contárselo a todos, Marius? Me refiero a si no te tienta dar a conocer la historia a cuantos forman nuestra raza, y conseguir unirlos.

—¡Por Dios santo, no, Lestat! ¿Por qué habría de desear tal cosa? —Marius pareció genuinamente desconcertado.

—Para que pudiéramos tener nuestras propias leyendas; para poder al menos, meditar sobre los misterios de nuestra historia, como hacen los hombres. Para contarnos nuestras mutuas existencias y compartir nuestro poder...

—¿Y unirnos para utilizarlo contra el hombre, como han hecho los Hijos de las Tinieblas?

—No... Así, no...

—En la eternidad, Lestat, las asambleas, grupos y aquelarres son poco comunes. La mayoría de los vampiros son seres solitarios y desconfiados y no les gustan los demás. No tienen más que un par de escogidos compañeros de vez en cuando y protegen sus territorios de caza y su intimidad igual que yo la mía. No querrían unirse y, si lograran vencer la malignidad y la suspicacia que les divide, su encuentro terminaría en terribles luchas por la supremacía como las que, según me reveló Akasha, sucedieron hace miles de años. En esencia, somos seres maléficos. Somos asesinos. Es mejor que sean los mortales quienes se unan en la Tierra, y que lo hagan para obrar el bien.

Reconocí que tenía razón y me avergoncé de la excitación que sentía, de mi debilidad y de mi carácter impulsivo. Sin embargo, otro abanico de posibilidades empezaba ya a obsesionarme.

—¿Qué hay de los mortales, Marius? ¿No has deseado nunca manifestarte ante ellos y contarles toda la verdad?

De nuevo, pareció absolutamente anonadado ante tal pensamiento.

—¿No has querido alguna vez que el mundo nos conociera, para bien o para mal? ¿Siempre te ha parecido preferible vivir en el secreto? —insistí. Marius bajó los ojos un momento y apoyó la barbilla contra el puño apretado. Por primera vez, percibí una comunicación en imágenes surgiendo de él y noté que me había permitido verlas porque no estaba seguro de la respuesta. Marius estaba recordando, y sus evocaciones poseían tal intensidad que mis poderes parecían frágiles, en comparación. Los recuerdos eran de sus primeros días, de cuando Roma dominaba el mundo y él aún no había vivido más tiempo que el de una existencia humana mortal.

—Sé que recuerdas haber querido que se supiera —dije—. Que se hiciera público el monstruoso secreto.

—Tal vez, al principio —reconoció él—, sentí una cierta pasión desesperada por comunicarlo.

—Sí, comunicarlo —repetí, paladeando la palabra. Y recordé aquella lejana noche en el escenario, cuando había causado el espanto del público parisino.

—Pero eso fue en la confusión del principio —continuó Marius en voz baja, hablando para sí mismo. Sus ojos entrecerrados y ausentes parecían mirar a través de los siglos—. Sería una estupidez, una locura. Si la humanidad se convenciera realmente de nuestra existencia, nos destruiría. Y yo no quiero ser destruido. Esos peligros y calamidades no me interesan.

No respondí.

—Tú tampoco sientes la necesidad de revelar estas cosas —añadió en un tono casi tranquilizador.

«Sí que la siento», pensé. Noté sus dedos en el revés de mi mano. No le estaba viendo a él, sino que mis ojos repasaban mi breve pasado: el teatro, mis fantasías de cuentos de hadas. Me sentí paralizado de tristeza.

—Lo que notas es la soledad y la condición de monstruo —apuntó Marius—. Y eres impulsivo y desafiante.

—Tienes razón.

—Pero, dime: ¿de qué serviría revelarle esto a alguien? No hay nadie que pueda otorgar el perdón, la redención. Pensar lo contrario es una fantasía infantil. Date a conocer y serás destruido. ¿Qué conseguirás con ello? El Jardín Salvaje engullirá tus restos en silencio y con toda la fuerza de la vida. ¿Dónde quedan, entonces, la justicia o la comprensión?

Asentí con la cabeza.

Noté que su mano se cerraba sobre la mía. Se puso en pie lentamente y yo le imité, a regañadientes pero obediente.

—Es tarde —dijo con voz suave y los ojos llenos de compasión—. Ya hemos hablado bastante por ahora. Además, debo bajar a ver a mis gentes. Hay problemas en el pueblo cercano, como temía que sucedería. El asunto me llevará todo lo que queda hasta el alba, y parte de mañana por la noche. Es posible que no podamos continuar conversando hasta pasada la medianoche...

Una vez más, se distrajo y, bajando la cabeza, se concentró en la escucha.

—Sí, tengo que marcharme —dijo a continuación, y nos dimos un ligero y relajado abrazo.

Y aunque deseé acompañarle y ver qué sucedía en el pueblo, cómo llevaba a cabo sus asuntos allí, también tuve ganas de buscar mi habitación, contemplar un rato el mar y, finalmente, dormir.

—Cuando despiertes estarás hambriento —me dijo Marius—. Tendré una víctima para ti. Hasta que regrese, ten paciencia.

—Sí, desde luego...

—Y mañana, mientras me esperas, haz lo que quieras en la casa. Los viejos papiros están en las vitrinas de la biblioteca. Puedes consultarlos. Recorre las estancias. El único sitio al que no debes acercarte es el santuario de Los Que Deben Ser Guardados. No debes bajar a la cripta a solas.

Asentí.

Quise hacerle una pregunta más. ¿Cuándo cazaba? ¿Cuándo bebía? Su sangre me había mantenido durante dos noches, tal vez más, pero, ¿cuál le mantenía a él? ¿Había hecho alguna víctima antes de ofrecerme su sangre? ¿Se propondría ahora ir de caza? Tuve la creciente sospecha de que Marius ya no necesitaba la sangre tanto como yo, de que había empezado, igual que Los Que Deben Ser Guardados, a beber cada vez menos el rojo líquido. Y deseé con desesperación saber si tal cosa era cierta.

Pero Marius se iba. La llamada de la gente del pueblo era imperiosa. Le vi salir a la terraza y, de pronto, desapareció. Por un momento pensé que se había desviado a la derecha o a la izquierda detrás de las puertas. Avancé hasta ellas y comprobé que la terraza estaba vacía. Llegué a la barandilla, miré hacia abajo y vi la mota de color de su levita entre las rocas, muy abajo.

«Así que esto es lo que nos espera» pensé: «dejar de sentir la necesidad de la sangre, que nuestros rostros pierdan gradualmente toda expresión humana, poder desplazar objetos con la fuerza de nuestra mente, ser casi capaces de volar. Terminar alguna noche, dentro de miles de años, sentados en absoluto silencio como lo están hoy Los Que Deben Ser Guardados». ¿Cuántas veces, aquella noche, Marius había tenido el mismo aspecto que ellos? ¿Cuánto tiempo pasaría allí sentado, inmóvil, cuando nadie rondaba el refugio?

¿Y qué representaría para él medio siglo, el tiempo durante el cual me disponía a vivir esa existencia de mortal al otro lado del océano?

Di media vuelta, regresé al interior de la casa y acudí a la alcoba que me había indicado Marius. Me senté mirando al mar y al cielo hasta que empezó a llegar la luz. Cuando abrí el pequeño escondite del sarcófago, había en él flores recientes. Me puse el tocado y la máscara de oro, así como los guantes, y me introduje en el sepulcro... Cuando cerré los ojos, aún percibía el olor a flores.

El temible momento estaba llegando. La pérdida de conciencia. Y, al borde de un sueño, oí una risa de mujer. Una risa ligera y sostenida como si la mujer estuviera muy contenta y en mitad de una conversación. Y, justo antes de caer en la inconsciencia, la vi echando la cabeza hacia atrás y dejando al descubierto su blanquísima garganta.



Cuando abrí los ojos, tuve una idea. Me llegó de pronto e, inmediatamente, me obsesionó hasta el punto de que apenas me di cuenta de la sed, de la comezón que sentía en las venas.

«Vanidad», musité para mí. Pero la idea tenía una belleza seductora.

No; mejor olvidarlo. Marius había dicho que me mantuviera lejos del santuario y, además, volvería a medianoche y entonces podría plantearle la idea. ¿Y él, podría...? ¿Podría qué? Mover la cabeza con gesto de tristeza.

Salí de la cámara y, deambulando por la casa, vi que todo seguía como la noche anterior; velas encendidas y ventanas abiertas al suave espectáculo de la luz agonizante. Parecía imposible que pronto tuviera que irme de allí. Y que no fuera a volver nunca, que Marius pensara evacuar aquel lugar extraordinario.

Me sentí apesadumbrado y abatido. Y entonces me llegó la idea.

No hacerlo en presencia de Marius, sino en silencio y en secreto para no sentirme un estúpido. Bajar yo solo.

No. No debía hacerlo. Al fin y al cabo, no serviría de nada. No sucedería nada cuando lo hiciera.

Pero, si así había de ser, ¿por qué no probarlo? ¿Por qué no hacerlo enseguida?

Hice una nueva ronda por la biblioteca y los pasadizos y la sala llena de aves y monos, para continuar luego por otras estancias que aún no había visto.

Pero la idea continuó rondándome la cabeza. Y la sed me irritó, volviéndome un poco más impulsivo, un poco más inquieto, un poco menos capaz de reflexionar sobre todas las cosas que Marius me había contado y lo que significarían con el transcurso del tiempo.

De una cosa estuve seguro: Marius no estaba en la casa. Al final, había husmeado en todas las habitaciones, aunque seguía siendo un secreto el lugar donde dormía. También comprendí que debía haber varias puertas de entrada y salida a la casa que Marius conservaba en secreto.

No me costó volver a encontrar la puerta de la escalera que llevaba hasta Los Que Deben Ser Guardados. Y no estaba cerrada.

Volví al salón de paredes empapeladas y bello mobiliario. Consulté el reloj. Eran sólo las siete; quedaban cinco horas para la medianoche. Cinco horas con aquella sed ardiente. Y la idea..., la idea...

En realidad, no tomé la decisión de hacerlo. Simplemente, volví la espalda al reloj y regresé a mi habitación. Sabía que otros cientos de seres debían haber tenido la misma idea antes que yo. Y Marius había descrito perfectamente el orgullo que había sentido al pensar que él podría despertarlos. Que podría hacerles moverse.

«No» me dije. «Quiero hacerlo aunque no suceda nada, que es precisamente lo que sucederá. Quiero bajar ahí a solas y hacerlo. Tal vez tiene algo que ver con Nicolás, no lo sé. ¡No lo sé!»

Entré en mi cámara y, a la luz que se alzaba del mar, abrí la funda del violín y contemplé el Stradivarius.

Naturalmente, no sabía tocar el instrumento, pero los vampiros somos grandes imitadores. Como me había dicho Marius, poseemos una concentración y unas facultades superiores. Y yo había visto tocar a Nicolás muchas veces.

Tensé el arco y froté las cerdas con un poco de resina, como le había visto hacer.

Sólo un par de noches antes, no habría soportado la idea de tocar aquel objeto. Oírlo habría sido un puro dolor.

Lo saqué de la funda y lo llevé por toda la casa igual que se lo había llevado a Nicolás entre los bastidores del Teatro de los Vampiros. Y, sin pensar siquiera en vanidades, corrí más y más deprisa hacia la puerta de la escalera secreta.

Era como si estuvieran atrayéndome hacia ellos, como si no tuviera voluntad propia. Ahora, Marius no importaba. Nada importaba gran cosa, salvo bajar los peldaños estrechos y húmedos lo más deprisa posible, dejando atrás las ventanas llenas de espuma marina y de luces crepusculares.

De hecho, mi estado de exaltación estaba alcanzando tal intensidad que me detuve de pronto, dudando de que su origen estuviera en mí mismo. Pero debía dejarme de tonterías. ¿Quién podría haberme puesto tal cosa en la cabeza? ¿Los Que Deben Ser Guardados? Esto sí que era auténtica vanidad y, además, ¿acaso sabían aquellas criaturas qué era aquel extraño y delicado instrumento de madera?

El violín emitió un sonido —fue el violín, ¿no?— que nadie en el mundo antiguo había oído; un sonido tan humano y lleno de tan profunda emoción que llevaba a los hombres a considerar aquel instrumento obra del diablo y acusar a sus mejores intérpretes de estar poseídos por él.

Me sentía ligeramente mareado, confuso.

¿Cómo había podido descender tantos peldaños sin recordar que la puerta inferior estaba cerrada por dentro. En quinientos años más, tal vez tendría las fuerzas necesarias para abrir la tranca, pero ahora...

Y, no obstante, continué bajando. Aquellos pensamientos estallaban y se desvanecían con la misma rapidez con que me asaltaban. Volví a estar ardiendo y la sed contribuía a empeorar las cosas, aunque la sed no tenía nada que ver con ello.

Y cuando doblé el último recodo, descubrí que las puertas de la capilla estaban abiertas de par en par. La luz de las lámparas se desparramó por el hueco de la escalera. El aroma de las flores y del incienso se hizo súbitamente abrumador y noté un nudo en la garganta.

Me acerqué un poco más sosteniendo el violín contra el pecho con ambas manos, aunque no supe por qué. Y vi que las puertas del tabernáculo también estaban abiertas, y allí estaban sentados los dos.

Alguien les había traído flores y había colocado los panes de incienso sobre unos platillos dorados.

Penetré en la capilla, contemplé sus rostros y, como la otra vez, me pareció que me miraban directamente.

Blancos, tanto que no fui capaz de imaginármelos bronceados, y con aspecto de ser más duros que las piedras preciosas que lucían. Un brazalete en forma de serpiente en el brazo de la mujer. Varios

collares superpuestos sobre su pecho. Un levísimo atisbo de carne en el pecho del hombre, rebosando sobre el borde de la limpia blusa de lino que vestía.

El rostro de ella era más fino que el del hombre, y su nariz era un poco más larga. Él tenía los ojos más grandes, y los pliegues de la piel los definían con un poco más de precisión. El cabello de ambos, largo y negro, era muy similar.

Yo estaba jadeando, inquieto. De pronto me sentí débil y dejé que el aroma de las flores y del incienso impregnara mis pulmones. La luz de las lámparas brillaba en un millar de reflejos dorados en los murales.

Bajé la vista al violín y traté de recordar mi idea; pasé los dedos por la madera y me pregunté qué les parecería el instrumento.

En un susurro, les expliqué qué era, les dije que quería que lo oyeran sonar, que en realidad no sabía tocarlo pero que iba a intentarlo. Hablaba en una voz tan baja que ni yo mismo podía oírme pero tenía la certeza de que ellos me entenderían, si decidían prestarme atención.

Y me llevé el violín al hombro, lo sujeté bajo la barbilla y levanté el arco. Cerré los ojos y recordé la música, aquella música de Nicolás, la manera en que su cuerpo se movía con ella y sus dedos pisaban las cuerdas con la fuerza de tenazas y el modo en que dejaba que el mensaje se transmitiera desde su alma hasta sus dedos.

Me sumergí en la interpretación; bajo mis yemas, la música subía hasta el aullido para volver a bajar y convertirse en un murmullo. Era una canción; sí, era capaz de crear una canción. Los tonos eran puros y exquisitos y se repetían en las paredes con un estruendo resonante hasta crear ese lamento suplicante que sólo puede producir un violín. Continué tocando furiosamente, moviéndome adelante y atrás, olvidándome de Nicolás, olvidándolo todo menos la sensación de los dedos al caer sobre la caja armónica y la constatación de que era yo quien estaba haciendo aquello, de que estaba saliendo de mí, y que el sonido se alzaba y descendía y rebosaba, cada vez más intenso, mientras yo me volcaba sobre el instrumento con el frenético rasgueo del arco.

Y, al tiempo que tocaba, me descubrí cantando. Tarareando al principio, y luego cantando en voz alta, y todo el oro del pequeño tabernáculo se hizo una mancha confusa. De pronto, me pareció que mi voz se hacía más potente, inexplicablemente fina, y emitía una nota aguda purísima que, me di perfecta cuenta, mi garganta no podía alcanzar. Y, a pesar de ello, allí estaba aquella nota maravillosa, sostenida e inalterable y subiendo todavía más, hasta causarme dolor de oídos. Toqué más fuerte, más frenéticamente, y escuché mis propios jadeos y, de pronto, ¡supe que no era yo quien estaba emitiendo aquella extraña nota aguda!

Si la nota no cesaba, iba a salirme sangre por los oídos. ¡Y no era yo quien la daba! Sin detener la música, sin ceder al dolor que me estaba partiendo en dos la cabeza, miré hacia adelante y vi que Akasha se había levantado y tenía los ojos muy abiertos y la boca en una O perfecta. El sonido procedía de ella, era obra suya, y la vi avanzar por los escalones del tabernáculo hacia mí, con los brazos extendidos y la nota lacerándome los tímpanos como una navaja acerada.

Se me nubló la visión. Oí que el violín caía al suelo de piedra. Noté las manos en los costados de la cabeza. Grité y grité, pero la nota apagaba mi voz.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamaba rugiendo, pero toda la luz había vuelto y Akasha estaba delante de mí con los brazos extendidos al frente.

—¡Oh, Dios, Marius!

Di media vuelta y corrí hacia las puertas, pero éstas se cerraron al instante en mis narices, golpeándome la cabeza con tal fuerza que caí de rodillas. Me puse a sollozar bajo el agudísimo chillido continuo de aquella nota.

—¡Marius, Marius, Marius!

Y, cuando me volví para ver qué me esperaba, vi cómo el pie de Akasha caía sobre el violín, que reventó y se hizo astillas bajo su talón. Pero la nota que salía de ella iba apagándose. La nota se estaba desvaneciendo.

Y me quedé en silencio, ensordecido, incapaz de oír mis propios gritos a Marius, que continué lanzando sin cesar mientras me ponía en pie torpemente.

Un silencio retumbante, un silencio trémulo. Akasha estaba justo delante de mí y sus negras cejas se juntaron delicadamente, sin apenas formar arrugas en su blanquísima piel; sus ojos aparecían atormentados e inquisitivos y sus labios rosa pálido se abrieron para dejar entrever los colmillos.

«Ayúdame, ayúdame, Marius, ayúdame», murmuré sin alcanzar a escucharme más que en la pura abstracción mental de mis intenciones. Y, a continuación, Akasha me tomó entre sus brazos y me atrajo hacia ella, y noté su mano como Marius la había descrito, cogiéndome la cabeza delicadamente, con toda suavidad, hasta que noté mis dientes contra su cuello.

No vacilé. No pensé en los brazos que me estrechaban, que podían estrujarme y acabar conmigo en un instante. Noté los colmillos atravesando la piel como si rompiesen una corteza glacial y la sangre manó humeante a mi boca.

¡Oh, sí, sí...! ¡Oh, sí,! Yo le había pasado el brazo por encima de su hombro izquierdo y me agarraba a ella, a mi estatua viviente, y no importaba que fuera más dura que el mármol: era así como debía ser, era perfecta, mi madre, mi amante, mi poderosa, y su sangre penetraba hasta la última partícula pulsante de mi cuerpo con los hilos de su ardiente telaraña. Pero sus labios ya estaban contra mi garganta. Akasha me estaba besando, besaba la arteria por la cual fluía con tal violencia su propia sangre. Sus labios se abrían sobre mi cuello y, mientras yo chupaba su sangre con todas mis fuerzas, mientras los borbotones de rojo líquido pasaban por mi boca antes de extenderse por todo mi ser, noté la inconfundible sensación de sus colmillos hincándose en mi cuello.

Y noté cómo, al mismo tiempo que su sangre pasaba a mí, la mía era aspirada súbitamente de mis venas palpitantes.

Visualicé aquel trémulo circuito y aún lo percibí más divinamente porque todo lo demás dejó de existir y sólo quedaron nuestras bocas apretadas contra la garganta del otro, y el mutuo trasvase de sangre con su inagotable latir. No hubo sueños ni visiones, sólo aquello, aquella sensación maravillosa, ensordecedora y cálida, y no importaba nada más, absolutamente nada más, salvo que aquello no terminara nunca. El mundo de las cosas que tenían peso, que ocupaban espacio y que interrumpían el paso de la luz, había desaparecido.

Y, con todo, un sonido horrible perturbó el éxtasis. Un sonido desagradable, como el de una piedra al cuartearse, como el de una losa arrastrada por el suelo. Debía ser Marius. No, Marius, no te acerques. Vuelve atrás, no nos toques. No nos separes.

Pero aquel sonido terrible, aquella intrusión, aquella repentina perturbación, aquella mano que me agarraba del cabello y me arrancaba de la garganta de Akasha haciendo que la sangre se derramara de mis labios, no eran causados por Marius. Era Enkil. Y sus poderosísimas manos me apretaban con fuerza los costados de la cabeza.

La sangre me corría por el mentón. Miré a Akasha y vi su expresión afligida. Vi que alargaba el brazo hacia su compañero y que en sus ojos ardía una llamarada de patente cólera. Sus brazos blancos y relucientes cobraron animación mientras asían las manos que podían estrujarme la cabeza. Oí surgir de ella una voz que era un grito, un chillido más estentóreo que la nota musical que había emitido antes, mientras un reguero de sangre escapaba por la comisura de sus labios.

El sonido no sólo ahogó cualquier otro ruido, sino también me nubló la vista. Cayó sobre mí un torbellino de oscuridad roto en millones de pequeñas notas brillantes. El cráneo iba a estallarme.

Enkil me estaba obligando a hincar la rodilla. Su gran figura se inclinaba sobre mí y, de pronto, vi su rostro con toda claridad y seguía tan impasible como siempre. La tensión de los músculos de sus brazos era la única evidencia de que era un ser vivo.

Y, aun bajo el sonido arrasador de aquel alarido, advertí que la puerta a mi espalda vibraba con los golpes de Marius, cuyos gritos eran casi tan potentes como el agudo chillido de Akasha.

Un chillido que ya me había hecho sangrar por los oídos. Y empecé a mover los labios.

La presa de piedra que me comprimía la cabeza cesó de hacer fuerza. Me descubrí caído en el suelo. Estaba tendido con los brazos y las piernas abiertos y noté la fría presión de su pie sobre mi pecho. Enkil iba a aplastarme el corazón en unos instantes, y Akasha, cuyos aullidos se hacían por momentos más potentes, más desgarradores, se había colocado detrás de él con el brazo cerrado en torno al cuello de su compañero. Vi sus cejas fruncidas y su negra cabellera suelta.

Pero fue la voz de Marius la que oí dirigiéndose a Enkil desde el otro lado de la puerta, penetrando en el blanco sonido de los chillidos de Akasha.

*¡Mátale, Enkil, y te apartaré de ella para siempre! ¡Y ella me ayudará a hacerlo, te lo juro!*

De repente, el silencio. De nuevo, la sordera. La cálida sensación de la sangre corriéndome por los costados del cuello.

Akasha se apartó a un lado, volvió la vista hacia las puertas y éstas se abrieron al instante, produciendo un chasquido al chocar con la pared del angosto pasadizo de piedra. En un abrir y cerrar de ojos, Marius estaba a mi lado con las manos en los hombros de Enkil, pero éste parecía inamovible.

El pie de la estatua viviente descendió ligeramente, rozándome el estómago, para retirarse a continuación. Y oí a Marius decir unas palabras que sólo me llegaron en forma de pensamientos. *Sal de aquí, Lestat. Huye.*

Me incorporé trabajosamente y le vi conducir a ambos hacia el tabernáculo con lentitud. Y advertí que los dos seres no tenían la mirada fija al frente, sino vuelta hacia él. Akasha asía a Enkil por el brazo y

volví a ver sus rostros inexpresivos, pero, por primera vez, aquella inexpresividad parecía indiferente. No era ya la máscara de la curiosidad, sino la máscara de la muerte.

—¡Corre, Lestat! —repitió Marius sin volverse. Y obedecí.

Cuando Marius apareció por fin en el salón iluminado, yo me hallaba en el extremo más alejado de la terraza. En mis venas sentía aún un calor que palpitaba como si tuviera vida propia. Distinguí, a lo lejos, la forma borrosa de varias islas y llegó a mis oídos el avance de una nave por una costa remota, pero lo único que me rondó la cabeza en esos instantes fue la idea de que, si Enkil venía de nuevo a por mí, podía escapar de él saltando la barandilla y lanzándome al agua para huir a nado. Aún notaba sus manos en los costados de la cabeza, su pie sobre mi pecho.

Permanecí junto a la baranda de piedra, tembloroso, con las manos aún manchadas de sangre procedente de los rasguños de mi rostro, que ya habían sanado totalmente.

—Lo siento, lamento lo que he hecho —dije a Marius tan pronto como este apareció—. No sé por qué he obrado así. No debería haberlo hecho. Lo siento, te lo juro, lo siento mucho, Marius. Nunca más volveré a hacer nada que tú me digas que no haga.

Marius se detuvo a la puerta de la terraza con los brazos cruzados y me dirigió una mirada de furia.

—¿Qué te dije ayer, Lestat? —exclamó—. ¡Eres la criatura más extraordinaria!

—Perdóname, Marius. Por favor, perdóname. No creí que fuera a suceder nada. Estaba seguro de que no sucedería nada...

Con un gesto, me indicó que guardara silencio y que bajáramos juntos a las rocas. Tras esto, saltó la barandilla y abrió la marcha. Fui tras él vagamente complacido por lo fácil que resultaba el descenso, pero aún demasiado desconcertado por lo sucedido para preocuparme por detalles como aquél. La presencia de Akasha me envolvía como una fragancia, a pesar de que no había captado aroma alguno en ella, salvo el del incienso y de las flores que parecía haber impregnado su piel blanca y dura. ¡Qué extraña fragilidad me había parecido percibir en ella, pese a tanta dureza!

Bajamos por los peñascos resbaladizos hasta alcanzar la playa de arena blanca, y anduvimos por ella en silencio, contemplando la espuma, blanca como la nieve, que saltaba contra las rocas o se extendía hacia nosotros sobre la arena fina y compacta. El viento rugía en mis oídos y me asaltó la sensación de soledad que siempre despierta en mí ese sonido, ese rugido del viento que ahoga todos los demás sentidos, además del oído.

Y me fui sintiendo cada vez más tranquilo. Y, al mismo tiempo, cada vez más agitado y desdichado.

Marius me había pasado el brazo por la cintura como solía hacer Gabrielle y no presté atención a dónde me conducía. Por ello, me llevé una absoluta sorpresa al ver que habíamos llegado a una caleta donde había anclada una chalupa con un único par de remos.

Cuando nos detuvimos, proseguí con mis exclamaciones:

—¡Lamento mucho lo que he hecho, te lo juro! No creí que...

—No vuelvas a decirme que lo sientes —replicó Marius con voz calmada—. Ahora que estás a salvo, y no aplastado como una cáscara de huevo en el suelo de la capilla, sé que no lamentas en absoluto lo ocurrido, ni haber sido el causante de ello.

—¡Oh, pero no se trata de eso! —exclamé, rompiendo a llorar. Saqué el pañuelo, gran aditamento en el vestir de un caballero de mi época, y me limpié del rostro las lágrimas de sangre. Volví a sentir el abrazo de Akasha, volví a sentir su sangre, sus manos. Comencé a revivir toda la escena. Si Marius no hubiera llegado a tiempo...

—¿Pero qué sucedió, Marius? ¿Qué has visto?

—Ojalá estuviéramos donde él no pudiera oírnos —comentó Marius con abatimiento—. Decir o tan siquiera pensar cualquier cosa que pudiera perturbarle aún más es una locura. Tengo que hacerle volver al estado de sopor.

Marius pareció verdaderamente furioso y me volvió la espalda.

Pero, ¿como podía yo no pensar en ello? Ojalá pudiera abrirme la cabeza y arrancar de ella los pensamientos. El recuerdo del momento me recorrería como una exhalación, igual que su sangre. El cuerpo de Akasha aún encerraba una mente, un apetito, un ardiente núcleo espiritual cuyo calor había corrido por mi interior como un rayo líquido. ¡Y, sin la menor duda, Enkil ejercía un dominio mortal sobre ella! Sentí odio hacia él. Deseé destruirle. Y en mi mente se disparó todo tipo de locas ideas, ¡imaginando que había algún modo de destruir a Enkil sin que nuestra raza corriera peligro, en tanto Akasha permaneciera ilesa!

Pero todo aquello no tenía mucho sentido. ¿No habían entrado primero en él, aquellos demonios? Aunque, ¿y si no fuera así...?

—¡Basta, joven Lestat! —saltó Marius.

Me eché a llorar de nuevo. Me toqué el cuello donde se habían posado sus labios. Lamí los míos y paladeé de nuevo el sabor de su sangre. Contemplé las estrellas del cielo, e incluso aquellos objetos benignos y eternos me resultaron amenazadores e insensibles. Y noté un grito creciendo peligrosamente en mi garganta.

Los efectos de la sangre de Akasha empezaban ya a desvanecerse. La primera visión, tan clara, fue haciéndose borrosa. Los brazos y piernas volvieron a ser los míos. Quizá fueran más fuertes, sí, pero la magia estaba desvaneciéndose. La magia sólo me había dejado algo más fuerte que el recuerdo del circuito de la sangre a través de los dos.

—¿Qué sucedió, Marius? —exclamé, gritando al viento—. No te enfades conmigo, no apartes la cara de mí. No puedo...

—Calla, Lestat —me interrumpió. Se acercó de nuevo y me tomó por el brazo—. No te preocupes por mi enfado. No tiene importancia y no va dirigido contra ti. Dame un poco más de tiempo para recuperar el dominio de mí mismo.

—Pero, ¿has visto lo que ha sucedido entre ella y yo?

Marius tenía la mirada fija en el mar. El agua parecía de un negro perfecto, y la espuma, de un blanco perfecto.



—Sí, lo he visto —asintió.

—Cogí el violín y quise tocar para ellos, pensando...

—Sí, claro, claro...

—... que la música tendría efecto sobre ellos, especialmente esa música extraña de sonidos innaturales; ya sabes que un violín...

—Sí...

—Marius, ella me dio... y..., y tomó...

—Lo sé.

—¡Y él la retiene ahí! ¡La tiene prisionera!

—Lestat, te suplico... —En su rostro había una sonrisa triste, abatida.

*¡Aprisionale, Marius, como hicieron los sacerdotes, y libérala a ella!*

—Estás soñando, hijo mío, estás soñando.

Marius dio media vuelta y se apartó de mí, invitándome con un gesto a dejarle en paz. Bajó a la playa y dejó que el agua le mojara mientras deambulaba arriba y abajo.

Traté de recuperar la calma. Me pareció irreal haber estado nunca en otro sitio que aquella isla, que el mundo de los mortales estuviera allí fuera y que la extraña tragedia y la amenaza de Los Que Deben Ser Guardados fueran desconocidas más allá de aquellos acantilados húmedos y relucientes.

Finalmente, Marius regresó junto a mí.

—Escúchame —dijo—. Al oeste de aquí hay una isla que no está bajo mi protección; en su extremo norte hay una vieja ciudad griega donde las tabernas de marineros permanecen abiertas toda la noche. Ve allí con la chalupa. Sal de caza y olvida lo ocurrido aquí. Estudia los nuevos poderes que puedas haber adquirido de Akasha, pero trata de no pensar en ella ni en Enkil. Por encima de todo, procura no urdir planes contra él. Antes de que amanezca, vuelve a la casa. No te será difícil. Encontrarás una decena de puertas y ventanas abiertas. Y ahora, haz lo que te digo. Hazlo por mí.

Incliné la cabeza en gesto de aceptación. Aquello era lo único en el mundo que podría distraerme, que podía borrar de mi cabeza cualquier pensamiento, noble o enervante: La sangre humana, y la lucha humana y la muerte humana.

Sin la menor protesta, pues, di unos pasos chapoteando en el agua de la caleta hasta alcanzar la embarcación.

De madrugada, en una de las posadas del puerto, contemplé mi imagen reflejada en un fragmento de espejo metálico clavado en la pared de la sucia habitación de un marinero. Me vi con la casaca de brocado y encaje blanco y con el rostro acalorado tras la muerte. Y observé el cadáver del marinero caído sobre la mesa, sosteniendo todavía en la mano la navaja con la que había tratado de rebanarme el gaznate. Allí estaba también la botella de vino drogado de la cual me había negado a beber, con cómicas excusas, hasta que el hombre había perdido la calma y había probado el último recurso. Su compinche yacía en la cama, muerto.

Volví a contemplar al joven de aspecto libertino que me miraba desde el espejo.

—¡Vaya!, si es el vampiro Lestat... —musité.

Pero ni toda la sangre del mundo pudo evitar que me asaltara el horror cuando me dispuse a descansar.

No pude dejar de pensar en Akasha, de preguntarme si era su risa lo que había escuchado en mi sueño la noche anterior. Y me sorprendió que no me hubiera dicho nada en la sangre, hasta que cerré los ojos y, por supuesto, volvieron a surgir de improviso en mi mente cosas maravillosas, tan mágicas como incoherentes. Ella y yo íbamos caminando juntos por un pasillo —no allí sino en otro lugar que me resultó conocido; creo que era un palacio alemán donde Haydn había escrito sus obras— y me hablaba relajadamente, como lo había hecho mil veces. *Pero háblame de todo esto, en qué cree la gente, qué mueve los engranajes en su interior, qué son estos maravillosos inventos...* Llevaba un elegante sombrero negro con una gran pluma blanca en el ala ancha y una gasa blanca rodeando su parte superior y atada bajo la barbilla, y su rostro era simplemente primerizo, simplemente joven.

Cuando abrí los ojos, supe que Marius me estaba esperando. Salí de la cámara y le vi de pie junto a la funda vacía del Stradivarius, de espaldas a la ventana abierta sobre el mar.

—Tienes que irte ahora mismo, mi joven Lestat —me comunicó con pesar—. Esperaba que tuviéramos más tiempo, pero es imposible. El barco espera para emprender viaje.

—Es por lo que he hecho... —murmuré, abatido. Así que me expulsaba de allí...

—Él ha destruido las cosas de la cripta —explicó Marius, pero su voz pedía tranquilidad. Me puso la mano en el hombro y se hizo cargo de la valija con la otra. Nos dirigimos a la puerta—. Quiero que te vayas enseguida, porque es lo único que le calmará, y quiero que recuerdes, no su cólera, sino todo lo que te he contado, y que tengas confianza *en* que volveremos a vernos, como te he dicho.

—¿Y tú? ¿No le tienes miedo, Marius?

—¡Oh, no! No te vayas con esa preocupación. Ya ha hecho cosas semejantes en otras ocasiones, de vez en cuando. Estoy convencido de que, en realidad, no sabe lo que hace. Sólo sabe que alguien se ha interpuesto entre él y Akasha. Sólo es preciso tiempo para que caiga de nuevo en el sopor.

Una vez más, aquella palabra: *sopor*.

—Y ella sigue sentada como si no se hubiera movido nunca, ¿verdad?

—Quiero que te vayas ahora mismo para no provocarle —insistió Marius, conduciéndome fuera de la casa hacia la escalera tallada en el acantilado mientras continuaba hablando—: La facultad que poseemos los de nuestra raza para mover objetos, prenderles fuego o causar daños físicos con la fuerza de la mente no se extiende, en cualquier caso, demasiado lejos del lugar físico donde nos encontramos. Por eso quiero que te vayas de aquí esta noche y emprendas viaje a América. Cuando él ya no esté agitado y ya no recuerde lo ocurrido, te mandaré llamar. Y yo no habré olvidado nada y estaré esperándote.

Vi la galera en el puerto, a mis pies, cuando llegamos al borde del acantilado. La escalera parecía imposible de bajar, pero no lo era. Lo imposible de verdad era que estaba dejando a Marius y aquella isla en aquel mismo instante.

—No es preciso que descieras conmigo —dije, tomando la valija de su mano y haciendo un esfuerzo por no parecer abatido y amargado. Al fin y al cabo, yo había causado aquello—. Preferiría no llorar en presencia de nadie. Despidámonos aquí.

—Ojalá hubiéramos tenido unas noches más para estudiar con calma lo sucedido —murmuró él—. Pero mi amor va contigo. Y recuerda las cosas que te he dicho. Cuando volvamos a vernos, tendremos tanto de que hablar...

Marius dejó la frase en el aire.

—¿Qué sucede, Marius?

—Dime, con sinceridad —me preguntó—, ¿lamentas que acudiera a buscarte a El Cairo, que te trajera aquí?

—¿Cómo podría lamentarlo? —repliqué—. Lo único que siento es tener que irme. ¿Qué sucederá si no puedo volver a encontrarte, o tú a mí?

—Cuando llegue el momento indicado, te encontraré —afirmó Marius—. Y recuerda siempre que tienes el poder de llamarme, como ya has hecho una vez. Cuando escucho esta llamada soy capaz de cubrir distancia que, por mí solo, no podría recorrer jamás. Si es el momento oportuno, responderé. Puedes estar seguro de ello.

Asentí. Había demasiadas cosas que decirse y no pronuncié una palabra.

Nos estrechamos en un largo abrazo; luego me volví e inicié lentamente el descenso, consciente de que Marius comprendería que no volviera la vista atrás.

No supe cuánto añoraba «el mundo» hasta que el barco remontó por fin el lóbrego Bayou St. Jean rumbo a la ciudad de Nueva Orleans y vi recortarse contra el cielo aún luminoso la línea negra y áspera de los pantanos.

El hecho de que ninguno de nuestra raza hubiera penetrado nunca en aquella espesura me produjo excitación y humildad al mismo tiempo.

Antes de que el sol se alzara la primera mañana, ya me había enamorado de aquellas tierras bajas y húmedas, igual que había amado el seco calor de Egipto. Con el paso del tiempo, llegaría a amar aquel rincón más que cualquier otro lugar del mundo.

Allí, los aromas eran tan intensos que despedían su fragancia las propias hojas, además de los capullos amarillos y rosas. Y el gran río marrón, que pasaba impetuoso junto al miserable rincón de la Place d'Armes con su pequeña catedral, eclipsaba a cualquier otro mítico río que hubiera visto nunca.

Inadvertido y sin competidores, exploré la pequeña colonia destartada con sus calles embarradas y sus aceras de tablonos y los sucios soldados españoles haraganeando en los alrededores de los calabozos. Me perdí por los peligrosos garitos del puerto, llenos de marineros de barcazas fluviales dados al juego y a la bronca, y de encantadoras caribeñas de piel morena; me dediqué a vagar de nuevo para contemplar el silencioso destello del relámpago, para escuchar el amortiguado rugido del trueno, para sentir el calor sedoso de la lluvia estival.

Los techos de aleros bajos de las pequeñas casas de campo brillaban bajo la luna. La luz producía destellos en las verjas de hierro de elegantes mansiones de tipo español de la ciudad y parpadeaba tras las cortinas de encaje legítimo que colgaban tras las puertas acristaladas recién limpiadas. Deambulé entre las casitas toscas que se extendían hasta los baluartes y, asomándome a las ventanas, vi muebles llenos de dorados y objetos lacados, retazos de riqueza y civilización que en aquel lugar bárbaro parecían despreciables, recargados y hasta tristes.

De vez en cuando, entre el fango surgía una visión: un auténtico caballero francés engalanado con una peluca blanca y una levita de gala, en compañía de su esposa con una cestita y de un esclavo negro sosteniendo en alto unos zapatos limpios para sus amos.

Comprendí que había llegado al puesto avanzado más recóndito de mi Jardín Salvaje, que aquélla era mi tierra y que me quedaría en Nueva Orleans, si Nueva Orleans conseguía arraigar allí. Fueran cuales fuesen mis sufrimientos, serían menos intensos en aquel lugar sin ley; cualquier cosa que desease, me daría placer una vez la tuviera en mi poder.

Y esa primera noche en aquel pequeño paraíso fétido, hubo momentos en que recé para que, a pesar de todo mi secreto poder, pudiera sentirme de algún modo igual a cualquier hombre mortal. Tal vez no

fuera el exótico marginado que había imaginado ser, sino sólo una difusa magnificación de cualquier alma humana.

Viejas verdades y magias antiguas, revoluciones e inventos, todo conspira para distraernos de la pasión que, de un modo u otro, nos vence a todos.

Y, cansados por fin de esta complejidad, soñamos con el tiempo lejano en que nos sentábamos en el regazo de nuestra madre y cada beso era la consumación perfecta del deseo. ¿Qué podemos hacer sino extender las manos para el abrazo que ahora debe contener a la vez el cielo y el infierno: nuestro destino una y otra vez?

## **Epílogo**

***Confesiones de un vampiro***



así llego al final de La educación juvenil y las aventuras del vampiro Lestat, la narración que me disponía a contaros. Ahora conocéis esta historia de magia y misterio del Viejo Mundo que he decidido revelar pese a todas las prohibiciones y requerimientos de silencio.

Pero mi relato no termina aquí, por muy reacio a proseguirla que sea. Y debo hacer mención, aunque sea brevemente, de los dolorosos acontecimientos que me llevaron a tomar la decisión de desaparecer bajo tierra en 1929.

Eso fue ciento cuarenta años después de que dejara la isla de Marius. Y nunca volví a ver a éste. También Gabrielle permaneció absolutamente perdida para mí. Se había desvanecido aquella noche en El Cairo y nunca volví a tener noticia de ella por boca de nadie, mortal o inmortal.

Y cuando me enterré en el siglo XX, estaba solo, cansado y malherido de cuerpo y alma.

Había vivido «una existencia completa» como Marius me había aconsejado, pero no podía echarle a él la culpa de cómo la viví, de los terribles errores que cometí.

La fuerza de voluntad había modelado mi experiencia más que cualquier otra característica humana. Y, pese a todos los consejos y predicciones, me expuse a la tragedia y al desastre como siempre he hecho. Con todo, no puedo negarlo, tuve mis recompensas. Durante casi setenta años tuve a mis criaturas vampíricas, Louis y Claudia, dos de los inmortales más espléndidos que han caminado jamás sobre la Tierra, y me relacioné estrechamente con ellas.

Poco después de llegar a la colonia caí enamorado sin remedio de un joven burgués de cabello oscuro, Louis, un hacendado de hablar elegante y modales remilgados que, por su cinismo y afán autodestructivo, me pareció el hermano gemelo de Nicolás.

Tenía la misma torva intensidad de Nicolás, su rebeldía, su torturada capacidad para creer y no creer hasta caer, finalmente, en la desesperanza.

Sin embargo, Louis ejerció sobre mí un influjo mucho más poderoso que el de Nicolás. Incluso en sus momentos de mayor crueldad, Louis sabía tocar mi punto de ternura, sabía seducirme con su tambaleante dependencia, con su embeleso ante cada uno de mis gestos y mis palabras.

Y siempre me conquistaba su ingenuidad, su extraña fe burguesa en que Dios seguía siendo Dios aunque nos volviera la espalda, que la condenación y la salvación establecían los límites de un mundo reducido y desesperado.

Louis era un sufridor, un ser que amaba a los mortales aún más que yo. Y a veces me he preguntado si no escogería a Louis para castigarme por lo sucedido con Nicolás, si no le habría creado para ser mi conciencia y para seguir sufriendo año tras año la condena que creía merecer.

Pero yo amaba a Louis, simple y llanamente. Y fue la desesperación por retenerle, por tenerle más cerca de mí en los momentos más precarios de mi vida, lo que me llevó a cometer el acto más egoísta e

impulsivo de toda mi existencia entre los muertos vivientes. El crimen que iba a significar mi ruina: la creación —con Louis y para Louis— de Claudia, una niña vampiro de asombrosa belleza.

Su cuerpo no tenía más de seis años cuando lo tomé y, aunque la niña habría muerto si no lo hubiera hecho (igual que habría muerto Louis de no haberle tomado también), mi acción fue un desafío a los dioses por el que tanto yo como Claudia habríamos de pagar.

Pero ésa es la historia que Louis ya contó en *Confesiones de un Vampiro*, que, pese a todas sus contradicciones y terribles malentendidos, consigue captar la atmósfera en la que Claudia, Louis y yo nos reunimos y permanecemos juntos durante sesenta y cinco años.

En el transcurso de ese tiempo, no hubo quien se nos pareciera entre nuestra raza: un trío de mortíferos cazadores vestidos de seda y terciopelo, exaltados en nuestro secreto y medrando en la próspera ciudad de Nueva Orleans, que nos acogía entre lujos y nos suministraba una fuente inagotable de nuevas víctimas.

Y, aunque Louis lo ignoraba cuando escribió su crónica, sesenta y cinco años son un período de tiempo excepcionalmente largo para mantener un vínculo, en nuestro mundo.

En cuanto a las mentiras que cuenta, a los errores y falsedades que comete, debo perdonarle su exceso de imaginación, su amargura y su vanidad que, al fin y al cabo, nunca fue muy grande. Jamás le di a conocer ni la mitad de mis poderes, y con razón, pues él rehuía usar incluso la mitad de los suyos, por un sentimiento de culpa y de aversión hacia sí mismo.

Incluso su hermosura fuera de lo común y su infalible encanto fueron una especie de secreto para él. Cuando leáis su afirmación de que le convertí en vampiro porque codiciaba su plantación y su casa, supongo que podéis atribuir sus palabras a la modestia, más que a la estupidez.

En cuanto a su creencia de que yo era un campesino, su actitud resulta comprensible. Al fin y al cabo, él era un muchacho de clase media lleno de inhibiciones y prejuicios que aspiraba, como todos los plantadores coloniales, a ser un auténtico aristócrata sin haber conocido jamás ninguno, mientras que yo procedía de una larga línea de señores feudales que se chupaban los dedos y arrojaban los huesos a los perros durante las comidas.

Cuando dice que yo jugaba con inocentes desconocidos, trabando amistad con ellos para luego matarlos, ¿cómo iba él a saber que escogía mis víctimas casi exclusivamente entre los tahúres, ladrones y asesinos, que acabaría por ser más fiel de lo que nunca había pensado a mi tácito juramento de sólo hacer mis presas entre los malhechores? (El joven Freniere, por ejemplo, un plantador al que Louis idealiza de forma indecible en su texto, era en realidad un asesino perverso y un tramposo con las cartas, y estaba a punto de firmar un pagaré sobre la plantación familiar por deudas de juego cuando acabé con él. Las prostitutas con las que saqué mi sed delante de Louis en cierta ocasión, para fastidiarle, habían drogado y robado a muchos marineros de los que no había vuelto a tenerse noticia.)

Pero tales menudencias no importaban, en realidad, pues Louis explicó su versión tal como creía que habían sucedido las cosas.

Y, claramente, Louis fue siempre la suma de sus imperfecciones, el espectro más engañosamente humano que he conocido nunca. Ni siquiera Marius habría podido imaginar una criatura tan compasiva y



contemplativa, siempre caballeroso y refinado, hasta el punto de enseñar a Claudia a utilizar correctamente los cubiertos cuando ella, bendito sea su negro corazoncito, no tenía la menor necesidad de tocar siquiera un cuchillo o un tenedor.

Su ceguera a los motivos o padecimientos de los demás era tan parte de su encanto como su suave cabello negro descuidado o la expresión eternamente preocupada de su ojos verdes.

¿Por qué habría de molestarme en hablar de todas esas ocasiones en que acudía a mí, presa de la congoja, suplicándome que no le dejara nunca, o de las veces en que paseamos y charlamos juntos, de cuando representábamos a Shakespeare a dúo para diversión de Claudia o de cuando, codo con codo, salíamos de caza por las tabernas del puerto o íbamos a bailar con las bellezas de piel oscura de los celebrados bailes de mulatos?

Leed entre líneas.

Le traicioné cuando le creé, eso es lo importante. Igual que traicioné a Claudia. Y le perdono las tonterías que escribió, porque dijo la verdad sobre la monstruosa satisfacción que él, Claudia y yo compartimos, sin tener derecho a hacerlo, durante esas largas décadas del siglo XK en las que desaparecieron los colores deslumbrantes del *ancien régime* y la música deliciosa de Mozart y Haydn dio paso al tono ampuloso de Beethoven, que a veces podía sonar demasiado parecido al tañido de mis imaginarias Campanas del Infierno.

Así tuve lo que quería, lo que siempre había querido. Los tuve a ellos y, desde entonces, pude olvidar de vez en cuando a Gabrielle y a Nicolás, e incluso a Marius. Y pude dejar de pensar en el rostro pétreo e inexpresivo de Akasha, en el tacto helado de su mano y en el calor de su sangre.

Pero yo siempre había deseado muchas cosas. ¿Qué explicación tenía la duración de la vida que describía en *Confesiones de un Vampiro*? ¿Por qué nuestra existencia era tan duradera?

A lo largo del siglo XK, los vampiros fueron «descubiertos» por los escritores europeos. Lord Ruthven, la creación del doctor Polidori, dio paso a sir Francis Varney y a sus novelas baratas de crímenes; luego llegó la espléndida y sensual condesa Carmilla Karnstein, de Sheridan Le Fanu, y, finalmente, el más famoso de los vampiros de la literatura, el hirsuto conde Drácula eslavo que, pese a ser capaz de convertirse en murciélago o desmaterializarse a voluntad, desciende los muros de su castillo reptando por las piedras como un lagarto (por pura diversión, al parecer). Todas estas creaciones, junto a muchas otras similares, alimentaron el apetito insaciable de las gentes por las «narraciones fantásticas y de terror».

Y nosotros fuimos la esencia de esa personificación del vampiro propia del siglo: aristocráticamente distantes, siempre elegantes, invariablemente despiadados y unidos entre nosotros en una tierra abonada para otros de nuestra raza, aunque ninguno más la habitaba.

Quizás habíamos encontrado el momento perfecto de la historia, el equilibrio perfecto entre lo monstruoso y lo humano, la época en que aquel «romanticismo vampírico», nacido en mi imaginación entre los vistosos brocados del antiguo régimen, debía encontrar su mayor realce en la holgada capa negra, la chistera negra y los rizos luminosos de la pequeña desparramándose desde el lazo violeta hasta las mangas abombadas de su diáfano vestido de seda.

Con todo, nunca dejé de pensar en lo que le había hecho a Claudia y en cuándo llegaría el momento en que tendría que pagar por ello. ¿Cuánto tiempo debió contentarse ella con ser el misterio que nos unía con tanta intensidad a Louis y a mí, con ser la musa de nuestras horas a la luz de la Luna, el único objeto de devoción común a los dos?

¿Fue inevitable que ella, que nunca llegaría a poseer formas de mujer, se alzara contra el padre demonio que la había condenado a tener eternamente el cuerpo de una muñequita de porcelana?

Debería haber prestado atención a las advertencias de Marius. Debería haberme detenido un momento a reflexionar sobre sus palabras, antes de llevar adelante aquel magnífico y embriagador experimento de convertir en vampiro a «los más jóvenes de los mortales». Sí, debería habérmelo pensado mejor.

Pero en ese momento me sentí como cuando estaba tocando el violín para Akasha, ¿comprendéis? *Deseaba* hacerlo. Quería ver qué sucedía con una hermosa chiquilla como aquélla.

¡Ah, Lestat, te mereces todo lo que te ha sucedido! Será mejor que no mueras nunca, o irás de cabeza al infierno.

¿Cómo pudo ser que, por razones puramente egoístas, no hiciera caso de algunos de los consejos que había recibido? ¿Por qué no aprendí de ellos: de Gabrielle, de Armand, de Marius...? Aunque lo cierto es que jamás he hecho caso de nadie. Por una u otra causa, jamás he podido.

Y ni siquiera hoy puedo afirmar que me arrepienta de haber creado a Claudia, que desee no haberla visto nunca, no haberla tenido en mis brazos, no haberle cuchicheado secretos al oído ni haber escuchado el eco de sus risas por las lóbregas estancias de la casa, absolutamente humana, en la que nos movíamos como haría un grupo de mortales, entre los muebles lacados, las lámparas de gas, los oscuros cuadros al óleo y los maceteros de cobre. Claudia era mi hija de las tinieblas, mi amor, el mal de mi maldad. Claudia me rompía el corazón.

Hasta que, una noche calurosa y húmeda de la primavera de 1860, la pequeña se sintió con fuerzas para ajustar cuentas. Me engatusó, me hizo caer en su trampa y hundió el puñal una y otra vez en mi cuerpo drogado y emponzoñado; y así perdí casi hasta la última gota de mi sangre vampírica antes de que transcurrieran los escasos y preciosos segundos que tardaron en curar las heridas.

No la culpo. Fue el tipo de acción que yo mismo habría intentado.

Jamás olvidaré esos momentos delirantes, jamás los relegaré a algún compartimento inexplorado de mi mente. Fueron su astucia y su decisión, tanto como la hoja que me cercenó la garganta y me partió el corazón, lo que acabó conmigo. Continuaré pensando en esos momentos cada noche mientras exista, y recordaré el abismo que se abrió bajo mis pies, la caída hacia la *muerte mortal* que casi fue mía. Claudia me proporcionó esa experiencia.

Pero, mientras la sangre manaba de mí llevándose con ella todas mis fuerzas, dejándome sin visión, sin audición y, finalmente, sin capacidad para moverme, mis pensamientos retrocedieron más y más en el tiempo, mucho más allá de la creación de aquella familia vampírica predestinada a la destrucción que habitaba en su paraíso de papel pintado y cortinas de encaje, hasta arboledas apenas entrevistas de las

tierras míticas donde el antiguo dios dionisiaco de los bosques había visto cómo su sangre era derramada y su carne era desgarrada una y otra vez.

Si no había un sentido último de las cosas, al menos existía el fulgor de la congruencia, la sorprendente repetición de aquel *mismo viejo tema*.

Y el dios muere. Y el dios resucita. Pero, esta vez, nadie es redimido.

Gracias a la sangre de Akasha, me había dicho Marius, sobrevivirás a desastres que destruirían a otros de tu raza.

Más tarde, abandonado en el hedor y la oscuridad de los pantanos, fue la sed lo que definió mis dimensiones, fue la sed lo que me impulsó, y noté mis mandíbulas abiertas en las aguas hediondas y mis colmillos buscaron los animales de sangre caliente a las que pude echar mano en el largo camino de vuelta a la vida.

Y tres noches más tarde, cuando volví a ser derrotado y mis criaturas me abandonaron definitivamente en el infierno flameante de nuestra mansión, fue la sangre de los antiguos, de Magnus y de Marius y de Akasha, lo que me sostuvo mientras huía arrastrándome de las voraces llamas.

Pero sin una nueva dosis de aquella sangre curativa, sin una nueva infusión, quedé a merced de que el tiempo terminara por curar mis heridas.

Pero hay algo que Louis no pudo describir en su historia, y es lo que me sucedió a partir de entonces, cómo aceché a mis víctimas durante años, marginado de la sociedad humana, convertido en un monstruo horrible y lisiado que sólo era capaz de atacar a los muy jóvenes o a los enfermos. Corriendo un peligro constante ante mis víctimas, pasé a ser la antítesis misma del demonio romántico, más provocador de espanto que de asombro. Mi aspecto no era mejor que el de los miembros de la vieja asamblea bajo les Innocents, con sus harapos y su suciedad.

Las heridas que había sufrido afectaron a mi propio espíritu, a mi capacidad de razonar. Y lo que vi en el espejo cada vez que me atreví a mirar no hizo sino encoger aún más mi ánimo.

Pero, a pesar de todo, ni una sola vez en todo este tiempo llamé a Marius ni traté de ponerme en contacto con él a través de la distancia. No podía suplicarle que me diera su sangre regeneradora. Prefería un siglo de sufrimientos en el purgatorio a la condena de Marius. Prefería padecer la soledad más espantosa, la angustia más terrible, a descubrir que él sabía todo cuanto yo había hecho y que me había vuelto la espalda hacía mucho tiempo.

En cuanto a Gabrielle, que me lo habría perdonado todo y cuya sangre era, al menos, lo bastante poderosa como para acelerar mi recuperación, no supe ni por dónde empezar a buscarla.

Cuando me hube recuperado lo suficiente para efectuar la larga travesía a Europa, volví en busca del único al que podía recurrir: Armand. Armand, que aún vivía en la tierra que yo le había dado, en la misma torre donde Magnus me había creado; Armand, que seguía dirigiendo la floreciente asamblea del Teatro de los Vampiros, todavía de mi propiedad, en el boulevard du Temple. En fin de cuentas, no le debía a Armand ninguna explicación. ¿Y acaso no era él quien tenía una deuda conmigo?

Cuando acudió a atender la llamada a su puerta, me sorprendí al verle. Llevaba cortados todos sus rizos renacentistas y, ataviado con su levita negra, tétrica aunque elegante, tenía el aspecto de un muchacho salido de las novelas de Dickens. Su rostro eternamente juvenil llevaba estampada la inocencia de un David Copperfield y el orgullo de un Steerforth; cualquier cosa, menos la verdadera naturaleza del espíritu que lo animaba.

Por un segundo, una luz brillante apareció en sus ojos al mirarme. Luego se fijó detenidamente en las cicatrices que cubrían mi rostro y mis manos y, con voz suave y casi compasiva, murmuró:

—Entra, Lestat.

Me tomó de la mano y recorrimos juntos la casa que había construido al pie de la torre de Magnus, un lugar lúgubre y horrible muy adecuado para los horrores, propios de un Byron, de aquella época extraña.

—¿Sabes?, corría el rumor de que habías encontrado el fin en Egipto, o en el Lejano Oriente —me dijo rápidamente en francés coloquial, con una animación que no había visto nunca en él. Armand había adquirido mucha práctica en hacerse pasar por un humano mortal—. Desapareciste con el siglo y nadie había vuelto a oír hablar de ti.

—¿Y Gabrielle? —pregunté inmediatamente, asombrándome de no haberlo hecho a la puerta misma de la casa.

—Nadie la ha visto ni ha tenido noticias de ella desde que os fuisteis de París —me informó.

De nuevo, sus ojos me repasaron como una caricia y noté en él una excitación apenas contenida, una fiebre que podía percibir como el calor del fuego cercano. Comprendí que estaba tratando de leer mis pensamientos.

—¿Qué fue de ti? —inquirió.

Mis cicatrices le tenían desconcertado. Eran demasiado numerosas, demasiado intrincadas, consecuencia de un ataque que debería haberme producido la muerte. De pronto, sentí pánico de que mi estado de confusión me llevara a revelárselo todo, a descubrirle las cosas que, tanto tiempo atrás, Marius me había prohibido contar.

Pero fue la historia de Louis y Claudia lo que surgió de mí, entre balbuceos y medias verdades, salvo un hecho destacable: que Claudia no era más que una niña...

Le hablé brevemente de los años en Louisiana, de cómo mis criaturas se habían alzado finalmente contra mí, tal como él había predicho que sucedería. Lo reconocí todo ante él, sin engaños ni orgullo. Y le expliqué que era su sangre lo que necesitaba ahora. Dolor, dolor y dolor, estar en sus manos, notar cómo pensaba su respuesta. Decir sí, sí, tenías razón: no todo es así, pero, en lo fundamental, tenías razón.

¿Fue tristeza lo que vi entonces en su rostro? Desde luego, no era una expresión de triunfo. Con discreción, observó mis manos temblorosas mientras gesticulaba. Cuando tartamudeé, cuando me faltaron las palabras, Armand esperó pacientemente.

Una pequeña dosis de su sangre aceleraría mi curación, le susurré. Una pequeña infusión me despejaría la cabeza.. Procuré no parecer altivo o prepotente cuando le recordé que yo le había entregado aquella torre y el oro que había empleado en la construcción de la casa, que aún era el dueño del Teatro de los Vampiros y que, sin duda, podría corresponderme ahora con aquel pequeño favor,

aquel íntimo favor. Confuso como estaba, débil y sediento y atemorizado, las palabras que le dirigía resultaban repulsivas en su ingenuidad. El resplandor del fuego me ponía inquieto. La luz hacía aparecer y desaparecer rostros imaginarios en la fibra rugosa y oscura de la madera que forraba las recargadas habitaciones.

—No quiero quedarme en París —continuó—. No quiero molestarte a ti ni a la asamblea del teatro. Sólo te pido este pequeño favor. Sólo te pido...

Me había quedado sin valor y sin palabras. Transcurrió un largo instante.

—háblame de ese Louis —dijo al fin.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de vergüenza. Repetí unas frases estúpidas acerca de la indestructible humanidad de Louis, de cómo entendía cosas que otros inmortales no podían concebir. Descuidadamente, murmuré cosas con el corazón. No era Louis quien me había atacado, sino la mujer, Claudia...

Vi despertarse algo en Armand. Un leve rubor tino sus mejillas.

—Les han visto a los dos aquí, en París —dijo sin alzar la voz—. Y esa criatura tuya no es una mujer. Es una niña vampiro.

No recuerdo bien qué sucedió a continuación. Quizás intenté explicar el gran error que había cometido. Quizás acepté de inmediato que no había excusa para lo que había hecho. Quizás insistí de nuevo en el propósito de mi visita, en lo que necesitaba, en lo que era preciso que me diera. Lo que recuerdo es la absoluta humillación que sentí cuando él me condujo fuera de la casa, me hizo subir al carruaje que esperaba y me dijo que debía acompañarle al Teatro de los Vampiros.

—No lo entiendes —protesté—. No puedo ir allí. No permitiré que los demás me vean así. Tienes que detener el carruaje. Tienes que hacer lo que te digo.

—No. Más bien todo lo contrario... —respondió con su voz más tierna. Estábamos ya en las abigarradas calles de París, pero no reconocí la ciudad que recordaba. Aquélla era una metrópolis de pesadilla, de rugientes trenes de vapor y gigantescos bulevares de cemento. En ninguna parte me habían parecido tan horribles el humo y la suciedad de la era industrial como allí, en la Ciudad Luz.

Apenas recuerdo cuando me obligó a descender del carruaje y avanzar dando tumbos por las amplias aceras hacia la entrada del teatro. ¿Qué era aquel lugar, aquel edificio enorme? ¿Era esto el boulevard du Temple? Y, luego, el descenso al horrible sótano repleto de feas copias de los cuadros más crudos de Goya, Brueghel y el Bosco.

Y, finalmente, el ayuno, tirado en el suelo de una celda de muros de ladrillo, incapaz hasta de lanzarle imprecaciones, en una oscuridad llena de las vibraciones de los tranvías tirados por caballos, atravesado una y otra vez por el chirrido distante de las ruedas de acero.

En un momento dado, descubrí en la oscuridad una víctima mortal, pero estaba muerta. Sangre fría, nauseabunda. La peor clase de alimento, allí tendido sobre el cadáver húmedo y frío, chupando lo que quedaba.

Y, luego, allí estaba Armand, inmóvil en las sombras, inmaculado en su lino blanco y su lana negra. En un murmullo, dijo algo acerca de Louis y Claudia, que se celebraría un juicio o algo parecido. Vino a

hincar la rodilla a mi lado, olvidando por un momento comportarse como un humano; era el joven caballero arrodillado en aquel rincón húmedo y sucio.

—Declararás ante los demás que fue ella quien lo hizo —me dijo. Y los demás, los nuevos, se asomaron por la puerta uno tras otro para verme.

—Traedle ropas —ordenó Armand, con la mano posada en mi hombro—. Nuestro señor perdido tiene que ofrecer un aspecto presentable —añadió—. Esta fue siempre su norma.

Los demás se echaron a reír cuando les supliqué que hablaran con Eleni, con Félix o con Laurent. No conocían a nadie con tales nombres. ¿Gabrielle...? No significaba nada para ellos.

¿Y dónde estaba Marius? ¿Cuántos países, ríos y montañas se extendían entre nosotros? ¿Podía él ver y oír lo que estaba sucediendo?

Encima de nosotros, en el teatro, un público de mortales, conducido como ovejas al redil, producía un ruido atronador al pisar las escaleras y los suelos de madera.

Soñé que escapaba de allí, que volvía a Louisiana y dejaba que el tiempo hiciera su trabajo inevitable. Soñé de nuevo con la tierra, con sus frías entrañas que había conocido tan brevemente en El Cairo. Soñé con Louis y Claudia y que estábamos juntos. Claudia se había convertido milagrosamente en una hermosa mujer y me decía entre risas: «Ya ves, esto es lo que he venido a descubrir a Europa, ¡cómo conseguir esto!».

Y tuve miedo de que no me dejaran salir de allí nunca más, de estar enclaustrado como aquellos famélicos seres enterrados bajo les Innocents. Temí haber cometido un error fatal. Me puse a tartamudear y a llorar y traté de hablar con Armand. Y entonces me di cuenta de que Armand ni siquiera estaba allí. Si había llegado a estar, se había ido con la misma rapidez con que se había presentado. Estaba delirando.

Y la víctima, la víctima caliente... «¡Dámela, te lo suplico!» Y la voz de Armand: «Les dirás lo que te he ordenado decir».

Era un tribunal de monstruos, una turba de demonios pálidos lanzando acusaciones a gritos, Louis suplicando desesperadamente, Claudia mirándome en silencio y yo diciendo «sí, sí, fue ella quien lo hizo, sí», y luego lanzando maldiciones a Armand mientras él me empujaba de nuevo a las sombras, con una expresión más radiante que nunca en su rostro inocente.

«Pero lo has hecho bien, Lestat. Lo has hecho bien.»

Pero, ¿qué había hecho? ¿Atestiguar contra ellos que habían quebrantado las viejas normas? ¿Que se habían levantado contra el amo de la asamblea? ¿Qué sabían ellos de las antiguas normas? Me vi gritando por Louis. Y luego me vi bebiendo sangre en la oscuridad, carne viva de otra víctima, pero no era la sangre curativa, sino sólo sangre corriente.

Volvíamos a estar en el carruaje y estaba lloviendo. Avanzábamos por el campo. Y luego subimos y subimos por la vieja torre hasta la azotea. Yo tenía en las manos el vestido amarillo de Claudia, ensangrentado. Había visto a la niña en un lugar estrecho y húmedo donde el sol la había quemado.

«Eparcid las cenizas», había dicho. Pero nadie se había movido para hacerlo. El vestido amarillo, rasgado y ensangrentado, estaba tirado en el suelo del sótano. Y ahora lo tenía en las manos.

—Eparcirán sus cenizas, ¿verdad? —pregunté.

—¿No querías justicia? —preguntó Armand con la capa negra de lana ceñida en torno a sí contra el viento y una expresión sombría con la fuerza de una muerte reciente.

¿Qué tenía que ver aquello con la justicia? ¿Por qué tenía en las manos aquello, aquel pequeño vestido?

Miré desde las almenas de Magnus y vi que la ciudad había venido a cogerme. Había extendido sus largos brazos para envolver la torre y el aire hedía a humo de fábrica.

Armand permaneció inmóvil junto a la baranda de piedra, observándome. De pronto, me pareció tan joven como había sido Claudia. *Y asegúrate de que hayan vivido algún tiempo antes de crearlos: y nunca jamás crees a nadie tan joven como Armand.* Al morir, ella no había dicho nada. Sólo había mirado a quienes la rodeaban como si fueran gigantes farfullando en una lengua extraña.

Armand tenía los ojos encarnados.

—¿Y Louis..., dónde está? —quise saber—. No le han matado. Le vi salir bajo la lluvia y...

—Han ido tras él —me respondió—. Ya está destruido.

Pura falsedad, bajo el rostro de un niño del coro.

—¡Detenles! ¡Tienes que hacerlo! Si aún queda tiempo...

Armand movió la cabeza en gesto de negativa.

—¿Por qué no puedes detenerles? ¿Por qué hiciste el juicio y todo eso? ¿Qué te importa a ti lo que me hicieron?

—Ya está destruido.

Bajo el ulular del viento se oyó el grito de un silbato de vapor. Estaba perdiendo el hilo de mis pensamientos. Estaba perdiendo... Y no querían volver. ¡Louis, regresa!

—Y tú no tienes intención de ayudarme, ¿verdad?

Desesperación.

Él se inclinó hacia adelante y su rostro se transformó como lo había hecho tantos años atrás, como si la rabia estuviera desvaneciéndose de su interior.

—Tú, que nos destruiste a todos, que te lo llevaste todo. ¿Qué te hizo pensar que te ayudaría? —Se acercó más a mí. Su rostro casi se hundió en sí mismo—. ¡Tú, que nos colocaste en los extravagantes carteles del boulevard du Temple, que nos convertiste en tema de novelas baratas y charlas de salón!

—Pero no es cierto. Sabes que yo... Te juro que... ¡No fui yo!

—¡Tú, que sacaste nuestros secretos a la luz de los focos, el tipo elegante, el marqués con sus guantes blancos, el espectro de la capa de terciopelo!

—Estás loco si me hechas toda la culpa a mí. No tienes derecho —insistí, pero la voz me temblaba tanto que no podía entender mis propias palabras.

Y la voz surgió de él como la lengua de una serpiente.

—Teníamos nuestro Edén bajo aquel antiguo cementerio —dijo en un siseo—. Teníamos nuestra fe y nuestro objetivo, y fuiste tú quien nos expulsó de él con una espada flameante. ¿Qué tenemos ahora? Respóndeme. Nada, salvo el amor que nos profesamos, ¿y qué puede significar eso para criaturas como nosotros?

—No, no es cieno. Todo eso estaba sucediendo ya. No has entendido nada. Nunca has entendido nada.

Pero Armand no me escuchaba. Y tampoco importaba si lo hacía o no. Se acercaba a mí y, en un destello oscuro, sus manos me empujaron y mi cabeza cayó hacia atrás y vi del revés el cielo y la ciudad de París.

Estaba cayendo por los aires.

Y seguí cayendo ante las ventanas de la torre hasta que el sendero de piedra se alzó para cogerme y hasta el último hueso de mi cuerpo se rompió dentro de su envoltura de piel preternatural.



## 2

Pasaron dos años hasta sentirme lo bastante recuperado como para abordar un barco con destino a Louisiana. Aún estaba terriblemente tullido y lleno de cicatrices, pero tenía que abandonar Europa, donde no me había llegado la menor noticia sobre mi perdida Gabrielle ni sobre el grande y poderoso Marius, quien seguramente había emitido su juicio sobre mí.

Tenía que volver a casa. Y la casa era Nueva Orleans, donde había calor, donde las flores no dejaban de florecer, donde todavía poseía —gracias a mi suministro inagotable de «moneda del reino»— una decena de viejas mansiones vacías de blancas columnas echadas a perder y porches hundidos por las que aún podía vagar.

Así pasé los últimos años del siglo XIX en completo retiro en el viejo Garden District, a una calle del cementerio Lafayette, en la mejor de mis casas, dormitando bajo los robles inmensos.

A la luz de las velas o de las lámparas de aceite, leí cuantos libros pude procurarme. Podría haber sido la propia Gabrielle atrapada en su alcoba del castillo, salvo que aquí no había mobiliario, y la pila de libros alcanzó el techo de una habitación tras otra conforme fui leyéndolos. De vez en cuando, reunía la fuerza y el valor suficientes para irrumpir en una biblioteca o en una vieja librería para adquirir nuevos volúmenes pero cada vez salía menos. Dejé de interesarme por las publicaciones periódicas y me dediqué a acumular velas, botellas y latas de aceite.

No recuerdo cuándo llegó el siglo XX: sólo sé que todo era más feo y oscuro, y que la belleza que había conocido en mis tiempos dieciochescos parecía, más que nunca, una idea fantasiosa. La burguesía gobernaba ahora el mundo siguiendo principios rígidos y con una marcada desconfianza hacia la sensualidad y los excesos que tanto había apreciado el antiguo régimen.

Pero mi visión y mis pensamientos se iban haciendo cada vez más confusos. Ya no cazaba víctimas humanas y los vampiros no pueden prosperar sin la sangre humana, sin la muerte humana. Sobrevivía acechando a los animales domésticos del viejo barrio, perros y gatos bien alimentados. Y cuando resultaba difícil dar con ellos, bien, siempre quedaba esa plaga de las ratas de cloaca, gordas y de largas colas, a las que podía atraer como si fuera un flautista de Hamelin.

Una noche, me obligué a emprender la larga travesía por las calles tranquilas hasta un desvencijado teatrillo llamado *La Hora Feliz*, cerca de los barrios pobres de la zona del puerto. Quería ver aquella novedad del cinematógrafo. Acudí envuelto en un gabán y una bufanda que ocultaba mis facciones demacradas. También llevaba guantes para esconder mis manos esqueléticas. La mera visión del cielo diurno en aquella película muda bastó para aterrorizarme, pero aun así, los tonos tristes del blanco y negro resultaban perfectos para una época desprovista de color.

No volví a pensar en otros inmortales, pero, de vez en cuando, aparecía ante mí algún vampiro: algún joven desvalido y huérfano que tropezaba por casualidad con mi guarida o algún vagabundo llegado en

busca del legendario Lestat para suplicarme que le concediera poder o le revelara secretos. Y todas esas intrusiones me resultaban terribles.

Incluso el timbre de las voces sobrenaturales me destrozaba los nervios y me llevaba a acurrucarme en el rincón más apartado. Sin embargo, por grande que fuera mi dolor, no dejaba de escuchar cada nueva mente que llegaba, para ver si sabía algo de Gabrielle. Nunca descubrí nada. Y, una vez sondeados sus pensamientos, no me quedaba sino hacer caso omiso de las pobres víctimas humanas que el espectro de turno me traía con la vana esperanza de contribuir a mi recuperación.

No obstante, tales encuentros resultaban bastante breves. Atemorizado, ofendido y gritando maldiciones, el intruso no tardaba en marcharse dejándome en mi bendito silencio.

Refugiado allí, en la oscuridad, me fui apartando de las cosas cada vez más.

Ni siquiera leía mucho, ya. Y cuando lo hacía, eran las páginas de la revista *Black Mask*. Leía los relatos de aquellos terribles hombres del siglo XX cargados de nihilismo —los estafadores vestidos de gris, los asaltantes de bancos y los detectives— y trataba de recordar cosas. Pero me sentía muy débil, muy cansado.

Y entonces, una tarde, cuando apenas acababa de anochecer, se presentó Armand.

Al principio pensé que era una alucinación. Le vi en el salón, de pie e inmóvil, con un aspecto más juvenil que nunca. Llevaba su cabello castaño rojizo muy corto, siguiendo la moda del siglo XX, y vestía un traje corto entallado de un tejido oscuro.

Tenía que ser una ilusión de mi mente, aquella figura aparecida en el salón que me contemplaba mientras yo seguía tendido de espaldas en el suelo junto a la puerta corredera atascada, leyendo las aventuras de Sam Spade a la luz de la Luna. Sí, tenía que ser una alucinación, salvo por un detalle: Si mi mente hubiera querido invocar a un visitante imaginario, desde luego no habría escogido a Armand.

Le miré y me embargó una vaga vergüenza de que me viera tan horrible, de no ser más que un esqueleto de ojos saltones yaciendo en un rincón. Después, volví la vista de nuevo a las páginas de *El halcón maltes* y seguí los diálogos de Sam Spade moviendo los labios.

Cuando alcé de nuevo los ojos, Armand seguía allí. Para mí, tanto podía ser esa misma noche como la siguiente.

Y Armand me estaba hablando de Louis. Llevaba haciéndolo un rato al parecer.

Y comprendí que me había mentado acerca de Louis en nuestro último encuentro en París. Louis había permanecido con Armand todos aquellos años. Y me había estado buscando. Louis había recorrido el centro de la ciudad vieja, buscándome cerca de la casa donde los dos habíamos vivido tanto tiempo, hasta que, finalmente, había dado con mi guarida. Incluso me había visto a través de las ventanas.

Traté de imaginármelo. Louis, vivo. Louis allí, muy cerca, y sin yo saberlo.

Creo que solté una breve risilla. No lograba hacerme a la idea de que Louis no hubiera sido quemado. Sin embargo, que continuara vivo era una noticia realmente espléndida. Era maravilloso que aún existiera aquel rostro agraciado, aquella expresión llena de intensidad, aquella voz tierna y algo implorante. Mi hermoso Louis aún existía, en lugar de estar muerto y desaparecido como Claudia y Nicolás.

Pero, en realidad, aún era posible que hubiera sido destruido. ¿Por qué había de dar por buenas las palabras de Armand? Me sumí de nuevo en la lectura a la luz de la luna, deseando que las plantas del jardín no estuvieran tan crecidas. Ya que era tan fuerte, dije a Armand, un favor que podía hacerme era salir allí y arrancar parte de aquellas zarzas y enredaderas. Los dondiegos y las enredaderas de glicinas rebosaban de los porches del piso superior e impedían el paso de la luz de la luna, y también estaban los viejos robles americanos que ya estaban allí cuando la zona no era más que un pantano.

No, no creo que le dijera tal cosa a Armand.

Y sólo tengo un recuerdo muy vago de que Armand me dijera que Louis le iba a abandonar y que él, Armand, no quería seguir existiendo. Su voz era hueca. Seca. Sin embargo, la luz de la luna brillaba en él mientras me hablaba. Y su voz aún conservaba aquella vieja resonancia, aquel matiz de puro dolor.

Pobre Armand. ¡Y tú me dijiste que Louis estaba muerto! ¡Ve a hacerte un sitio en la tierra bajo el cementerio Lafayette! Está ahí mismo, calle arriba.

No pronuncié una palabra. No emití ninguna risa audible; sólo experimenté el secreto placer de la risa en mi interior. Recuerdo una imagen clara de Armand, solo y desamparado en mitad de la estancia sucia y vacía, contemplando las paredes forradas de pilas de libros. La lluvia se había filtrado gota a gota por las grietas del tejado hasta convertir los volúmenes en una especie de ladrillos compactos de cartón piedra. Y me percaté claramente de ello cuando le vi allí plantado, delante de aquel telón de fondo. Y recordé que todas las estancias de la casa estaban forradas de libros como aquélla. No había reparado en ello hasta el momento en que Armand había empezado a fijarse. Llevaba años sin entrar en las demás habitaciones.

Parece que acudió a verme varias veces más, después de aquélla.

No llegué a verle, pero le oí deambular por el jardín de la casa, buscándome con su mente como si ésta fuera un haz de luz.

Louis se había marchado al oeste.

En una ocasión, mientras yo me acurrucaba en la grava bajo los cimientos del edificio, Armand llegó hasta el emparrado y se asomó al interior, aunque no llegué a verle. Y, con una voz siseante, me llamó cazarratas.

*Te has vuelto loco. ¡Tú, el que todo lo sabía, el que se burlaba de nosotros! Ahora estás loco y te alimentas de las ratas. ¿Sabes cómo os llamaban a vosotros, los nobles rurales, en la Francia de los viejos tiempos? Os llamaban cazaconejos, porque ibais tras los conejos y las liebres para no agonizar de sed. ¡Mírate tú ahora, encerrado en esta casa y convertido en un espectro harapiento, en un cazador de ratas! ¡Estás más loco que esos viejos que sólo hablan incoherencias y lanzan sus balbuceos al viento! Ya ves, ahora vuelves a la caza de ratas como te corresponde por nacimiento.*

Solté una nueva carcajada. Reí y reí sin cesar. Me acordé de los lobos y continué riendo.

—Siempre me has producido risa —le dije—. Me habría reído de ti bajo ese cementerio de París, pero me pareció que no debía hacerlo. Incluso cuando me lanzaste tu maldición y me echaste la culpa de todas las historias que corrían sobre nosotros, el asunto me resultó muy gracioso. Si no hubiera sido

porque te disponías a arrojarme de lo alto de la torre, me habría puesto a reír. Siempre me has causado hilaridad.

El odio entre nosotros resultaba delicioso, o así me pareció. Era una excitación muy extraña, tenerle allí para ridiculizarle y mostrarle mi desprecio.

Pero, de pronto, la escena empezó a cambiar a mi alrededor. Ya no estaba tendido en la grava. Estaba caminando por mi casa. Y no llevaba los sucios harapos con que me había cubierto durante años, sino un elegante frac negro y una capa forrada de satén. Y la casa..., la casa estaba magnífica, y todos los libros estaban convenientemente ordenados en los estantes. El suelo de parquet brillaba a la luz del candelabro y una música deliciosa se escuchaba por todas partes, el sonido de un vals vienes con su rica armonía de violines. Con cada paso me volvía a sentir poderoso y ligero, maravillosamente ligero. Habría podido subir los peldaños de la escalera de dos en dos con facilidad. Habría podido lanzarme a volar a través de la oscuridad, con la capa abierta como un par de alas negras.

Y luego me encontré subiendo entre las sombras, y Armand y yo estábamos juntos en la azotea de la casa. Armand estaba radiante con la misma ropa de gala pasada de moda y los dos contemplamos el lejano meandro plateado del río, más allá de la jungla de oscuro follaje susurrante, y el firmamento donde las estrellas brillaban a través de las finas nubes de tono gris perla.

Me descubrí llorando por el mero hecho de contemplar aquella vista, por el mero contacto del viento húmedo contra mi rostro. Y Armand permaneció a mi lado, con el brazo en torno a mi cintura. Me hablaba de la pena y el perdón, de la sabiduría y de las cosas que le había enseñado el dolor.

—Te quiero, mi tenebroso hermano —susurró.

Y las palabras fluyeron por mi interior como la propia sangre.

—Yo no buscaba vengarme —continuó con expresión afligida y el corazón desgarrado—. ¡Pero tú acudiste a mí para curarte y me dijiste que no me querías! ¡Llevaba esperándote más de un siglo, y dijiste que no me querías!

Supe entonces, como ya había sabido de algún modo desde el principio, que mi recuperación era un espejismo, que seguía siendo el mismo esqueleto harapiento y que la casa seguía en ruinas. Y aquel ser sobrenatural que me sostenía tenía el poder para devolverme el cielo y el viento.

—Ámame y mi sangre es tuya —le oí decir—. Mi sangre, que jamás he dado a otros.

Noté sus labios rozándome el rostro.

—No puedo engañarte —respondí a su proposición—. No puedo amarte . ¿Qué eres para mí que me obligue a amarte? ¿Un ser muerto que anhela el poder y la pasión que otros poseen? ¿La sed misma, personificada?

Y, en un instante de incalculable energía, fui yo quien le golpeé y le hice retroceder y le empujé al vacío desde lo alto de la azotea. Su figura, disolviéndose en la noche gris, pareció absolutamente ingrátida.

Pero, ¿quién fue el vencido? ¿Quién fue el que cayó y cayó de nuevo entre las blandas ramas de los árboles hasta la tierra a la que pertenecía? ¿Quién volvió a los harapos y a la suciedad debajo de la vieja casa? ¿Quién quedó finalmente yaciendo sobre la grava, con las manos y el rostro contra el frío suelo?

Con todo, la memoria juega malas pasadas. Tal vez todo aquello, la postrera invitación de Armand y la angustia que siguió, habían sido imaginaciones mías. El llanto. Sé que, durante los meses siguientes, volvió a merodear por allí. De vez en cuando, le oí mientras recorría aquellas viejas calles del Carden District. Y quise llamarle, explicarle que era mentira lo que había dicho, que le amaba. Que le amaba.

Pero había llegado el momento de quedar en paz con todas las cosas. Era el momento de llegar al ayuno total y descender por fin al seno de la Tierra y, tal vez, compartir los sueños de los dioses. ¿Y cómo podía hablarle a Armand de los sueños de los dioses?

Ya no quedaban velas, ni aceite para las lámparas. En alguna parte había una caja fuerte llena de dinero y joyas y de cartas a mis abogados y banqueros, que continuarían administrando permanentemente las propiedades que aún conservaba, gracias a las sumas que había puesto en sus manos.

Entonces, ¿por qué no enterrarme ya bajo el suelo, sabiendo que nunca sería perturbado en aquella vieja ciudad con sus desvencijadas réplicas de otros siglos? En adelante, todo seguiría y seguiría indefinidamente.

Bajo la única luz del firmamento nocturno, continué leyendo el relato de Sam Spade y aquel Halcón Maltes. Miré la fecha de la revista y supe que estaba en 1929 y pensé: «Oh, es imposible, ¿no?». Y bebí de las ratas hasta tener las fuerzas necesarias para cavar un túnel muy hondo.

La tierra me acogía. Criaturas vivas se abrían paso entre sus grumos compactos y húmedos y rozaban mis carnes secas. Pensé que si alguna vez resucitaba, si alguna vez volvía a ver el menor fragmento de cielo tachonado de estrellas, nunca jamás cometería actos terribles. Nunca más mataría a un inocente. Aunque tuviera que cazar a los débiles, sólo tomaría a los desahuciados. Me juré que así sería. Y nunca, nunca más, realizaría el Rito Oscuro. Sólo..., sólo sería, ¿sabéis?, la «conciencia continuada» sin ningún objetivo, sin el menor propósito.

La sed. El dolor, diáfano como la luz.

Vi a Marius. Le vi tan vividamente que pensé: «¡No puede ser un sueño!» y el corazón se me aceleró dolorosamente. Qué espléndido aspecto tenía Marius. Llevaba un traje moderno, ajustado y corriente aunque confeccionado con terciopelo negro, y el cabello canoso bastante corto y peinado hacia atrás, dejando su rostro despejado. Un especial encanto, una gracia de movimientos que sus ropajes antiguos habían ocultado, envolvían a aquel moderno Marius.

Y le vi haciendo las cosas más sorprendentes. Tenía ante él una cámara negra sobre un trípode como patas de arañas y, dándole vueltas a la manivela con la mano derecha, tomaba películas de mortales en un estudio lleno de luz incandescente. Cómo me saltaba el corazón mientras miraba aquello, su manera de hablar con aquellos seres mortales, de decirles cómo debían abrazarse, moverse y bailar. Y un

decorado pintado detrás de ellos, sí. Y al otro lado de las ventanas del estudio había altos edificios de ladrillo y el ruido de los vehículos a motor por las calles.

No, no es un sueño, me dije. Está sucediendo de verdad. El está en ese lugar. Y si pruebo a ver la ciudad más allá de las ventana, sabré dónde está. Si me esfuerzo, entenderé el idioma en el que habla a los jóvenes actores. «¡Marius!», exclamé, pero la tierra que me envolvía engulló mi voz.

La escena cambió.

Marius bajaba a un sótano en la gran caja de un ascensor. Unas puertas metálicas resonaron con un chirrido y su figura penetró en el enorme salón privado de Los Que Deben Ser Guardados. Todo estaba muy cambiado. No había imágenes egipcias, ni perfume de flores, ni brillo de oro.

Las altas paredes estaban cubiertas con los colores moteados de los impresionistas, que componían en mil y un fragmentos un vibrante mundo del siglo XX. Aviones volando sobre ciudades soleadas, torres que se alzaban tras el arco de un puente de acero, naves de casco metálico surcando mares de plata. Era un universo entero que disolvía las paredes en la que estaba expuesto, envolviendo las figuras inmóviles e inalteradas de Akasha y Enkil.

Marius avanzaba por la capilla. Dejó atrás oscuras esculturas enmarañadas, aparatos telefónicos y máquinas de escribir sobre pedestales de madera, y depositó ante Los Que Deben Ser Guardados un gramófono voluminoso e imponente. Con delicadeza, colocó la fina aguja en el surco del disco. Un agudo y crepitante vals vienes surgió del altavoz metálico.

Me reí al ver aquello, aquel agradable invento, colocado ante la pareja como una ofrenda. ¿Sería el vals una suerte de incienso que impregnaba el aire?

Pero Marius no había terminado su tarea. Había desenrollado una pantalla blanca en la pared, y ahora, desde una tarima elevada situada detrás de los dioses, proyectaba sobre el lienzo imágenes en movimiento de diversos mortales. Los Que Deben Ser Guardados contemplaron las imágenes vacilantes en silencio. Como estatuas en un museo, la luz eléctrica resplandeciendo en su blanca piel.

Y entonces sucedió la cosa más maravillosa. Las figurillas nerviosas de la película se pusieron a hablar. Por encima del agudo sonido del vals en el gramófono, escuché sus voces.

Y mientras miraba, paralizado de excitación, paralizado de alegría ante lo que veía, me invadió de pronto una abrumadora tristeza al comprender la verdad. Todo aquello no era más que un sueño. Porque la realidad era que las figurillas de la película no podían estar hablando.

La cámara y todas sus pequeñas maravillas perdieron consistencia, se volvieron borrosas.

¡Ah, aquella horrible imperfección, aquel odioso pequeño detalle que había traicionado toda la trama! A pesar de todos los fragmentos de realidad, de las películas mudas que había visto en el teatrillo *La hora feliz*, de los gramófonos cuyo sonido había escuchado un centenar de veces desde las sombras, surgiendo de las casas.

Y el vals vienes, ¡ah!, tomado del hechizo que Armand había obrado sobre mí, demasiado desgarrador para recordarlo.

¿Por qué no había sido un poco más hábil en el intento de engañarme a mí mismo? ¿Por qué había mantenido la película muda, como debía ser, para poder así seguir creyendo que la visión era auténtica, después de todo?

Pero allí estaba la demostración de mi invención de aquel audaz y fantasioso autoengaño: ¡Akasha, mi amada, me estaba hablando!

Akasha estaba a la puerta de la cámara con la mirada puesta en el largo pasadizo subterráneo que conducía al ascensor por el cual Marius había regresado al mundo superior. El cabello negro le colgaba, tupido y pesado, sobre los blancos hombros. Levantó su mano blanca y fría llamándome hacia ella. Tenía la boca roja.

«¡Lestat!» dijo en un susurro. «Ven.»

Los pensamientos fluían de ella sin sonido con las palabras que la vieja reina vampiro me había dirigido tantos años atrás, bajo el cementerio de les Innocents:

*Desde mi lecho de piedra, he tenido sueños sobre el mundo mortal de ahí arriba. He oído sus voces, sus nuevas músicas como canciones de cuna acompañándome en mi tumba. He imaginado sus fantásticos descubrimientos y he conocido su valentía en lo más recóndito de mi mente. Y, aunque ese mundo me excluye con sus formas deslumbrantes, añoro la existencia de alguien con la fuerza suficiente para deambular por él sin miedo, para recorrerla Senda del Diablo en su propio seno.*

«¡Lestat!» volvió a susurrar, con una expresión trágica en su rostro de mármol. «¡Ven!»

—¡Ah, amada mía! —exclamé, notando el sabor amargo de la tierra entre mis labios—. ¡Si pudiera...!

*Lestat de Lioncourt*

En el año de su Resurrección 1984

***Dioniso en San Francisco***

**1985**





a semana antes de que nuestro disco saliera a la venta, *ellos* trataron por primera vez de amenazarnos por vía telefónica. El secreto impuesto en torno al grupo de rock llamado El Vampiro Lestat había resultado caro pero casi impenetrable. Incluso los editores literarios de mi autobiografía habían colaborado plenamente y, durante los largos meses de grabaciones y filmaciones, no había visto a uno solo de *ellos* en Nueva Orleans, ni había oído a ninguno merodeando cerca.

Pero, por algún medio, habían conseguido el número reservado y habían grabado sus advertencias en el contestador automático.

«Proscrito. Sabemos lo que estás haciendo. Te ordenamos que lo dejes.» «Sal donde podamos verte. Te desafiamos a salir.»

Tenía a la banda escondida en la vieja mansión de una plantación, un rincón delicioso al norte de Nueva Orleans, provistos de Dom Perignon y de buen hachís para fumar, todos nosotros cansados de expectación y de los preparativos, ansiosos de presentarnos ante nuestro primer público en directo en San Francisco, de paladear por primera vez el sabor del éxito.

Después, Christine, la abogada, me reexpidió los primeros mensajes telefónicos —era extraño cómo el equipo electrónico captaba el timbre de las voces espectrales— y, en plena noche, llevé a mis músicos al aeropuerto y volamos hacia el oeste.

Desde entonces, ni Christine supo dónde nos escondíamos. Los propios músicos no estaban muy seguros. En un lujoso rancho de Carmel Valley, escuchando nuestra música en la radio por primera vez. Y nos pusimos a bailar cuando nuestro primer video-clip apareció a escala nacional en la televisión por cable.

Y, cada noche, acudía en solitario a la ciudad de Monterrey a recoger los recados de Christine. Luego, seguía hacia el norte, de caza.

Al volante de mi elegante Porsche negro, seguía la ruta hasta San Francisco tomando las curvas cerradas de la carretera de la costa a una velocidad embriagadora. Y, bajo el immaculado resplandor amarillento de los barrios bajos de la gran ciudad, acechaba a mis presas con un poco más de crueldad y lentitud que antes.

La tensión se estaba haciendo insoportable.

Y, sin embargo, no vi a ninguno de *ellos*. No escuché sus pensamientos. Lo único que tenía eran aquellos mensajes telefónicos de unos inmortales que no había conocido nunca:

«Te lo advertimos, no continúes con esta locura. Estás iniciando un juego más peligroso de lo que piensas.»

Y luego el susurro registrado que ningún oído mortal podía captar:

«Traidor.» «Proscrito.» «¡Muéstrate, Lestat!»

Si andaban cazando por San Francisco, no los vi. Pero San Francisco es una ciudad densa y poblada. Y yo seguía tan furtivo y silencioso como siempre.

Finalmente, empezaron a llegar los telegramas al apartado de correos de Monterrey. Lo habíamos conseguido. Las ventas de nuestro álbum estaban batiendo récords en Estados Unidos y Europa. Después de San Francisco, podíamos actuar en la ciudad que quisiéramos. Mi autobiografía estaba en todas las librerías de costa a costa. El Vampiro Lestat estaba en el número uno de las listas.

Y, después de la cacería nocturna en San Francisco, me dedicaba a recorrer la interminable Divisadero Street. Dejaba que la carrocería negra del Porsche paseara lentamente ante las casonas victorianas en ruinas, preguntándome en cuál de ellas, acaso, Louis había contado la historia de *Confesiones de un Vampiro* al muchacho mortal. Tenía constantemente en mis pensamientos a Louis y Gabrielle. También pensaba en Armand. Y en Marius... Marius, a quien había traicionado contando toda la historia.

¿Estaría El Vampiro Lestat extendiendo sus tentáculos electrónicos lo suficiente para alcanzarles? ¿Habrían visto aquellos vídeos: *El legado de Magnus*, *Los Hijos de las Tinieblas*, *Los Que Deben Ser Guardados*. Pensaba en los otros antiguos cuyos nombres había revelado, Mael, Pandora, Ramsés el Maldito.

Lo cierto era que Marius podría haberme encontrado pese a todos mis secretos y precauciones. Sus poderes habrían sido capaces de alcanzar incluso la vasta lejanía de América. Si me estuviera viendo, si me estuviera escuchando...

Volvió a mí el viejo sueño de Marius dándole a la manivela de la cámara de cine, de las imágenes oscilantes en las paredes del santuario de Los Que Deben Ser Guardados. Incluso evocada en mi mente, la imagen parecía poseer una nitidez imposible que me produjo un vuelco del corazón.

Luego, gradualmente, descubrí que poseía un nuevo concepto de la soledad, un nuevo método de medir un silencio que se extendía hasta el fin del mundo. Y lo único de que disponía para interrumpirlo eran aquellas amenazadoras voces sobrenaturales grabadas en la cinta, que no ofrecían imagen alguna en su creciente virulencia:

«No te atrevas a aparecer en el escenario en San Francisco, te lo advertimos. Tu desafío es demasiado vulgar, demasiado desdeñoso. Correremos cualquier riesgo, incluso el de un escándalo público, con tal de castigarte.»

Me burlé de aquella combinación incongruente de lenguaje arcaico y el inconfundible acento norteamericano. ¿Cómo eran aquellos vampiros modernos? ¿Aparentaban buena cuna y escogida educación cuando deambulaban con los no muertos? ¿Adoptaban un estilo determinado? ¿Vivían en asambleas o iban de un lado a otro sobre grandes motocicletas, como me gustaba hacer a mí?

La excitación crecía dentro de mí, incontenible. Y mientras conducía en plena noche con nuestra música a todo volumen en la radio, me sentía embargado por un entusiasmo absolutamente humano.

Deseaba salir a tocar tanto como mis músicos mortales, la Dama Dura, Alex y Larry. Después del agotador esfuerzo de las grabaciones y filmaciones, ardía en deseos de levantar nuestras voces a coro ante la multitud entusiasta. Y, en algunos momentos, recordaba con toda nitidez esas lejanas noches en el teatrillo de Renaud. Volvían entonces a mi recuerdo los detalles más sorprendentes: el tacto del maquillaje blanco sobre el rostro, el olor de los polvos cosméticos, el instante de hacer la entrada ante las luces del proscenio.

Sí, todas las piezas volvían a juntarse y, si con ellas llegaba la cólera de Marius..., bien, me la tendría merecida, ¿no?

San Francisco me encantó, me subyugó casi. No era difícil imaginar a mi Louis en aquel lugar. Un paisaje casi veneciano, el de aquellas mansiones multicolores en sombras, de aquellos edificios de pisos alzándose pared con pared sobre las estrechas calles oscuras. Las luces irresistibles tachonando las colinas y el valle y la jungla dura y brillante de los rascacielos del centro levantándose como un bosque encantado en un océano de niebla.

Cada noche, de regreso a Carmel Valley, recogía las sacas de correo de admiradores reexpedido a Monterrey desde Nueva Orleans y las inspeccionaba buscando una caligrafía de vampiro: unas letras escritas con cierto exceso de laboriosidad, ligeramente anticuadas, o tal vez una muestra más patente de talento sobrenatural en una carta escrita de puño y letra imitando los caracteres góticos. Sin embargo, en la correspondencia no había otra cosa que la fervorosa devoción de los mortales:

Querido Lestat, mi amiga Sheryl y yo te amamos, pero no hemos conseguido entradas para el concierto de San Francisco, aunque nos pasamos seis horas en la cola. Por favor, mándanos dos entradas. Seremos tus víctimas. Podrás beber nuestra sangre.

Eran las tres de la madrugada de la noche previa al concierto.

El fresco paraíso verde de Carmel Valley estaba dormido. Yo descansaba en el enorme salón, frente al tabique de cristal orientado hacia las montañas. A ratos, dormitaba y soñaba con Marius. En mi sueño, Marius decía:

«¿Por qué te arriesgas a mi venganza?»

Y yo respondía: «Tú me volviste la espalda.»

«No es ésa la razón» decía él. «Obedeces a un impulso. Pretendes arrojar todas las piezas al aire.»

«¡Quiero mover las cosas, hacer que suceda algo!» En el sueño, me puse a gritar; entonces, de pronto, noté de nuevo la presencia de la casa de Carmel Valley a mi alrededor. Era sólo un sueño, un simple sueño mortal.

Pero había algo, algo más..., una súbita «transmisión» como una onda de radio errática interfiriendo en la frecuencia indebida, una voz diciendo *Peligro. Peligro para todos nosotros.*

Durante una fracción de segundo, la visión de la nieve, del hielo, el aullido del viento. Algo haciéndose pedazos en el suelo de piedra. Cristales rotos. ¡Lestat! ¡Peligro!

Desperté.

Ya no estaba recostado en el sofá. Me hallaba en pie, mirando hacia las puertas acristaladas. No oí nada, ni vi otra cosa que el vago perfil de las colinas y las siluetas negra del helicóptero posado sobre su pista de cemento como una mosca gigantesca.

Continué escuchando con toda atención, con tal intensidad que me encontré sudando. Sin embargo, no había rastro de la «transmisión». Ninguna imagen.

Y, luego, la conciencia gradual de que había una criatura allí fuera, en la oscuridad, y de que estaba captando leves sonidos físicos.

Alguien caminando con todo sigilo allí fuera. Ni rastro de olor a mortal.

Uno de *ellos* estaba allí. Uno de *ellos* había penetrado en el secreto y se aproximaba tras la lejana silueta esquelética del helicóptero, cruzando el campo abierto de hierba alta.

Volví a escuchar. No, ni un atisbo que confirmara el mensaje de peligro. De hecho, la mente del ser estaba cerrada a mí y sólo podía captar las señales inevitables de un cuerpo desplazándose.

La casa, de forma irregular y techo bajo, seguía dormitando a mi alrededor; parecía un acuario gigante con sus blancas paredes desnudas y la luz azul parpadeante del aparato de televisión, conectado sin sonido. La chica y Alex dormían abrazados en la alfombra ante una chimenea vacía. Larry estaba en el dormitorio, parecido a una celda, con una *groupie* que se hacía llamar Salamandra, infatigable en la cama, a la que habían recogido en Nueva Orleans antes de venir al oeste. Los guardaespaldas descansaban en las otras habitaciones modernas de techo bajo y en el barracón situado al otro lado de la gran piscina azul en forma de concha de ostra.

Y allí fuera, bajo el firmamento negro y despejado, estaba aquella criatura, avanzando desde la autopista, a pie. Aquel ser, cuya presencia percibía, estaba completamente solo. El latido de un corazón sobrenatural en la diáfana oscuridad. Sí, ahora lo oía con toda claridad. Las colinas eran fantasmas en la distancia y los capullos amarillos de las acacias brillaban blancos a la luz de las estrellas.

El ser no parecía temeroso de nada. Simplemente, se acercaba. Y sus pensamientos eran absolutamente impenetrables. Esto significaba que podía tratarse de uno de los antiguos, de los dotados de grandes poderes, pero ninguno de ellos aplastaría de aquel modo la hierba bajo sus pies. Aquella criatura se movía casi como un humano. Aquel vampiro había sido creado por mí.

Él corazón me latía aceleradamente. Dirigí la mirada a las luces del panel de alarma medio oculto tras la cortina recogida en un rincón. Era una barrera de timbre y sirenas si alguien, mortal o inmortal, trataba de penetrar en la casa.

El ser apareció al borde de la blanca pista de cemento. Una figura alta y delgada, de cabello corto y negro. Y la figura se detuvo entonces como si pudiera verme tras el velo del cristal, bañado por la difusa luz eléctrica azulada.

Sí, me había visto. Entonces continuó su avance hacia mí, hacia la luz. Muy ágil, desplazándose con una ligereza un poco excesiva para un mortal. El cabello negro, los ojos verdes y unos miembros que se

movían con suavidad bajo unas ropas descuidadas: un suéter negro deshilachado colgando de sus hombros, un pantalón también negro de perneras como largos radios de una rueda.

Noté que me venía un vómito a la boca. Estaba temblando. Traté de recordar, incluso en aquel momento, lo que era más importante: debía seguir vigilando la noche en busca de otros intrusos. Debía ser cauto. *Peligro*. Pero nada de todo eso importaba ahora. Me di cuenta de ello y cerré los ojos un instante, pero no sirvió de nada, no hizo más fáciles las cosas.

A continuación, alargué la mano a los botones de alarma y los desconecté. Abrí las enormes puertas acristaladas, y el aire fresco de la noche penetró en la habitación.

El intruso había dejado atrás el helicóptero y, con la cabeza vuelta hacia el aparato, se apartó unos pasos de él con la gracia de un bailarín para contemplarlo, la cabeza alta y los pulgares hundidos en los bolsillos traseros de sus téjanos negros en un gesto despreocupado.

Cuando miró de nuevo hacia mí, distinguí su rostro con claridad. Y vi que me sonreía.

Incluso nuestros recuerdos pueden traicionarnos. El era una prueba de ello, delicado y cegador como un láser al acercarse, borradas de un plumazo todas las viejas imágenes como si fueran polvo.

Conecté otra vez el sistema de alarma, cerré las puertas en torno a mis mortales y di vueltas a la llave en la cerradura. Por un segundo, pensé que no podía soportar aquello. «Y no es más que el principio» me dije. «Y si él está aquí, apenas a unos pasos de mí, sin duda vendrán otros tras él. Vendrán todos.»

Di media vuelta, avancé hacia él y, durante unos silenciosos segundos, lo estudié bajo la luz azulada que se filtraba a través del cristal. Cuando hablé, mi tono de voz era tenso:

—¿Dónde está la capa negra y el traje negro de buen corte y la corbata de seda y todas esas necedades? —le pregunté.

Nuestras miradas se encontraron.

Y él sonrió sin hacer el menor sonido. Pero continuó estudiándome con una expresión extasiada que me produjo una secreta alegría. Y, con el atrevimiento de un niño, extendió el brazo y me pasó los dedos por la solapa del abrigo de terciopelo gris.

—No se puede ser siempre la leyenda viviente —murmuró. Su voz era un susurro que no era tal. Capté con toda nitidez su acento francés, aunque yo no había sido nunca capaz de apreciar el mío.

Me resultó casi insoportable el sonido de las sílabas, la absoluta familiaridad con ellas.

Y dejé a un lado todas las palabras ásperas y tensas que tenía pensado decirle y me limité a estrecharle en mis brazos.

Nos abrazamos como no habíamos hecho nunca en el pasado. Nos apretamos el uno contra el otro como tantas veces había hecho con Gabrielle. Y luego le pasé las manos por el cabello y el rostro, como para cerciorarme de que realmente le tenía allí, como si me perteneciera. Y él hizo lo mismo. Parecía que estábamos hablando sin pronunciar sonido alguno. Auténticos mensajes silenciosos que carecían de palabras. Leves gestos de asentimiento. Y le noté rebosante de afecto y de una febril satisfacción que parecía casi tan intensa como la mía.

Pero, de pronto, él se quedó muy quieto y su expresión se contrajo un poco.

—Pensaba que estabas muerto y acabado, ¿sabes? —me dijo en voz apenas audible.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —quise saber.

—Tú querías que lo hiciera —respondió. Un destello de inocente confusión. Por respuesta, un lento encogimiento de hombros.

Todo cuanto hacía despertaba en mí la misma atracción magnética que un siglo atrás. Unos dedos muy largos y delicados, pero unas manos muy fuertes.

—Te has dejado ver y me has dejado seguirte —continuó—. Te has paseado por Divisadero Street arriba y abajo, buscándome.

—¿Y aún seguías allí?

—Es el lugar más seguro del mundo, para mí. No lo he dejado nunca. Vinieron a buscarme, no me encontraron y se volvieron a marchar. Ahora me muevo entre ellos siempre que quiero y no me reconocen. En realidad nunca han sabido qué aspecto tengo.

—Y si lo supieran, intentarían destruirte —añadí.

—Sí —reconoció él—. Pero llevan intentándolo desde el Teatro de los Vampiros y lo que allí sucedió. Por supuesto, las *Confesiones de un Vampiro* les dieron nuevos motivos. Aunque no necesitaban motivos para sus pequeños juegos. Lo que necesitan es el impulso, la excitación. Se alimentan de ellos como de la sangre.

Por un segundo, su voz pareció forzada. Tomó aire profundamente. Le costaba hablar de todo aquello. Quise pasarle los brazos alrededor otra vez, pero me contuve.

—Pero ahora pienso que es a ti a quien quieren destruir. Y tu aspecto sí que lo conocen —añadió con una leve sonrisa—. Todo el mundo sabe qué cara tienes, *monsieur* Astro del Rock.

La sonrisa se ensanchó, pero su voz se mantuvo educada y suave como siempre. Y la emoción afluyó a su rostro. Pero siguió sin producirle el menor cambio en él. Tal vez nunca se produciría.

Le pasé el brazo por los hombros y nos alejamos juntos de las luces de la casa. Dejamos atrás la mole gris del helicóptero y cruzamos los campos secos agostados por el sol en dirección a las colinas.

Creo que sentirse tan feliz es abyecto, que sentir tanta satisfacción es consumirse.

—¿Vas a seguir adelante con eso? —me preguntó—. ¿Vas a dar ese concierto mañana?

*Peligro para todos nosotros.* ¿Qué había sido aquello, una advertencia o una amenaza?

—Sí, desde luego —declaré—. ¿Qué diablos podría impedírmelo ahora?

—Yo querría hacerlo —respondió él—. Habría venido antes, de haber podido. Hace una semana te vi, pero luego te perdí la pista.

—¿Y por qué quieres detenerme?

—Ya sabes por qué. Quiero hablar contigo.

Unas palabras muy simples, pero cargadas de significado.

—Ya habrá tiempo después —respondí—. «Mañana y mañana y mañana...» No va a suceder nada, ya lo verás. —Continué mirándole y apartando la vista de él alternativamente, como si sus ojos verdes me hicieran daño. En palabras modernas, era un auténtico rayo láser. Su aspecto era delicado y letal. Sus víctimas le habían amado siempre.

Y también yo le había amado siempre, ¿no era así?, incluso con todo lo sucedido: y qué fuerte podía ser el amor cuando se tenía la eternidad para alimentarlo y bastaba con aquellos instantes para renovar su intensidad, su calor.

—¿Cómo puedes estar seguro de ello, Lestat? —preguntó él. Muy íntimo, mi nombre en sus labios. Yo no me había atrevido a decir «Louis» con tanta naturalidad.

Caminábamos lentamente, sin rumbo, y su brazo me rodeaba relajadamente, como el mío a él.

—Tengo un batallón de mortales protegiéndonos —le informé—. Habrá guardaespaldas en el helicóptero y en la limusina acompañando a mis músicos mortales. Yo viajaré sólo desde el aeropuerto en el Porsche para poder defenderme mejor, pero habrá una auténtica caravana motorizada. En cualquier caso, ¿qué puede hacerme un puñado de rencorosos vampiros del siglo XX? Esas criaturas idiotas utilizan el teléfono para sus amenazas.

—Son más de un puñado —replicó él—. ¿Y qué me dices de Marius? Tus enemigos de ahí fuera están debatiendo si la historia de Marius es cierta, si Los Que Deben Ser Guardados existen o no...

—Por supuesto. ¿Y tú? ¿Crees que es verdad?

—Sí. Me convencí nada más leerla —declaró. Se produjo entonces un instante de silencio durante el cual tal vez los dos recordamos al indagador inmortal de otra era que me había preguntado una y otra vez dónde había empezado aquello.

Demasiado dolor para evocarlo. Era como descubrir unos cuadros en el desván y, al limpiarles el polvo, encontrar los colores vibrantes todavía. Y los cuadros deberían haber sido retratos de nuestros difuntos antepasados y, en cambio, eran imágenes de nosotros mismos.

Hice algún gesto nervioso propio de mortales, me aparté el cabello de la frente y traté de notar el frío de la brisa.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que Marius no pondrá fin a este experimento en el momento en que pongas el pie en el escenario mañana por la noche?

—¿Crees que alguno de los antiguos haría tal cosa? —repliqué a su pregunta.

Reflexionó un instante, sumergiéndose en sus pensamientos como solía hacer tiempo atrás, tan profundamente que fue como si se olvidara de mi presencia. Y dio la impresión de que a su alrededor tomaban forma aquellas viejas estancias, que la luz de gas ofrecía su inestable iluminación, que surgían los sonidos y olores de las calles de otra época lejana. Los dos estábamos en aquel salón de Nueva Orleans, con el fuego de carbón en el hogar, bajo la repisa de mármol de la chimenea. Y todo envejeciendo allí, salvo nosotros.

Y ahora, allí estaba: un chico moderno con la camiseta torcida y los pantalones gastados, mirando hacia las colinas desiertas. Desaliñado, los ojos ardiendo con un fuego interior, el cabello desgredado. Le vi despertar de su estado lentamente, como si volviera a la vida.

—No —dijo al fin—. Creo que si a los ancianos les preocupa de algún modo todo esto, estarán demasiado interesados para hacerlo.

—¿Y tú? ¿Sientes interés?

—Sí, sabes que sí —respondió.

Y su rostro adquirió un leve rubor. Se hizo todavía más humano. De hecho, su aspecto era el más parecido al de un mortal de entre todo los de nuestra raza que recordara.

—Estoy aquí, ¿no? —añadió. Y noté en él un dolor que le recorría todo el ser como una veta de mineral, una veta que podía llevar la emoción hasta las profundidades más frías.

Asentí. Respiré profundamente y aparté la mirada de él deseando poder decir lo que realmente quería. Decir que le amaba. Pero no podía hacerlo. El sentimiento era demasiado fuerte.

—Sucedá lo que suceda, merecerá la pena —murmuré—. Quiero decir que merecerá la pena si tú y yo y Gabrielle y Armand... y Marius estamos juntos, aunque sea por un breve espacio de tiempo. Y Mael. Y sólo Dios sabe cuántos más. ¿Y si se presentan todos los ancianos? Merecerá la pena, Louis. Todo lo demás no me importa.

—¡No! ¡Sí que te importa! —exclamó él con una sonrisa. Estaba intensamente fascinado—. Sólo confías en que va a ser emocionante y que, sea cual sea la batalla, vencerás.

Bajé la cabeza y me refí. Metí las manos en los bolsillos de los pantalones como hacen los mortales de esta época y continué caminando por la hierba. El campo olía aún a sol, incluso en la fresca noche californiana. No hablé a Louis de la parte mortal, de la vanidad de querer actuar, de la extraña locura que me había embargado al verme en la pantalla del televisor, al ver mi rostro en la tapa del disco, pegado en el escaparate de la tienda de North Beach.

Él continuó a mi lado.

—Si los antiguos quisieran de verdad destruirme —le dije—, ¿no crees que ya lo habrían hecho?

—No. Yo te vi y te he seguido, pero, hasta entonces, no pude dar contigo, aunque lo intenté desde el momento en que supe que habías aparecido.

—¿Cómo te has enterado?

—En todas las grandes ciudades hay lugares donde se reúnen los vampiros —me explicó—. Seguro que ya lo sabes, a estas alturas.

—No, lo ignoraba. Cuéntame.

—Hay unos bares que llamamos la *Conexión Vampiro* —dijo con una sonrisa irónica—. Son frecuentados por mortales, naturalmente, y los conocemos por el nombre. Está el «Doctor Polidori» en Londres y el «Lamia» en París. Tenemos el «Bela Lugosi» en el centro de Los Ángeles y el «Carmilla» y el «Lord Ruthven» en Nueva York. Aquí, en San Francisco, está el más hermoso de todos ellos, probablemente: el cabaret llamado «La Hija de Drácula», en Castro Street.

Me eché a reír. No pude evitarlo y vi que también él estaba a punto de hacerlo.

—¿Y dónde están los nombres de *Confesiones de un Vampiro* —inquirí con fingida indignación.

—*Verboten* —respondió, enarcando ligeramente las cejas—. Esos no son ficticios, sino reales. Pero te diré que en Castro Street ponen tus video-clips. Los clientes mortales lo piden. Brindan por ti con sus *bloody mary* de vodka. «La danza de los Innocents» retumba a través de las paredes.

Decididamente, estaba a punto de soltar una carcajada. Traté de contenerla y moví la cabeza.

— Pero también has producido una especie de revolución en el lenguaje en la trastienda —continuó él con la misma fingida sobriedad, incapaz de mantener el rostro absolutamente inexpresivo.



—¿A qué te refieres?

—Rito Oscuro, Don Oscuro, Senda del Diablo... Todo el mundo anda tomándose a broma estas palabras, incluso los novicios más recientes que aún ni han empezado a saber qué es un vampiro. Imitan el libro pese a condenarlo absolutamente. Van cargados de joyería egipcia. El terciopelo negro vuelve a ser de rigor.

—Excelente —dije—. Pero esos lugares... ¿Cómo son?

—Están saturados de objetos relacionados con vampiros. Carteles de las películas del género adornan las paredes, y los films se proyectan continuamente en unas pantallas elevadas. Los mortales que vienen son una verdadera feria de tipos teatrales: jóvenes punk, artistas, algunos envueltos en capas negras y luciendo largos colmillos de plástico. Apenas se enteran de nuestra presencia. Muchas veces, en comparación con ellos, resultamos vulgares. Y, con las luces bajas, nos hacemos casi invisibles pese al terciopelo, a las joyas egipcias y a todo lo demás. Por supuesto, nadie se sacia con esos clientes mortales. Acudimos a los locales para tener información. El bar de los vampiros es, de hecho, el lugar más seguro de toda la cristiandad para un mortal. En el local de los vampiros no se puede matar.

—Me pregunto cómo nadie había pensado algo así hasta hoy —comenté.

—Ya lo hicieron —dijo Louis—. En París estaba el Théâtre des Vampires.

—Es cierto —reconocí. Él prosiguió:

—Hace un mes llegó a la *Conexión Vampiro* la noticia de que habías vuelto. Y, para entonces, la noticia ya era vieja. Se decía que estabas cazando en Nueva Orleans y por fin se supo lo que te proponías. Muchos compraron ejemplares de tu autobiografía cuando apareció. Y hubo comentarios inagotables acerca de tus video-clips.

—¿Cómo fue, entonces, que no les vi en Nueva Orleans?

—Porque Nueva Orleans es territorio de Armand desde hace medio siglo. Ningún vampiro se atreve a cazar en la ciudad. Se enteraron a través de los medios de comunicación de los mortales, por noticias procedentes de Los Ángeles y Nueva York.

—Tampoco vi a Armand en Nueva Orleans.

—Lo sé —respondió él. Por un instante, me pareció confuso, preocupado. Noté un pequeño nudo en el pecho—. Nadie sabe dónde está Armand —añadió con cierto desánimo—. Pero cuando apareció en Nueva Orleans, mató a todos los jóvenes, y los vampiros le dejaron la ciudad. Dicen que muchos de los antiguos se comportan del mismo modo, dando muerte a los jóvenes y novicios. También lo dicen de mí, pero no es cierto. Yo recorro San Francisco como un fantasma, sin molestar a nadie salvo a mis desdichadas víctimas mortales.

Nada de todo aquello me sorprendió demasiado.

—Nuestro número es excesivo —continuó Louis—, como siempre ha sucedido. Hay muchos enfrentamientos y las asambleas que se forman en las ciudades son sólo un medio por el que tres o más vampiros poderosos acuerdan no destruirse entre ellos y compartir el territorio según las normas.

—Las normas, siempre las normas —murmuré.

—Ahora son distintas y más estrictas. No debe dejarse el menor rastro de la muerte. No debe dejarse un solo cadáver que los mortales puedan investigar.

—Lógico.

—Y debe evitarse cualquier exposición a fotografías en primer plano, filmaciones con teleobjetivo o imágenes de vídeo que puedan congelarse para identificarnos. No debemos correr el menor riesgo de ser capturados, encarcelados o examinados científicamente por el mundo mortal.

Asentí, pero tenía el pulso acelerado. Me encantaba ser el proscrito, el que siempre se había saltado todas las leyes. Así que estaban imitando mi libro, ¿no era eso? ¡Ah!, la cosa ya se había puesto en marcha. Los engranajes empezaban a moverse.

—Lestat, crees que lo entiendes, pero, ¿es así? —preguntó él en tono paciente—. Si permitimos que el mundo mortal ponga bajo sus microscopios el menor fragmento de nuestros tejidos, terminarán las discusiones acerca de si sólo somos una leyenda, una superstición. Tendrán la prueba tangible de nuestra existencia.

—No estoy de acuerdo contigo —repliqué—. El asunto no es tan simple.

—Tienen los medios para identificarnos y clasificarnos. Para galvanizar a la caza humana en contra nuestra.

—No, Louis. Los científicos de hoy día son brujos en guerra permanente, que se pelean por las cuestiones más banales. Podrías distribuir ese tejido sobrenatural a todos los microscopios del mundo y ni siquiera entonces la gente creería una sola palabra.

Louis reflexionó un instante sobre mis palabras.

—Un prisionero, entonces —insistió—. Un espécimen vivo en sus manos.

—Ni siquiera así lo aceptarían —repliqué—. Además, ¿cómo iban a poder capturarme?

Sin embargo, la perspectiva era de lo más deliciosa: la persecución, la intriga, la posible captura y la fuga posterior. La idea le encantó.

Louis mostraba ahora una extraña sonrisa, llena de desaprobación y de placer.

—Estás más loco que nunca —dijo en un susurro—. Más loco que cuando te dedicabas a recorrer Nueva Orleans asustando a propósito a la gente.

Me reí largamente, pero, al fin, quedé en silencio. No disponíamos de mucho tiempo hasta el alba y podría haber seguido riéndome hasta la noche siguiente en San Francisco.

—He estudiado el asunto desde todos los ángulos, Louis. Iniciar una verdadera guerra con los mortales será más difícil de lo que piensas...

—... Pero estás absolutamente dispuesto a empezarla, ¿no es cierto? Quieres que todos, mortales o inmortales, vengan en tu busca.

—¿Por qué no? —repliqué—. Provoquemos esa lucha. Hagamos que los mortales intenten destruirnos como han hecho con todos sus otros demonios. Que prueben a barrernos de la faz de la Tierra.

Louis me miraba con aquella expresión de asombro, temor e incredulidad que había visto mil veces en su rostro. Una expresión por la que yo sentía debilidad.

Pero el cielo empezaba ya a aclarar y las estrellas se iban apagando. Sólo nos quedaban unos preciosos instantes de compañía antes del amanecer primaveral.

—Así pues, te propones de verdad provocar eso —murmuró él con voz grave, aunque en un tono más suave que antes.

—Lo que quiero, Louis, es que suceda algo, que se mueva todo. ¡Lo que quiero es que cambie todo lo que hemos sido! ¿Qué somos ahora sino sanguijuelas: repulsivos, clandestinos, sin justificación? El viejo romanticismo ha desaparecido. Cobremos, pues, un nuevo sentido. Anhele los focos brillantes tanto como ansío la sangre. Deseo la visibilidad divina. Deseo la guerra.

—La nueva maldad, por usar tus viejas palabras. Y esta vez es la maldad del siglo XX.

—Precisamente —asentí, pero pensé de nuevo en el impulso puramente mortal, el impulso de la vanidad, de la fama mundial, del reconocimiento. Noté un leve azoramiento de vergüenza. Todo aquello iba a ser un placer tan grande...

—¿Pero por qué, Lestat? —preguntó Louis con cierta suspicacia—. ¿Por qué el peligro, el riesgo? Al fin y al cabo, lo has conseguido. Has regresado y eres más fuerte que nunca. Vuelves a tener el viejo fuego como si nunca lo hubieras perdido y sabes lo importante, lo preciosa que es esa mera voluntad de continuar existiendo. ¿Por qué arriesgarlo todo inmediatamente? ¿Has olvidado cómo eran las cosas cuando teníamos el mundo a nuestro alrededor y nadie podía causarnos daño salvo nosotros mismos?

—¿Es una proposición, Louis? ¿Finalmente has vuelto a mí, como dicen los amantes?

Sus ojos se apagaron y apartó la mirada de mí.

—No me burlo de ti, Louis —le aseguré.

—Eres tú quien ha vuelto a mí, Lestat —contestó con voz tranquila mientras alzaba de nuevo la vista—. Cuando escuché los primeros cuchicheos acerca de ti en «La Hija de Drácula», sentí algo que creía perdido para siempre...

Hizo una pausa, pero yo sabía a qué se refería. No hacía falta que dijera más. Y ya lo había entendido siglos antes al percibir la desesperación de Armand tras la disolución de la vieja asamblea. La excitación, el deseo de continuar existiendo, eran cosas inapreciables para nosotros. Mayor razón aún para el concierto de rock, para lo que había de seguir, para la propia guerra.

—Lestat, no subas al escenario mañana. Deja que las filmaciones y el libro hagan su trabajo, pero protégete tú mismo. Reunámonos y hablemos. Tengámonos los unos a los otros en este siglo como nunca nos hemos tenido en el pasado. Y me refiero a todos nosotros.

—Eres muy tentador, hermoso mío —contesté a su propuesta—. En el siglo pasado hubo veces en que habría dado casi cualquier cosa por escuchar estas palabras. Y nos reuniremos y hablaremos, todos nosotros, y nos tendremos los unos a los otros. Será magnífico. Pero voy a subir a ese escenario. Voy a ser Lelio de nuevo, como nunca lo fui en París. Seré el Vampiro Lestat a la vista de todos. Un símbolo, un proscrito, un fenómeno de la naturaleza: algo que despierte amores y desprecios, todo eso. Te aseguro que no puedo volverme atrás. No puedo detenerme. Y con toda franqueza, no tengo el menor miedo.

Me dispuse a resistir la oleada de frialdad o de tristeza que pensé que le embargaría y odié la proximidad del sol como nunca en el pasado. Louis me volvió la espalda. La luminosidad del cielo empezaba a hacerle daño. Pero en su rostro había la misma cálida expresión de siempre.

—Muy bien, pues —dijo—. Entonces, me gustaría ir a San Francisco contigo. Me gustaría mucho. ¿Querrás llevarme?

No pude contestar inmediatamente. De nuevo, la intensidad de mi excitación resultaba un tormento y el amor que sentía por él era una pura humillación para mí.

—Claro que te llevaré conmigo —asentí.

Nos miramos durante un tenso momento. Louis tenía que dejarme. La mañana llegaba ya para él.

—Una cosa, Louis...

—¿Sí?

—Esa ropa. Imposible. Quiero decir que mañana por la noche, como dicen los jóvenes en este siglo veinte, tendrás que *pasar* de esa camiseta y esos pantalones.

Cuando Louis se hubo ido, la madrugada quedó demasiado vacía. Me quedé un rato donde estaba, pensando en aquel mensaje: *Peligro*. Recorrí con la mirada las montañas lejanas, los campos interminables. Amenaza, advertencia...¿qué importaba? Los jóvenes usaban los teléfonos. Los antiguos alzaban sus voces sobrenaturales. ¿Tan extraño era?

En aquel momento, lo único que ocupaba mis pensamientos era Louis, el hecho de tenerlo conmigo. Y la expectación de cómo serían las cosas cuando acudieran los demás.

## 2

Los amplios aparcamientos de Cow Palace de San Francisco estaban rebosantes de frenéticos mortales cuando nuestra caravana cruzó la verja, con mis músicos en la limusina que abría la marcha y Louis a mi lado en el Porsche tapizado en cuero. Fresco y radiante con la indumentaria del conjunto y la capa negra, parecía salido de las páginas de su propio relato, con una ligera expresión de temor en sus ojos verdes al observar a los jóvenes que gritaban a nuestro alrededor y a los guardias que, en moto, nos abrían paso entre ellos.

Las entradas al concierto estaban agotadas desde hacía un mes y los decepcionados *fans* querían que la música se pudiera escuchar también en el exterior. El suelo estaba cubierto de latas de cerveza. Los adolescentes estaban sentados en el techo de los coches, o de pie sobre los maleteros y capós, con las radios emitiendo la música de El Vampiro Lestat a un volumen atronador.

El organizador del concierto corría a pie junto a mi ventanilla, explicándome que se instalarían los altavoces y las pantallas de vídeo en el exterior del local. La policía de San Francisco había concedido el permiso en prevención de alborotos.

Noté el creciente nerviosismo de Louis. Un grupo de jóvenes rompió el cordón policial y se apretujó contra su ventanilla, al tiempo que la caravana motorizada daba una curva cerrada y se encaminaba hacia el local, un edificio alargado y feo, en forma de tubo.

Me sentía realmente cautivado ante lo que estaba sucediendo. Y mi desconcierto era cada vez mayor. Los admiradores no dejaban de rodear el coche antes de poder ser controlados y empecé a comprender hasta qué punto había subestimado toda aquella experiencia.

Los conciertos filmados que había visto no me habían preparado para la pura electricidad que ya empezaba a recorrerme, para la música que ya atronaba en mi cabeza, para el modo en que mi vanidad mortal se evaporaba.

Entrar en el local fue una locura. Entre un amasijo de guardias, con la muchacha agarrada a mí y Alex empujando a Larry delante de nosotros, corrimos todos hasta la zona de camerinos, fuertemente protegida. Los *fans* nos tiraban del cabello, de las capas. Extendí el brazo hacia atrás y protegí a Louis bajo mi ala y le hice pasar las puertas con los demás.

Y entonces, en lo camerinos engalanados, escuché por primera vez el rugido bestial de la multitud. Quince mil almas cantando y gritando en un recinto cubierto.

No, de ningún modo tenía bajo control aquello, aquel coro feroz que me estremecía de pies a cabeza. ¿Cuándo, en toda mi existencia, había experimentado aquella sensación, aquella casi hilaridad?

Me abrí paso entre las bambalinas y observé al auditorio por una mirilla. Los mortales llenaban ambos lados del largo recinto oval, hasta las mismas vigas del techo. Y en el vasto centro abierto, una muchedumbre de miles de jóvenes bailando, acariciándose, levantando puños en la atmósfera cargada

de humo, pugnando por acercarse al escenario. El olor a hachís, cerveza y sangre humana se mezclaba en las corrientes de la ventilación.

Los ingenieros de sonido gritaban que ya estaban preparados. El maquillaje había sido retocado; las capas de terciopelo azul, cepilladas; los lazos negros, enderezados. No era preciso hacer esperar un momento más a aquella multitud impaciente.

Se dio la orden de apagar las luces generales. Y un enorme grito inhumano surgió de la oscuridad, alzándose hasta el techo. Noté el suelo vibrando bajo mis pies. Y el grito creció cuando un potente zumbido electrónico anunció la conexión de «el equipo».

La vibración me atravesó las sienes. Estaba desprendiéndose una capa de piel. Tomé por el brazo a Louis, le di un largo beso y luego le vi separándose de mí.

Al otro lado del telón, por todas partes, el público encendió sus mecheros hasta que miles de llamas temblorosas tachonaron la penumbra. Surgieron unas palmadas rítmicas, se apagaron, y el rugido general empezó a alzarse a oleadas, rotas por algunos gritos aislados. Mi cabeza estaba a rebosar.

Y, pese a ello, evoqué el lejano recuerdo del teatro de Renaud. Lo vi claramente. Pero este local de San Francisco... ¡era como el Coliseo romano! Y la producción de las cintas, de las filmaciones..., todo había sido tan controlado, tan frío. No me había ofrecido ningún indicio de cómo sería esto.

El ingeniero de sonido dio la señal y salimos de detrás del telón, mis músicos mortales tropezando en la oscuridad mientras yo me movía sin ningún problema entre cables y micrófonos.

Me situé en el borde del escenario, justo encima de las cabezas de aquella masa que se movía y gritaba. Alex estaba a la batería. La chica tenía en las manos su guitarra eléctrica, plana y brillante, y Larry ocupaba su lugar en el centro del enorme teclado circular del sintetizador.

Me volví y eché un vistazo a las pantallas gigantes de vídeo que ampliarían nuestros rostros poniéndolos a la vista de todos los presentes en el recinto. Después, contemplé de nuevo el mar de jóvenes entusiasmados.

Oleadas y oleadas de ruido nos inundaron desde la oscuridad. Capté el olor a calor y a sangre.

Entonces, la inmensa batería de focos verticales se iluminó. Violentos rayos plateados, azules y rojos se entrecruzaron bañándonos en su luz, y el griterío alcanzó un grado increíble. Todo el local estaba en pie.

Noté la luz arrastrándose sobre mi blanca piel, estallando en mi cabello amarillo. Miré a los lados para ver a mis mortales, exaltados y frenéticos ya en sus posiciones, entre los infinitos cables y el andamiaje plateado.

El sudor me perlaba el rostro cuando vi levantados los puños por todas partes en gesto de saludo. Y allí, repartidos entre el público por todo el local, había jóvenes con ropas de vampiro de carnaval, rostros brillantes de sangre ficticia, algunos batiendo unas alas amarillas, otros con círculos violáceos en torno a los ojos que les daban un aspecto muy espectral e inocente. Silbidos y gritos destacaban sobre el clamor general.

No, aquello no era como en las filmaciones de los video-clips. No se parecía en absoluto a las cámaras refrigeradas y aisladas del ruido del estudio de grabación. Aquello era una experiencia humana

hecha vampírica, igual que la propia música era vampírica, igual que las imágenes de vídeo eran las del éxtasis de la sangre.

Me estremecí de pura alegría mientras el sudor teñido de rojo me corría por la cara.

Los focos barrieron el auditorio, dejándonos bañados por una penumbra mercurial, y allí donde enfocaba la luz, la multitud redoblaba sus gritos mientras se revolvía en convulsiones.

¿Qué representaba todo aquel estruendo? Representaba al hombre convertido en una masa: eran las turbas en torno a la guillotina, los antiguos romanos clamando por la sangre cristiana. Y eran los celtas reunidos en el bosque a la espera de Marius, el dios. Volví a ver el bosque como lo había visto cuando Marius me explicaba su historia; ¿acaso sus antorchas no eran tan espeluznantes como estos rayos coloreados? ¿Acaso los horribles gigantes de maderos y mimbre no eran tan grandes como estos andamios de acero que sostenían las columnas de sonido y los focos incandescentes a ambos lados del escenario?

Pero aquí no había violencia, no había muerte; sólo la exuberancia infantil surgiendo de unas bocas y unos cuerpos jóvenes, una energía concentrada y contenida con la misma naturalidad que se desataba.

Otra vaharada de hachís desde las primeras filas. Motoristas de largas melenas vestidos de cuero con brazaletes adornados con tachuelas batían palmas por encima de la cabeza; parecían fantasmas de los celtas, con sus mechones bárbaros cayéndoles hasta los hombros. Y, desde todos los rincones de aquel recinto largo, hueco y lleno de humo, me llegó una oleada desinhibida de algo parecido a amor.

Las luces se encendían y apagaban haciendo que el movimiento de la multitud pareciera fragmentado, realizado a base de impulsos cortos y bruscos.

Todos cantaban ahora al unísono y el volumen del griterío crecía y crecía. ¿Qué era lo que decían? LESTAT, LESTAT, LESTAT.

«¡Ah!, esto es demasiado divino» pensé. ¿Qué mortal podría soportar este fervor, esta adoración? Alcé las puntas de mi capa negra, que era la señal convenida. Me eché el cabello hacia atrás con energía. Mis gestos levantaron una corriente de renovado griterío hasta el mismo fondo del recinto.

Las luces convergieron en el escenario. Abrí la capa a ambos lados del cuerpo, como las alas de un murciélago.

Los gritos se fundieron en un gran rugido monolítico.

—¡SOY EL VAMPIRO LESTAT! —grité a pleno pulmón apartándome del micrófono, y el sonido se hizo casi visible trazando un arco a lo largo del teatro oval, y el vocerío de la multitud se hizo aún más sonoro, aún más agudo, como si quisiera devorar mi grito.

—¡VAMOS, QUIERO OÍROS ¡VOSOTROS ME AMÁIS! —grité de pronto, sin pensármelo. Por todas partes, el público pateaba. No sólo sobre el suelo de cemento, sino también en los asientos de madera.

—¿CUÁNTOS DE VOSOTROS QUERÉIS SER VAMPIROS?

El rugido se hizo atronador. Varios espectadores trataban de encaramarse al escenario mientras los guardaespaldas pugnaban por impedirselo. Uno de los motoristas de larga melena, un tipo moreno y corpulento, saltaba arriba y abajo sin moverse del sitio, con una lata de cerveza en cada mano.

Las luces se hicieron más brillantes, como el resplandor de una explosión. Y se alzó de los altavoces situados detrás de mí el motor a pleno funcionamiento de una locomotora con un volumen enloquecedor, como si el tren fuera a aparecer a toda marcha en el escenario.

Todos los demás ruidos del auditorio quedaron engullidos por él. En el estridente silencio, la multitud bailaba y se movía delante de mí. Entonces entró la furia desgarradora, vibrante, de la guitarra eléctrica. La batería estalló en una cadencia de marcha y el torturador sonido de la locomotora en el sintetizador alcanzó el punto álgido y se rompió a continuación en una caldero burbujeante de ruido acompasado con la marcha. Era el momento de iniciar la estrofa en tono menor, con su letra pueril saltando sobre el acompañamiento:

SOY EL VAMPIRO LESTAT  
Y ESTÁIS AQUÍ PARA EL GRAN AQUELARRE,  
PERO COMPADEZCO VUESTRA SUERTE.

Arranqué el micrófono del soporte y corrí a un lado del escenario y luego al otro, con la capa ondeando a mi espalda.

NO PODÉIS RESISTIR A LOS SEÑORES DE LA NOCHE.  
ELLOS NO TIENEN PIEDAD DE VUESTRO SUFRIMIENTO.  
ENCUENTRAN PLACER EN VUESTRO MIEDO.

Trataban de agarrarme los tobillos con sus manos, me arrojaban besos; las chicas se montaban a hombros de sus compañeros para rozar mi capa ondeando sobre sus cabezas.

PERO OS TOMAREMOS CON AMOR,  
OS DESGARRAREMOS CON PASIÓN  
Y OS LIBERAREMOS CON LA MUERTE.  
NADIE PODRÁ DECIR  
QUE NO ESTABA ADVERTIDO.

Dama Dura, con un furioso rasgueo, bailaba a mi lado dando vueltas con furia, y la música subía en un agudo glissando entre el estallido de timbales y platillos, mientras el caldero burbujeante del sintetizador se sumaba de nuevo.

Sentí que la música me calaba los huesos. Ni siquiera en el viejo aquelarre romano me había afectado tanto.

Me lancé también a la danza con un elástico balanceo de caderas para luego contonearlas adelante y atrás mientras, acompañado de la muchacha, avanzaba hacia el borde del escenario. Estábamos realizando las contorsiones libres y eróticas de Polichinela y Arlequín y los personajes de la vieja



comedia, improvisando como ellos habían hecho; los instrumentos se separaban de la leve melodía para reencontrarla después, y todos nos animábamos mutuamente con nuestra danza, nada ensayado, todo acorde con el personaje, todo completamente nuevo.

Los guardias empujaban con rudeza a la gente que trataba de alcanzarnos para bailar con nosotros, pero continuamos danzando al borde del estrado como si nos burláramos de ella, agitando los cabellos sobre sus rostros, dándole la espalda para vernos allá arriba, en las pantallas gigantes, como una alucinación imposible. El sonido viajó a través de mi cuerpo al volverme hacia la muchedumbre. Viajó como una bola de acero que encontrara una tronera tras otra en mis caderas y en mis hombros, hasta que advertí que estaba alzándome del suelo en un gran salto muy lento, y luego descendía de nuevo en silencio, haciendo ondear la capa negra y con la boca abierta para dejar al descubierto los colmillos.

Euforia. Aplausos ensordecedores.

Y vi en el público multitud de pálidas gargantas mortales desnudas, muchachos y muchachas que descubrían sus cuellos y los extendían hacia mí. Y me hacían gestos de que fuera a tomarlos, me invitaban y suplicaban, y algunas de las muchachas lloraban.

El aroma a sangre era tan intenso como el humo que llenaba el local. Carne y carne y carne. Y, pese a todo, por todas partes, la sutil inocencia, la completa certeza de estar en una representación, de que aquello no era más que teatro. Nadie saldría herido. Aquella espléndida histeria no tenía riesgos.

Cuando gritaba, pensaban que era el sistema de sonido. Cuando salté, creyeron que era un truco. ¿Y por qué no, cuando la magia les envolvía por todas partes y podían prescindir de nuestra figura de carne y hueso para admirar los grandes gigantes resplandecientes de las pantallas que teníamos encima?

¡Marius, ojalá pudieras contemplar esto! Gabrielle, ¿dónde estás?

Entró la estrofa, cantada de nuevo por toda la banda al unísono. La deliciosa voz de soprano de la muchacha se alzó sobre las demás hasta que empezó a girar y girar la cabeza en círculos, rozando con su cabello desmelenado el escenario delante de sus pies, y a mover lascivamente la guitarra como un falo gigante. Los miles de espectadores batían palmas y pataleaban a la vez.

—¡OS DIGO QUE SOY UN VAMPIRO! —grité de pronto.

Éxtasis, delirio.

—¡SOY EL MAL! EL MAL!

—¡Sí, Sí, Sí, Sí, sí, sí, sí!

Mis brazos extendidos hacia adelante. Mis manos curvadas hacia arriba.

—¡QUIERO BEBER VUESTRA ALMA!

El corpulento motorista de melena lanuda y chaqueta de cuero negro retrocedió un paso arrollando a los que estaban detrás de él, y saltó al escenario junto a mí, con los puños en la cabeza. Los guardaespaldas acudieron a reducirle, pero yo ya le tenía cogido, apretado contra mi pecho y levantando del suelo con un solo brazo. ¡Y mi boca se cerraba sobre su cuello, con los dientes rozándolo, acariciando sólo aquel geiser de sangre dispuesta para saltar hacia lo alto!

Pero los hombres de seguridad ya se lo llevaban, arrojándole abajo como un pez al mar. Dama Dura estaba a mi lado, la luz resbalando por sus pantalones ajustados de satén negro y la capa en un amplio vuelo; con el brazo extendido me sostuvo, al tiempo que yo intentaba rechazar su ayuda.

Comprendí en ese instante lo que no explicaban las páginas que había leído acerca de los cantantes *de rock*; entendí aquel desquiciado matrimonio de lo primitivo y lo científico, aquel frenesí religioso. Seguíamos estando en el antiguo bosque. Seguíamos estando todos con los dioses.

Y se extinguieron los sonos de la primera canción. Y comenzamos la siguiente, aumentando el volumen, a la vez que la multitud cogía el ritmo y cantaba la letra que conocía por el disco y los video-clips. La muchacha y yo cantamos a dúo, marcando el ritmo con los pies:

HIJOS DE LAS TINIEBLAS,  
ENFRENTAOS A LOS HIJOS DE LA LUZ.  
HIJOS DEL HOMBRE.  
COMBATID A LOS HIJOS DE LA NOCHE

De nuevo, todos gritaron y chillaron y nos vitorearon, sin prestar atención a las palabras. ¿Acaso los celtas se habrían entregado a alaridos más enérgicos y exaltados en los prolegómenos de la matanza?

Pero, de nuevo, no hubo matanza, no hubo ofrendas arrojadas al fuego.

La pasión se dirigía a las imágenes del mal, no al mal. La pasión abrazaba la imagen de la muerte, no la muerte. Lo noté como la abrasadora iluminación sobre los poros de mi piel, en las raíces de mis cabellos, en el grito amplificado de Dama Dura cantando la siguiente estrofa; mis ojos recorrieron todos los rincones del recinto mientras el anfiteatro se convertía en una gran alma gimiente.

Libradme de esto, libradme de amarlo. Salvadme de olvidar todo lo demás y de sacrificar a ello todos mis propósitos, todos mis proyectos. Os amo, pequeños míos. Quiero vuestra sangre, vuestra sangre inocente. Deseo vuestra adoración en el momento de clavaros los dientes. Sí, ésta es la tentación más irresistible.

Pero en aquel instante de preciosa calma y vergüenza, vi por primera vez entre el público a los otros, a los de verdad. Sus finas caras lívidas meneándose de un lado a otro como máscaras entre la masa de rostros mortales sin forma, tan destacadas e inconfundibles como me había resultado la de Magnus en el teatrillo del bulevar, tanto tiempo atrás. Y supe que detrás del telón de fondo, entre bastidores, Louis también los había visto. Pero lo único que descubrí en ellos, lo único que percibí que emanaba de ellos, era una sensación de asombro y de espanto.

—VOSOTROS, TODOS LOS AUTÉNTICOS VAMPIROS PRESENTES, ¡MANIFESTAOS! —grité. Pero las criaturas inmortales se mantuvieron impertérritas, mientras los mortales pintados y disfrazados se volvían locos a su alrededor.

Durante tres horas completas, bailamos y cantamos y exprimimos al máximo nuestros instrumentos metálicos, con el whisky corriendo de mano en mano entre mis músicos mortales y con la multitud abalanzándose una y otra vez hacia nosotros hasta que fue preciso redoblar la falange del servicio de seguridad y se encendieron las luces del recinto. En las últimas filas de las esquinas del auditorio había gente rompiendo los asientos de madera. Por el suelo de cemento rodaban las latas de bebida. Los vampiros de verdad no se aventuraron a acercarse un paso más. Algunos desaparecieron. Así sucedió.

Un griterío ininterrumpido, como quince mil borrachos en la ciudad, hasta el último número, que era la balada de nuestro último video-clip, «La era de la inocencia».

Y la música se suavizó. La batería apagó su redoble, la guitarra languideció y el sintetizador lanzó las deliciosas notas traslúcidas de un clavicordio eléctrico, unas notas tan ligeras y, a la vez, tan profusas que fue como si del aire cayera una lluvia de oro.

Un foco no muy potente iluminó el lugar que yo ocupaba, mis ropas manchadas de sudor ensangrentado, mis cabellos empapados con él y enredados, la capa colgada al hombro.

Con la boca abierta en un gran bostezo de éxtasis y de ebria concentración, alcé la voz pronunciando claramente cada frase:

*Ésta es la era de la inocencia,  
de la auténtica inocencia.  
Todos tus demonios son visibles,  
todos tus demonios son materiales*

*Llámales Dolor.  
Llámales Hambre.  
Llámales Guerra.*

*Ya no necesitas al diablo imaginario.*

*Expulsa a los vampiros y demonios  
Con los dioses que ya no adoras.*

*Recuerda:  
el Hombre de los colmillos lleva capa.  
Lo que pasa por encanto  
es un encantamiento*

*¡Entiende bien lo que ves  
cuando me ves!*

*Matadnos, hermanos y hermanas,  
la guerra continúa.*

*Entiende bien lo que ves  
cuando me ves.*

Cerré los ojos ante el creciente muro de aplausos. ¿Qué estaban aplaudiendo, en realidad? ¿Qué estaban celebrando?

En el gigantesco auditorio se hizo el día eléctrico. Los auténticos inmortales estaban desapareciendo entre la multitud en movimiento. La policía de uniforme había saltado al escenario para formar una sólida barrera delante de nosotros. Alex tiró de mí cuando dejamos atrás el telón.

—Tío, tenemos que escapar de aquí. Han rodeado la maldita limusina. Y tú no podrás llegar a tu coche.

Le dije que no, que tenían que seguir adelante, subir a la limusina y salir enseguida.

Y vi a mi izquierda el rostro lívido y severo de uno de los inmortales verdaderos que se abría paso entre la gente. Llevaba el mono de cuero negro de los motoristas y su sedoso cabello sobrenatural era una reluciente melena azabache.

El telón estaba siendo arrancado de su barra superior y las luces del local inundaron la zona detrás del escenario. Louis estaba a mi lado. Vi a otro inmortal a mi derecha, un hombre delgado y sonriente de ojillos oscuros.

Al irrumpir en el aparcamiento, nos recibió una oleada de aire fresco y un pandemónium de mortales revolviéndose y empujando. La policía pedía orden a gritos mientras Dama Dura, Alex y Larry eran introducidos en la limusina, que se mecía como una barca. Uno de los guardaespaldas había puesto en marcha el motor de mi Porsche y esperaba mi llegada, pero los jóvenes estaban golpeando el techo y el capó como si el coche fuera un gran timbal.

Detrás del vampiro de cabello negro apareció otro demonio, una mujer, y la pareja se acercó inexorablemente. ¿Qué diablos se proponían hacer allí?

El enorme motor de la limusina rugía como un león frente a los jóvenes, que no le abrían paso, y los guardias motorizados pusieron en marcha sus monturas, escupiendo humos y ruido sobre la masa.

El trío de vampiros no tardó en rodear el Porsche. El hombre alto, con el rostro en una desagradable mueca de rabia, empujó con su poderoso brazo el lateral del coche, alzándolo del suelo pese a los jóvenes que se agarraban a la carrocería. Estaba a punto de volcarlo. De pronto, noté un brazo en torno al cuello. Y noté cómo el cuerpo de Louis se revolvía, y oí el sonido de su puño al golpear la piel y el hueso sobrenaturales detrás de mí, acompañado de una maldición apenas susurrada.

Súbitamente, la multitud se había puesto a chillar. Por un altavoz, un policía exhortó a los jóvenes a despejar la zona.

Corrí adelante, apartando a golpes a varios jóvenes, y estabilicé el Porsche un segundo antes de que cayera como un escarabajo patas arriba. Mientras pugnaba por abrir la portezuela, sentí la multitud

estrujándose contra mí. En cualquier momento, aquello se convertiría en una escena de pánico y habría una estampida.

Silbidos, gritos, sirenas. Cuerpos apretándonos a Louis y a mí el uno contra el otro, y, a continuación, el vampiro vestido de cuero, alzándose al otro lado del coche con un destello de la luz de los reflectores en la gran guadaña plateada que hacía girar sobre la cabeza. Escuché el grito de advertencia de Louis. Por el rabillo del ojo vi el brillo de una segunda guadaña.

Pero un chirrido sobrenatural hendió el tumulto, al tiempo que el vampiro motorista se encendía en llamas con un destello cegador. Otra tea de forma humana prendió junto a mí. La guadaña cayó al asfalto con un tintineo. Y, a unos metros de la escena, una tercera figura vampírica estalló en una explosión chisporroteante.

La multitud, presa del más absoluto pánico, retrocedió hacia el auditorio, invadió el aparcamiento echó a correr en todas direcciones buscando cualquier lugar donde escapar de aquellas figuras tambaleantes que se consumían en sus propios infiernos privados, de aquellas manos fundidas por el calor hasta el puro hueso. Y vi a otros inmortales escapando a toda prisa inadvertidos entre la lenta marea humana.

Louis se volvió hacia mí, desconcertado, y la expresión de asombro de mi rostro no hizo, seguramente, otra cosa que desconcertarle aún más. ¡Ninguno de nosotros había hecho aquello! ¡Ninguno de los dos tenía tal poder! Yo sólo conocía a un inmortal que lo tuviera.

Pero, de pronto, la portezuela del coche me golpeó al abrirse, y una mano pequeña, blanca y delicada, surgió del interior y tiró de mí.

—¡Vamos, deprisa! ¡Los dos! —exclamó de improviso una voz femenina, en francés—. ¿A qué esperáis, a que la Iglesia lo proclame un milagro?

Y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba sucediendo, me vi arrastrado al asiento bajo de cuero; Louis cayó encima de mí y tuvo que gatear sobre el respaldo del asiento para ocupar el posterior.

El Porsche se lanzó adelante apartando a los mortales que huían delante de los faros. Contemplé la esbelta figura de la conductora que tenía al lado, vi su cabellera rubia cayéndole sobre los hombros y su sucio sombrero de fieltro hundido hasta los ojos.

Quise rodearla con mis brazos, estrujarla a besos, apretar mi corazón contra el suyo y olvidarme por completo de todo lo demás. Al diablo con aquellos novicios idiotas. Sin embargo, el Porsche estuvo a punto de volcar otra vez cuando ella lo forzó a una curva cerrada para pasar la verja y salir a la calle.

—¡Detente, Gabrielle! —grité, cerrando la mano en torno a su brazo—. ¡No has sido tú quien lo ha hecho, quién los ha hecho arder de esa manera...!

—Claro que no —replicó ella, aún en perfecto francés, sin apenas dirigirme la mirada. Tenía un aspecto irresistible mientras, con dos dedos, hacía girar de nuevo el volante violentamente en otra curva de noventa grados. Nos dirigimos hacia la autopista.

—¡Entonces, nos estás llevando lejos de Marius! —exclamé—. ¡Detente!

—¡Primero deja que él reviente esa furgoneta que viene siguiéndonos! —replicó ella con otro grito—. ¡Entonces me detendré!

Pisó a fondo el pedal del acelerador y clavó los ojos en la carretera que tenía ante ella, con las manos asidas con fuerza al volante forrado en piel.

Me volví a mirar y vi la furgoneta por encima del hombro de Louis. Era un vehículo monstruoso que se nos echaba encima con sorprendente rapidez; tenía el aspecto de un enorme coche fúnebre, negro y voluminoso, con una boca de dientes cromados en la roma parrilla frontal y cuatro de los vampiros novicios sonriéndonos con aire burlón desde detrás del cristal sombreado del parabrisas.

—¡No podemos librarnos de este tráfico para dejarles atrás! —dije—. Da la vuelta. Regresemos al auditorio. ¡Da la vuelta, Gabrielle!

Pero ella continuó adelante, sorteando osadamente los vehículos y mandando algunos de ellos a la cuneta por puro pánico.

La furgoneta se nos acercaba más y más.

—¡Es una máquina de guerra, eso es lo que es! —gritó Louis—. Le han montado un parachoques de hierro. ¡Esos pequeños monstruos se proponen embestirnos!

¡Ah, me había equivocado totalmente en esto! Lo había subestimado todo. Había sabido ver mis recursos en esta época moderna, pero no los de ellos.

Y ahora nos alejábamos cada vez más de aquel inmortal, el único que podía mandarlos al otro mundo. Muy bien, pues. Tendría mucho gusto en ocuparme de ellos, entonces. Para empezar, haría pedazos el parabrisas; luego, les arrancaría la *cabeza* uno a uno.

Abrí la ventanilla, saqué medio cuerpo fuera del coche, con el viento agitando mis cabellos, y me volví hacia ellos lanzando una mirada cargada de odio a sus rostros horriblemente lívidos tras el cristal.

Cuando tomamos la rampa de acceso a la autopista, la furgoneta casi se nos echó encima. Bien. Un poco más cerca y saltaría. Sin embargo nuestro coche estaba reduciendo la marcha en ese instante. Gabrielle no encontraba un hueco entre el tráfico por donde colarse.

—¡Agárrate, que ahí viene! —gritó.

—¡Puedes jurarlo! —asentí. Un instante más y habría saltado del coche y me habría lanzado sobre ellos como un ariete rompedor.

Pero no tuve ese instante. La furgoneta nos golpeó de lleno y mi cuerpo voló sobre el asfalto, cayendo por la cuneta de la autopista mientras el Porsche salía despedido por los aires delante de mí.

Vi a Gabrielle saltando por la portezuela antes de que el coche tocara el suelo, y los dos rodamos por la pendiente cubierta de hierba mientras el coche quedaba volcado y estallaba con un rugido ensordecedor.

—¡Louis! —exclamé. Avancé hacia las llamas. Habría penetrado en ellas para rescatarle, pero el cristal del parabrisas trasero saltó en pedazos y le vi aparecer por él. Alcanzó el terraplén, al tiempo que yo llegaba hasta él. Con la capa, apagué sus ropas humeantes mientras que Gabrielle se arrancaba de encima la chaqueta para imitarme.

La furgoneta se había detenido en el arcén de la autopista, encima de nosotros. Los vampiros que la ocupaban empezaban a saltar el pretil como grandes insectos blancos, aterrizando de pie en la pendiente.

Me apresté a hacerles frente.

Pero, de nuevo, cuando el primero de ellos se deslizó hacia nosotros con la guadaña preparada, se escuchó aquel horripilante grito sobrenatural y se produjo la cegadora combustión. El rostro de la criatura se hizo una máscara negra en un estallido de llamas anaranjadas, y su cuerpo se convulsionó en una danza horrenda.

Los demás vampiros dieron media vuelta y echaron a correr bajo la autopista.

Quise ir tras ellos, pero Gabrielle me sujetó entre sus brazos y me lo impidió. Su fuerza me encolerizó y me sorprendió.

—¡Quieto, maldita sea! —exclamó—. ¡Louis, ayúdame!

—¡Suéltame! —repliqué, furioso—. Quiero a uno de ellos, sólo a uno. ¡Atraparé al más retrasado del grupo!

Pero ella no me soltaba y no estaba dispuesto a pelearme con ella, y Louis se le había sumado en su ardiente y desesperada petición.

—¡Está bien! —asentí al fin, cediendo a regañadientes. Además, ya era demasiado tarde. El quemado había expirado entre el humo y las llamas chisporroteantes, y los otros habían desaparecido en la oscuridad y el silencio sin dejar el menor rastro.

A nuestro alrededor, la noche se había quedado repentinamente vacía, salvo el tronar del tráfico en la autopista, encima de nosotros. Y allí estábamos los tres, juntos, bajo el espeluznante resplandor del coche ardiendo.

Louis se limpió el hollín de la frente con gesto cansado; llevaba manchada la almidonada pechera de la camisa y su larga capa de terciopelo estaba quemada y rasgada.

Y allí estaba Gabrielle, con el mismo aspecto extraviado de siempre; era aquel mismo muchacho sucio de polvo y harapiento, con la raída indumentaria de safari caqui y el flexible sombrero de fieltro marrón ladeado sobre su deliciosa cabeza.

Entre la cacofonía de ruidos de la ciudad, escuchamos el leve ulular de las sirenas acercándose.

Sin embargo, los tres permanecemos inmóviles, esperando, mirándonos unos a otros. Y supe que todos estábamos buscando a Marius. Sin duda, era Marius. Tenía que serlo. Y estaba de nuestro lado, no contra nosotros. Y ahora nos respondería.

Pronuncié lentamente su nombre en voz alta. Miré hacia la zona en sombras bajo la autopista y hacia el ejército interminable de casitas que poblaba las colinas próximas.

Pero lo único que pude oír fue el sonido cada vez más fuerte de las sirenas y el murmullo de voces humanas cuando los mortales empezaron la larga ascensión desde el paseo inferior.

Vi miedo en el rostro de Gabrielle. Le tendí la mano, di un paso para acercarme a ella a pesar de toda aquella horrible confusión mientras los mortales se acercaban cada vez más y los vehículos se detenían en la autopista.

Su brazo fue inesperado, cálido. Pero enseguida me hizo un gesto para que me diera prisa.

—¡Estamos en peligro! Todos nosotros —cuchicheó—. En un peligro terrible. ¡Vamos!

### 3

Eran las cinco de la madrugada y estaba completamente a solas ante la cristalera del rancho de Carmel Valley. Gabrielle y Louis habían partido juntos a las colinas para buscar sus respectivos lugares de descanso.

Una llamada telefónica me había informado de que mis músicos mortales estaban a salvo en el nuevo escondite de Sonoma, celebrando una desaforada fiesta tras verjas y cercas electrificadas. En cuanto a la policía y la prensa, con sus inevitables preguntas, tendrían que esperar.

Y allí estaba ahora, esperando las primeras luces de la mañana, como siempre había hecho, preguntándome por qué Marius no se había mostrado, por qué nos había salvado para desvanecerse de inmediato, sin una palabra.

—Supón que no ha sido Marius —había dicho más tarde Gabrielle, paseando nerviosamente por la sala—. Te aseguro que he notado una abrumadora sensación de amenaza. He percibido peligro para nosotros, y no sólo para esas criaturas. Lo he percibido a la salida del auditorio, cuando salíamos con el coche. He vuelto a notarlo cuando estábamos junto al coche en llamas. Había algo allí. Y no era Marius, estoy convencida...

—Había algo casi bárbaro en ello —había añadido Louis—. Casi, aunque no del todo...

—Sí, casi salvaje —había insistido ella, dirigiéndole una mirada de asentimiento—. Y, aunque fuera Marius, ¿qué te hace pensar que no te ha salvado para poder servirse mejor su venganza particular?

—No —había respondido yo con una ligera risa—. Marius no quiere venganza, o, de lo contrario, ya la habría llevado a cabo. De eso estoy seguro.

Pero yo me había sentido demasiado emocionado sólo de contemplarla, de ver una vez más sus andares, sus gestos. Y, ¡ah!, la indumentaria de safari deshilachada. Después de doscientos años, seguía siendo la misma exploradora intrépida. Al tomar asiento, lo había hecho a horcajadas, apoyando el mentón sobre las manos y éstas en el respaldo de la silla.

Teníamos tanto que hablar, tanto que decirnos, que me sentía demasiado feliz para tener miedo.

Además, sentir miedo en este momento era demasiado terrible, pues ahora sabía que había cometido otro grave error de cálculo. Me había dado cuenta de ello por primera vez al incendiarse el Porsche cuando Louis todavía estaba en el interior. Aquella guerra privada mía ponía en peligro a todos los que amaba. Qué estúpido había sido al pensar que atraería el rencor únicamente sobre mí.

Teníamos que hablar las cosas. Teníamos que ser astutos. Teníamos que ser muy cautos.

Pero, de momento, estábamos a salvo. Así se lo había dicho a Gabrielle, tranquilizándola. Ni ella ni Louis percibían la sensación de amenaza en aquel lugar; no nos había seguido al valle. Y yo no la había notado en ningún momento. Y nuestros jóvenes y estúpidos enemigos inmortales se habían dispersado creyendo que poseíamos el poder para incinerarles a voluntad.



—Mil veces, ¿sabes?, mil veces había imaginado nuestro reencuentro —había dicho Gabrielle—. Pero nunca pensé que sería así.

—¡A mí me parece que ha sido espléndido! —había respondido yo—. Y no supongas ni por un momento que no habría sido capaz de solucionar todo eso. Ya estaba a punto de estrangular al de la guadaña y arrojarle por encima del auditorio. Y vi acercarse al otro. Le habría partido por la mitad. Te aseguro de que una de las cosas más frustrantes de todo este asunto es no haber tenido la ocasión de...

—¡Ah, *monsieur*, eres un verdadero demonio! ¡Eres imposible! —había exclamado Gabrielle al escucharme—. Eres..., ¿cómo te llamó Marius...? ¡Eres el ser más detestable! Estoy plenamente de acuerdo.

Me reí, complacido. Qué dulce halago. Y qué encantador su francés anticuado.

Y Louis se había mostrado muy prendado de ella, sentado en las sombras observándola, reticente, perdido en sus cavilaciones. Louis volvía a lucir ropas inmaculadamente limpias, como si tuviera a su disposición toda su indumentaria, y su aspecto era el mismo que si acabáramos de salir del último acto de *La Traviata* para pasear un poco y ver a los mortales bebiendo champán en las mesas de mármol de los cafés mientras los carruajes elegantes pasaban con su estruendo.

Me invadió la sensación de la nueva asamblea formada, de una espléndida energía, de la negación de la realidad humana, de nosotros tres contra cualquier tribu, contra cualquier mundo. Y una profunda sensación de seguridad, de impulso incontenible..., ¿cómo explicárselo a ellos dos?

—Deja de preocuparte, madre —le había dicho yo finalmente, esperando clarificarlo todo, crear un momento de pura ecuanimidad—. No tiene objeto. Un ser lo bastante poderoso para hacer arder a sus enemigos puede encontrarnos en el momento en que lo desee. Puede hacer exactamente lo que le parezca.

—¿Y por ese motivo he de dejar de preocuparme? —había replicado ella. Y yo había visto a Louis sacudiendo la cabeza.

—Yo no tengo vuestros poderes —había intervenido a continuación, modestamente—, pero también he captado esa sensación. Y os aseguro que era extraña, absolutamente ajena a la civilización, a falta de un término mejor.

—¡Ah!, has vuelto a dar en la diana —había exclamado Gabrielle—. Resultaba completamente extraña. Como si procediera de un ser muy remoto...

—Y tu Marius es demasiado civilizado —había insistido Louis—, demasiado cargado de filosofía. Por eso sabes que no busca venganza.

—¿Extraña? ¿Ajena a la civilización? —había replicado yo pasando la mirada de uno a otro—. ¿Por qué no he percibido yo esa amenaza?

—*Mon Dieu*, podría ser cualquier cosa —había declarado Gabrielle, finalmente—. Esa música tuya podría despertar a los muertos.

Había meditado sobre el enigmático mensaje de la noche anterior: ¡Lestat! ¡Peligro! Pero el amanecer estaba ya demasiado cerca para preocuparles con aquello. Además, tampoco explicaba nada. Era sólo una pieza más del rompecabezas; un fragmento que, tal vez, no encajaba allí en absoluto.

Y ahora, los dos se habían marchado juntos y yo estaba a solas ante las cristaleras contemplando el fulgor de la luz que se hacía cada vez más intenso sobre las montañas de Santa Lucía.

«¿Dónde estas, Marius? ¿Por qué no te muestras de una vez?» pensé. Al fin y al cabo, todo lo que había dicho Gabrielle podía ser verdad. «¿Es una estratagema tuya?»

Pero, ¿no era acaso una estratagema mía la de no invocarle de verdad? Me refiero a alzar con toda su potencia mi voz secreta como él me había dicho, dos siglos atrás, que podría hacer.

A través de todas mis dificultades, no llamarle se había convertido en una cuestión de orgullo para mí, pero, ¿qué importaba ya eso?

Tal vez era la llamada lo que me exigía Marius. Tal vez era lo que requería de mí. Y la añeja amargura y la terquedad habían desaparecido. ¿Por qué no hacer aquel esfuerzo, al menos?

Y, cerrando los ojos, hice lo que había repetido desde aquellas noches dieciochescas en que había gritado su nombre por las calles de Roma y El Cairo. En silencio, le llamé. Y noté el grito sin voz surgiendo de mí y viajando al olvido. Casi pude percibir cómo atravesaba el mundo de dimensiones visibles, cómo se hacía más y más débil, cómo se consumía.

Y entonces vi de nuevo, durante una fracción de segundo, el mismo lugar remoto e irreconocible que había entrevisto la noche anterior. Nieve, nieve inacabable y un edificio de piedra, con las ventanas cubiertas de hielo. Y, en un promontorio elevado, un curioso aparato moderno, un gran plato metálico gris girando sobre un eje para captar las ondas invisibles que cruzan los cielos terrestres.

¡Una antena de televisión! ¡Eso era el objeto! Una antena *alzándose* de aquel desierto helado hacia el satélite. Y el cristal roto del suelo era la pantalla de un televisor. Lo vi. El banco de piedra... Una pantalla de televisor hecha añicos. Ruido.

Desvaneciéndose.

¡MARIUS!

*Peligro, Lestat. Todos nosotros en peligro. Ella ha... No puedo... Hielo. Enterrado en el hielo. Destellos de fragmentos de cristal en un suelo de piedra, el banco vacío, el estruendo y la vibración de El Vampiro Lestat sonando en los altavoces... Ella ha... ¡Ayúdame, Lestat! Todos nosotros... Peligro. Ella ha...*

Silencio. La conexión, rota.

¡MARIUS!

Algo más, pero demasiado débil. ¡Pese a toda su intensidad, simplemente demasiado débil!

¡MARIUS!

Me encontraba apoyado contra el ventanal, con la mirada fija en la luz matinal cada vez más intensa; los ojos me lloraban y las yemas de los dedos casi me ardían al contacto con el cristal caliente.

*Respóndeme: ¿es Akasha? ¿Estás diciéndome que es Akasha, que se trata de ella? ¿Que ha sido ella quien...?*

Pero el Sol asomaba ya sobre las montañas. Los rayos letales se derramaban por las laderas avanzando hacia el fondo del valle.

Salí corriendo de la casa y crucé los campos en dirección a las colinas, escudándome los ojos del sol con los brazos.

En cuestión de segundos, alcancé mi oculta cripta subterránea, retiré la losa y descendí los angostos peldaños toscamente tallados. Una vuelta más, y luego otra, y de nuevo estuve en la fría y segura oscuridad, envuelto en el aroma de la tierra. Me tendí en el suelo de barro de la pequeña cámara con el corazón desbocado y temblando de pies a cabeza. ¡Akasha! *Esa música tuya puede despertar a los muertos.* ¡Un televisor en el santuario! ¡Naturalmente! Marius les había instalado el aparato, y la conexión directa con el satélite. ¡Habían visto los video-clips! ¡Lo supe! ¡Lo supe con la misma certidumbre que si Marius lo hubiera dicho con su propia voz! Había llevado la televisión a la cámara de Los Que Deben Ser Guardados, igual que les había llevado el proyector de películas años y años atrás.

Y ella había despertado, se había levantado. *Esa música tuya puede despertar a los muertos.* Había vuelto a conseguirlo.

¡Ah!, si pudiera mantener los ojos abiertos, seguir pensando siquiera..., si no estuviera levantándose el sol...

Ella había estado allí, en San Francisco, había estado así de cerca de nosotros, haciendo arder a nuestros enemigos. *Extraña, absolutamente extraña, sí.*

Pero ajena a la civilización, no. Salvaje no. Ella no era tal cosa. Mi diosa acababa sólo de re-despertar, de alzarse como una esplendorosa mariposa surgiendo de la crisálida. ¿Qué era el mundo para ella? ¿Cómo había llegado hasta nosotros? ¿Cuál era el estado de su mente? *Peligro para todos nosotros.* ¡No acepté tal cosa! Ella había matado a nuestros enemigos. Había acudido a nosotros.

Pero no pude seguir resistiéndome a la somnolencia y a la pesadez. La pura sensación estaba sofocando cualquier asombro o excitación. Mi cuerpo fue quedando flácido e impotentemente quieto contra la tierra.

Y entonces sentí una mano cerrándose súbitamente sobre la mía.

Una mano fría como el mármol, e igual de dura.

Mis ojos se abrieron de par en par en la oscuridad. La mano aumentó su presión. Una gran mata de cabello sedoso me rozó el rostro. Un brazo helado me cruzó el pecho.

*¡Oh, por favor, querida mía, hermosa mía por favor!* Deseé decirlo, pero los ojos se me cerraban de nuevo. Mis labios no se movían. Estaba perdiendo la conciencia. Fuera, el sol había salido.